



HQN™

Carmen Ruiz

AMOR
SINFÓNICO

AMOR
SINFÓNICO

Carmen Ruiz

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 María Carmen Ruiz Rojo
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor sinfónico, n.º 184 - febrero 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-9170-858-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

Música. Ese sentimiento que te embarga, que te eleva a lo más alto, que te estremece. La vida misma. Aprendí a escribir y a leer las notas musicales al mismo tiempo que el alfabeto. Mi primer dibujo fue una clave de sol gigante y desgarrada. Y es que mi padre, Fernando Durán, es clarinetista en la Orquesta Filarmónica de Bilbao y un consumado melómano, así que no es de extrañar que creciera entre sinfonías y partituras.

En cuanto tuve uso de razón, mi padre comenzó a enseñarme solfeo. Cosas básicas como dónde se ponían las notas, cómo sonaban, cuánto duraban... Y a los ocho años me matricularon en el conservatorio. Aprendí lenguaje musical y armonía, entre otras muchas disciplinas, y elegí el violonchelo como instrumento. Lo elegí porque me gustaba su sonido, el más parecido de todos a la voz humana, y porque prácticamente podía abrazarlo. Tenía más aficiones, por supuesto. La literatura y el cine me apasionaban, pero nada podía compararse a lo que sentía con los compases de alguna pieza que me gustara, la intensa emoción que me invadía en ocasiones y me hacía vibrar con cada nota.

Sin embargo, el mundo de la música no es fácil. Necesitaba algo con lo que ganarme la vida porque lo más probable era que no pudiera vivir de la música, así que fui a la Universidad, donde estudié Traducción e Interpretación. Le puse todo mi empeño y terminé la carrera con unas de las mejores notas de mi promoción, lo que me valió poder trabajar traduciendo libros en una importante editorial y haciendo de intérprete de vez en cuando. Por descontado que llegar hasta ahí me supuso no pocos sacrificios. Mis amigos estaban de fiesta y yo, estudiando. Mis amigos salían a bailar, a ligar, y yo practicaba incansablemente con mi violonchelo. A veces tocaba en la orquesta de mi padre cuando necesitaban sustituir a un violonchelo titular o en otras orquestas en las que requerían uno. Y quedaba a menudo con mis compañeros del conservatorio simplemente para tocar, para divertirnos.

Una inesperada llamada de teléfono cambió mi vida. Me encontraba en casa, traduciendo los últimos párrafos de la nueva novela que me habían

encargado en la editorial con la *Sinfonía número cinco* de Mahler de fondo, cuando sonó mi móvil. Era mi jefa, Belén Torres, la directora del Departamento de Traducciones.

–Silvia, tengo una oferta que no podrás rechazar –me dijo al más puro estilo Corleone.

–No habrá problema. Estoy terminando ya con el libro –contesté.

–No es una traducción. Escucha. ¿Estás sentada?

–Sí. Venga, Belén, no te pongas misteriosa. ¿De qué se trata?

–¿Recuerdas la novela de Patrick Wilson que tradujiste hace cosa de un año, *Hijos de la tormenta*?

Se refería al último libro de fantasía épica del famoso escritor americano, una historia en un único tomo de casi mil doscientas páginas que había sobrepasado con creces el éxito de sus dos sagas anteriores. Seguía siendo una de las más vendidas en todo el mundo, a pesar del tiempo que había pasado desde su publicación.

–Sí, claro que me acuerdo –dije–. Ahora la están adaptando al cine. Bueno, y vienen a rodar unas cuantas escenas a España. Va a ser todo un acontecimiento.

–A eso voy. Nos han llamado de la productora. Christopher Barnes, el director, quiere que seas su intérprete mientras esté aquí.

–¿Yo?

–Sí, tú. Parece ser que mientras tramitaban los derechos para llevar el libro al cine, Patrick Wilson le comentó a Barnes que tú habías sido su intérprete cuando vino a promocionar su novela. ¿Quién mejor que su traductora? El caso es que ha sido el mismo Patrick quien te ha recomendado y Christopher Barnes se ha puesto en contacto con nosotros. Te quiere como intérprete y asistente personal mientras esté en España.

–¡¿De verdad?! ¡¿Voy a trabajar como intérprete de Christopher Barnes?! Belén, ¿me lo estás diciendo en serio? –farfullé.

–Y tan en serio. Antes tendrías que entrevistarte con él, pero si le gustas, el trabajo es tuyo. Entonces, ¿qué? ¿Le digo que aceptas?

Estaba hecha un manojo de nervios cuando me presenté en un lujoso hotel de Madrid para entrevistarme con Christopher Barnes. Me había puesto un traje de falda tubo y chaqueta entallada de color negro y una sobria camisa

blanca. Me había maquillado con esmero y había recogido mi larga melena negra en una coleta para dejar mi cara despejada. Nada más llegar al hotel, entré en los lavabos para comprobar que mi aspecto fuera impecable. Por el camino se me habían escapado algunos bucles rebeldes que me caían a ambos lados del rostro, pero decidí que no me quedaba mal. Me daba un aire desenfadado y así no me parecía tanto a una institutriz estirada. Suspiré y me dirigí al encuentro de Christopher Barnes.

Al preguntar por él en recepción y decir el motivo de mi visita me pidieron que aguardara un momento. Poco después, un hombre perteneciente al equipo de producción de la película me acompañó a la suite del director de la misma, situada en la décima y última planta del hotel. El célebre cineasta me esperaba. Su vigorosa mano estrechó la mía y a continuación me invitó a tomar asiento en el tresillo tapizado de terciopelo rojo que se hallaba en el ostentoso salón de la suite que ocupaba. Él se acomodó frente a mí en una enorme butaca a juego con el tresillo. Christopher Barnes era un hombre alto y corpulento con una poblada barba gris y ojos acerados que apenas sonreía. Más que una entrevista fue una extensa conversación sobre cine. Soltó una estruendosa carcajada que casi me sobresaltó al oírme decir con total franqueza que una de sus películas no me había gustado mucho.

–Me pareció muy buena, pero tenía un tono intelectual que me pareció demasiado pretencioso –contesté cuando me preguntó los motivos por los que no me había gustado–. Y los personajes se daban explicaciones tontas e innecesarias unos a otros, cuando se suponía que eran unos expertos en la materia. Me imagino que la idea era que el público no se perdiera, pero... No sé, no me convenció. Le restó credibilidad. Aunque es solo mi opinión –me apresuré a añadir.

Barnes me miró con un brillo sagaz en sus fríos ojos azules y se mesó la barba.

–Ah, señorita Durán, al menos es usted sincera –me dijo–. Eso me gusta. Es más de lo que puedo decir de muchos miembros de mi equipo que solo me dicen lo que quiero oír. Es usted justo lo que necesito. ¿Podría empezar hoy mismo?

–Desde luego.

Las condiciones eran inmejorables. Me pagaban transporte, comida y alojamiento y una sustanciosa cantidad que rayaba lo prohibitivo. A cambio yo tenía que ser todo aquel tiempo la sombra de Christopher Barnes, quien no

solo iba a rodar algunas escenas en España, sino que además pensaba organizar el preestreno mundial de la película en Madrid. Y pensaba hacerlo a lo grande, como tenía por costumbre.

Trabajar con Barnes fue agotador. Era meticuloso y exigente en extremo. Tenía un afán incontenible de controlarlo todo y a todos y su mal carácter no facilitaba las cosas en el plató. Tampoco tenía mucha paciencia y sus arranques de ira eran sobradamente conocidos. Yo me pasaba el día traduciendo sus indicaciones a los miembros españoles del equipo que no sabían inglés y traduciéndole a él, que tampoco entendía ni palabra de castellano, lo que ellos decían. Además de su intérprete, era su asistente personal. Organizaba su agenda, realizaba y recibía sus llamadas y hasta le llevaba el café. Estaba ocupada todo el día; había mucho trabajo que hacer y el hosco Christopher Barnes no era precisamente el candidato idóneo a jefe del año. Aun así, a pesar de todas las dificultades y la presión que trabajar mano a mano con él conllevaba, sabía mantenerle a raya.

–Llame a Gabriel Alonso y concierte una cita lo antes posible –me ordenó una tarde cuando ya estaba terminando la jornada de rodaje–. Quiero hablar con él personalmente. En cuanto concrete un día, dígamelo.

Abrí la gruesa agenda de teléfonos que Christopher Barnes había dejado a mi entera disposición. Era una verdadera mina. Estaba llena de números de teléfono de directores, actores, productores y compositores: Steven Spielberg, Woody Allen, Robert De Niro, Liam Neeson, Julia Roberts, Meryl Streep, John Williams, Hans Zimmer... Había gente que mataría por tener esa agenda en sus manos. Ni que decir tiene que había tenido que firmar mil papeles de confidencialidad según los cuales no podía decir nada ni sobre los actores ni sobre la película ni sobre nada relacionado con ella, y mucho menos sobre todo lo que había en aquella agenda.

Gabriel Alonso. Tenía su número de teléfono delante de las narices. Era él quien componía la banda sonora de la película. Ya había compuesto varias partituras sublimes para películas tanto en España como en los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, algunas de las cuales habían sido merecidas ganadoras de prestigiosos premios, incluyendo un Óscar de la Academia que había dedicado a la entonces casi desconocida Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia, la orquesta que él mismo había creado tiempo atrás.

Marqué su número en el móvil que Christopher Barnes me había dado para asuntos de trabajo y esperé, sin poder creer que estuviera llamando a Gabriel

Alonso por teléfono. Contestó al cuarto timbrado. Su voz era grave, masculina y no pareció muy contento al saber el motivo de la llamada, pero me atendió con distante cortesía y me dijo que Barnes podía ir a hablar con él cuando gustara. Le recibiría en su estudio en cualquier momento, así que concertamos la cita para el día siguiente por la mañana. Él no pudo ocultar cierto fastidio y tampoco se esforzó lo más mínimo en hacerlo. Pero me cuidé muy bien de contarle a mi jefe mis observaciones.

Apenas había amanecido cuando salimos para Murcia, ciudad en la que residía Gabriel Alonso y en la que había nacido. Christopher Barnes no estaba de buen humor, aunque casi nunca estaba de buen humor. Iba mascullando y gruñendo acerca del inminente fin del rodaje, de las ruedas de prensa, del estreno y de la banda sonora. Yo iba a su lado en el asiento trasero del coche armada de paciencia, conversando con él e intentando disimular mi excitación. Iba a conocer a Gabriel Alonso en persona. Era uno de mis compositores preferidos. De hecho, tenía todas sus bandas sonoras en casa y había ido con mi padre a sus conciertos cada vez que su orquesta había tocado en el Palacio Euskalduna de Bilbao. Me encantaba como director. Era un genio. Un verdadero genio. Había logrado que la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia tuviera un sonido propio e inigualable. Solo lamentaba que en aras de la profesionalidad no pudiera expresar la admiración que sentía por él, por su música. Pero al menos podría verle de cerca.

Tras un interminable viaje en coche, llegamos a Murcia. El chófer paró ante la puerta de la sede de la orquesta, donde tenían lugar los ensayos de la misma y donde Gabriel Alonso nos esperaba. La recepcionista nos dio la bienvenida y nos condujo hacia el estudio. Llamó con los nudillos y abrió la puerta sin esperar respuesta.

–Gabriel, ha llegado Christopher Barnes –le dijo.

Él solo hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza, visiblemente contrariado por la interrupción, y se levantó. En una pantalla panorámica había quedado congelada una escena de la película. Gabriel dejó el lapicero con el que había estado escribiendo música hasta entonces sobre las partituras que descansaban en el espléndido piano de cola y nos miró. La recepcionista se había marchado discretamente, cerrando la puerta tras de sí.

Había visto a Gabriel Alonso en los librillos de las bandas sonoras que él había compuesto y que yo había comprado, le había visto en la tele y en fotos de prensa e internet, pero la primera vez que le vi en un concierto, cuando se

volvió hacia el público para saludar, me había parecido mucho más guapo en persona, y aquel día lo corroboré. Era alto y moreno, con el pelo ligeramente largo pero bien cuidado y unos penetrantes ojos castaños que había clavado en Christopher Barnes sin mucha amabilidad. Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos y a continuación mi jefe me presentó, algo que pensé que no haría.

–La señorita Durán, mi asistente –dijo.

–Un placer conocerle –le dije yo en castellano, tendiéndole una mano que él estrechó con firmeza.

–El placer es mío –contestó.

Su mano grande de dedos largos sostuvo la mía un segundo más de lo necesario y sus ojos perdieron la dureza que habían tenido hasta aquel momento y se tornaron cálidos al mirarme. La intensidad de su mirada y el contacto de su mano me hicieron sentir extrañamente turbada. Entonces me soltó y se volvió de nuevo hacia Christopher Barnes.

–Usted dirá.

–No he tenido noticias tuyas desde que le encargué el proyecto –le dijo Barnes con frialdad–. No me ha enviado ni una sola nota, y entenderá que tengo que saber cómo va la banda sonora y si se ajusta a lo que espero de ella.

–A lo mejor es porque no hace ni dos semanas que me ha enviado la película –replicó Gabriel en un perfecto inglés–. ¿Espera que tenga la banda sonora lista en diez días?

–¿Qué es lo que tiene? Quiero oírlo.

La mandíbula de Gabriel se tensó y el rostro se le endureció. Entre sus espesas cejas negras apareció un leve ceño y vi que sus ojos echaban chispas.

–Si piensa que puede venir aquí a exigirme que me siente al piano cuando a usted se le antoje, está muy equivocado. En lo que respecta a la banda sonora de su película, tendrá que esperar a que al menos los temas estén terminados. Si después hay algo que no le convence, cosa que dudo, haré los arreglos pertinentes, pero mientras tanto no me va a hacer perder el tiempo. Tendrá su música en la fecha prevista. No voy a hacer una chapuza porque usted tenga prisa. Dedíquese a lo suyo, que de la música me encargo yo.

Christopher Barnes se quedó lívido y yo reprimí con todas mis fuerzas la sonrisa que pugnaba por asomarse a mis labios. ¡Alguien que plantaba cara a Barnes sin contemplaciones! Yo en realidad no había tenido ningún problema

serio con él, pero le había visto en los rodajes tratando a todo el mundo como si fueran sus vasallos. Había tenido la desagradable tarea de tener que traducir sus crudas palabras a los miembros españoles del equipo y a los extras que no le entendían. Pero con aquel hombre no iba a poder.

–¿Cuándo tendrá algo listo? –preguntó Christopher con voz gélida.

–Yo le llamaré. Y ahora, si no quiere nada más, Raquel les acompañará a la salida. Señorita Durán...

Me miró e inclinó la cabeza a modo de despedida, serio y adusto, pero educado. Yo hice lo propio. Al director lo ignoró deliberadamente. Este salió del estudio como una exhalación profiriendo imprecaciones y Gabriel Alonso volvió ceñudo a sus partituras, refunfuñando en un perfecto castellano malsonante. Antes de salir de su estudio juraría que había visto salir humo de las fosas de su nariz recta.

–¡Será gilipollas! ¡Como no tenga la banda sonora en la fecha acordada le meto un pleito por incumplimiento de contrato! ¡Vamos! Yo me encargo de que no vuelva a trabajar en su puta vida. ¡Pedazo de imbécil! ¡Capullo! ¡Pero este ¿quién coño se cree que es?!

Y así transcurrió el camino de vuelta. Cuando me quedé sola en la habitación del hotel di rienda suelta a mi hilaridad. ¡Ahora sí que admiraba a Gabriel Alonso!

Aquella noche Elena, mi alocada hermana, me llamó por teléfono. Siempre me preguntaba lo mismo: que si qué tal trabajando con Christopher Barnes, que si había conocido a algún actor guapo, que si les había pedido ya autógrafos a las estrellas de la película, que si qué tal eran, que si hablaba con ellos... Yo siempre contestaba lo mismo: que estaba allí por trabajo y no podía comportarme como una fan histérica pidiendo autógrafos y demás.

–¡Qué sosa eres! ¿Quién se va a enterar? –me recriminó.

–No sé. ¿El director, al que estoy pegada todo el día?

–¡Venga ya! Ni que te fuera a decir algo. ¿Qué te cuesta sacarte una foto con Steve Headley en un descanso y mandármela?

–Elena, que yo no me codeo con los actores principales. Y te recuerdo que estoy trabajando.

–¿Las veinticuatro horas del día?

–Casi.

Ella resopló y yo sonreí. No nos parecíamos en nada. Ella era mucho más vivaz que yo, más espontánea, más salada. Yo era la seria, la madura, la responsable. Ella no había querido aprender a tocar ningún instrumento. Echar horas en el conservatorio y la disciplina de las prácticas no iba con ella. Le gustaba la música, pero para escucharla en la radio. Y nada de clásica. Mi padre decía que todo su gusto musical lo había heredado yo, su hija pequeña. Era y seguiría siendo siempre su niña pequeña, aunque ya tuviera treinta años, dos menos que Elena. Yo era de mi padre. Elena, de mi madre.

Le conté lo ocurrido aquella mañana en Murcia. Ella rio con ganas, pero no sabía de quién le estaba hablando, así que tuve que aclarárselo.

–Lo tuyo no tiene nombre –dijo–. Estás todo el día viendo a estrellas de cine, incluyendo a Steve Headley y a Jason Clarke, que están como un queso. Trabajas al lado de Christopher Barnes. ¡Christopher Barnes nada menos! Y a ti te emociona conocer a un señor sexagenario que dirige una orquesta. Si todavía fuera un cantante de rock...

–No es un sexagenario, Elena. Tendrá treinta y pico –repliqué divertida.

–Sí, en cada pata. A ver, déjame ver.

Le sentí teclear. Estaba buscando a Gabriel en el Google.

–¿No me crees o qué? –le espeté.

–Nop. Tú para calcular las edades eres un desastre. Hasta los colegas de papá te parecen unos chavales. –Canturreó un poco. Debía de estar mirando resultados–. Anda, pues es verdad –dijo–. Treinta y cuatro, según la Wikipedia y la página web oficial. Jo, si tiene página web y todo. Y Facebook. Hmm... Vale, es joven, pero, hija, ¡qué aburrido! Ahí, todo repeinado con chaqué y pajarita.

–¿Quieres que dirija en chándal?

Seguimos hablando un rato más. Le pregunté por Alberto, su novio, y por nuestros padres. Ella me transmitió las quejas de estos a causa de que no llamaba nunca y le dije que lo haría al día siguiente sin falta. Después nos despedimos y me metí en la cama a leer un rato. Había sido un gran día.

Capítulo 2

Pasó una semana hasta que mi jefe volvió a tener noticias de su compositor. Tres de los temas y parte de otro estaban listos. Si quería escucharlos, bien se los mandaba grabados o bien se acercaba a su estudio para oírlos en directo. Y Christopher Barnes, que a pesar de todos sus defectos era perfeccionista y meticuloso con su trabajo, se dispuso a volver a encontrarse con Gabriel Alonso.

Esa vez el encuentro entre los dos hombres fue menos tenso, aunque tampoco exactamente cómodo. Tras los saludos iniciales, Christopher Barnes echó un vistazo a las partituras que le tendió Gabriel y gruñó. No sabía dónde se ponía un do, así que aquel pentagrama lleno de corcheas, semicorcheas, fusas, semifusas, redondas, blancas, negras y demás que subían y bajaban no le decía nada. Y yo poco pude ver como para apreciar algo más que unos pocos compases. Gabriel miraba a Christopher divertido.

–También puedo tocar, si quiere –dijo–. Igual le suena mejor.

Christopher Barnes le devolvió las partituras sin decir palabra. Gabriel las colocó en el atril y se sentó al piano. Entonces comenzó a tocar mientras las escenas correspondientes de la película iban pasando por la pantalla del proyector. Sus dedos se movían veloces sobre el teclado, bailaban sobre él y también la parte superior de su cuerpo se movía al ritmo de aquella música. Era épica, fuerte, con momentos que parecían arropar al arrebatado oyente. Cuando hiciera los arreglos orquestales para la sinfónica iba a ser un tema memorable. Incluso el director escuchaba embelesado. Sonó la última nota y yo hablé antes de pensar que no estaba allí para opinar.

–¡Qué maravilla! –exclamé–. ¡Es una pasada!

–Señorita Durán... –Christopher Barnes iba a recordarme cuál era mi cometido, pero Gabriel le atajó. Sus ojos se posaron en mí con un destello que no supe cómo interpretar.

–“¿Una pasada?” –repitió.

Me puse colorada. Quizá no era la mejor forma de calificar aquella extraordinaria pieza. Creí que se enfadaría, pero en lugar de eso soltó una

suave carcajada, mostrando sus perfectos dientes blancos.

–¿Le gusta la música? –me preguntó.

–Me encanta. Es un temazo impresionante –contesté.

–Gracias, pero me refería a la música en general.

–Oh. ¡Claro que me gusta! ¿Cómo no me va a gustar? Es lo que más me llena. La música es... –Alcé un poco los brazos y los volví a bajar–. Todo.

–¿Todo?

–Todo, sí. Todo es música. Cuando hablas, cuando ríes... Estás emitiendo notas musicales. Es un lenguaje universal, es la forma de comunicación más hermosa que existe...

–¡Ejem!

Christopher Barnes carraspeó para indicar que él seguía allí. Me miró ceñudo.

–Limítese a hacer de intérprete cuando sea necesario –me dijo con frialdad.

Pero su frialdad se contrarrestó con la calidez con que me miraba Gabriel Alonso. Sus labios llenos dibujaban una leve sonrisa. Sus ojos eran acariciadores, cordiales. Vi admiración en ellos y sentí que el corazón se me aceleraba un poco.

–Tal vez haría bien en escucharla –le dijo a Barnes sin dejar de mirarme–. Ella parece saber de música más que usted.

–Sí, bueno... Hum... Ha estado en el conservatorio. Toca el violín o algo de eso. –Hizo un ademán con la mano quitándole importancia y cambió la conversación–. Me ha gustado. ¿Podría tocar los otros temas, incluyendo el que no está terminado? Si es tan amable –añadió con retintín.

–Muy bien.

Lo hizo. Mientras la pieza anterior había sido heroica, esta era de corte más romántico, más suave. Con esta apetecía bailar en los brazos de alguien y girar y girar al compás de su melodía, dejarse llevar, soñar. No en vano era el tema de amor de la película. Y la tercera volvió a estar llena de energía, de ardor guerrero. Simplemente grandiosa. El último tema acabó bruscamente, ya que estaba inconcluso, y Gabriel empezó a explicarle a Christopher Barnes cómo iba a continuarla y en qué iban a consistir los arreglos para la orquesta sinfónica que interpretaría la banda sonora en todo su esplendor. Se puso a hablar empleando jerga musical que el director no entendía. Lo hizo a propósito. No le hubiera costado nada tararear los arreglos que le estaba explicando o utilizar un vocabulario más sencillo, pero utilizó un lenguaje lo

más técnico posible y esto terminó con la de por sí poca paciencia de Christopher Barnes.

–¿Qué coño es todo eso? –ladró furibundo–. ¡No entiendo una puta palabra de lo que está diciendo! ¿Quiere hablar más claro?

–A lo mejor su intérprete se lo puede traducir a un lenguaje convencional. Si toca el violín o “algo de eso” –dijo con sorna–, creo que sabrá de qué hablo.

–¡Deje de tocarme los huevos! Se la está jugando, señor Alonso. Puedo despedirle y buscarme otro compositor. No es imprescindible.

–Es cierto. Hágalo.

Pero no iba a hacerlo. Hasta Christopher Barnes sabía que los temas que había oído eran demasiado buenos. Era la música la que daba alma a una película y Gabriel acababa de dotarla de vida. El director de la misma no iba a dejarle escapar. Si las miradas matasen, Gabriel habría caído muerto en aquel mismo instante.

–Es usted el compositor más difícil con el que he tratado –masculló Barnes.

–Y usted, el director más difícil con el que he tratado yo –replicó Gabriel–. Y ahora, ¿podemos seguir?

Los días se sucedían y las tiranteces y las broncas entre el director de la película y el compositor de la banda sonora también se sucedían. A veces parecían dos críos tomándose el pulso y otras veces la cosa se ponía realmente fea. Y yo estaba en medio del fuego cruzado, cada vez más convencida de que a Gabriel Alonso le divertía encocorar a mi jefe. Pero cuando hablaba de su música, cuando le mostraba los temas y tarareaba las distintas melodías, cuando entonaba lo que iban a tocar los distintos instrumentos, se transformaba. Lo vivía. Sus ojos brillaban. Y Christopher Barnes mostraba un interés genuino en aquella composición. Estaba entusiasmado. A veces lo comentaba cuando regresábamos a nuestro hotel en Madrid, donde estaba ultimando los detalles para el gran estreno, pero en ningún momento le mostró a él tal entusiasmo.

–El muy cabrón es excelente –me decía–. Y lo sabe. Y me jode que lo sepa. Es un hijo de puta insufrible, pero es el mejor.

Después de numerosas disputas, la banda sonora de la película estuvo terminada, incluyendo la música correspondiente a las escenas que se habían grabado en España y se habían añadido posteriormente al metraje.

Christopher Barnes estaba eufórico. La alabó hasta la saciedad y hasta abrazó a Gabriel y lo felicitó efusivamente por su magnífico trabajo. Gabriel por su parte olvidó sus rencillas y los dos hombres firmaron una tregua. Nunca pensé que llegara a ver algo así, pero lo vi. Con la película terminada y la promoción de la misma hecha, mi trabajo llegaba a su fin. Christopher Barnes ya no me necesitaba.

Lo que más pena me daba era dejar de ver a Gabriel. Habían grabado la banda sonora en un estudio de Madrid después de discutir una vez más con el director, que quería grabar en Londres con la London Symphony Orchestra, pero Gabriel se negó en redondo, no a grabar en Londres, sino a dejar de lado a sus músicos.

–¿No le parece lo suficientemente buena la London Symphony Orchestra? ¿Qué pasa, que no están a su altura? –le espetó Christopher Barnes.

–La London Symphony Orchestra es de lo mejorcito que hay. Difícilmente encontrará mejores músicos. Salvo los míos.

–Estoy impresionado con su modestia. Le estoy ofreciendo la posibilidad de dirigir una de las mejores orquestas del mundo, según usted mismo.

–Ya he dirigido la London Symphony Orchestra –replicó Gabriel. Yo pensé que mi jefe debería haberse leído su envidiable currículum al margen de sus bandas sonoras, pero no dije nada–. Y le digo que grabo con la mía. Me da igual si es aquí, en Londres o en la Patagonia, pero quiero a mis músicos. Saben exactamente lo que espero de ellos con solo mirarles, y usted ha oído el resultado. Y, además, está en el contrato.

–Sí, pero podemos llegar a un acuerdo independientemente de lo que diga el contrato.

–Con respecto a eso no.

–Haga lo que le dé la gana –soltó Christopher Barnes, exasperado–. ¡Y no vuelvo a trabajar con usted en mi puta vida! Y usted, tómese la tarde libre –me dijo a mí–. Cuando la necesite, la llamaré.

Y se marchó furioso, dejándome allí plantada con Gabriel Alonso. A él pareció pasársele el enfado de golpe y me sonrió.

–La invito a un café –me dijo–. Para resarcirla por tener que presenciar un choque de egos cada vez que viene con su jefe.

Acepté gustosa. Fuimos a una cafetería cercana y nos sentamos en una mesa junto a la ventana ante un aromático café con leche.

–Bueno, ¿y cómo ha terminado trabajando para Barnes? –me preguntó.

Hablamos durante largo rato. Se interesó por mi vida, por mis gustos y aficiones. Le sorprendió saber que había ido a verle con mi padre al Palacio Euskalduna cuando habían estado de gira. Cada vez que tocaban ponían a todo el mundo en pie en el auditorio. Los aplausos eran ensordecedores. Se ruborizó un poco cuando elogí su trabajo, cuando le dije cuánto me gustaba. Entonces descubrí su humildad. Él sabía de su valía y tenía motivos sobrados para fardar, pero no lo hizo. Resultó ser un hombre sencillo, divertido y afable. Y ver aquella faceta hasta entonces desconocida para mí me gustó.

Me contó, a petición mía, cómo había surgido la idea de crear la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia, llena de gente joven o con espíritu joven, con ganas de emociones y sin miedo a nada.

–Tenía ganas de asentarme en un lugar después de tantos años de acá para allá, estudiando o dirigiendo –me dijo–. Me apetecía estar cerca de mi familia y se me ocurrió. Hay mucha gente joven que después del conservatorio no encuentra su hueco en este mundo y... ¡Qué te voy a contar! –Asentí. Era totalmente cierto–. Así que pensé en formar una orquesta con la que grabar mis bandas sonoras, dar conciertos... Y aquí estamos. ¿Por qué no te presentaste? Me habría gustado escucharte tocar el chelo.

–¡Qué dices! No soy tan buena como para aspirar a algo así –repliqué.

Él se mostró en total desacuerdo con mi afirmación y surgió entonces un animado debate sobre música y virtuosismo. Nos divertimos. Nos reímos. A raíz de aquel día sin apenas darnos cuenta nos convertimos en grandes amigos. Iba a echarle de menos. Nos habíamos intercambiado los números de teléfono y nos habíamos añadido mutuamente al Facebook, pero no sería lo mismo. Él volvería a Murcia. Yo volvería a Bilbao. Y ya no habría más cafés ni más conversaciones que no fueran telefónicas.

Iba de camino al hotel cuando me lo encontré. Toda la orquesta estaba en Madrid. Al día siguiente era el preestreno y tocarían la música de la película en directo. Iba a ser algo espectacular, pero yo no podía ir. Hacía falta invitación y yo no tenía. Gabriel sonrió al verme. Siempre sonreía al verme.

–¡Silvia! ¡Qué bien que te encuentro! –dijo al llegar a mi altura.

–Eh, hola. ¿Cómo tú por aquí? ¿No estáis de ensayos?

–Más tarde. He ido a buscarte al hotel, pero me han dicho que no estabas. ¿Tienes un rato para tomarte algo conmigo?

–Tengo todo el tiempo del mundo –le dije–. Mi contrato acaba de terminar. Mañana me voy a casa.

–Oh. –Su rostro se ensombreció y pareció desilusionado–. Vaya. ¿No te quedas al estreno de la película?

–No tengo invitación, así que... –contesté con un encogimiento de hombros.

–¿Barnes no te ha dado una invitación?

–No.

No tenía por qué hacerlo. Yo había ido a trabajar como intérprete y en realidad no tenía nada que ver con la película. Gabriel meneó la cabeza, disgustado.

–Lo imaginaba. El pobre es incapaz de tener un gesto amable con nadie –masculló.

–Bueno, la veré en el cine cuando vuelva a Bilbao. No pienso perdérmela. Y menos con tu música.

–Ven conmigo –me pidió convencido.

–¿Contigo? Pero tú...

–Yo tengo que dirigir, pero de algo me tiene que servir haber compuesto la banda sonora. A mí sí me ha dado invitaciones y he guardado una para ti. Te estaba buscando porque he pensado que te gustaría ir y... Me encantaría que vinieras conmigo.

–Gabriel, yo... Me encantará ir contigo.

Había pensado en mí. Me invadió una oleada de ternura por él. Gabriel sonrió. Tenía una sonrisa preciosa, franca y luminosa, que llegaba a sus ojos castaños, los cuales quedaban enmarcados de pequeñas arrugas.

–Perfecto entonces –dijo–. Lo único que tendrías que venir para la hora del ensayo porque...

–¿Puedo ver el ensayo?! –exclamé.

–Claro.

–¡Genial! ¡Muchas gracias!

Lo abracé en un impulso y me aparté de él de inmediato, roja como un tomate. A él no pareció importarle. Más bien al contrario.

–Perdona. Es que... La emoción –me disculpé.

Fuimos a un bar cercano. Gabriel pidió un par de cafés y nos quedamos allí charlando mientras a él le llegaba la hora de irse al ensayo.

–De no haber tenido invitaciones, te habría colado con la orquesta –dijo.

–No puedes hacer eso –repliqué riendo.

–¡Ya lo creo que puedo! Nadie cuenta a los músicos.

Se nos pasó el tiempo volando. Los minutos pasaban más rápido en su grata compañía. Me sentía bien a su lado, hablando de mil cosas, contándonos mil cosas. No existía nadie más cuando él me miraba.

–¿Mañana a las cinco en el recibidor del hotel? –me dijo al despedirnos.

–Sí, vale. Allí estaré.

Él se fue hacia el cine para preparar los ensayos y yo regresé al hotel. Tenía que hablar con recepción para alargar mi estancia una noche. Nos alojábamos en el mismo hotel. Yo habría podido apañarme en uno más modesto; no necesitaba un cinco estrellas para nada, pero Christopher Barnes había querido tenerme a mano por si me necesitaba en un momento dado y no había escatimado en gastos, de modo que el equipo de producción de la película me había acomodado allí. Y allí habían alojado también a la orquesta entera, dos plantas más arriba.

No tuve ningún problema para quedarme en mi habitación una noche más. Por suerte era temporada baja y había numerosas habitaciones libres, por lo que no era preciso que desalojara la mía. Después llamé a la compañía aérea para cambiar la fecha del vuelo y por último llamé a casa para decir que llegaría un día más tarde porque me quedaba al preestreno de la película.

–¿No puedes ver la película aquí? –me espetó mi madre, que ya tenía ganas de que volviera.

–Mamá, es el preestreno y van a tocar la banda sonora en directo. ¿Te imaginas?

–Pero ¿no la habías oído ya?

–Sí, pero esta vez la van a tocar mientras proyectan la película. Va a ser alucinante. Y me han invitado. Puede que esta sea la única vez en la vida que pueda asistir a algo así.

–¿Te han invitado? ¿Quién te ha invitado?

–Gabriel. El compositor de la banda sonora –le aclaré–. Nos hemos hecho amigos y... Me ha invitado a ir con él.

–Ah. Bueno, pues nada. Te veo pasado mañana entonces. Diviértete.

–Ya te contaré. Dale un beso a papá. Y a Elena.

–Eso, y a mí que me den pomada.

–Para ti también, mamá.

Todavía no podía creerme que fuera al cine con Gabriel, que pudiera estar

en los ensayos, que fuera a estar presente en un acontecimiento como aquel. Sonreí como una boba al pensar en él. ¡Qué majo!

Al día siguiente no sabía qué ponerme. La mayoría de la ropa que había llevado era cómoda e informal, básicamente vaqueros y camisetas y algún que otro vestido. Tenía el traje de chaqueta que me había puesto el día de mi entrevista con Christopher Barnes, pero me parecía demasiado serio y muy soso para acudir con él a una cita. Me decidí por un vestido negro de manga corta con escote en pico y falda de vuelo y unos zapatos, también negros, de tacón bajo. Por primera vez desde que había llegado a Madrid, me dejé el pelo suelto, dejé que los gruesos rizos cayeran libres por mis hombros y mi espalda. Me di un ligero toque de maquillaje, me eché un poco de perfume y miré el resultado en el espejo. Estaba lista.

Fui puntual. Siempre soy puntual. Gabriel estaba esperándome en el vestíbulo del hotel. Se había puesto un traje negro con una camisa azul. No llevaba corbata. Sonrió cálidamente tan pronto me vio. Me gustaba verle sonreír.

–Estás muy guapa –me dijo.

–Tú tampoco estás nada mal.

Me ofreció su brazo, yo lo tomé y salimos juntos del hotel. El resto de la orquesta se trasladaría en autobús, me dijo, pero él quería ir dando un paseo conmigo.

Entramos al solitario cine. Todo estaba preparado. Los instrumentos aguardaban en el escenario a que llegaran sus dueños y los hicieran hablar. Detrás del espacio en el que se acomodaría la orquesta se alzaba la pantalla sobre la que se proyectaría la película. Habíamos llegado pronto. Gabriel lo comprobó todo por enésima vez y nos sentamos a esperar a los músicos.

–Vienen también la madre de un trompa, el novio de un violín, el de una flauta, la mujer de un contrabajo, la novia del pianista, la del percusionista, el marido de una fagot y los padres de una violista nueva. Es su primer concierto y está atacada, pero cuando empieza a tocar seguro que se le pasa. O al menos eso espero –me dijo Gabriel, aunque no parecía estar preocupado por ello–. Ellos vendrán más tarde; no estarán en el ensayo. Pero tenéis butacas contiguas, así que sabrás quiénes son. Te los presentaré después del con... después de la película –se corrigió.

–Bueno, también es un concierto –dije–. ¿Nervioso?

–No, lo cierto es que no. Son geniales.

–Lo sé. Tengo más ganas de escucharos a vosotros que de ver la película.

–Pues vas a poder hacer las dos cosas a la vez.

En aquel momento se oyó un barullo de voces entusiasmadas que sonaban cada vez más próximas. La puerta se abrió y la orquesta en pleno comenzó a desfilar en tropel por la sala hacia donde estábamos nosotros. Gabriel me presentó y de pronto me encontré repartiendo besos y abrazos con toda una orquesta sinfónica. Me decían sus nombres, me decían que estaban encantados de conocerme y en verdad parecía ser así. Me perdí por completo entre tantos nombres y tantos rostros que no había visto de cerca hasta entonces, pero todos tuvieron palabras amables y una sonrisa para mí.

–Le gustas –me dijo al oído Marta, una joven violinista rubia de poco más de veinte años, al abrazarme–. ¿Has visto cómo te mira?

Dirigió su mirada hacia Gabriel y yo, confusa, la imité. Él me sonrió y a Marta le lanzó una mirada de advertencia a la que ella respondió con una radiante sonrisa beatífica llena de dientes, levantando los pulgares. Gabriel negó con la cabeza y la dejó por imposible.

–Le queremos, aunque sea el director –me dijo Marta mientras él comentaba algo con alguien más–. A veces es un poco mandón y perfeccionista, y como se ponga en plan paternal es insoportable. Pero el tío es un genio. Hace magia con la batuta, pero no le digas que te lo he dicho, que luego se lo cree.

–¿No tienes nada que hacer, Marta? –le espetó Gabriel–. No sé, comprobar la afinación, templar el violín, ensayar un poco...

–Voy, maestro –dijo ella volviendo la cabeza hacia él. A continuación me miró con un gesto de complicidad–. ¿Lo ves? Lo que te decía.

Marta se fue a ocupar su lugar en la orquesta y yo me fui a mi butaca. Los músicos templaban sus instrumentos y las primeras notas comenzaron a surgir de ellos, al principio de manera aparentemente caótica. Después entrarían en armonía.

Los demás invitados por parte de los músicos llegaron pronto. Faltaba aún media hora para que empezara la película. Los miembros de la orquesta habían ido a cambiarse de ropa y a tomarse un respiro antes del gran estreno. Entró un matrimonio que rondaba los cincuenta. Se los veía emocionados y nerviosos y me imaginé que serían los padres de la violista que había

mencionado Gabriel, como así confirmé en cuanto se hubieron acomodado junto a mí.

–¿Tú también estás invitada por parte de la orquesta? –me preguntó ella. Yo asentí–. Me lo imaginaba. Íbamos a venir antes para ver el ensayo, aunque fuera un rato, pero Isabel, nuestra hija, no ha querido. Que la íbamos a poner más nerviosa de lo que ya está, nos ha dicho. Es violista, ¿sabes? Y es su primer concierto con ellos. Dice que es un honor tocar en esta orquesta y no quiere meter la pata por nada del mundo, vamos.

–No lo hará –le dije–. Tocaré estupendamente.

–Eso le he dicho yo –replicó la locuaz señora.

Su marido consiguió meter baza y presentarse. Los invitados al preestreno comenzaron a llegar y a ocupar sus butacas. Me imaginé que afuera habría un verdadero tumulto de gente que habría ido a ver a las grandes estrellas de Hollywood. Estaría la prensa, habría una alfombra roja y multitud de flashes. Los informativos de medio mundo estarían retransmitiendo en directo un acontecimiento como aquel, pero nosotros estábamos tranquilos en la sala. Nos importaban más los músicos a los que nadie reconocería por la calle. Nadie les pediría autógrafos ni se haría fotos con ellos. Sus rostros no saldrían en las revistas, pero eran ellos quienes iban a cautivarnos.

El cine se llenó. Christopher Barnes, los actores y parte del equipo de producción estaban allí. La gente comenzó a aplaudir al verlos llegar. Barnes llevaba a su esposa del brazo. Él iba con traje y corbata, aristocrático y distinguido; y ella, con un vestido largo y vaporoso de color verde botella y negro que realzaba su curvilínea figura. Detrás de ellos fueron llegando actores y actrices con sus respectivas parejas o invitados.

–Nosotros parecemos unos zarrapastrosos a su lado –murmuró Adela, la madre de Isabel.

Los que estábamos cerca de ella y oímos el comentario reímos por lo bajo. Ciertamente nuestra sencillez contrastaba con su elegancia.

Quedaban muy pocos minutos para el inicio de la proyección. Los miembros de la orquesta salieron pulcramente vestidos. Ellos con un impecable chaqué negro y pantalones del mismo color, camisa blanca, chaleco y pajarita también blancos y zapatos negros y lustrosos. Ellas enteramente vestidas de negro, bien con un vestido o bien con pantalones y una blusa o camiseta. Aquellas que tenían el pelo largo se lo habían recogido para que no les molestara. Gabriel salió el último, repeinado y como un

pincel, ataviado igual que los músicos salvo porque en lugar de un chaqué llevaba un frac. La gente aplaudió. Él, serio, saludó al público y acto seguido se volvió hacia su orquesta batuta en mano. Entonces poco a poco se hizo el silencio. Las luces de la sala fueron disminuyendo de intensidad hasta apagarse. Solo las luces de los atriles permanecían encendidas para que los músicos pudieran ver sus partituras. Gabriel dio la entrada en el preciso instante en que apareció la primera imagen. El espectáculo había comenzado.

La película me encantó. Fue una más que notable adaptación del libro en que se basaba. Christopher Barnes sería lo que fuera, tendría mil defectos, pero como cineasta era soberbio. Y la banda sonora fue magnífica no solo por su composición, sino también por cómo sonó la orquesta, por cómo la música llegó a nuestros oídos, por cómo nos hizo sentir. Vi la pasión y la entrega de Gabriel, de los músicos. Me fascinaba verle moverse. Sus brazos, su cabeza... Todo su cuerpo dirigía el tempo, los matices... Terminó despeinado y más de una vez tuvo que apartarse el pelo de la cara mientras dirigía. Sentí removerse algo en mi interior. Orgullo. ¿Qué si no?

Cuando la música se desvaneció, ya en los créditos finales, vi que Adela se enjugaba las lágrimas de emoción con un pañuelo. La gente aplaudía. Las luces se encendieron. Gabriel saludó de nuevo al público con una inclinación, dio a su orquesta el reconocimiento sobradamente merecido abarcándola con un brazo y después de darle la mano a Santi, el concertino, se retiró. Los músicos se quedaron de pie unos segundos más y a continuación ellos también se retiraron. Entonces Christopher Barnes y los actores principales salieron al escenario delante de la pantalla ya en blanco y los espectadores se pusieron en pie, rompiendo en una enfervorizada ovación. Nosotros diez, sin embargo, más que a ver la película habíamos ido al concierto y este ya había terminado, así que nos olvidamos de las estrellas y estuvimos intercambiando impresiones sobre lo que acabábamos de escuchar. En ello estábamos cuando el contrabajista que había invitado a su mujer vino en busca de ella y los demás.

–Venid conmigo –nos dijo–. Estamos celebrándolo ahí detrás y faltáis vosotros. Venga, no os quedéis ahí.

Le seguimos y, efectivamente, detrás del escenario todos compartían su alegría. Se abrazaban, se estrechaban las manos, reían alborozados. Gabriel estaba entre sus músicos, exultante, felicitándolos, orgulloso de todos y cada uno de ellos. Abrazó a la discola Marta y esta le besó en la mejilla y lo abrazó

a su vez. Isabel, una chiquilla morena con el pelo recogido en un moño que ya se le había deshecho, corrió hacia sus padres. Era una locura. Gabriel vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos. En su euforia me besó en los labios, quemándolos sin querer. Seguidamente se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se apartó con las mejillas encendidas.

–Lo siento –se disculpó–. Yo...

–No te preocupes; es la emoción –le dije.

También yo le había abrazado el día anterior sin pensar. Marta, a una distancia detrás de Gabriel, levantó los pulgares. Vocalizó “le gustas” y se llevó las manos al corazón con gesto teatral. Gabriel se percató de que yo estaba mirando algo a su espalda y se volvió a ver qué era.

–¡Marta! –le increpó.

Pero ella se alejaba riendo para abrazar a alguien más.

–Es incorregible –murmuró Gabriel–. No parece tomarse nada en serio, pero en cuanto coge el violín... Oye, ¿conoces ya al resto de los invitados? ¿Os han presentado?

–Nos hemos presentado nosotros solos en el cine. Ha sido increíble, Gabriel. Habéis estado... No sé ni qué decir. Me ha encantado.

Sonrió azorado.

–Son los mejores –me dijo.

–Y tenemos al mejor maestro –intervino un hombre de la orquesta apareciendo junto a Gabriel. Le pasó un brazo por los hombros y me sonrió. A mí me sonaba su cara, pero no recordaba quién era. Él se dio cuenta de mi incertidumbre y acudió a mi rescate–. Soy Javi, uno de los oboístas.

–Ah. Perdona, sé que nos han presentado antes, pero no recordaba tu nombre –le dije.

–Es normal. Has conocido a casi ochenta músicos de golpe. Tú tranquila, con el tiempo nos conocerás a todos. Un placer, Silvia.

–Lo mismo digo.

Javi se marchó. Su comentario me hizo sentir un poco triste. ¿Con el tiempo? Yo no tenía tiempo; me marchaba al día siguiente. Gabriel sacudió mi tristeza.

–Me cambio y te llevo a cenar, ¿vale? No acepto un no por respuesta.

–Vale, si no hay más remedio... –contesté con fingida resignación.

–No lo hay –dijo él–. Vuelvo enseguida.

Gabriel fue a cambiarse de ropa. Los demás no me dieron tiempo a

sentirme sola. Hablé con unos y con otros hasta que él regresó con el traje y la camisa que llevaba puestos aquella tarde. Nos quedamos hasta que el ambiente se hubo calmado y cuando ya todos se habían cambiado y se disponían a regresar al hotel a descansar o a dar una vuelta por ahí, nos fuimos nosotros también.

Salimos a la templada noche madrileña. Hacía muy buena temperatura, cosa que agradecí porque no se me había ocurrido coger una chaqueta. Gabriel había reservado mesa en un restaurante cuando le dije que iría con él al estreno, pero ni lo había mencionado hasta hacía un rato.

–Es nuestra última noche en Madrid –me dijo–. Quería que fuera bonita.

–Es muy bonita, Gabriel. Es una noche estupenda.

Algo en su mirada me hizo estremecer. No volvería a ver esa mirada. No volvería a estar tan cerca de él. Pero no quería empañar aquellos momentos con pensamientos sombríos. Quise disfrutar de las últimas horas en su compañía.

Me llevó a un acogedor restaurante con mesas redondas y manteles color burdeos. Había parejas, alguna que otra familia y grupos de amigos. El local estaba lleno y se oía una alegre algarabía debido a los murmullos de las conversaciones y las risas de los comensales. Habían puesto música de fondo, aunque apenas se oía.

Nos acomodaron en un sitio discreto y tranquilo. No teníamos ni idea de qué pedir entre tanto plato y nos dejamos aconsejar por el camarero, que nos trajo una ensalada de cogollos con anchoas y aceite de orégano de primero y un delicioso pato a la naranja de segundo, todo regado con un buen vino. De postre yo pedí que me trajeran cualquier cosa que tuviera chocolate y Gabriel, tarta de manzana. Nos trajeron dos grandes porciones de tarta. A la mía, de chocolate, le habían echado chocolate fundido por encima. Yo la miré con horror. No iba a ser capaz de comer todo eso.

–Me ayudarás con esto, ¿no? –le pregunté a Gabriel.

–Ni hablar –contestó risueño–. Venga, Silvia, que eres de Bilbao. Que no se diga.

Y miró regocijado cómo me metía el postre entre pecho y espalda. Estaba muy bueno. El chocolate era ligero y al final sí que pude con todo. Lo pasamos muy bien. Hablamos y hablamos. Y reímos. Y nos miramos. Hubo palabras que no pronunciamos. Hubo sentimientos que solo los ojos

delataron. Y los dos nos lo guardamos dentro. Los dos callamos.

Gabriel pagó con su tarjeta de crédito, dejó una generosa propina en el platito en que nos habían traído la cuenta y abandonamos el restaurante. Había refrescado. Al salir sentí un escalofrío. Él se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

–Gabriel, te vas a helar en camisa –protesté.

–Y tú en vestidito. Póntela. Yo sobreviviré.

Lo hice. Quise pasar mi brazo por su cintura, acercarme a él y compartir al menos algo de calor, pero no lo hice. No debía. No podía ser. Fuimos paseando en un cómodo silencio de camino al hotel. También los silencios son importantes entre las notas y a veces dicen tantas cosas... No tardamos en llegar. Subimos por la escalera hasta la segunda planta, donde se encontraba mi habitación. Abrí la puerta y me volví hacia él, con su chaqueta en la mano para devolvérsela. Había llegado el momento de la despedida. Al día siguiente él ya no estaría.

–Gabriel, ha sido...

Sentí un nudo en la garganta. Había tanta dulzura en sus ojos... Entonces se inclinó sobre mí y me besó. Y yo respondí a su beso lleno de ternura. Le di mi aliento y bebí el suyo. El beso se volvió más íntimo, más intenso. Él rodeaba mi cintura con sus brazos y yo, su cuello. Sentía su pelo suave, abundante y ligeramente ensortijado, entre mis dedos. Entramos en mi habitación. La ropa comenzó a caer al suelo mientras íbamos hacia la cama sin dejar de besarnos, de desnudarnos mutuamente. Su chaqueta, su camisa, mi vestido... Sentí su erección contra mi vientre. Yo le deseaba tanto como él a mí. Hicimos el amor como si no hubiera un mañana. Y no lo había para nosotros. Era nuestra última noche y quise grabármelo a fuego en la yema de los dedos, en mi piel, en todo mi ser. Le acaricié, exploré su cuerpo, me entregué a él sin reservas y exigí. Sus manos, su boca, su lengua trazaban surcos de lava candente en mi piel enardecida, arrancándome gemidos de intenso placer. Yo lo encendí. Lo encendí más y más. Le llené de besos, le lamí. Su respiración se agitaba, jadeaba. Oírle gemir, sentir que se excitaba con mis caricias, con mis besos, hacía que sintiera una oleada de calor que me abrasaba las entrañas. Me invadió una sensación de plenitud cuando me penetró, cuando nuestros cuerpos fueron uno solo. Lo arrojé dentro de mí, duro y suave, y nos abandonamos al deseo, a la pasión que nos consumía. Él movía las caderas, hundiéndose en mí sin dejar de acariciarme, de besarme.

Tampoco yo tenía las manos quietas. Sentí su clímax. Lo abracé con fuerza, me aferré a su pelo. Algo estalló en mi interior y un imparable torrente de placer me sacudió sin piedad. Me arqueé con un sollozo y me dejé llevar.

Permanecemos uno en brazos del otro, enredados mientras nuestra respiración volvía pausadamente a la normalidad. Exhaustos y saciados en la cama deshecha.

–Eres preciosa –me dijo él con la voz ronca acariciando mi espalda.

–Gabriel...

Dibujé con un dedo el contorno de su nariz, toqué sus labios carnosos, sensuales. Él me besó. Fue un beso dulce y colmado de cariño. Yo respondí. Seguimos acariciándonos; aún no teníamos bastante. Todos aquellos días sin tocarnos... Ahora no podíamos parar. Gabriel volvió a recorrer mi cuerpo con sus manos. Yo volví a acariciar cada milímetro de su piel. Su miembro volvió a endurecerse y yo volví a recibirle dentro de mí enorme, caliente, empapado por mi propia humedad. Gemimos de nuevo, jadeamos y gritamos de placer hasta llegar a un orgasmo devastador. Gabriel me envolvió en un abrazo y yo dejé descansar mi cabeza y la mano derecha en su amplio pecho. Y así, resguardada contra él y abrigada por su calor, me quedé dormida.

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente le vi a mi lado, ya despierto. Se las había arreglado para echarnos la sábana y la colcha por encima en algún momento.

–Buenos días –le dije.

–Y tan buenos –contestó él.

Le sonreí. Tenía el pelo revuelto. Su barba incipiente oscurecía levemente la parte inferior de su atractivo rostro. Sus ojos brillaban al mirarme y creo que me perdí en ellos por unos instantes. Nos besamos. Sentí su cuerpo gloriosamente desnudo y cálido contra el mío.

–Silvia... Me gustaría seguir viéndote –me dijo cuando el beso se rompió–. Ayer quise decírtelo un montón de veces, pero... No sé por qué no lo hice. Supongo que me dio miedo que tú no sintieras lo mismo. Pero no puedo dejar que te vayas sin decírtelo. Sin decirte que me gustas mucho, que estos días contigo han sido los mejores de mi vida. Que te quiero.

Había una sombra de incertidumbre en su mirada. ¿No había visto en mis ojos que yo también lo amaba? Lo abracé. Lo abracé con fuerza y sentí mi corazón latiendo enloquecido en mi pecho, golpeando el suyo.

–Yo también quiero seguir viéndote –le dije. No teníamos tiempo de andarnos con remilgos; nos quedaba muy poco tiempo para estar juntos–. Y te quiero. Te quiero, Gabriel. Te quiero.

Me aparté de él para ver su rostro. Su sonrisa iluminó la mañana. Acaricié su mejilla rasposa y lo besé. Aún no eran las siete de la mañana. Hicimos el amor una vez más. Mi avión salía en pocas horas y él se iba en autobús con toda la orquesta después de desayunar. Fue un encuentro dulce y apasionado. A saber cuándo volveríamos a tener intimidad.

El asunto se alargó más de lo previsto y terminamos corriendo. Gabriel se ponía la ropa según la iba encontrando desperdigada por el suelo y yo me levanté para ir a darme una ducha rápida. No me molesté en cubrirme; no tenía nada que él no hubiera visto ya. Tampoco él lo había hecho.

–¿Te vienes a desayunar con nosotros? –me preguntó Gabriel.

–Claro.

–Bien. Voy a mi habitación, me ducho, me afeito y vengo a buscarte en... ¿Qué tal en media hora? ¿Qué hora es?

–Las siete y media.

–Mierda. Se supone que para las ocho tenemos que estar abajo –gruñó poniéndose un zapato a la pata coja.

–Puedo estar lista en quince o veinte minutos. No voy a tardar nada.

–No, si lo digo por mí. Ni siquiera he hecho la maleta. Bueno, da igual. Lo meto todo según caiga y ya está. Vengo en media hora.

Me dio un fugaz beso y se marchó a toda prisa. Fui al cuarto de baño, preguntándome si metería también su frac y el resto de su ropa de trabajo según cayera en la maleta. A su asistenta le iba a dar un infarto si tenía que planchar toda esa ropa hecha un higo.

Llegamos a tiempo. Cuando nos vieron acercarnos a la mesa nos miraron sonrientes y nos dedicaron silbidos y aplausos. Pensé por un instante si no habría sido más sensato aparecer por separado, aunque Santi, que también estaba allí, sabía perfectamente que Gabriel no había pasado la noche en la habitación que los dos compartían.

–Eh, chicos, he ganado la apuesta –les dijo Marta a los demás al tiempo que tomábamos asiento uno al lado del otro. Al parecer nos habían guardado

sitio.

–¿Qué apuesta? –preguntó Gabriel.

–Les dije que estabas colado por ella y que de anoche no pasaba. Que se te veía a la legua, Gabriel. Espero que ahora que estás con Silvia tu carácter mejore y dejes de ser tan estricto y tan pelmazo. Todo el día ahí, dando órdenes.

–Cualquier día de estos te expulso de la orquesta, Marta. Te lo digo en serio –la amenazó Gabriel.

–¿Y qué vas a hacer sin mí en la orquesta?

–Vivir feliz y dirigir tranquilo sin una violinista torpe que no se molesta en aprender y mejorar lo más mínimo.

–Eso me ha dolido, eh. Silvia, de verdad, no sé qué le has visto.

–Bueno, a mí me gusta –dije.

–Eso es porque no te dirige.

El comentario despertó la hilaridad general. Incluso Gabriel rio. A pesar de las palabras aparentemente irrespetuosas y burlonas de ella y las secas y cortantes de él, el cariño que se tenían era evidente. Él admiraba a su violinista y la quería como a una hermana pequeña. Y ella sentía por su director un respeto casi reverencial, así como un gran afecto. Gabriel era para Marta el hermano que no tenía.

El desayuno terminó y llegó la hora de las odiosas despedidas. Me vi de nuevo repartiendo besos y abrazos entre todos los miembros de la orquesta. Me habían recibido con los brazos abiertos y había comenzado a cogerles cariño, especialmente a la deslenguada Marta. Sentía separarme de ellos. Y aún sentía más separarme de Gabriel. Era como renunciar a una parte de mí.

Ellos se marchaban ya. Solo les quedaba recoger las maletas de sus habitaciones y meterlas en el autobús que les llevaría de vuelta a Murcia.

–Iré a verte a Bilbao en cuanto pueda –me dijo Gabriel en la puerta de mi habitación.

–Te voy a echar de menos.

–Y yo a ti.

Nos besamos. Pasarían largos días hasta que volviéramos a vernos.

–Llámame cuando llegues, ¿vale? Así me quedo tranquila –le pedí.

–Te llamaré; no te preocupes. Ahora tengo que irme. Hasta la vista, Silvia.

–Hasta la vista.

Me acarició la mejilla y volvimos a besarnos.

–Te quiero –me dijo.

–Y yo a ti.

Se fue, dejándome una enorme sensación de vacío. Entré a mi habitación para terminar de hacer el equipaje y cuando estuvo listo me aseguré de que no me dejaba nada y bajé a recepción para entregar la llave y pagar la noche extra.

–Su cuenta está pagada –me dijo el recepcionista.

–¿Cómo que está pagada? –me extrañé. El equipo de producción de la película había costado los gastos de mi estancia, pero las noches de más que yo quisiera quedarme corrían de mi bolsillo.

–La han pagado esta mañana. Y han dejado esto para usted.

Me tendió un sobre cerrado con mi nombre escrito a mano en él. Lo abrí y saqué la nota de su interior. “Espero que no te importe. Ya que he retrasado tu vuelta a casa es lo menos que podía hacer. Te quiero. Nos vemos pronto”. La firmaba Gabriel. Había dibujado una carita sonriente. Volví a guardar la nota en el sobre, le di las gracias al recepcionista y me marché al aeropuerto a esperar pacientemente la salida de mi vuelo.

En el mostrador de facturación descubrí que Gabriel no solo había pagado mi noche extra de hotel, sino también el recargo por el cambio de vuelo. Había sido todo un detalle por su parte, tanto lo uno como lo otro, pero me prometí regañarle cuando llamara.

Me había llevado un libro para leer en el avión, pero no puede centrarme en una sola palabra. Solo él ocupaba mi mente. Solo él. Había sido arduo y estresante trabajar para Christopher Barnes, pero eso me había supuesto conocer a Gabriel, enamorarme de él. Habría podido ir volando hasta Bilbao sin el avión, subida en mi nube. Y sin retrasos.

Capítulo 3

Mis padres y mi hermana me esperaban impacientes en el aeropuerto. Mi madre se había recogido el pelo en un moño alto y, esbelta y rubia como era, parecía una estrella de cine clásico. Mi apuesto padre estaba a su lado, hecho un verdadero galán. Las canas salpicaban su pelo negro y sus ojos, tan oscuros como los míos, brillaron al verme aparecer por la puerta de salida. Mi hermana me saludó con la mano. Era igual que mi madre: delgada y rubia, con unos ojos azules idénticos a los de ella y el pelo largo y lacio. Corrí a abrazarles, contenta de verles de nuevo después de casi dos meses de ausencia. En el camino a casa me bombardearon con preguntas. ¿Qué tal había ido todo? ¿Cómo era trabajar para Barnes? ¿Qué tal la película por la que había pospuesto mi regreso a casa? ¿Cómo era trabajar en un rodaje? ¿Al final no se habían matado el director de la película y el compositor de la banda sonora?

–No me puedo creer que hayas conocido a Gabriel Alonso en persona –me dijo mi padre mientras conducía–. ¿Cómo es?

Mi padre le admiraba profundamente. Decía que las interpretaciones de las piezas que su orquesta tocaba calaban en lo más hondo, emocionaban. Decía que trasmitía su pasión por la música, que no solo dirigía con la batuta, sino también con el corazón. Y era cierto.

–Es majo –le dije–. Educado y muy agradable. Y humilde. No va de nada; es... Es muy sencillo, papá, es natural y...

–¿Guapo? –interrumpió mi hermana, sentada a mi lado en el asiento trasero.

–¡No! –dije–. Bueno, sí... Es... Es atractivo, sí.

–¿Qué importa eso ahora? –protestó mi padre–. Es un director buenísimo. ¿Qué más da si es guapo o feo?

–Sí que importa, papá –replicó Elena–. No es lo mismo ir a un concierto y que el director alegre la vista que encontrarte con un coco.

–A mí ese no me parece para nada un criterio musical.

–¿Os vais a poner a hablar de música otra vez? –saltó mi madre.

Gabriel me llamó por la tarde. Habían llegado bien. Algo cansados por el viaje, pero bien. Marta y los demás me mandaban recuerdos. Me alegré de oír su voz y añoré estar junto a él. Estaba ya en casa y lo único que iba a hacer era tocar un rato el piano y ver una película en DVD repantigado en el sofá. Le agradecí que se hubiera hecho cargo de los gastos que había originado quedarme una noche más en Madrid, pero aun así le reprendí.

–No tenías por qué hacerlo –le dije.

–Bueno, pero quería hacerlo –contestó él.

Hablamos durante largo rato y colgamos con la promesa de volver a vernos pronto y el “te quiero” de un amor recién nacido.

Esa noche Elena irrumpió en mi habitación. Nos habíamos ido ya a la cama en principio con intención de dormir, aunque yo estaba leyendo, pero ella no iba a poder pegar ojo hasta no haber satisfecho su curiosidad.

–Elena, ¿qué...? –comencé a protestar.

–Te gusta –me dijo ella sin más preámbulos, sentándose en mi cama.

–¿El qué?

Dejé el libro a un lado, irritada porque no me dejara leer tranquila.

–No te hagas la loca conmigo. Gabriel.

Me salió una sonrisa bobalicona y mi hermana no necesitó más confirmación.

–Me gusta, sí, me gusta mucho. Ay, Elena, es un amor. Es divertido, tierno, atento... Fui con él al estreno, al ensayo de la orquesta. Había guardado una invitación para mí. Y luego, después de la peli, me llevó a cenar. Hablamos de un montón de cosas, paseamos... Fue la noche perfecta.

–¿La noche perfecta? ¡¿Te has acostado con él?!

–¡No te voy a contestar a eso! –protesté.

Elena era más abierta al respecto, pero a mí no me gustaba airear mis intimidades. Ni siquiera ante mi hermana. Con quién me acostaba era asunto mío.

–O sea, que sí. A papá le va a dar un soponcio como se entere. –Rio Elena-. ¡Te has enrollado con Gabriel Alonso! ¡Qué flipe! ¿Era él quien te ha llamado esta tarde?

–Sí. Y no es un rollo –repliqué-. Es... Es el amor de mi vida. Es... Vamos a seguir viéndonos, Elena. Él vendrá a Bilbao, yo iré a Murcia...

–¡¿Vais en serio?!

–Sí.

Ella me abrazó.

–¡Cuánto me alegro! –exclamó–. No conozco al tío ese, pero tiene que ser muy especial para que mi hermanita se haya enamorado de él.

–Es muy especial, Elena. Para mí lo es.

–Nos lo presentarás, ¿verdad?

–Claro. A su debido tiempo.

–Y yo que pensaba que el amor de tu vida era el violonchelo...

Nos olvidamos de la hora que era y nos pusimos a cotorrear. Le pedí que no se lo dijera a nuestros padres. Quería hacerlo yo, pero también quería guardar lo que sentía para mí sola durante unos días. Quería soñar.

Mensaje a mensaje, llamada a llamada fueron pasando los días. Una semana después de habernos despedido, Gabriel me dijo que se escapaba a Bilbao el siguiente fin de semana. Salía el sábado por la mañana temprano y podía darse el lujo de regresar el lunes por la tarde. Con lo duro que habían trabajado para la banda sonora, los músicos y él mismo necesitaban un descanso y, además, la temporada de conciertos había terminado ya. Iba a haber venido el fin de semana anterior, pero había tenido un compromiso ineludible y no había podido ser.

–Pero el sábado estoy ahí sin falta –me dijo–. Oye, lo que no sé es cómo te viene el lunes. Sé que estás traduciendo otro libro y no quisiera quitarte tiempo.

–No te preocupes por eso. La traducción va a buen ritmo, así que no habrá ningún problema en tomarme el lunes libre. Mientras cumpla las fechas de entrega, la editorial no me exige que trabaje en horario de oficina –contesté–. Es lo bueno de trabajar desde casa.

Tampoco es que me importara mucho cómo fuera con las fechas. Le sentí sonreír y supe que la luz bailaba en sus ojos castaños. Quería volver a verme reflejada en aquellos ojos. Y ya quedaba poco.

Entre una cosa y otra había ido dejando de un día para otro lo de decirles a mis padres lo mío con Gabriel, pero ya no podía retrasarlo más. Si él iba a venir y yo iba a verle, al menos tenían que saber que estaba con él, que lo amaba. Había querido guardarlo para mí unos días, pero no quería que Gabriel fuera un secreto.

–He conocido a alguien –anuncié en la sobremesa.

Mis padres se miraron entre extrañados y cómplices y mi hermana sonrió.

–¿Ese alguien es un hombre? –me preguntó mi madre.

–Sí –contesté.

–Así te veía yo flotando estos días. Y tanta llamadita y tanto mensajito. Ya me parecía a mí. Ya te dije que esta se traía algo entre manos –añadió dirigiéndose a mi padre.

–¿Y cuándo le has conocido? –se interesó él–. Porque últimamente no has hecho más que trabajar.

–Bueno, es que ha sido en el trabajo. Es... Es Gabriel.

–¿Gabriel? ¿Qué Gabriel?

–Lo dices como si supiéramos quién es –dijo mi madre.

–Es que sabéis quién es. Gabriel Alonso.

Mi madre alzó las cejas y miró a mi padre. Este intercambió una fugaz mirada con ella y seguidamente los dos me miraron a mí llenos de asombro.

–Gabriel Alonso –murmuró mi padre con la voz cargada de incertidumbre, haciendo que casi sonara como una pregunta.

–Sí –dije yo.

–¡Ay, papá! –intervino mi hermana, exasperada, antes de que yo pudiera añadir nada más–. Gabriel Alonso, sí. El tío ese que compone bandas sonoras y dirige una orquesta con una varita.

–Batuta –le corregí.

–Lo que sea.

–¿Es verdad eso? ¿Tienes una relación con ese hombre? –quiso saber mi madre, que aún no parecía creerlo. Yo asentí–. Cuando me dijiste que os habíais hecho amigos no pensé yo que tanto.

Les conté nuestra historia. Les conté cómo nuestra amistad inicial se había transformado en amor. Les dije que venía a verme el fin de semana, que salvaríamos la distancia que nos separaba yendo a vernos el uno al otro cuando pudiéramos. A mi madre no le gustó mucho que tuviera una relación a distancia, y menos aún con alguien tan reputado y célebre como él. No pensaba que para él pudiera tratarse de algo serio. Mi padre tampoco se mostró muy convencido al respecto, pero me vieron tan feliz, tan enamorada, que no insistieron en sus reparos iniciales.

Conté los días, las horas. Y el sábado me levanté temprano. No quería perder ni un solo minuto con él y, aunque todavía no había llegado, yo era incapaz de permanecer en la cama. Aproveché para traducir algunas páginas más del libro y me relajé tocando el violonchelo cuando ya mi familia se

había levantado y no había peligro de despertar a nadie.

–¡Qué madrugadora! –me dijo mi padre al verme tecleando en el ordenador–. Hoy es el gran día, ¿no?

–Sí –contesté–. Estoy deseando verle.

Mi padre soltó un suspiro cargado de pesar.

–¿Qué pasa, papá?

–Silvia, no me lo tomes a mal, pero ¿estás segura de que para él no es solo una aventura? No sé, alguien con tanto mundo, con su fama, su... Bueno, su posición. Es quien es.

–Tú eres músico, papá. ¿Lo dices por experiencia? –le piqué.

–No, no, claro que no. Solo quiero que no te hagan daño.

–Gabriel no va a hacerme daño. Es muy sencillo, ya te lo dije. Deberías ver lo que hay en sus ojos cuando me mira.

–Bueno, veo lo que hay en los tuyos cuando hablas de él. Creo que ya no soy el hombre más importante en la vida de mi niña. Supongo que estoy un poco celoso.

–Tu niña tiene ya treinta años. Y tú siempre vas a ser importante, que por algo eres mi padre. El mejor padre del mundo. –Me levanté y le di un beso en la mejilla–. Gabriel te gustará, papá. Es mejor persona que director.

–¡Pero si le conoces de cuatro días!

–Papá, no empieces. Me voy a tocar el chelo.

–Sí, eso, practica.

Quedamos en la puerta de su hotel. Me llamó nada más llegar y me propuso ir a comer juntos. Estaba ilusionado, impaciente. Me dijo que se moría de ganas de verme, de abrazarme, de besarme. Le dije que no tardaría. Me puse un vestido blanco estampado y unas sandalias cómodas y fui a encontrarme con él. Gabriel me esperaba vestido de modo informal, con vaqueros azules, una camiseta blanca de manga corta y calzado deportivo. Su atractivo rostro se iluminó con una sonrisa al verme. Yo corrí a sus brazos y él me estrechó contra sí. Olía a suave loción para después del afeitado. Nos besamos, acariciamos nuestros rostros y volvimos a besarnos, ignorando las miradas de los transeúntes.

–No veía el momento de verte, de estar contigo –me dijo cuando pudimos separar nuestros labios–. ¡Qué largo se me ha hecho!

–Y a mí. ¡Qué ganas tenía de verte!

Me tendió una rosa cuidadosamente envuelta en papel celofán.

–Para ti.

–Gabriel... ¡Qué bonita! –dije cogiéndola.

–Tú sí que eres bonita –replicó–. ¿Nos vamos a comer?

Comimos en un restaurante italiano y después fuimos a dar una vuelta por la ciudad cogidos de la mano.

–Es la primera vez que estoy en Bilbao y no tengo que ir al Euskalduna – me dijo.

Siempre que habían ido a Bilbao había sido para dar un concierto y no había visto más que lo que había en el camino desde el hotel en que se alojaron al Palacio Euskalduna. Paseamos a lo largo de la ría, viendo edificios emblemáticos como las torres Isozaki, la Universidad de Deusto o el museo Guggenheim y polémicas construcciones como el puente Zubizuri, donde quien más quien menos había patinado involuntariamente alguna vez o se había dado un buen batacazo en los días de lluvia, problema por fortuna ya resuelto.

–¿Te has resbalado tú alguna vez? –me preguntó.

–¡Ya lo creo! Por suerte tenía la barandilla cerca y me pude agarrar, aunque casi se me cae el paraguas a la ría.

Gabriel rio con ganas.

–Sí, sí, tú ríete, pero cruzar este puente cuando llovía era considerado deporte de riesgo.

Fuimos andando hasta el museo marítimo y dimos la vuelta por la Gran Vía, con parada obligada en el parque de Doña Casilda para ver los patos y por una vez Gabriel pasó por delante del Palacio Euskalduna sin entrar en él.

Pasamos tres días inolvidables, o más bien dos y medio. Salimos por ahí, le invité a comer a una cervecera junto a un castillo en un paraje que le encantó y conduje hasta la escarpada costa, donde el mar Cantábrico azotaba con fuerza las rocas. Bailamos, reímos, hicimos el amor. Nos enamoramos aún más. Y si en Madrid la despedida resultó difícil, en Bilbao fue casi insostenible para los dos. Pero así debía ser. Al menos el teléfono e internet hacían que no pareciéramos estar tan lejos el uno del otro.

Nos organizamos así. Yo iba a Murcia. Él venía a Bilbao. Otras veces, si

no teníamos tanto tiempo como para hacer los casi ochocientos kilómetros que había entre las dos ciudades nos encontrábamos en Madrid y así los dos acertábamos recorrido. Mis amigos y buena parte de mi familia no veían futuro a nuestra relación. Él, un director y compositor de renombre, se cansaría de mí. Conocería a alguna otra mujer en Murcia y adiós. Yo no aguantaría mucho tiempo de acá para allá, yendo a verle los fines de semana y festivos. Y él tampoco aguantaría escapándose a Bilbao cada vez que los conciertos y sus numerosos quehaceres lo permitieran. La distancia es el olvido, me decían. Pero nosotros tendíamos puentes.

Cuando Gabriel se trasladaba a Bilbao se quedaba en un hotel. Que se quedara en casa de mis tradicionales padres era impensable, a pesar de que teníamos una habitación para invitados y un sofá cama. Ellos nunca habían consentido que los novios de sus hijas durmieran en casa. De todos modos, él prefería alojarse en un hotel. Aún no conocía a mis padres y no iba a sentirse cómodo apareciendo de pronto como huésped en su casa. En la suya era distinto porque él vivía solo. Irene, su asistenta, iba a limpiar y a poner la comida de lunes a viernes por la mañana, pero –salvo las horas en que ella estaba allí– teníamos total intimidad, por lo que resultaba mucho más cómodo y placentero que fuera yo a Murcia.

Gabriel vivía a las afueras de la capital en un tranquilo paraje en plena naturaleza al que se accedía por un camino vecinal. Me quedé boquiabierta la primera vez que vi su casa. Aquello era una mansión en toda regla. Era de piedra y tenía tres plantas bajo un tejado de pizarra a distintos niveles y grandes ventanales que la llenaban de luz. En la parte de atrás se hallaba su estudio, en el que había un magnífico piano de cola, una pantalla de proyección panorámica en la que Gabriel visionaba las películas cuyas bandas sonoras componía y sencillas baldas negras plagadas de discos y partituras. En aquel estudio había sitio de sobra como para que ensayara allí toda la orquesta. Otra de las habitaciones, junto al estudio, hacía las veces de biblioteca. Estaba llena de libros de música, de biografías de compositores y de ensayos. Y también había novelas perfectamente clasificadas por autor.

La cocina era amplia y luminosa y el salón, inmenso. Se habría podido organizar un baile en el salón de su casa. Los dormitorios eran espaciosos, especialmente el principal, donde él dormía y donde yo comencé a dormir con él. Tenía su propio cuarto de baño, un enorme cuarto de baño. Había habitaciones para invitados y estancias que estaban vacías, aguardando a que

Gabriel decidiera darles una utilidad.

–¿No tienes carteles donde ponga “usted está aquí”? –le pregunté en broma–. Me voy a perder en una casa tan grande.

–No te perderás –replicó él–. Es verdad que la casa es un poco grande, pero te acostumbrarás enseguida a moverte por ella, ya lo verás.

En el jardín trasero, rodeada de bien cuidado césped, había una piscina. Toda la casa estaba rodeada de césped y algunos árboles se alzaban en él, ofreciendo su sombra. El mobiliario era sencillo y funcional, esencialmente masculino, aunque una vez me fui a vivir con él eso fue cambiando. Unas cortinas aquí, unos cojines allá, algún que otro adorno, flores en el jardín... Poco a poco comenzó a notarse una mano femenina que él acogió con agrado, complacido al ver cómo la casa en la que llevaba tanto tiempo viviendo solo se convertía en un hogar para los dos.

Conocí a su madre por casualidad. Un domingo al mediodía, mientras yo preparaba la comida y Gabriel me ayudaba, sonó el timbre del portón de la entrada. Gabriel fue a ver quién era.

–Es mi madre –anunció, colgando el telefonillo.

–¿¿Tu madre?! ¿Qué va a decir cuando me vea aquí?

–No sé. Igual piensa que hemos dormido juntos y todo –me dijo–. Es muy malpensada. Podrías esconderte en un armario, pero no creo que vaya a colar que yo esté haciendo una paella.

–Muy gracioso.

Él sonrió divertido, me dio un beso en la mejilla abrazándome por detrás y fue a abrirle la puerta a su madre.

–¡Oh! Veo que has cambiado el frac por un delantal –fue su saludo–. No te sienta mal, para variar.

–Hola, mamá –dijo él en un tono colmado de paciencia.

–Hola. Te he traído una tartera con algo decente de comer. No sé de qué te alimentas cuando Irene no viene a poner la comida, francamente, así que... ¿A qué huele? ¿No me irás a decir que estás cocinando?

–No, no estoy cocinando. Ha venido Silvia.

–¿Silvia está aquí?

–Sí. Es ella quien cocina; yo solo le echo una mano.

–¿Solo una? Ya me extraña –masculló ella.

Entró a la cocina seguida de Gabriel, a quien las mejillas se le habían cubierto de rubor después del comentario malicioso de su madre.

–¡Silvia! –exclamó ella nada más verme–. ¡Qué ganas tenía de conocerte! Gabriel no hace más que hablar de ti.

Dejó la tartera sobre la mesa de la cocina y me plantó dos sonoros besos en las mejillas.

–Ella es Teresa, mi madre –la presentó Gabriel.

–Encantada –barboté.

–Yo sí que estoy encantada. ¡Qué guapa! Y sabe cocinar. A ti no se te ha ocurrido traerla a comer un día a casa y presentárnosla, claro –le reprochó a su hijo, volviéndose hacia él.

–Hum... En realidad sí, pero es que cuando viene se queda poco tiempo y...

–Ya, ya, no me lo expliques –le atajó Teresa con un ademán–. Venid al menos a tomar un café antes de que te vayas –propuso–. Ya sé que tenéis poco tiempo para estar juntos y querréis estar solos, pero en algún momento tendrá que ser, ¿no?

Gabriel me miró, dejando que decidiera yo. Sabía que me daba corte conocer a sus padres, pero ya que estaba medio trabajo hecho...

–Por mí vale –dije.

–¡Estupendo! Os esperamos entonces. Guarda las lentejas en el congelador –le dijo a Gabriel–. Para otro día. Este hijo mío mete la nariz en sus partituras y se olvida de todo –me dijo a mí, como si Gabriel no estuviera delante–. A saber qué porquerías come, que de música sabrá mucho, pero de guisar va muy justito. Enséñale a cocinar y que se remangue él cuando vengas; no vas a estar encima poniendo la comida tú.

–No, si he sido yo quien ha querido cocinar. Él quería salir fuera –dije.

–Ah, bueno... En fin, yo no me meto.

–Ya te estás metiendo, mamá –apuntó Gabriel.

–¡Qué desabrido eres, hijo! Bueno, yo me marchó. Y lo dicho, eh, os esperamos esta tarde.

De modo que a media tarde fuimos a casa de sus padres. El padre de Gabriel, Ramón, me dio una cálida bienvenida al llegar. Vi que Gabriel se parecía mucho a él, tanto físicamente como en carácter. Ramón era tranquilo y campechano, afable y de sonrisa fácil. Teresa, por el contrario, era enérgica y espontánea, de genio vivo y lengua mordaz, aunque igualmente simpática. Ramón tenía los mismos ojos marrones que Gabriel, la misma nariz y el mismo rostro de mandíbula cuadrada. Su pelo era enteramente blanco, pero lo

conservaba igual de espeso que cuando era joven y, a pesar de que estaba más cerca de los setenta años que de los sesenta, se mantenía en buena forma física. Teresa era alta y delgada. Llevaba el pelo castaño oscuro cortado en una media melena y tenía unos preciosos ojos verdes. Ramón aseguró que se había enamorado de la luz esmeralda que desprendían sus ojos la primera vez que la vio.

–Era la chica más guapa del baile –nos dijo–. Me acerqué a ella y la saqué a bailar. Cuando acabó el pasodoble, me declaré... Y hasta hoy.

Pasamos una buena tarde sentados en la sala conversando, tomando café y comiendo pastas que había sacado Teresa y que se empeñaba en que comiéramos cada vez que veía que el montón llevaba un rato intacto. Y llegó la hora de irme. Tenía por delante un largo trayecto de vuelta a Bilbao. Regresamos a casa de Gabriel, donde había dejado mi coche, recogí mis cosas y me dispuse a partir.

–Me alegro de haber conocido por fin a tus padres –le dije–. Me han caído muy bien.

–También tú a ellos –contestó–. Vamos, que como aquel que dice te han adoptado. Lo de obligarte a comer pastas es una costumbre de familia; no se lo tengas en cuenta.

Me reí. Nos habían atiborrado de pastas. Teresa y Ramón habían querido que me quedara a cenar y me fuera después, pero rehusé todo lo amablemente que pude. Se me haría muy tarde y tenía que volver a casa. Podía quedarme hasta el lunes por la mañana, pero eso solo distraería a Gabriel de sus obligaciones.

–Bueno, así seguro que no me entra hambre por el camino –dije–. La próxima vez que vengas te presentaré yo a mi familia, que ya te toca.

–Me encantará conocer a tu familia.

–Espera a que los conozcas –bromeé dándole unas palmaditas en el brazo–. Me tengo que ir, Gabi.

–Conduce con cuidado. Y llámame cuando llegues; no importa la hora.

–Lo haré.

Un nuevo adiós. Un abrazo, un largo beso, las promesas de llamarnos, de volver a vernos, un “te quiero”. Y Gabriel se perdió en la distancia mientras yo me alejaba con el coche.

Así como mi encuentro con los padres de Gabriel había sido desenfadado, el de Gabriel con mis padres fue más tenso, al menos en un principio. Mi padre estaba dividido. Por un lado iba a conocer al hombre que le había quitado a su niña y por otro iba a conocer al director de una joven orquesta que había subido a lo más alto en poco tiempo, al cual tenía en la más alta estima como el buen músico que era. Mi madre estaba más que acostumbrada a tratar con músicos. Conocía a todos los miembros de la orquesta en la que tocaba mi padre, incluyendo a muchas de sus esposas y a los esposos de las pocas mujeres que había en ella, pero el nombre de Gabriel pesaba y ella no sabía muy bien cómo actuar en su presencia.

–Olvídate de quién es y de lo que hace, mamá –le dije–. No viene ni el director ni el compositor, sino el hombre al que quiero. Así de sencillo.

–Vale, vale. Intentaré olvidarme de que es alguien importante –replicó ella.

–Pues mejor no lo olvides porque para mí sí es alguien importante.

–Mira, Silvia, no me líes. Bueno, ¿y qué pongo de comer?

–Cualquier cosa. No es melindroso con la comida.

Ella soltó un resoplido.

–Si se come lo que tú cocinas, desde luego que no.

–Yo cocino estupendamente –rebatí.

–A ver entonces. Un guiso de carne, merluza en salsa... Porque alubias o garbanzos no voy a poner. Bueno, ya veré. No ayudas nada.

–El guisado estará bien. Y la merluza también. Con ensalada o algo de sopa por delante. O un arrocito. O chipirones.

–Lo dicho, hija, no ayudas nada.

A mi hermana le entraron las prisas por ponerse al día en lo que se refería a música clásica y a bandas sonoras. Nunca había mostrado mucho interés por la música sinfónica ni ningún instrumento que no se enchufara, así que mi asombro fue mayúsculo cuando me pidió todas las bandas sonoras de Gabriel y los temas que yo considerara imprescindibles entre los clásicos.

–Al menos quiero saber qué hace tu chico –me dijo convencida.

–No te va a dar tiempo a escucharlo todo de aquí a mañana –repliqué.

–Calla y déjame tus CD.

Empecé a pasarle CD y ella los fue mirando según los cogía. Mozart, Beethoven, Vivaldi, John Williams... Aproveché para endilgarle lo mejor de lo mejor, pero no dio resultado.

–¿Quién diablos es John Williams?

–Elena, por favor...

–¿Qué? A mí déjame las de Gabriel, eh, no voy a ponerme a escuchar todas tus bandas sonoras. –Me devolvió la de *La lista de Schindler*–. Te ha salido mal la jugada, guapa.

–A los clásicos que te he pasado los escuchas.

–Bueno, a esos sí. Voy a quedar fatal, Silvia.

–No tienes que pasar ningún examen, Elena. Y a Gabriel no le va a importar que no sepas distinguir un arpa de una trompeta.

–Eso lo dirás tú.

–Aunque no te lo creas, es un hombre normal –dije–. Le gusta el rock, duerme y compra papel higiénico.

–Joder, tía, eres única desmontando mitos.

Gabriel vino a comer al día siguiente. El sábado había tenido un concierto y había salido de Murcia el domingo muy temprano. Vino a casa nada más dejar sus cosas en el hotel. Había estado en casa más de una vez, pero siempre cuando mis padres y mi hermana no estaban en ella. Habíamos pasado alguna tarde de domingo acurrucados en el sofá viendo una película o dando rienda suelta a la pasión que nos desbordaba.

Al oír el motor de su coche salí a recibirle. Aparcó y corrió a abrazarme. Me envolvió en un abrazo y su boca buscó la mía. ¡Cuánto añoraba el calor de sus labios cuando no estaba con él!

–¿Estás preparado? –le pregunté.

–No, pero ya estoy aquí.

–Les gustarás. Anda, vamos.

Entramos en casa. Era un chalecito unifamiliar de dos plantas, no muy grande pero sí confortable y acogedor. Teníamos una habitación habilitada para los ensayos de mi padre, donde también yo tocaba el violonchelo si no estaba ocupada. Allí guardábamos todos los discos compactos, infinidad de vinilos y hasta cintas de casete. A Gabriel le había encantado verla. Era un pequeño santuario dedicado a la música en el que incluso había primeras ediciones de antes de que él o yo hubiéramos nacido.

Le presenté a mis padres, Amelia y Fernando, a mi hermana Elena y a su novio, Alberto, que también había ido a la comida familiar. Mi madre y mi hermana le dieron dos besos y Alberto y mi padre le estrecharon la mano.

–Es un honor conocerle –le dijo mi padre.

–No, por favor. El gusto es mío –contestó Gabriel–. Silvia me ha hablado

mucho de usted.

–Bien, espero.

–¡Oh, sí! Por supuesto que sí.

Cinco minutos después, una vez dejadas las formalidades, se estaban tuteando y conversaban animadamente. Elena y yo fuimos a la cocina a coger los platos y los cubiertos para poner la mesa en el comedor. No dejamos que Gabriel y Alberto nos ayudaran. Eran nuestros invitados y como tales se quedaron en la sala con nuestros padres.

–¡Pero qué guapo! Está mucho mejor al natural –cuchicheó Elena aprovechando que estábamos solas en la cocina–. ¿Quién le hace las fotos, su peor enemigo? ¡Si está buenísimo!

–No sale muy bien en las fotos, no –dije yo.

–Ya veo, ya. Pues está para mojar pan. No le vayas a decir nada de esto, eh.

–Que no, que no le digo nada.

–Y a Alberto tampoco.

–Que nooo.

Comimos en un ambiente distendido y familiar. Mi madre se había empeñado en preparar comida como si fuera a venir toda la orquesta. Pusimos un marmitako de primer plato y merluza en salsa verde de segundo con una buena ensalada mixta. Y también teníamos sopa, ensaladilla rusa y un guiso de redondo que mi madre había cocinado según un libro de recetas. No quería arriesgarse a que a Gabriel no le gustara alguno de los platos, por mucho que yo le hubiera dicho que era de buen comer.

Mi padre, a pesar de que al principio no las había tenido todas consigo, trabó una buena amistad con Gabriel. Les vi charlar como si fueran amigos de toda la vida. Hablaban de música, discutían acerca de distintas piezas, se contaban divertidas anécdotas y reían. Cuando todo se estropeó echaría de menos aquellos momentos vividos. Mi padre no pudo perdonar a Gabriel y nada volvió a ser igual entre ellos. Le guardó rencor por cada lágrima que yo derramé, sin darse cuenta de que también él había llorado, de que también él había sufrido.

Capítulo 4

Habían pasado diez meses desde que nuestros caminos se habían encontrado y su vida y la mía habían tomado el mismo rumbo. En aquel tiempo conocí a Eduardo y a Beatriz, los hermanos mayores de Gabriel, así como a Claudia y Mario, la mujer y el marido de ambos respectivamente. Eduardo y Claudia tenían un hijo de cinco años, Daniel. Beatriz y Mario tenían dos: Rubén, de cuatro años; y Sara, de dos. Los niños me nombraron tía honorífica nada más conocerme y de no tener sobrinos pasé a tener tres de golpe.

Fui a pasar la Semana Santa a Murcia con Gabriel. Teníamos cuatro días por delante para estar juntos, cuatro días que pasarían en un suspiro. El sábado, Gabriel daba un concierto con su orquesta. Normalmente cuando iba a verle había uno o dos programados, en cuyo caso acudía al auditorio para escucharles, para deleitarme con su música y compartir un rato de charla con ellos cuando el concierto terminaba.

–Quédate conmigo –me dijo Gabriel una noche, estando yo entre sus brazos después de hacer el amor–. Quédate para siempre.

Y lo dejé todo. Dejé mi casa. Dejé a mi familia. Dejé mi ciudad. Dejé a mis amigos. Mi trabajo podía llevármelo conmigo, ya que solo necesitaba un ordenador y una conexión a internet, pero de no haber sido posible hacerlo, también lo habría dejado. Me llevé mis cosas. Algunas viajarían conmigo y otras, con una empresa de transportes. A mis padres no les hizo mucha gracia eso de que me fuera a vivir con él con el poco tiempo que hacía que nos conocíamos y sin estar casada, pero respetaron mi decisión.

–Cuidala –le pidió mi padre a Gabriel–. Allí solo te tiene a ti.

–Tiene amigos también –dijo Gabriel–. En la orquesta la adoran y mi familia es la suya. No te preocupes, Fernando, cuidaré bien de ella.

–¿Te vas a llevar ese trasto contigo? Va a ocupar todo el coche –me espetó mi madre al verme aparecer con el violonchelo metido en su funda.

–Este trasto es mi violonchelo, mamá. Y sí, viene conmigo –repliqué.

–No sé si vas a tener sitio en casa para meter todos sus bártulos –dijo mi

madre mirando a Gabriel.

–Hay sitio de sobra, sí –contestó él con una sonrisa–. Y si no, lo hacemos.

–Oye, vendréis a mi boda, ¿no? –intervino Elena, que se casaba el próximo verano con Alberto.

–Anda, pues claro –le dije–. Aquí estaremos.

–Cómprate un vestido bonito, eh.

–Y no te olvides de llamar de vez en cuando –añadió mi madre.

–Te vamos a echar mucho de menos –dijo mi padre emocionado.

–Y yo a vosotros –dije.

Nos despedimos. Nos dimos los que serían los últimos besos y los últimos abrazos durante una buena temporada. Metí mi violonchelo en mi cochecito, que también se venía conmigo, y nos fuimos. Una nueva vida comenzaba.

Me adapté muy pronto a los cambios. Gabriel era disciplinado con su trabajo. Nos levantábamos temprano y después de desayunar él se iba bien a la sede de la orquesta, donde tenían lugar los ensayos, o bien al estudio de casa. Allí componía, orquestaba, hacía arreglos... Trabajaba duro, muy duro, pero también disfrutaba como nadie. Vivía por y para la música. A veces se le ocurría una melodía estando conmigo y entonces la apuntaba en el primer sitio que encontraba antes de que se le fuera de la cabeza. A mí me divertía ver que de pronto comenzaba a canturrear y se ponía a garabatear notas que luego pasaría a papel pautado.

–¿Te gusta? –me preguntaba mostrándome un kleenex, los márgenes de un periódico o cualquier papel que le hubiera venido a mano con la improvisada composición.

Invariablemente, me gustaba. Empecé a llevar en mi bolso un cuaderno de pentagramas por si la inspiración le venía estando fuera de casa. Cuando se lo di mientras buscaba un trozo de papel donde escribir las notas que tenía en mente su sorpresa fue mayúscula. Me abrazó, me dio un beso en la mejilla y se puso a escribir música al tiempo que decía entusiasmado que me quería y que cómo había podido vivir sin mí hasta entonces.

A principios de julio volvimos a Bilbao. Aquel fin de semana tenía lugar la boda de Alberto y mi hermana y ya aprovechamos para quedarnos unos días y tomarnos unas pequeñas vacaciones. Marta, la indomable violinista de la orquesta, con la que había hecho muy buenas migas, me había acompañado

de tiendas en busca de un vestido apropiado para la ocasión. Había intentado convencerme para que me comprara un vestido rojo con un escote de vértigo y yo me negué, diciéndole que iba a parecer que salía de un espectáculo de cabaret.

–Con ese par de tetas y este vestido ibas a causar sensación –me dijo ella poniéndoselo por delante.

–No lo dudo, Marta, no lo dudo –repliqué–. Pero la sensación que la cause mi hermana, que para eso es la novia. Yo quiero algo más discreto.

–¿De cuello vuelto?

–No –reí–, tampoco es eso.

Seguimos buscando de tienda en tienda. Encontré en una de ellas un elegante vestido negro, pero Marta me lo quitó de las manos según lo estaba mirando.

–Nada de negro –dijo, dejándolo de nuevo en el perchero–. Es una boda, no un funeral. Olvídate.

Cogí entonces uno granate con falda corta de vuelo y escote asimétrico que dejaba uno de los hombros al descubierto. Un ancho cinturón negro con adornos plateados que se ceñía a la cintura complementaba el vestido.

–¿Y este? –dije.

–¡Es precioso! Pruébatelo.

Y me empujó hacia los probadores. Cabíamos las dos holgadamente, así que ella entró conmigo. Me quité los vaqueros y la camiseta que llevaba puestos y me puse el vestido. Me quedaba perfecto. El escote resultaba cómodo de llevar; me recogía bien el pecho y no tendría que estar todo el rato tirando de él hacia arriba. Con unos zapatos negros a juego con el cinturón completaría el conjunto.

Me alegró ver de nuevo a mi familia. Ayudé a mi nerviosa hermana a ponerse su vestido blanco de novia. Estaba guapísima. Y feliz porque iba a casarse con el hombre que amaba. Yo no me había casado, pero conocía bien lo que se sentía al comenzar una vida en común con el hombre que habías elegido como pareja.

Nuestro orgulloso padre la llevó del brazo hacia el altar de la iglesia, donde Alberto la esperaba tan nervioso como ella. Vimos cómo pronunciaban sus votos sin dejar de mirarse el uno al otro. Le sonreí a Gabriel, que tenía mi mano enlazada con la suya, y él me dio un beso en la frente. Finalmente, llegó el momento en el que el sacerdote les declaró marido y mujer. A la

salida de la iglesia comenzamos a lanzar arroz y serpentinas y a felicitar a los novios. Tuve que rescatar a Gabriel en un par de ocasiones de las garras de mis curiosas tías y de algunos primos que le estaban sometiendo a un interrogatorio bienintencionado. Fue en la boda de mi hermana cuando el resto de mi familia le conoció.

Después de una opípara comida, la orquesta comenzó a tocar *El bello Danubio azul* y los novios abrieron el baile. Los músicos no eran malos y le ponían empeño y no poco talento, pero la presencia de mi padre y Gabriel allí no contribuyó precisamente a su tranquilidad, aunque según fueron transcurriendo los minutos se relajaron, recuperaron el aplomo que habían perdido y mejoraron de forma notable. Bailamos, cantamos y nos desmelenamos de lo lindo, para sorpresa de algunos, que pensaban que Gabriel y yo misma nos pasábamos el día escuchando música clásica.

Aquella noche sí que dormimos juntos en casa de mis padres. Me quité los zapatos y mis pies lo agradecieron, y eso que no había llevado tacones muy altos porque sabía que no los podría aguantar durante mucho tiempo. Gabriel dejó su traje sobre la silla. La chaqueta en el respaldo y los pantalones esmeradamente doblados, acostumbrado como estaba a cuidar de su ropa. Yo me quité el vestido y lo puse sobre la butaca del rincón. Junto a él cayeron la corbata y la camisa de Gabriel y mi sujetador.

Gabriel, a mi espalda, me apartó el pelo que caía sobre mis hombros y me besó en el cuello, haciéndome estremecer. Me rodeó con sus brazos y sus manos subieron por mi vientre liso para posarse en mis senos. Mis pezones se endurecieron al instante ante el sensual roce e inhalé aire, sintiendo que el calor se extendía por todo mi cuerpo. Me di la vuelta para besarle en la boca.

—Mis padres están en la habitación de al lado —observé acariciándole el pecho.

—No haremos ruido.

Era un reto difícil, pero estaba dispuesta a aceptarlo. Volvimos a besarnos, hambrientos. Sentí su dureza contra mí, su piel contra la mía. Puse mis manos sobre sus firmes nalgas y su miembro latió anhelante. Gabriel me empujó hacia la cama y me desnudó del todo sin dejar de besarme, de acariciarme para después desprenderse de sus boxer y quedar tan desnudo como yo.

La cama donde siempre había dormido en casa de mis padres a pesar de ser de matrimonio era más estrecha que la nuestra y, dado que estábamos acostumbrados a tener un amplio espacio para rodar y revolcarnos a placer y

esta vez el espacio era considerablemente menor, terminé dándome un coscorrón en la mesita de noche que sonó alto y claro en el silencio nocturno.

–¿Te has hecho daño? –me preguntó Gabriel en un susurro mirándome preocupado a la luz de la luna que llenaba el dormitorio.

–No.

Al ver que no me había hecho nada, le dio la risa, que sofocó como pudo. Cuando se le pasó un poco, me besó con ardor. Su lengua se enredó con la mía y la cálida intrusión me provocó una sacudida. Mi cuerpo se arqueó levemente, buscando el suyo. Lo acaricié con mis piernas, con mis pies. Él atrapó mis senos. Los masajeó y recogió en su boca el gemido de placer que escapó de la mía cuando me pellizcó suavemente los pezones. Sus labios descendieron por mi cuello. Besó mis senos. Apresó uno de mis pezones en su boca y succionó con avidez, torturando el otro entre sus dedos. Después cambió. Su mano libre se perdió entre mis piernas y acarició la seda mojada entre ellas. Sus dedos entraron en mí.

–Gabi... –jadeé.

–Sssh.

Lo empujé para ponerme sobre él, para acariciarlo entero, pero ninguno de los dos se dio cuenta de que se nos acababa el colchón y Gabriel estuvo a punto de caerse de la cama. Entonces me dio la risa a mí.

–Tenemos un serio problema de espacio –murmuró Gabriel, riendo a su vez.

El deseo fue más fuerte que la risa. Nos besamos. Nos devoramos. Sus manos aferraron mi pelo revuelto. Yo bajé por su cuerpo con mis manos y mi boca. Besé su amplio pecho, lamí y mordisqueé sus tetillas mientras acariciaba las suaves ondulaciones de su abdomen. Envolví su miembro tumescente en una mano que no podía abarcarlo en todo su grosor y lo acaricié. Rocé con la yema de los dedos el glande, sensible y húmedo, caliente y palpitante. Gabriel gruñó. Lo lamí. Lo acogí en mi boca y lo atormenté. Él jadeaba, procurando no hacer ruido, conteniendo a duras penas sus quejidos de placer. Lo llevé al límite y paré. Su enorme erección se alzaba entre los dos. Él rodó sobre mí y me besó, me acarició. Su pene buscó refugio en mi cuerpo. Entró en mí poco a poco y yo lo recibí, deseosa de tenerlo, de acogerlo en mis entrañas. Gabriel se hundió por completo en mi interior con un quedo gemido y yo lo rodeé con mis piernas. Me dejé llevar por el vaivén de sus caderas. Salía un poco de mí para volver a entrar de forma brusca con

una embestida y quise gritar de puro gozo. Alcanzamos juntos un delicioso éxtasis. Me retorcí debajo de él y Gabriel me tapó la boca con la mano, amortiguando mis sollozos de placer. Intentamos no hacer ruido, pero no sé si lo logramos del todo.

Nuestra vida en pareja transcurría en perfecta armonía. Llegó octubre, y con él el día en que Gabriel se fue de gira con su orquesta. Soportar su ausencia aquella primera vez fue lo que más me costó, pero le sabía feliz. Estaba haciendo lo que más le gustaba, aquello para lo que había nacido, y pronto me acostumbré a estar también sin él. La primera noche que pasé sola le escribí un mensaje. “Te quiero. Te extraño. Te espero”. Y él me llamó. Me llamaba y hablábamos casi todas las noches, me contaba cómo iban los conciertos y yo seguía los acontecimientos relacionados con la orquesta por las redes sociales o las emisoras de radio especializadas en música clásica mientras esperaba su regreso. Le añoraba, pero así era su vida y a mí me gustaba verle volar, vivir aquellos momentos. A veces, si las fechas entre los conciertos lo permitían, volvía a casa unos días para después volverse a marchar. El último concierto fue en Murcia, y en él nos juntamos amigos y familiares. Las emociones estuvieron a flor de piel. Hubo lágrimas, vítores y aplausos, muchos aplausos. Nos volvimos locos. Olvidamos la seriedad y la solemnidad de las sinfonías clásicas y les ovacionamos como si de un concierto de rock se hubiera tratado. Las madres contenían las lágrimas, y algunos padres también. ¡Qué orgullosos estábamos de ellos! Verles disfrutar, verles vivirlo así no tenía precio.

Una mañana, estando él trabajando en el estudio, me dispuse a tocar un rato el violonchelo en el salón. Me senté en una silla, acomodé el violonchelo entre mis piernas y, tras comprobar que estaba afinado y templarlo un poco comencé a tocar. Lo abracé, me convertí en uno con él. Yo movía el arco y mis dedos por sus cuerdas y él cantaba incansable. Perdí la noción del tiempo entre sus notas envolventes. Toqué y toqué, absorta en el maravilloso sonido que me arropaba.

Cuando se hizo un silencio tras el prelude de la *Suite número uno para violonchelo* de Bach, unos aplausos a mi espalda me sobresaltaron, haciéndome dar un respingo.

—¡Bravo!

–¡Ostras, Gabi, qué susto! –protesté con la mano en el pecho, dejando el violonchelo a un lado–. ¿Cuánto tiempo llevas ahí? Creí que estabas en el estudio.

Estaba apoyado en el marco de la puerta con cara de satisfacción.

–Y estaba en el estudio, pero se me ha olvidado llevarme un botellín de agua y al salir he oído el sonido de tu violonchelo... y me ha traído hasta aquí –dijo–. Eres muy buena. ¡Qué calladito te lo tenías!

–Gracias –murmuré sonrojándome.

–No me irás a decir ahora que te da vergüenza que te oiga tocar.

–No. ¿Por qué me iba a dar vergüenza?

–Nunca tocas cuando yo estoy delante.

–Porque somos una pareja y cuando estamos juntos hacemos las cosas que hacen las parejas. Y aprovecho mientras estás trabajando y yo estoy sola; no te voy a tener plantado escuchando en silencio mientras toco.

–¿Y por qué no? Me encanta escucharte.

–Bueno, pues yo tocaré el chelo para ti si tú tocas el piano para mí.

–Hecho. Oye, si un día hubiera una vacante en la orquesta...

–No, ni se te ocurra –le interrumpí.

–¿Por qué no? –volvió a preguntar.

–En primer lugar porque no soy lo bastante buena y...

–¿Que no? –interrumpió él–. ¡Pero si te acabo de oír tocar!

–No eres objetivo; lo dices porque me quieres.

–Ah, no, de eso nada. Es decir, sí que te quiero, pero no te lo digo por eso. Te lo digo como director. Y créeme: soy muy objetivo. ¿Y en segundo lugar?

–¿Eh?

–Has dicho “en primer lugar”, así que me imagino que hay más razones por las que no quieres formar parte de mi orquesta.

–Oh, sí. En segundo lugar porque no podríamos separar trabajo y vida privada.

–Sí que podríamos –replicó él.

–Que no.

–Que sí.

–Que no, Gabi. Y además me estaría acostando con el director. Te das cuenta, ¿no?

–Bueno, yo me estaría acostando con una de las violonchelistas.

–¿Lo ves?

Gabriel rio divertido. Se inclinó sobre mí y me dio un beso en el cuello que me puso la carne de gallina.

–Me pones un montón cuando tocas el chelo –dijo contra mi piel.

–¿Ves como no sabes separar trabajo y privacidad?

–Sí que sé. Lo que no sé es separar trabajo y placer.

–Pues todavía peor. No podría tocar sabiendo que le pongo al director.

–Te aseguro que puedo mantener mi batuta a raya.

–No bromees con eso, eh.

–Tonta.

–Zoquete.

Nos besamos. Fue un beso tierno, dulce. Gabriel me quitó el sencillo vestido blanco de algodón que me ponía para estar por casa. Yo tiré de su camiseta y la dejé caer junto a mi vestido. Acaricié su pecho mientras él se peleaba con los corchetes de mi sujetador. Nos desnudamos el uno al otro lentamente. Nos acariciamos, nos sentimos. Hicimos el amor en el sofá. Gabriel me arrancaba gemidos de placer, clavado en mí. También él gemía, jadeaba casi sin aliento mientras su corazón bombeaba con fuerza. Y oír aquella melodía me colmaba de un éxtasis arrebatador.

Ocurrió un año después, en la siguiente gira. Llevábamos algo más de un año y medio juntos cuando todo se fue por la borda. Nuestra relación comenzó a desmoronarse sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo, sin que ninguno de los dos supiera cómo evitarlo. Nos arrastró inexorablemente y no supimos salir a flote mientras nos hundíamos cada vez más, mientras nos heríamos y nos hacíamos daño el uno al otro.

Gabriel me llamó por teléfono una mañana. Habían tocado en Zaragoza la noche anterior y en breve partían hacia Barcelona. Le noté extraño y me preocupé. No tenía la vitalidad de otras veces, no me hablaba con el entusiasmo que le embargaba tras un concierto. Cuando se lo comenté me contestó que estaba cansado. Supe que pasaba algo. También en otras ocasiones había estado cansado y nunca le había sentido tan apagado. Le pregunté si se encontraba bien y me dijo que sí. Pero no lo estaba. Ocurría algo que no me quería decir por teléfono. Y me puse en lo peor. ¿Estaba enfermo? ¿Le había pasado algo?

–Estoy bien –me aseguró–. Hablaremos cuando vuelva, ¿vale?

–Vale –contesté, nada convencida–. Te quiero.

Hubo una pausa. No muy larga, pero sí lo suficiente como para que no me pasara desapercibida.

–Yo también te quiero –me dijo.

Y algo ahogaba su voz.

No pegué ojo aquella noche. Entré a internet para ver si así me enteraba de algo, pero no había nada que no fueran excelentes críticas. Tampoco el Facebook de la orquesta mencionaba nada fuera de lo habitual. Había vídeos colgados, reseñas de prensa y multitud de comentarios. No había tenido lugar ningún percance. Todo estaba en orden. Entonces, ¿qué diablos le pasaba a Gabriel? Para colmo al llegar a Barcelona en lugar de llamarme, como hacía siempre, me envió un mensaje en el que decía que habían llegado y que estaba bien. Y eso me intranquilizó aún más. Pero no quería atosigarle. No en plena gira. Si tenía algún problema yo no quería añadir mis inquietudes a lo que fuera que estuviera pasando y causarle un nuevo motivo de preocupación. Lo que fuera tendría que esperar; no me lo iba a decir por teléfono. Hablé con Marta, pero ella no había notado nada extraño.

–No pasa nada, Silvia –me dijo–. Los conciertos no pueden ir mejor. Llenamos los auditorios y estamos teniendo un éxito alucinante. Y en cuanto a Gabriel... Sigue en su línea. Es el mejor. Pero eso tú ya lo sabes.

–Le noto raro –dije.

–A lo mejor hay algún problema en la gira con algún tema de logística, hoteles o algo así.

–Si fuera algo de eso, me lo habría dicho. Además, esos asuntos los lleva Merche.

Merche era la representante de la orquesta, la mano derecha de Gabriel. Ella dirigía la organización de los conciertos, los viajes, cualquier asunto relacionado con la prensa. Merche era, por así decirlo, quien hacía que la maquinaria funcionase. Y era muy buena en lo suyo.

–Pues no sé qué decirte –replicó Marta–. Yo le veo como siempre. Estará cansado, Silvia. O le pillaste en mal momento. A lo mejor acababa de discutir con alguien. No te preocupes; seguro que es una tontería.

Después de Barcelona tocaron en Valencia. Pasarían cinco días hasta que tuviera lugar el concierto de Madrid, así que Gabriel regresó a casa. Salí a recibirle y él me abrazó como si no fuera a volver a verme. Vi su mirada triste, sus hombros caídos.

–¿Qué pasa, Gabi? ¿Qué es lo que pasa? –le pregunté.

–Vamos dentro, anda –me dijo.

Estaba inusualmente serio y taciturno. Entramos en casa y fuimos al salón. Traía ropa para lavar y planchar, pero la maleta se quedó olvidada en el recibidor.

–Gabriel, ¿estás bien? ¿Te pasa algo? –insistí–. Dime qué te ocurre.

–Yo... No es fácil decirte esto, Silvia –dijo.

Sus manos. No dejaba de mover las manos, de cerrarlas en un puño, de volver a abrirlas. Había bajado la mirada y parecía querer reunir valor para decirme lo que fuera. ¿Y si se había sentido mal y le habían encontrado algo terrible? Mi corazón comenzó a latir con fuerza. No, no podía ser algo así. Si hubiera tenido que ir al médico, Marta lo habría sabido. Me lo habría dicho. Y Gabriel no me lo habría ocultado.

–Gabi, me estás asustando.

–La otra noche en Zaragoza... –comenzó–. Salimos después del concierto... Fuimos a... a tomar algo al bar del hotel, a celebrar que todo estuviera yendo tan bien, a... Bueno, a divertirnos. ¿Cómo te cuento esto, Silvia? –Se mesó el pelo en un gesto desesperado–. El caso es que... Había una chica. Se acercó y... Empezamos a hablar, a... Yo... Me... Me acosté con ella.

–¡¿Qué?!

No podía haber oído bien.

–Lo siento –me dijo–. Lo siento mucho.

–¡¿Te has acostado con otra?!

Él asintió con la cabeza.

–No pensé, no...

–¡¿Cómo has podido?! –le grité levantándome del sofá–. ¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

–Silvia, por favor...

Se puso en pie y se acercó a mí. Yo di un paso atrás para apartarme de él.

–¡No me toques!

Se detuvo en seco, como si le hubiera dado una bofetada.

–No significó nada –dijo.

–Yo te esperaba en casa como una buena mujercita y tú te revolcabas por ahí con otra. ¿Cómo has podido?

Sentí que la angustia me atenazaba el pecho. Las lágrimas comenzaban a

agolparse en mis ojos. Iban a derramarse en cualquier momento.

–Fue solo sexo. Yo te quiero, Silvia. Por favor...

–¡Mentira! Estaba preocupada por ti. Pensaba que te pasaba algo y lo único que pasaba era que me estabas engañando.

–Silvia...

–¿Cómo has podido? Yo te quería... Confiaba ciegamente en ti... Y tú...

Comencé a llorar. Mis lágrimas empezaron a correr imparables por mis mejillas.

–Perdóname –suplicó–. Silvia, por favor, perdóname.

–¡No voy a perdonarte nunca! ¡No puedo perdonarte! –le grité–. Has matado el amor que te tenía. Lo has matado, Gabriel.

Si él había herido nuestra relación, yo acababa de asestarle la puñalada mortal. No olvidaré nunca cómo me miró, el dolor que se reflejó en sus ojos, en todo su rostro. Vi cómo se apagó la luz de su mirada. Él desgarró mi alma. Yo hice trizas su corazón. Me dispuse a irme a mi habitación, pero al pasar por su lado él me retuvo.

–No te vayas –me pidió, sujetándome de un brazo.

–¡Suéltame! –Me revolví rabiosa para zafarme de él, del contacto de su mano que me quemaba–. ¡No me toques! ¡No vuelvas a tocarme!

–Yo te quiero, Silvia –dijo abatido–. Eres lo que más quiero. Por favor... Fue solo un...

Le di un fuerte bofetón. Golpeé su pecho con mis puños, gritándole, insultándole, echándole encima todo mi dolor sin dejar de llorar. Él dejó que lo castigara sin mover un dedo, soportó todas las cosas horribles que le dije. Cuando ya no pude más corrí al dormitorio y me dejé caer en la cama. Estallé en sollozos incontrolables. Lloré hasta quedarme sin lágrimas, encogida, con los brazos cruzados sobre mi vientre. Sentía que me arrancaban las entrañas. Gabriel me había sido infiel. Nunca pensé que pudiera sentir un dolor tan grande.

Me sumí en una sensación de irrealidad. Aquel era el tipo de cosas que les pasaban a otras personas. El hombre que amaba más que a mi propia vida se había acostado con otra. Yo dormía sola y él tenía a otra mujer entre sus brazos. Era ella quien le acariciaba mientras yo le añoraba. Era ella quien despertaba junto a él mientras yo abría los ojos en una cama vacía. Lloré y lloré. Al llegar la noche debí de quedarme dormida de puro agotamiento. Desperté a las siete de la mañana con los ojos doloridos e hinchados. No

había descansado nada; me había pasado la noche dando vueltas en un sueño intranquilo.

Gabriel no estaba a mi lado. ¿Y qué esperaba? Pensar en él me causó una profunda desazón. Me levanté como una autómatas y fui a ducharme. Había dormido vestida. El espejo del cuarto de baño me devolvió un reflejo demacrado y cruel. Mis ojos oscuros estaban sin vida. Tenía unas ojeras espantosas y estaba mortalmente pálida, salvo por las manchas moradas bajo los ojos. Me sentía como un zombi y hasta me parecía a uno. La ducha me refrescó, pero no se llevó mi angustia ni aquel dolor.

¿Dónde estaba Gabriel? ¿Y por qué me preocupaba por él? ¿Qué más daba dónde estuviera? Lo encontré en el salón, dormido en el sofá. Se había quedado toda la noche en el sofá. Tenía las piernas encogidas y la cabeza ladeada, apoyada en un cojín. Uno de sus brazos descansaba sobre su estómago y el otro lo tenía doblado, con la mano formando un relajado puño junto a su pálido rostro. Sentí ganas de llorar otra vez. Mi Gabriel... No podía dejar de preguntarme por qué. Por qué me había engañado. Por qué se había acostado con una mujer que no era yo. Por qué había olvidado que yo lo esperaba, que le quería. Pensé en echarle una manta por encima. Se iba a helar. Iba a salir del salón, pero debí de hacer algún tipo de ruido y él se despertó. No me dijo nada; solo se sentó en el sofá y me miró. Le vi desolado, vencido. Él también tenía ojeras y los ojos enrojecidos de haber llorado. Y yo comprendí que no podía odiarle, a pesar de que el día anterior en pleno arrebató le había dicho que le odiaba, que ya no le quería. Había volcado en él todo mi dolor, todo mi desprecio. Había pensado en marcharme de su lado y volver a Bilbao con mi familia, pero solo pensar que ya no le vería más me había causado una intensa agonía. No concebía la vida sin él, así que decidí quedarme. Al menos mientras aclaraba mis ideas. No iba a salir huyendo. No tenía nada claro.

—¿Por qué has dormido en el sofá? Hay más camas —le dije.

—Me quedé dormido —contestó.

Asentí.

—¿Soy yo, Gabriel? ¿Ya no te gusto? ¿Es eso? —pregunté. Tenía que saberlo aunque me destrozara—. ¿Has dejado de quererme?

—¡¿Qué?! No. No, claro que no. Yo te quiero, Silvia, yo te quiero. Por favor, déjame explicarte.

—¿Qué me vas a explicar? No hay nada que explicar.

Estábamos rendidos. Los dos.

–Lo siento. Siento haberte hecho daño. Lo siento de veras –me dijo.

Su voz sonaba tan triste...

–¿Ha habido más veces, Gabriel?

–No. No sé qué me pasó. Bebí. No me emborraché ni nada de eso, pero... Me dejé llevar. Pensé con la polla y ocurrió. No debió ocurrir. No debí hacerlo. No debí. Lo siento, Silvia. Lo siento. Fue solo un polvo. No significó nada. No... Lo siento mucho.

–Tienes motivos para sentirlo.

Sé que fue brutal decirle aquello después de que él hubiera desnudado su alma, pero estaba herida y quise herirle. Anduvimos el resto del día como dos fantasmas. Yo sentía ganas de llorar y a veces daba rienda suelta a mi llanto cuando él no podía verme. Y cometí un grave error del que me arrepentiría amargamente. El primero de muchos. En mi desesperación llamé a mi hermana y, llorando, le conté lo que pasaba.

–Haz las maletas y vuelve a casa –me dijo ella tajante.

–No. No puedo irme –contesté.

–¿Cómo que no puedes? ¿Qué gilipollez es esa? ¡Que te ha puesto los cuernos, Silvia! ¿Qué más quieres, joder? Déjale y vente a Bilbao.

Dejarle. Vivir sin él. Me retorcí de dolor.

–No. No me voy.

–¿Por qué no?

Y admití ante mi hermana lo que había negado con fiereza ante Gabriel. Lo que seguiría negando hasta que no pudimos más.

–Porque le quiero. –Sollocé.

Elena se quedó en silencio al otro lado de la línea, asimilando lo que acababa de decir.

–¡Estás loca! –me espetó–. ¡Tú estás loca! ¿Te estás oyendo? ¡Que se ha acostado con otra! Cuando papá se entere...

–¡No se lo digas a papá!

–¿Que no se lo diga? Mira, Silvia, háztelo mirar, eh. ¿En serio te crees que no se lo voy a decir a papá y a mamá?

–No se lo digas –insistí.

–¿Y dejarte sola con esto? Ni lo sueñes. ¡Que te ha engañado! ¡Que se ha tirado a otra!

–¡Cállate!

–¡Que no me callo, coño! ¡Espabila! La Silvia que yo conozco no consentiría algo así. ¿Qué diablos te ha pasado?

Que estaba enamorada. Estaba locamente enamorada de Gabriel y no podía dejar de quererle de la noche a la mañana. No podría dejar de quererle nunca. ¿Por qué mi hermana no lo comprendía?

–Este fin de semana voy con Alberto y... –comenzó a decir Elena.

–¡No! ¡Ni se te ocurra venir! ¡No te atrevas, Elena!

–¿Pero es que vas a seguir con él? Yo alucino. Alucino, Silvia.

–¡Le quiero! No quiero irme. No voy a irme. –Me sequé las lágrimas que arrasaban mis ojos de un manotazo–. Me quedo aquí. Tengo que pensar.

–¿Qué es lo que tienes que pensar? No hay nada que pensar. Vuelve a Bilbao.

–No.

–Silvia...

No la escuché. Colgué y fui a la cocina. Mi hermana me llamó de inmediato, pero rechacé la llamada y apagué el móvil. Una vez en la cocina, llené un vaso de agua y me lo llevé a los labios con mano temblorosa. Irene dejó de cortar los pimientos que preparaba para el sofrito y se me quedó mirando.

–Silvia, ¿qué te ocurre? –me preguntó.

Su amabilidad casi hizo que me echara a llorar otra vez. Irene era casi como una madre para Gabriel y para mí.

–Nada –mentí.

–¿Nada? Pero si estás llorando.

–No... No pasa nada. Solo... He discutido con mi hermana.

Irene siguió cortando pimientos y, discreta como siempre, no dijo nada más.

Al llegar la noche, Gabriel se dispuso a irse a uno de los cuartos de invitados, pero le pedí que durmiera conmigo. Él me miró extrañado.

–Irene no tiene por qué ver que dormimos separados –le dije–. En la cama hay suficiente sitio para los dos.

Así que nos acostamos juntos sin tocarnos siquiera. Sin hablar. Sin mirarnos. Le oía suspirar. Hubiese querido abrazarle, recostarme a su lado, descansar en su pecho. Pero no podía. No después de que se hubiera acostado con otra mujer. Estuve despierta la mayor parte de la noche, conteniendo los sollozos y llorando en silencio para que él no me oyera.

El día anterior había desconectado el móvil y no había vuelto a conectarlo, sabiendo que mi hermana se lo diría a nuestros padres y ellos comenzarían a abrazarme a llamadas. No quería hablar con nadie. No quería que me dijeran que volviera a Bilbao, que dejara a Gabriel. Me dolía demasiado tan solo pensar en ello. Pero tuve que volver a conectarlo. No podía estar incomunicada eternamente. Y allí estaban todas aquellas llamadas perdidas. Por supuesto, no tardó en sonar y tuve que volver a oír básicamente lo mismo que me había dicho Elena de boca de mi furiosa madre. De nuevo me negué a marcharme. De nuevo me llamaron tonta, me dijeron que estaba loca. Me hablaron de orgullo y dignidad y a nadie pareció importarle mi amor. Por suerte, Gabriel estaba en el estudio y no oyó las conversaciones ni me vio llorar. No me vio gritarles a mis padres, desquiciada. No me oyó defender su amor por mí cuando mi padre me dijo que yo sí había resultado ser una aventura, que él no me quería, que no podía quererme cuando me había hecho algo así.

Aquella tarde Teresa vino a casa. Yo estaba absorta en un programa de televisión al que no prestaba la más mínima atención cuando sonó el timbre.

–¿Qué pasa con vosotros? –me dijo al entrar–. Gabriel vuelve unos días de la gira y ni os vemos el pelo. Vamos, que ni llama a sus padres. Pasando de todo. Le llamo yo y me encuentro con que está en otro planeta y ni escucha lo que le digo y... ¿Silvia?

Me eché en sus brazos y me derrumbé. Rompí a llorar una vez más. Ella me dio unas palmaditas en la espalda.

–Silvia, ¿qué pasa, hija? ¿Qué está pasando? ¿Por qué lloras?

–Gabriel se ha acostado con otra –contesté.

–¡¿Qué?! No puede ser. Tienes que estar equivocada, cariño. ¿Cómo va a...?

–Me lo ha dicho él.

Teresa se quedó helada. Me llevó a la sala y me hizo sentarme en el sofá. Yo lloraba. No podía dejar de llorar.

–¿Gabriel está en casa? –me preguntó.

–En el estudio. Se pasa allí el día. Casi no nos vemos, no hablamos... Cuando volvió de Valencia me lo contó, me dijo que... Se ha acostado con otra, Teresa.

–Ven aquí.

Me estrechó entre sus brazos y me acunó como si fuera una niña. Acariciaba mi espalda, tratando inútilmente de consolarme mientras yo lloraba. No trató de justificar a su hijo en ningún momento. No me juzgó como sí lo había hecho mi propia madre. Solo dejó que llorara en su hombro mientras me arrullaba diciendo “tranquila, tranquila”. Solo secó mis lágrimas y me besó en la mejilla. De vez en cuando mascullaba algo acerca de los hombres. Y me mecía. Terminé exhausta. Teresa me recostó contra ella, probablemente pensando que me había quedado dormida, pero solo estaba extenuada. Demasiado cansada incluso para abrir los ojos. Me sumí en un duermevela y oí hablar a Teresa entre la niebla de mis sentidos adormecidos.

–Está deshecha –murmuró–. Mira lo que has conseguido por tu poca cabeza. Puedes estar contento.

Unos fuertes brazos me levantaron. Gabriel. No quería que me tocara, pero no tenía fuerzas para resistirme. Me llevó a la cama, me quitó las zapatillas y me arropó. Sentí una mano trémula acariciando mi pelo, mi rostro.

–Lo siento, Silvia –musitó con la voz quebrada por la congoja–. Espero que un día puedas perdonarme.

Tiempo después supe por Teresa que se había desmoronado y había roto a llorar como un niño. Cuando volvió al salón, Teresa comenzó a hacerle reproches. Le echó una buena bronca por haber arruinado su relación conmigo por un polvo, por un rato de placer. Y él se vino abajo. Teresa había interrumpido su implacable sermón para abrazarlo y dejar que descargara su dolor como antes había hecho conmigo.

Capítulo 5

Durante los días que Gabriel estuvo en casa antes del concierto de Madrid apenas hablamos, apenas nos vimos. Se pasaba las horas encerrado en su estudio. Cuando coincidíamos, manteníamos una distante cordialidad y eso era todo. Y así llegó el día en que Gabriel tuvo que marcharse para continuar con la gira. Nos despedimos llenos de tristeza en el umbral.

–Silvia, no... No quiero irme así. No puedo dejarte así –me dijo.

–Ya no tiene remedio. Tienes que irte.

Asintió, apesadumbrado.

–Te quiero, Silvia –me dijo–. Fue un error. El mayor error de mi vida. Y no sabes cómo lo lamento.

–Es una pena que no recordaras que me querías antes de liarte con ella –contesté con frialdad.

Él no dijo nada. Bajó la mirada y se fue. Sin un beso. Sin un abrazo. Yo lo había apartado de mí cada vez que había intentado un acercamiento, le había rechazado una y otra vez. Y ahora estaba demasiado dolido como para intentarlo siquiera.

Nunca nos habíamos despedido así. En la gira anterior, en cada ocasión que se había ido con la orquesta a dar un concierto le había dicho que se divirtiera, que disfrutara y que me llamara al fin de cada viaje. Todos hacíamos más o menos lo mismo. Nadie se despedía de ningún miembro de la orquesta con pena, aunque luego algunos lloraran cuando se iban y ya no podían verles. No lo hacían porque eso les afectaría y si les afectaba a ellos, también podía afectar su interpretación. Y yo acababa de dejar ir al director con una carga que pronto comenzaría a pasarle factura.

Me senté en el sofá y miré el móvil. ¿Y si le llamaba? ¿Y qué iba a decirle? Suspiré. Y entonces me puse paranoica. ¿Y si ocurría algo? ¿Y si tenían un accidente y ocurría algo horrible? No era probable. Germán, el conductor del autobús, era un maniático de las normas de circulación, pero ¿y si se topaban con uno de tantos locos que iban al volante? Me entró una agobiante sensación de angustia y empecé a respirar más rápido. ¿Y si no volvía a

verle? Cogí el teléfono y le llamé.

–Silvia...

Parecía desconcertado. Normal.

–Gabriel... Gabriel, yo... Siento haberme despedido así –le dije.

–Yo también lo siento.

–¿Me llamarás cuando llegues a Madrid?

–Sí. Sí, te llamaré, no te preocupes. Silvia, ahora no puedo hablar. Te llamo cuando lleguemos, ¿vale?

–Vale.

Eso fue todo. Ninguna ñoñería de enamorados. Ningún “te quiero”. Ningún “te voy a echar de menos”. Y yo le echaba de menos. Y le quería. Pero no se lo dije.

Sus padres estuvieron pendientes de mí. Venían a casa de vez en cuando y me hacían compañía para que yo no estuviera sola con mi dolor dándole vueltas a la cabeza. Su madre casi me obligó a ir de compras con ella. A mí no me apetecía nada ir de compras, pero ella se mantuvo firme.

–Necesito unos pantalones y mi hija no tiene tiempo para nada –me dijo–. Y cuatro ojos ven más que dos, así que te vienes conmigo.

No necesitaba unos pantalones en absoluto. Su intención era distraerme, pero yo no podía olvidar. Nos pasamos la tarde de tienda en tienda y cuando llegó la hora del cierre, nos fuimos a una cafetería. Teresa dejó sus bolsas a un lado. Se había comprado los pantalones, una blusa y unos zapatos. Yo había estado ausente la mayor parte del tiempo y no había puesto el más mínimo interés, aunque ella fingió no darse cuenta.

–¿Qué vas a hacer, chiquilla? –me preguntó después de haber estado toda la tarde eludiendo el tema.

–No lo sé –musité dando vueltas distraídamente a la cucharilla–. No sé qué hacer. Estoy perdida.

–Te entiendo como mujer, Silvia, pero como madre... me duele ver así a Gabriel. No apruebo lo que ha hecho, pero es mi hijo. Nunca le he visto tan feliz como contigo y ahora...

Vi que las lágrimas asomaban a sus ojos. Teresa se las arregló para ahuyentarlas y yo lo agradecí. Lo último que nos faltaba para rematar el día era terminar llorando las dos.

–Nunca pensé que fuera capaz de semejante estupidez, el muy imbécil –masculló.

–No sé cómo vamos a seguir después de esto. Ya nada volverá a ser como antes.

–¿Vas a dejarle?

–Lo he pensado, pero... no puedo. ¿Cómo voy a vivir sin él? Me moriré sin él.

Rompí a llorar. Teresa me cogió una mano.

–No llores, Silvia. Aquí no, niña.

–¿Por qué me ha hecho esto? Yo le quería...

Me sequé las lágrimas como pude. Teresa pidió una tila con dos sobres y me la hizo tomar. Al volver me preguntó si quería ir a dormir a casa de ellos para no estar sola por la noche, pero no quise ir. Estaba acostumbrada a estar sola cuando Gabriel se iba de gira. Y además, quería estar en la intimidad de mi hogar.

Mis padres y mi hermana me llamaban continuamente para –según ellos– hacerme entrar en razón. De nada servía que yo dijera que amaba a Gabriel hasta quedarme sin voz.

–El caso es no dar tu brazo a torcer, ¿no? –me espetó mi madre–. Eres capaz de lo que haga falta con tal de no admitir que te has equivocado, incluyendo quedarte con ese hombre después de que te haya puesto los cuernos con otra. Tu terquedad te va a costar cara, eh, Silvia, muy cara. Ya volverás llorando a casa.

–Mira, como me lo encuentre lo mato a hostias –me decía mi padre.

–No vas a matar a nadie, papá –replicaba yo.

–Que te haya hecho daño no se lo perdono en su puta vida, ¿me oyes? ¡Esto que te ha hecho no se lo perdono en la puta vida!

Y lo peor fue lo de mi hermana.

–¿Estás con él por la pasta? ¿Estás aguantando ahí por la posición que él puede darte? Lo tuyo es ya una relación por interés, Silvia. Porque no se explica de otra manera.

La llamé de todo. Era verdad que los ingresos de Gabriel eran muy elevados, pero yo jamás había estado interesada en su dinero. Yo me había enamorado de un hombre noble con un corazón que no le cabía en el pecho. Era bueno, dulce, apasionado. Estaba lleno de vida, de energía. Y yo le adoraba. Y ahí comenzó a desquebrajarse la estupenda relación que siempre había tenido con mi hermana Elena. Tuvimos una fuerte discusión que fue

subiendo de tono a medida que hablábamos. Me dijo cosas que me dolieron en lo más hondo de mi ser, me hirió sin piedad. Fue inhumanamente dura conmigo. Cuando terminé de hablar con ella lloré hasta caer rendida.

Cuando Gabriel volvió, una vez finalizada la gira, pareció sorprenderse de encontrarme en casa. Me miró como si fuera una aparición, con emoción contenida en los ojos.

–Estás aquí –dijo.

–¿Dónde iba a estar si no? –contesté.

–No sé. Pensé que... Pensé que al volver ya no estarías, que... te habrías ido.

Había pensado que me marcharía en su ausencia, que volvería y se encontraría la casa vacía, que le abandonaría. Y me partió el corazón. Vi en su mirada triste sus ganas de estrecharme entre sus brazos, pero mi frialdad lo detuvo antes de haber movido un solo músculo hacia mí.

–¿Qué tal la gira? –le pregunté bruscamente.

–Bien.

Había leído magníficas críticas en internet y algo en la prensa. Solo hablaban maravillas de la orquesta, de los músicos que lo daban todo, de su apasionado director. Y solo él y yo sabíamos el dolor que había tenido que encerrar dentro de sí.

Comencé a sacar su ropa de la maleta y a meterla en la lavadora. Primero la blanca. Luego lavaría la de color, a excepción de su frac, que lo llevaría a la tintorería habitual junto con la pajarita y el chaleco. Y cuando todo estuviera seco me pondría a planchar.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntó Gabriel sin dar crédito a lo que veía.

–¿A ti qué te parece? Traes un montón de ropa para lavar.

–De la colada se ha encargado siempre Irene.

–¡Pues ahora me encargo yo! –le solté.

Tenía que hacer algo para mantener la cabeza ocupada. Y como no tenía ningún libro que traducir para la editorial y no tenía ganas de tocar el violonchelo, me dio por lavar, planchar, limpiar y cocinar. Si permanecía inactiva me iba a volver loca.

–Vas a dejarme sin empleo –me decía Irene medio en serio medio en broma mientras yo planchaba y almidonaba las camisas blancas del uniforme de Gabriel.

–No, no –decía yo–. Por eso no te preocupes. Es una casa enorme; podemos limpiar las dos.

–Para limpiar vengo yo, Silvia. A Gabriel no le va a gustar...

–A Gabriel que le zurzan –la corté.

Pero Gabriel no se metió en nada, comprendiendo que era mi forma de afrontar mi desasosiego. Ni siquiera se quejó cuando se dio una costalada morrocotuda en nuestra habitación cuando me dio por encerar los suelos. Al principio me asusté. Solo faltaba que se rompiera un brazo y no pudiera dirigir ni tocar el piano. Afortunadamente, todo quedó en un fuerte golpe que se saldó con algún que otro moratón y el trasero dolorido. Pocos días más tarde volvía a estar ocupada con otro libro que traducir y abandoné el territorio de Irene, que respiró aliviada.

Marta me llamó el primer sábado por la mañana después de haber vuelto de la gira. Quedamos para ir al cine juntas aquella tarde y cenar cualquier cosa en algún restaurante del centro comercial. Mi primer impulso fue negarme, pero lo pensé mejor y accedí. No podía quedarme en casa llorando continuamente. Y desde que Gabriel me había confesado su infidelidad no hacía otra cosa. Me dolía verle porque me había hecho más daño del que jamás habría imaginado que pudieran hacerme y también me dolía no verle. Estaba conmigo y a la vez no estaba. Y yo me encontraba tan hundida en mi propio dolor que no me daba cuenta de cuánto sufría.

–Tenías tú razón, eh –me dijo Marta mientras cenábamos unas hamburguesas llenas de colesterol con sus correspondientes patatas y refresco–. Desde que hemos vuelto de Valencia, Gabriel está rarísimo. Está... No sé cómo decirlo... No tiene la energía de siempre; es como si no le importara nada. ¿Le pasa algo? ¿Te contó lo que fuera que te tenía tan preocupada? Tiene que ser muy grave para que le haya afectado así.

Dudé en hacerlo, pero Marta era mi mejor amiga, así que le confié lo que pasaba una vez le hice prometer mil veces que no se lo diría a nadie. Absolutamente a nadie. Nadie mejor que ella podía comprenderme. Marta había terminado con su novio, Hugo, un par de meses antes de la gira. Él la engañaba con otra, ella lo había descubierto de la peor manera posible y después de muchos sinsabores habían roto. Marta se quedó de piedra y no pudo disimular su profunda decepción.

–¡Pero qué cabrón! –soltó.

–No hables así, Marta.

–¡Te la ha pegado con otra! ¿Qué quieres que diga?

–No tiene una amante ni nada de eso. Fue... Fue un polvo.

–No le disculpes.

–No lo hago.

–Sí lo haces. En Zaragoza fue un polvo. Otro día será otro y así. Mira Hugo. Estaba con esa zorra y si no llego a pillarles juntos... Encima cuando empecé a sospechar que me estaba poniendo los cuernos me lo negaba el muy hipócrita. Y luego me echaba la culpa a mí. Que siempre estaba lejos, me dijo, o de ensayos o de conciertos.

–No es lo mismo, Marta. Siento mucho lo que te pasó con Hugo, pero no es lo mismo.

–Puede, pero por algo se empieza, Silvia. Por algo se empieza.

Gabriel y yo nos convertimos en extraños compañeros de vivienda y de cama. El abismo que se había abierto entre nosotros aumentaba día a día. Nos heríamos. Nos lastimábamos estando juntos con nuestras palabras, con nuestra actitud, pero tampoco podíamos estar separados. Una noche fui al estudio. Eran casi las doce y él seguía allí. Ni siquiera había cenado. Y yo tampoco. Llamé con los nudillos para avisarle de mi llegada y entré. Estaba componiendo, sentado al piano con un lápiz en la mano y el cuaderno de partituras abierto sobre la cola del piano. No me miró. Tenía los hombros caídos y parecía agotado.

–Gabriel, es muy tarde –le dije poniendo una mano sobre su hombro–. Déjalo ya.

Le quité suavemente el lápiz de la mano y lo dejé sobre las partituras. Él dejó caer los brazos sobre su regazo.

–Descansa.

–No estoy cansado –replicó, y sus ojeras decían lo contrario–. Tengo un montón de trabajo, Silvia. Tengo una banda sonora que componer, música que orquestar...

–Me estás rehuyendo. Te encierras aquí todo el día y te refugias en la música para no enfrentarte conmigo.

–Yo te evito porque tú me rechazas cada vez que me acerco a ti. Es tu distanciamiento, tu frialdad, el dolor que hay en tu mirada... ¿Qué queda entre nosotros, Silvia?

–No lo sé.

¿Por qué no le dije que le seguía queriendo? ¿Por qué no lo abracé entonces? ¿Por qué no le dije que le perdonaba, que él era mi vida?

–Nunca quise hacerte daño –me dijo derrotado.

Y yo lo sabía. Él, para quien yo era su más preciada sinfonía. Él, en cuyos ojos podía perderme cuando me miraba. Nunca había querido hacerme daño. Pero me lo había hecho y mi corazón aún sangraba por ello. No se lo dije. Me pareció cruel e innecesario.

–Te preparo algo de cenar –dije.

–No hace falta. No tengo ganas de cenar.

Así que nos fuimos a la cama. Nuestra intensa vida sexual se había reducido a la nada. Gabriel estaba de espaldas a mí. Su pelo negro se ensortijaba levemente por las puntas. Lo tenía largo; necesitaba un buen corte para su propia comodidad, aunque así también estaba guapo. Yo estaba tendida de costado, mirando hacia su espalda.

–¿De qué es la banda sonora? –le pregunté.

Nos habíamos conocido durante la composición de una. Nos habíamos enamorado gracias a la música. Ahora él ya no me hablaba de música ni de cine. Ni de nada. Ni yo a él. Ya no me enseñaba sus composiciones espontáneas. Ni las que no eran espontáneas. Ya no veía ilusión en sus ojos. No había vuelto a verle sonreír.

–De un thriller de Robert Stone –contestó–. *Dead Guns*, se titula.

–Oh.

–Puedes verlo, si quieres.

–Sin tu música no.

Me salió del alma y con más contundencia de la que pretendía. Gabriel se dio la vuelta y me miró durante unos instantes sin decir nada.

–¿Sin mi música no? –preguntó tras el silencio.

–No.

–No sabía que te importara.

–Pues me importa.

–Ya.

¡Qué maravillosa conversación pueril! Le miré ceñuda.

–¿A qué viene ese tono? Si piensas que quiero que tu carrera se hunda, estás muy equivocado –dije.

–Ah, bueno, ya me siento mucho mejor –gruñó él–. No te preocupes; mi

carrera va de puta madre. Es mi vida la que se está yendo a tomar por culo.

–De eso eres tú el único responsable.

Vi su inmenso dolor. ¿Por qué hacía daño al ser que más amaba?

–Lo siento, Gabriel –dije–. Lo siento.

–No, tienes razón.

–No. Yo... No quería herirte así, Gabi. Ha sido un golpe bajo. Lo siento.

Estaba a punto de llorar y él se dio cuenta.

–Está bien, Silvia, no pasa nada. Ha sido un día largo y estamos cansados.

–¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te acostaste con ella? Yo te quería.

No pude evitar las lágrimas y le di la espalda. Gabriel se incorporó y puso una mano sobre mi brazo.

–Silvia...

–Déjame.

Sacudí el brazo y lo aparté de mí una vez más. ¿Cómo iba a olvidar? ¿Cómo iba a volver a confiar en él? ¿Cómo íbamos a sanar tantas heridas?

–Lo siento –me dijo.

¿Cuántas veces me había dicho que lo sentía? Me quedé acurrucada y al rato noté que mi pelo se movía levemente. Gabriel debía de haberme cogido un mechón. Tal vez pensaba que estaba dormida. Le dejé hacer. Quería que me abrazara. Echaba de menos el calor de sus brazos. Cerré los ojos. Poco después mi pelo dejaba de moverse. Sentí que Gabriel se volvía a mi espalda. Le oí suspirar. Una lágrima solitaria arañó mi mejilla. Solo había sido un polvo.

El sábado por la mañana desayunamos tranquilos. No había concierto ni ensayo con la orquesta hasta el día siguiente y Gabriel iba a quedarse en casa componiendo. Apenas hablamos, pero la hostilidad de los últimos días parecía haber desaparecido. Era la calma tras la tempestad. Había paz entre los dos. Yo recordaba sus dedos enredándose en mi pelo la noche anterior. Él me quería. Y yo, a pesar de todo lo que le había dicho, nunca lo había dudado.

Después de desayunar, Gabriel fregó los cuatro cacharros del desayuno y de la cena de la noche anterior que aún estaban en el fregadero y recogió la cocina. Yo me fui a hacer la cama. Estaba cerrando la ventana cuando Gabriel apareció en la habitación con las sábanas que había lavado Irene el día anterior y que ya estaban secas.

–¿Me ayudas a doblarlas? –me preguntó.

Doblamos las sábanas entre los dos y las metí en el armario con el resto de la ropa de cama.

–¿Te apetecerían unas patatas a la riojana para comer? –le pregunté.

Él asintió. Aquellos pequeños gestos cotidianos me hacían sentir más cerca de él. Puse los pimientos a remojar para poner la comida y mientras tanto Gabriel fue a comprar el pan. A su vuelta nos quedamos los dos en el salón, cada uno mirando su correo electrónico y demás asuntos en internet. Estábamos en silencio, pero al menos no discutíamos, no nos dañábamos. Entonces sonó el timbre del portón de entrada y nuestro dulce aunque algo hecho polvo hogar se convirtió de pronto en un caos incontrolable.

–Qué raro –murmuró Gabriel.

–Será tu madre –aventuré.

Se levantó y fue a ver de quién podía tratarse.

–¿Quién es? –le pregunté cuando volvió a la sala.

–Son tus padres –contestó.

–Gabriel, que no estoy para bromas.

–¿Tengo cara de estar bromeando?

No. No la tenía.

–¡¿Mis padres?! ¿Qué diablos hacen mis padres aquí?

–¿No sabías que venían?

–¡Qué voy a saber! De haberlo sabido te lo habría dicho. Bueno, lo que nos faltaba.

–Tu padre va a cortarme las pelotas.

–De eso nada. –No le dije que mi padre había amenazado con matarle a hostias–. Nos vamos a comportar como gente civilizada, y ellos los primeros.

Gabriel no se lo creyó ni por un instante, dadas las circunstancias, pero no replicó. Nos armamos de valor y salimos a recibirles.

–¿Qué hacéis aquí? –les pregunté.

–¡Vaya un recibimiento! –me recriminó mi madre dándome dos besos.

–Hemos venido a verte –dijo mi padre antes de darme otros dos besos.

Saludaron a Gabriel con un frío glacial. Un simple “hola” sin besos, sin un abrazo. Sin estrecharle la mano siquiera. A él no le vino de sorpresa porque ya se lo esperaba, pero a mí sí me dolió. Lo entendía, pero me dolió.

–¿Cuándo habéis llegado? –les pregunté.

–Anoche –contestó mi padre–. Llegamos tarde y nos fuimos directamente al hotel.

–¿Estáis en un hotel?

–Pues claro –dijo mi madre–. ¿Qué esperabas?

Que se quedaran en casa, aunque sabía que la respuesta sería que no pensaban quedarse bajo el mismo techo que Gabriel. Estaba a punto de decírselo cuando Gabriel sugirió que fuéramos al salón en lugar de estar charlando en la entrada. Una vez mis padres se acomodaron en el sofá, les ofrecí un café que rehusaron sin contemplaciones.

–¿Qué tal está Elena? –pregunté, intentando posponer lo inevitable.

–Elena está muy disgustada contigo –dijo mi madre–. Nos ha contado que la llamaste de todo menos guapa la última vez que hablasteis por teléfono. Anda, que ya te vale.

–Pero no os ha contado lo que me dijo ella, ¿verdad? –contraataqué.

–Silvia, tu hermana solo quería ayudar –la defendió mi padre.

–No necesito ayudas como las de Elena.

Gabriel estaba desconcertado. No tenía ni idea acerca de lo que estábamos hablando. Yo no se lo había contado. ¿Cómo iba a decirle que mi hermana prácticamente me había ordenado que hiciera las maletas y volviera a Bilbao, que le dejara? Por no mencionar que me había dicho que estaba con él por interés, entre otra serie de cosas a cuál más desagradable que prefería no recordar.

–¿Y tú cómo estás? –preguntó mi madre.

–Estoy perfectamente –mentí. En realidad estaba destrozada y nunca me había sentido tan triste, pero en el plan que tenían no iba a decírselo.

Mi padre ya no pudo callarse durante más tiempo.

–¿Y tú cómo pudiste? –le espetó a Gabriel enfrentándose a él–. ¿Cómo pudiste ser tan hijo de puta?

–¡Papá!

–Fernando... –dijo mi madre al mismo tiempo.

–No te doy de hostias porque estamos en tu casa –añadió mi padre ignorándonos a las dos–, pero no mereces otra cosa.

–Papá, por favor –insistí.

–No eres más que un miserable cabrón. ¡Qué bajo has caído! –remató mi padre con la voz cargada de desprecio, sin oírme–. ¡Pero qué bajo!

Gabriel no se defendió. No se justificó. No dijo nada.

–Ya basta, papá –dije, intentando detenerlo.

–¿Y tú cómo puedes seguir con él después de lo que te ha hecho? –me

increpó entonces mi padre volviéndose furioso hacia mí.

–Es lo que quiero –repliqué.

–No te reconozco, eh, Silvia. No te reconozco –murmuró mi madre–. Ya te he dicho que no iba a atender a razones –le dijo seguidamente a mi padre.

–Se acabó –dijo él perdiendo la paciencia–. Recoge tus cosas...

–¡No! –interrumpí con fiereza, al borde del llanto–. ¡No voy a irme!

–¡Este hombre no te quiere! ¡No te ha querido nunca! ¿Es que no te das cuenta?

–Fernando, ya es suficiente –intervino Gabriel conteniendo su rabia–. Lo último que necesita es...

–¡Lo último que necesita es a un desgraciado como tú a su lado! –estalló mi padre.

Yo no pude soportarlo más y me eché a llorar. Me marché de la sala y corrí al amparo de mi habitación. De nuestra habitación. Entonces oí la voz encolerizada de Gabriel soltando un juramento.

–¡¿Es que no os dais cuenta de que le hacéis daño?! –gritó.

–¡Aquí el único que le ha hecho daño eres tú! –replicó mi padre fuera de sí.

No escuché más. No quería oír más acusaciones, más reproches. Mi padre y Gabriel se enzarzaron en una acalorada discusión. La bronca, aunque no alcanzaba a entender lo que decían, se oía desde el dormitorio en la planta de arriba y ni siquiera mis sollozos podían acallarla.

Gabriel vino un rato más tarde. Yo estaba echada en la cama, aún hipando a causa del sofocón, con un pañuelo de papel arrugado en la mano. Gabriel y mi padre enfrentados era lo último que había esperado ver.

–Silvia...

Cerró la puerta y se acercó a mí.

–Tranquila –me dijo sentándose a mi lado–. ¿Te traigo algo? ¿Necesitas algo?

Negué con la cabeza.

–Deja que te abrace. Al menos, déjame ser tu amigo –dijo.

–Gabi...

Me recosté contra él y dejé que me envolviera en sus brazos. Necesitaba el calor de sus brazos, escuchar la música de su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Y no me di cuenta de que aceptando su “al menos seamos amigos” le alejé aún más de mí. No me di cuenta de que había roto un poco más el corazón que me arrullaba.

–Tranquila –repitió pasando la mano por mi espalda.

–¿Qué ha pasado, Gabriel? –le pregunté cuando encontré voz–. Se oían los gritos desde aquí.

–No ha pasado nada. Solo hemos discutido.

–¿Se han ido?

–No, están abajo. Les he dejado plantados; voy a tener que volver.

–Tengo que poner la comida.

–No te preocupes ahora por la comida. Voy abajo con tus padres. Ven cuando te sientas con fuerzas, ¿vale?

Asentí. Me quedé sola en la habitación unos minutos más y cuando regresé al salón los ánimos se habían calmado. Gabriel y mis padres hablaban en tono sosegado aparentando una normalidad que estaba lejos de ser real. Mi padre se disculpó.

–Lo siento, Silvia –me dijo–. No he debido ponerme así. Ya eres mayorcita; tú verás lo que haces.

En sus ojos aún ardía la furia que sentía hacia Gabriel, pero en vistas a cómo me había afectado la discusión prefirió zanjar el asunto por el momento. Sin embargo, la tensión seguía flotando en el ambiente. Por si no teníamos ya bastantes complicaciones, a mi madre se le ocurrió una idea que pretendía ser conciliadora.

–Oye, Gabriel, ¿y si nos presentas a tus padres? Nos gustaría mucho conocerles y ya que estamos aquí... –sugirió.

Mi padre asintió conforme con la cabeza. Entonces Gabriel llamó a sus padres para decirles que los míos estaban en Murcia. Ellos, que también tenían muchas ganas de conocer a mis padres, se mostraron encantados y quedamos para aquella misma tarde en su casa. Café y cena. Así podían conocerse y hablar largo y tendido. Yo estaba tan aturdida ante todo aquello que no sabía ni cómo reaccionar y Gabriel no se sentía mejor que yo, pero así estaban las cosas. De golpe y porrazo nos habíamos visto envueltos en una cena de parejitas en plena crisis.

Mis padres no quisieron quedarse a comer, pero acordamos que Gabriel les recogería a las seis en el hotel y de allí iríamos a casa de sus padres.

–Ay, Gabriel, ¿en qué lío nos estamos metiendo? –farfullé–. ¿Tú sabes la que se puede armar?

–Todo irá bien. Solo tenemos que aguantar el tipo.

–¿Que todo va a ir bien? Eso no te lo crees ni tú.

Entre una cosa y otra se había hecho muy tarde para poner la comida, así que Gabriel decidió llamar a un restaurante de comida para llevar y pedir un pollo asado con patatas fritas y una ensalada. A mí se me había quitado el apetito y no me sentía capaz de probar bocado, pero Gabriel me dijo que teníamos que comer.

–He pedido también una barra del pan de ajo de ese que te gusta –me dijo.

Esboqué una tenue sonrisa. Era muy bueno conmigo. ¿Cómo no iba a quererle?

–Gabriel, ¿qué te ha dicho mi padre? –le pregunté aquella tarde–. Aparte de lo que ya he oído, claro.

Me había quedado dormida en el sofá mientras veíamos la película de sobremesa. Cuando desperté tenía una manta por encima.

–Mi propio padre me ha dicho que soy un desgraciado y que le he decepcionado, así que imagínate lo que no me habrá dicho el tuyo.

–¿Tu padre te ha dicho eso?

–Entre otras muchas cosas. Y tiene razón. He decepcionado a mucha gente. Te he decepcionado a ti, y eso es lo que más me duele.

Aparté la mirada. Me habría gustado negarlo, pero no pude porque era cierto. Me había decepcionado. Me había sido infiel. Había traicionado mi confianza. Y también había sido brutalmente sincero conmigo. Podría haberse callado y yo jamás me habría enterado. Santi, con quien compartía habitación en los hoteles, habría guardado celosamente su secreto. Había escogido el camino más difícil y el más honesto. Me arrebujié un poco más en la manta.

–No dormí con ella –me dijo tras un silencio.

–¿Qué?

–No dormí con ella –repitió–. Volví al hotel. Estuve despierto toda la noche sin poder quitarme de la cabeza lo que había hecho. No pude dejar de pensar en ti. Sé que no es excusa, que no hice bien, pero fue solo sexo. Sin más. Y no eras tú.

No había amanecido en la cama de otra mujer como yo pensaba, sino en su habitación de hotel con Santi. No había compartido ni un solo momento de intimidad matutina con ella, sino con Santi. Se habían duchado, se habían afeitado y seguramente se habían vestido mientras hablaban del concierto de

la noche anterior o del siguiente.

–Santi lo sabe, supongo –dije.

–Sí. Tuvo que aguantarme una buena parte de la noche. Y de la mañana.

Parecía ser que no habían hablado de los conciertos.

–¿Por qué me lo contaste, Gabriel?

–Porque... Porque no podía soportar haberte engañado, haberte hecho algo así. Porque no quería ocultártelo. Porque en el fondo no decírtelo habría sido como mentirte y no quería mentirte–. Calló unos instantes y luego continuó–: ¿Habrías preferido no saberlo?

–No lo sé. Habría preferido que no pasara.

–Yo también –dijo en apenas un susurro con la mirada baja.

Sentí su profunda tristeza. No era menor que la mía.

Llegó la hora de irnos en busca de mis padres. Yo me empeñé en llevarme los ingredientes para preparar un arroz con leche de postre. No me daba tiempo a ponerlo en casa y no quería ir con las manos vacías. No iba a dejarle a Teresa todo el trabajo. Mis padres habían comprado vino como para que todos nos pilláramos una buena cogorza. Rogué para que el vino no le calentara la lengua a nadie y termináramos nuestra reunión familiar con otra acalorada discusión.

Me pasé la tarde en tensión, esperando que en cualquier momento surgiera una nueva bronca, pero no fue así. Ramón y Teresa recibieron a mis padres con su consabida cordialidad y los hicieron sentir como en su casa, como siempre habían hecho conmigo. Teresa me regañó cuando le dije que pensaba poner yo el postre.

–Ni hablar –me dijo–. Olvídate de meterte en la cocina. Como mucho te dejaré ayudarme un poco.

–Pero...

–Que no cocinas. Te llevas todo eso y lo pones en tu casa otro día. Además, he traído unas reinetas para asar y una tarta. No vamos a poder con todo.

–¿Has traído una tarta?

–Sí. De fresa. Y un cordero buenísimo. Os vais a chupar los dedos.

Tomamos café en la sala junto a las pastas con las que Teresa siempre lo acompañaba. Gabriel estaba taciturno, ausente y mi padre, aunque se mostraba afable, no tenía el buen humor de otras veces. Si Ramón y Teresa notaron algo, lo disimularon muy bien.

Más tarde mi madre y yo ayudamos a Teresa con la cena mientras los hombres se quedaban charlando.

–Tu padre y Gabriel la han tenido, ¿verdad? –me preguntó Teresa en un momento en que mi madre había ido al baño.

–¿Tanto se nota?

–Uf. Pasa un arco y empezarán a sonar notas. ¡Cómo está el ambiente! Pero estate tranquila. No va a pasar nada. Ramón se ocupa de controlarlos.

Cenamos en buena armonía, si por buena armonía se puede entender que mi padre y Gabriel apenas se dirigieran la palabra, que mi padre quisiera matarlo y le lanzara miradas asesinas, que mi madre no aceptaba que quisiera quedarme en Murcia con Gabriel y que yo quería desaparecer mientras Ramón y Teresa se esforzaban en que todo fluyera con pretendida naturalidad. Tenía una imperiosa necesidad de huir y en cuanto tuve oportunidad me presenté voluntaria para recoger los platos de la mesa y llevar el postre. Teresa estuvo a punto de protestar e hizo ademán de levantarse e impedírmelo, pero debió ver la súplica que había en mis ojos y me dejó hacer.

Fui a la cocina y tras dejar los platos en el fregadero me quedé allí, tan solo respirando. Necesitaba unos minutos de sosiego. Necesitaba salir de allí. A veces me entraban ganas de llorar. No debería ser así. Deberíamos estar hablando animadamente, riendo. Deberíamos estar felices. Y no lo estábamos. Por lo menos Gabriel y yo.

–¿Te estás escondiendo en la cocina? –me dijo Ramón apareciendo por la puerta.

–Un poco –admití.

–Tus padres son muy majos.

–¿Sabes que mi padre y Gabriel han discutido?

–No. No lo sabía. Pero, bueno, en vistas a lo que ha pasado tampoco me sorprende. ¿Cómo estáis?

–Bueno... Estamos.

–¿Y tú cómo estás?

–Se me ha venido el mundo encima –contesté acongojada–. Nunca pensé... Estoy muy dolida, Ramón.

–Es normal, hija. Es normal.

–Pero a pesar de todo le sigo queriendo. Le quiero tanto...

–¿Y estás esperando a ver si se te pasa? –bromeó él.

Me hizo sonreír.

–Venga, te ayudo a llevar el postre –dijo–. Si tardas mucho empezarán a sospechar y a hacerse preguntas.

Tenía razón, así que pusimos las manzanas asadas en un par de fuentes y llevamos la tarta de fresa que Teresa había comprado para asegurarse de que nadie se quedara sin postre.

Afortunadamente, pese a las circunstancias, los padres de Gabriel y los míos pudieron dejar a margen lo que había ocurrido entre Gabriel y yo y terminaron trabando una genuina amistad que incluyó el intercambio de números de teléfono y promesas de volver a verse en un futuro. Yo me pregunté si a Gabriel y a mí nos quedaba algún futuro y ahogué la angustia que me entró con una copa de vino que me bebí de un trago. Él me miró sorprendido. Yo casi nunca bebía y de pronto parecía dispuesta a terminar con el contenido de una bodega entera. Le devolví la mirada con una tenue sonrisa que intentaba ser tranquilizadora. No iba a darme a la bebida, si era eso lo que estaba pensando.

La velada llegó a su fin. Dejamos a mis padres en el hotel y nos volvimos a casa. Gabriel parecía estar para el arrastre y no era para menos. Nada más cerrar la puerta, dejó las llaves en la cómoda y suspiró.

–Gabi, ¿estás bien? –le pregunté.

–Sí. Sí. ¿Y tú? –contestó.

–También. Ha sido horrible.

Todavía no había terminado. Mis padres no se iban hasta el día siguiente por la tarde, y eso suponía que el domingo por la mañana, después del ensayo de la orquesta, repetíamos el encuentro. Íbamos a comer los seis juntos en un restaurante. Esta vez invitaban mis padres y a nosotros nos tocaba un día de tortura más. Y a las siete y media tenía lugar el concierto, al que también irían mis padres. Yo solo quería estar en la quietud de nuestra casa, con él. Aunque no habláramos, aunque nuestra relación se estuviera desmoronando, su sola presencia me confortaba. Estaba conmigo. Podía verle y oírle aunque ya nada fuera igual entre nosotros. Dormía a mi lado aunque ya no hiciéramos el amor, pero estaba allí, respirando acompasadamente junto a mí.

No dormí bien aquella noche. Y Gabriel tampoco. Dimos vueltas y más vueltas en la cama. Yo no podía dejar de pensar en el enfrentamiento que habían tenido mi padre y Gabriel. ¿Qué clase de barbaridades habría tenido que oír? No me lo había contado. Suponía que era demasiado doloroso como

para contármelo. Mi padre y mi amor. Los dos hombres de mi vida enemistados tal vez para siempre.

Yo me había desvelado a causa de una pesadilla. Gabriel se agitaba en sueños. Siempre dormía como un tronco, pero los últimos acontecimientos no le dejaban dormir tranquilo. Lo arropé. Con tantas vueltas se había destapado. Contemplé su rostro, su pelo revuelto, sus labios entreabiertos. ¿Cuánto tiempo hacía que no besaba aquellos labios? Me quedé junto a él para robarle el calor, para sentir su aliento un poco más cerca. Y volví a quedarme dormida.

El domingo, después del concierto, mis padres se dispusieron a regresar a Bilbao. Se despidieron afectuosamente de los padres de Gabriel y a él le despidieron con tanta frialdad como lo habían saludado al llegar.

–Si cambias de opinión, ya sabes –me dijo mi madre.

Ni siquiera en aquel momento podían parar, pensé. Quise decirle que no volvería con ellos, que no dejaría a Gabriel, pero no quise hacerlo delante de él y de sus padres. ¿Sabían Ramón y Teresa que querían que dejara a su hijo? ¿Habrían hablado de nosotros o se habían limitado a fingir que no pasaba nada? Sentí una punzada en el pecho al darme cuenta de que, por mucho que le doliera como madre, Teresa entendería que le abandonara. Su propia madre.

–Silvia...

Mi padre ardía en deseos de decirme un montón de cosas. No quería irse y dejarme allí con Gabriel. No podía soportar que hubiera hecho sufrir a su niña y no comprendía que yo me marcharía lejos de él.

–Estaré bien, papá –le tranquilicé.

–Cuídate mucho –me dijo resignado, dándome un beso en la mejilla–. Y cualquier cosa, ya sabes dónde estamos.

–Y llama a tu hermana –añadió mi madre abrazándome–. Arregla las cosas con ella.

No pensaba hacerlo. No después de todo lo que me había dicho. Pero tampoco quise decir nada que originara una nueva disputa. Y se fueron. Yo suspiré. No tardaríamos en volver a verles; la Navidad estaba cerca.

Capítulo 6

Gabriel seguía trabajando en la banda sonora de la película de Robert Stone. Ya la había orquestado y solo quedaban los ensayos con los músicos y su posterior grabación. Le veía agobiado. La música nunca había supuesto un agobio para él, pero ahora parecía estar terriblemente cansado y bajo estrés cada vez que salía del estudio o cuando volvía de la sede. No me contaba nada. Si le preguntaba qué tal iba todo, me decía que bien. Pero no era así. No sabía de qué se trataba, pero algo estaba pasando. Y me preocupaba. El tercer día de ensayo, cuando dio por concluida la jornada por aquel día, regresó a casa con el rostro demudado y se dejó caer abatido en el sofá con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

–¿Vas a decirme de una vez qué es lo que te pasa? –le dije, sin poder aguantar más tiempo sus evasivas–. Y no me digas que nada.

–Es la orquesta –contestó alzando la mirada hacia mí–. Bueno, en realidad soy yo. No... No consigo... Todo esto está afectando a mi trabajo... a la dirección. Los músicos no están cómodos, la situación es tirante... Soy yo, Silvia.

–Gabriel... No puedes dejar que tu vida personal afecte así a tu trabajo.

–¿Y qué hago? ¿Cómo lo hago, Silvia? ¿Cómo olvido? La música es emoción y yo... No soy capaz de dejar lo que siento a un lado y... Todo se está yendo a la mierda, todo se viene abajo y no sé qué hacer para evitarlo.

–Gabi...

Le puse una mano en el muslo. No solo hablaba de música o de la orquesta. Y había tanta desdicha en su voz...

–Y luego está Marta –continuó–. No sé qué le pasa. Parece estar enfadada conmigo y no sé por qué. Está distraída y encima no hay quien le diga nada. Todo le molesta. Con decirte que hoy le he llamado la atención porque no ha entrado a tiempo y hemos terminado discutiendo... Tampoco yo he sido muy amable con ella, la verdad. Me hago cargo de que lo está pasando mal con lo de Hugo, pero... Ya no sé qué hacer.

–Gabi, yo... Le conté a Marta lo nuestro. Supongo que por eso está así

contigo. Lo siento mucho. Marta es mi amiga y yo necesitaba contárselo a alguien, desahogarme con alguien... Lo siento muchísimo, Gabriel.

–No es culpa tuya. Bueno, ahora al menos entiendo algunas cosas –dijo esbozando una sonrisa triste que no llegó a sus ojos.

–Lo siento –repetí–. No pensé que afectaría a la orquesta ni que la tomaría contigo. No debí...

–No pasa nada, Silvia. –Puso su mano sobre la que yo aún tenía en su muslo y me la oprimió levemente–. No pasa nada.

Pero yo me sentía culpable.

Finalmente la banda sonora estuvo lista. Cuando la escuché me pareció más dura de lo que solía ser habitual en Gabriel, incluso brusca en algunos momentos, pero también enérgica y arrebatadora. Teniendo en cuenta que era una trepidante película de acción que no daba un respiro al espectador, la partitura encajó a la perfección. Robert Stone se mostró maravillado y por primera vez vi que Gabriel parecía aliviado de haberse quitado un trabajo de encima. Disfrutaba tanto componiendo y haciendo arreglos que cuando terminaba se quedaba como si todo el proceso le hubiera sabido a poco, pero aquella vez no fue así. Sabía que había estado bajo mucha presión por asuntos ajenos a la música y no estaba del todo contento con su propia dirección. Pensé que tal vez lo que necesitaba eran unos días de descanso, de desconexión que le permitieran relajarse. Pero llegaba la Navidad y la relajación brilló por su ausencia.

Eran nuestras segundas Navidades juntos. Fueron las Navidades más tristes de mi vida. Ni nos molestamos en poner el árbol, cuando el año anterior lo habíamos decorado llenos de ilusión entre risas y bromas. Habíamos terminado con guirnaldas alrededor del cuello y en la cabeza y me había sentido plena y feliz de estar a su lado, de compartir aquellas fiestas con él y nuestras familias. También habíamos puesto un pequeño nacimiento en el recibidor. Ese año tampoco nos molestamos en ponerlo. Nada en nuestra casa indicaba que fuera Navidad. Y mucho menos en nuestro ánimo. Estábamos, si cabe, aún más decaídos, y fuimos incapaces de apoyarnos el uno en el otro.

Hicimos algunas compras navideñas, más que nada comida y bebida, porque algo había que comer, y algunos regalos para los sobrinos de Gabriel. Eso fue todo. Las luces decorativas llenaban las calles de Murcia y los villancicos se oían por todas partes, lo que contribuía a que me sintiera aún

más melancólica. Marta me llamó para pedirme que la acompañara a comprar regalos y acepté, pensando que eso me animaría, pero no fue así, y eso que Marta lo intentó. Hablamos de Hugo, de Gabriel y de la incómoda situación que se había producido en la orquesta.

–Es que después de lo que te ha hecho me hierva la sangre –me dijo indignada–. ¿Quién lo iba a decir? Tan seriecito y tan correcto siempre. Y mira por dónde ha salido. Joder, son todos iguales.

–Gabriel es tu amigo, Marta –repliqué yo–. A él dile lo que quieras. Enfádate con él todo lo que quieras, pero no mientras sea tu director. No es justo.

Marta me miró y exhaló un suspiro.

–Bien, vale, de acuerdo. Tienes razón –dijo exasperada–. Intentaré olvidarme de que es un hombre mientras me esté dirigiendo. Está cambiado, Silvia. Gabriel ha cambiado. No es el mismo de antes.

–Le encuentro tan triste...

–Bueno, tampoco tú eres la alegría de la huerta, eh. Oye, mira, este gorro le encantaría a mi hermana. ¿Y tú no piensas comprar nada o qué? –me preguntó con el gorro en la cabeza.

Marta me terminó contagiando su vena consumista. Compré un foulard para mi madre, un libro de música para mi padre y un bolso para mi hermana. No sabía qué regalarle a Gabriel y no se me ocurrió que el mejor regalo que podía hacerle era tan sencillo como decirle que le había perdonado, que le seguía queriendo. No se me ocurrió que tal vez lo mejor era simplemente besarle y coger su mano, recostarme en su hombro. Ni siquiera lo pensé. Encontré una abrigada bufanda de lana de un bonito tono azul celeste y la compré. Le sentaba muy bien el azul y con ella estaría resguardado del frío. Era gordita y gustosa. Ya que yo ya no rodeaba su cuello con mis brazos, al menos podría ponerle una bufanda el día de Navidad.

–Creo que no es una buena idea que yo vaya –me dijo Gabriel cuando hablamos de ir a celebrar la Navidad a casa de mis padres en Bilbao como habíamos hecho el año anterior.

–¿Cómo no vas a venir?

–Mira la que se lio la última vez que nos vimos. No va a ser una situación agradable, Silvia. Y no voy a ser bien recibido en casa de tus padres; ya lo sabes.

Tenía razón. Si es que encima tenía razón.

–¿Por qué no vas tú? –propuso–. Solo serán dos o tres días. Bueno, o el tiempo que quieras.

Hubo una nota de dolor en sus palabras. Si iba yo sola “el tiempo que quisiera” sería como separarnos. Y eso sí que no.

–Yo paso de ir sola –dije decidida–. Si no vienes, me quedo contigo.

–Silvia, es tu familia.

–Tú eres mi familia.

Me miró desconcertado. Pareció ir a decir algo, pero no habló.

–Entiendo que no te apetezca ir –añadí–. De verdad que lo entiendo, pero yo no voy si no es contigo. Voy a llamar a mi madre y a decirle que este año...

Estaba a punto de coger el móvil para hacer esa llamada cuando Gabriel me sujetó suavemente la muñeca.

–Espera, espera. No hagas eso. ¿Cómo vas a decirle a tu madre que no vas? Le dará un ataque.

–Probablemente, pero mira...

–Les ves muy poco desde que viniste a vivir a Murcia. Esperan que al menos vayas en Navidad.

–Esperan que vayamos los dos en Navidad.

–A mí me parece que no.

–Sin ti ya te digo que no voy.

–No seas terca, Silvia...

–Que no soy terca. Gabi, por favor, ven conmigo. Sé que es violento para ti y siento ser egoísta, pero necesito que vengas conmigo. Si tú no estás... Gabriel, yo quiero ver a mi familia, pero no quiero pasar la Navidad sin ti.

Se me habían humedecido los ojos. Últimamente lloraba por cualquier cosa. Él se ablandó. Sus preciosos ojos castaños me miraron con ternura.

–Está bien –accedió–. Iré contigo. Supongo que sobreviviré.

Quise abrazarle, pero solo puse mi mano sobre la suya y le di las gracias. Era plenamente consciente de lo que le estaba pidiendo y él estaba dispuesto a pasar por ello para estar conmigo, para que yo fuera a ver a mi familia. Y no supe ver cuánto me amaba.

Cuando llamé a mi madre para decirle que íbamos por Navidad se mostró sorprendida y no muy contenta al saber que íbamos los dos, pero me mantuve inflexible en ese aspecto.

–Tú entiendes cómo nos sienta que sigas con él después de haberte

engañado, ¿no? –me soltó–. ¿Crees que nos hace gracia verle la cara sabiendo el daño que te ha hecho? Y tú pretendes que pasemos juntos las Navidades.

–Gabriel sigue siendo mi pareja –le dije tajante–. Y nuestros problemas son asunto nuestro, así que o aceptáis el pack o no me veis el pelo.

Pude ver a mi madre envarándose. Pude ver cómo contenía su enojo y su indignación. Lo mío era un chantaje emocional en toda regla, pero no me importó.

–Ya te darás cuenta del error tan grande que estás cometiendo, hija mía –dijo recuperando el habla–. Ya te darás cuenta. Luego lamentarás no haberle dejado antes. Muy bien, si es lo que quieres ven con él. Hablaré con tu padre.

De modo que dos días después, el veinticuatro de diciembre, salíamos hacia Bilbao a las ocho de la mañana. Comeríamos por el camino y por la tarde estaríamos en casa de mis padres. Íbamos taciturnos, cada uno sumido en sus pensamientos. Gabriel conducía y yo enredaba en la radio, tratando de buscar una emisora que no nos deprimiera más de lo que ya lo estábamos. Pero parecían haberse puesto todos de acuerdo. Alaska se preguntaba dónde estaba nuestro error sin solución. En otra emisora George Michael le había entregado su corazón a alguien que luego le había traicionado. En otra Mariah Carey decía que todo lo que quería por Navidad era a su chico. Como yo, pero cambié de emisora igualmente. En la siguiente un grupo que no conocía destrozaba un clásico sin ningún tipo de miramientos y a continuación un romántico Jon Bon Jovi hablaba de acostar a su amada en un lecho de rosas. También nosotros teníamos un lecho de rosas, solo que el nuestro estaba lleno de espinas que nos arañaban.

–¿Y si pones un CD? –sugirió Gabriel cuando hice ademán de volver a mover el dial de la radio.

–Buena idea.

Así que puse un recopilatorio de clásicos del rock que nos mantuvo entretenidos. Nosotros mientras sonaba la música continuábamos en silencio. Otras veces habíamos ido cantando, bien él o bien yo. O los dos. Pero no aquella vez. Y me di cuenta de que no había vuelto a cantar desde aquel día. No había vuelto a tocar mi violonchelo. Lo tenía abandonado en casa. Sentí un repentino ramalazo de añoranza por él. Nunca pensé que lo dejaría arrinconado, que mis dedos no se quejarían de no sentir en contacto con sus cuerdas, con el arco. Pero así era. Ya no tenía ganas de tocar.

–Ya no toco el chelo –murmuré.

–Mal hecho –dijo Gabriel–. Sabes bien que nada debería impedírtelo. Nunca se deja de aprender, de mejorar. Y eres buena, muy buena, aunque no lo quieras reconocer. No deberías dejarlo.

–No lo he dejado; es solo que...

No terminé la frase, pero él comprendió.

–No quiero ser también la causa de que no toques –me dijo entonces–. Soy culpable de muchas cosas, de muchas. Y todas me pesan. No me cargues también con eso, Silvia. Con eso no.

No me miró. Tenía la vista fija en la carretera y no vi sus ojos, pero oí el desconsuelo de su voz.

–Volveré a tocar cuando estemos en casa –dije–. Te lo prometo.

Su mirada se encontró con la mía durante un instante antes de volver a centrarse en la autopista. Un amago de sonrisa curvó sus labios y asintió con la cabeza. Y yo me hice el firme propósito de desempolvar mi violonchelo a nuestro regreso. Tocaría hasta que me sangraran los dedos.

Tras el largo trayecto en coche, llegamos a casa de mis padres. La fría situación que se produjo cuando vinieron ellos a Murcia volvió a repetirse. Gabriel no pareció inmutarse, pero yo sabía lo difícil que era aquel trago para él. Le preguntaron por sus padres y él les contestó que estaban bien, que les mandaban recuerdos. Me resultaba admirable que pudieran llevarse bien los cuatro cuando resultaba que mis padres aborrecían a su hijo. Claro, que los primeros en ser duros con él eran Ramón y Teresa. Me preguntaba cuántas cosas estaba callando Gabriel, cuánto dolor guardaba para sí.

Mi padre se contuvo. Al menos esa vez no hubo discusión alguna, y no fue por falta de ganas por su parte, pero en deferencia a mí decidió no decirle a Gabriel todo lo que pensaba de él. Esperaba que pasáramos las fiestas en paz, pero me equivoqué. Dos días conviviendo era demasiado tiempo como para mantener el control y la calma. De hecho, mi madre ya empezó incordiando.

–¿Vosotros dormís juntos? –preguntó–. Porque si no, puedo preparar...

–Dormimos juntos, sí –respondí cortante.

Gabriel, a mi espalda, debía de estar deseando que la tierra se lo tragara y yo empecé a pensar que habíamos cometido un error al ir. Otro más.

–Solo preguntaba –dijo mi madre, molesta por mi tono–. Pensaba que a lo mejor...

–Pues has pensado mal –la interrumpí.

Agarré a un cortado Gabriel de un brazo y tiré de él malhumorada hacia mi

antigua habitación. Él me siguió como un cordero sin decir palabra, llevando la maleta en la que habíamos metido los cuatro trapos para pasar aquellos dos días.

–No les hagas ni caso –le dije tan pronto cerré la puerta del que iba a ser nuestro dormitorio aquella noche–. Están como unas maracas.

–Las maracas son instrumentos respetables, eh –objetó él.

Hala. Habló el señor director. Lo miré de hito en hito y vi un brillo divertido en sus ojos, aunque no sonreía. Me relajé al verle a él calmado. Al menos en nuestra amargura aún conservábamos algo de sentido del humor.

–Supongo que es normal que piensen que no dormimos juntos –dijo.

–Ya.

Solté un suspiro y me puse a revolver en la maleta para buscar las zapatillas de andar por casa. Saqué tanto las mías como las de Gabriel. Estaríamos más cómodos con ellas. También saqué el neceser y los pijamas para tenerlos a mano cuando nos fuéramos a acostar. Solo esperaba que aquella noche no se armara la marimorena.

Más o menos una hora después de haber llegado nosotros, se presentaron mi hermana y Alberto. Yo tenía intención de dejar nuestras desavenencias a un lado, pero ella seguía enfadada conmigo y no hizo nada por disimularlo. Nos saludamos con dos besos distantes, me preguntó cómo estaba y yo seguí mintiendo y le dije que bien. También le dio dos besos a Gabriel con una frialdad que helaba la sangre y tras las palabras de bienvenida lo miró con manifiesta desaprobación. Alberto, en cambio, saludó a Gabriel con franca cordialidad y cuando me preguntó cómo me encontraba lo hizo como algo más que mera formalidad, así que a él no le mentí.

–Bueno... –murmuré lacónica.

Él me sonrió, dándome ánimos, y me estrechó en un confortante abrazo.

–Me alegro de verte –me dijo.

–Y yo.

–Elena está mosqueada contigo. ¿Por qué no lo arregláis, Silvia? Es Navidad, y sois hermanas.

–Ya lo arreglaremos, ya –gruñí–. En cuanto Elena ponga algo de su parte.

Noté a Gabriel incómodo y no era para menos. Yo misma estaba incómoda. Mi hermana no me dirigía la palabra, mi madre me miraba con reprobación y mi padre parecía una olla a presión a punto de explotar. Alberto estaba que no sabía muy bien cómo actuar en medio de aquel

panorama. Me veía venir una Nochebuena de esas en las que las familias terminan riñendo y echándose los trastos a la cabeza y comencé a sentirme culpable por haber metido a Gabriel en semejante embrollo. ¿Por qué no le había escuchado? Teníamos que habernos quedado en Murcia.

Preparar la cena no contribuyó a calmar los ánimos. A mi hermana no le gustaba cocinar, así que se escaqueó diciendo que fregaría ella. Mi madre y yo cocinábamos y Gabriel y Alberto ayudaban en lo que podían.

–¿No piensas disculparte con tu hermana? –me espetó mi madre.

–No –contesté sin más.

Ni era el momento ni era el lugar. Estaban allí mi cuñado, al que con toda certeza Elena había contado una versión abreviada y con cortes de lo ocurrido, y Gabriel, quien no tenía ni la más remota idea de lo que había pasado entre nosotras, aunque seguro que se lo figuraba. Pero a mi madre le traía sin cuidado ser inoportuna.

–Te pasaste tres pueblos, Silvia –dijo Alberto.

–Ella también. Y no quiero hablar del tema, eh. Tengamos la fiesta en paz –refunfuñé.

Vi la mirada curiosa de Gabriel sobre mí mientras picaba unos ajos. También Alberto la vio y se dio cuenta de que no sabía de qué estábamos hablando.

–La llamó “amargada” y “mal follada” –le aclaró.

–¿Qué? –barbotó Gabriel.

Se quedó tan pasmado que dejó de cortar ajos.

–No lo sabías, ¿no? –le preguntó mi madre.

–No.

–Oye, mira, lo siento por la parte que te toca, pero me estaba tocando ya las narices –le dije a Alberto.

–Ah, no, no. Si entiendo que fue un pronto –replicó él, más divertido que enfadado.

Me tranquilizaba saber que al menos no se lo había tomado como un insulto. Gabriel no me quitaba los ojos de encima. Yo nunca utilizaba aquel tipo de vocabulario y él sabía que si lo había hecho era porque estaba realmente furiosa y no me había podido contener. En cualquier momento que estuviéramos a solas me preguntaría sobre el tema y a mí me dolía tener que hurgar en heridas aún sangrantes. Yo solo quería olvidar que Gabriel se había acostado con otra. Solo quería que dejara de doler.

Nos sentamos a cenar los seis. Así como el año anterior todo había sido alegría por estar juntos, aquella vez estábamos todos con cara de circunstancias. Elena cotorreaba y hasta me habló. No sabía si Alberto habría intercedido, pero dejé de ignorarme y yo hice lo propio.

–Siento lo que te dije –me disculpé–. Pero te lo buscaste.

Por un momento ni siquiera se oyó el entrechocar de la loza y los cubiertos. Mi hermana me fulminó con la mirada y luego miró a Gabriel para a continuación volverse de nuevo hacia mí. Era obvio que de no haber estado él delante me habría dicho toda la basura que tenía en mente, pero lo que fuera que quería decirme no quería hacerlo en presencia de Gabriel.

–Pues yo no siento lo que te dije a ti –soltó–. Sigo pensando exactamente lo mismo.

–Lástima que no veas más allá de tus narices –repliqué con frialdad.

Ella meneó la cabeza, como si acabara de decir la mayor necedad del mundo, y esbozó una irritante sonrisa compasiva. Los demás se rebulleron incómodos en sus asientos.

–Bueno, Gabriel, ¿cómo van los conciertos?

Mi padre cambió radicalmente de tema. La música era terreno seguro.

–Bien. Ahora estamos de ensayos para el concierto de Año Nuevo –contestó Gabriel.

–¡Concierto de Año Nuevo! ¡Qué bien! Lo típico, supongo.

–Sí. ¿Vosotros no tocáis?

–No. No hasta el domingo.

–Oh.

–¿Y tú, Silvia? ¿Sigues tocando el chelo? –me preguntó Alberto.

Lo hizo con la mejor de las intenciones, pero Gabriel y yo nos quedamos paralizados. Cruzamos una mirada y seguidamente él bajó los ojos para seguir desmenuzando el cordero que llevaba un rato intentando comer.

–Sí, claro –mentí.

Sonó tan falso como las notas de un instrumento sin afinar. Todos sonrieron con la misma naturalidad con la que había hablado yo menos Gabriel y mi padre, que había intuido que algo no iba bien.

–¿Estás segura de eso? –me preguntó, mirándole a él.

Gabriel le sostuvo la mirada. Había una acusación implícita en las palabras de mi padre.

–Sí –repetí–. ¿Por qué no iba a tocar?

–Claro. ¿Por qué no ibas a tocar?

–Tampoco va a estar todo el día tocando, ¿no? –dijo Alberto–. Aunque no os lo creáis, hay más cosas en la vida aparte de la música –añadió de buen humor.

–Dímelo a mí –intervino mi madre.

Esta vez las risas sonaron naturales. El comentario de Alberto había aliviado tensiones y el resto de la velada transcurrió con relativa normalidad.

Al fin llegó el momento de irnos a la cama y estar tranquilos. Mi hermana y Alberto se marcharon a su casa. Volverían al día siguiente para comer. Nosotros respiramos ya relajados en la intimidad de nuestra habitación. Nos desnudamos. Yo me puse el pijama que había llevado para pasar la noche y Gabriel se acostó en calzoncillos, como de costumbre. Una vez en la cama dejó escapar un suspiro. Yo me acosté junto a él y me subí la colcha hasta el cuello.

–Lo siento, Gabi. Siento mucho hacerte pasar por esto –le dije–. Tú tenías razón; hubiera sido mejor quedarnos en Murcia.

–No, hubiera sido mejor que yo me quedara en Murcia.

Puso énfasis en el “yo”.

–Me habría quedado contigo, ya lo sabes.

–No vas a volver a empezar con eso, ¿no?

–Has empezado tú –repliqué.

–Sea como sea ya no tiene remedio.

–Quiero irme a casa.

–Mañana.

Mañana. Sonaba a promesa.

–Oye, ¿es cierto eso de que has llamado “mal follada” a tu hermana? –me preguntó, mirándome lleno de curiosidad.

–Sí.

–¿Qué pasó? No me lo has contado.

–Fue después de... Ya sabes. Hablé con ella y... Estaba hecha polvo. Me dijo que...

Se me apagó la voz, pero Gabriel terminó la frase por mí.

–Te dijo que me dejaras.

Asentí.

–Me dijo que estaba loca, que cómo podía ser tan rematadamente tonta. Me dijo que si tenía un poco de dignidad me iría de tu lado, pero que no la

tenía, que no tenía dignidad ni orgullo y que era una estúpida. Me dijo que con lo seca que era... Que era fría y aburrida y que lo único que tenía con pasión entre mis piernas era el violonchelo y que tú habías buscado fuera de casa lo que yo no te daba y que me estaba bien empleado y volverías a hacerlo porque yo... Y entonces le dije que era una puta amargada, que me acusaba a mí de sus propias frustraciones... y la llamé “mal follada”.

Gabriel había ido palideciendo a medida que hablaba. No se lo había contado a nadie y una vez empecé no pude parar. Se había sentado en la cama y me miraba con creciente horror.

–¿Qué estás diciendo? –murmuró.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Él soltó unos cuantos juramentos.

–Dime que no has pensado que todo eso es verdad –me dijo.

–Sí que lo pensé –admití–. Lo pensé porque no lo entiendo. No entiendo por qué lo hiciste. No lo entiendo, Gabriel.

Comencé a llorar.

–No tuvo nada que ver contigo; ya te lo dije. Por Dios, Silvia... Fue solo mi vanidad, mi estupidez.

–También me dijo que estaba contigo por interés, porque contigo tenía una vida cómoda y todo eso –dije.

Ya que le había confesado todo no podía ocultarle aquello. Gabriel volvió a jurar, cada vez más enfadado.

–Será hija de puta –soltó.

–Gabi, que es mi madre.

–Joder. ¿Y se suponía que tenías que disculparte tú? Bueno, que te has disculpado.

–Quería arreglar las cosas.

–Pues tu hermana se ve que no. –Gabriel siguió con su repertorio de juramentos–. ¿Por qué no me lo has contado antes?

–Porque estamos como estamos y no quería herirte.

–No, es mucho mejor no haber tenido ni puta idea de lo que estaba pasando –me recriminó–. Joder, que ni siquiera he podido defenderte cuando ha salido el tema, ni aquí ni en Murcia. ¡Que me siento como un imbécil!

Sollocé.

–No llores, Silvia. No llores. Estate tranquila.

Me acarició el pelo con timidez y yo sentí aún más ganas de llorar ante la ternura de su gesto.

–Silvia, yo jamás he pensado que... Joder, voy a matarla –dijo.

–Gabi, por favor, no digas nada. No digas nada –le rogué limpiándome la nariz con un pañuelo.

–¡¿Qué?! ¿Después de todo el veneno que ha soltado por esa boca tú quieres que haga como si no hubiera pasado nada? Todo lo que te ha dicho... Pero ¿quién coño se cree tu hermana para...?

–Por favor, Gabi... Solo empeorarás las cosas. Por favor.

Él masculló unas cuantas imprecaciones más y me miró ceñudo. Estaba furioso, aunque no conmigo. Iba a protestar, pero pareció pensárselo mejor y no lo hizo.

–Está bien –accedió a regañadientes–. Está bien, no diré nada, pero deja de llorar.

Nos costó conciliar el sueño, pero estábamos rendidos y terminamos por dormirnos. Desperté durante la noche y lo vi de espaldas a mí. Dormía plácidamente. Aquella cama era más pequeña que la nuestra y sentí su calor. Me acerqué a él, apoyé mi cabeza en su espalda desnuda y le rodeé la cintura con un brazo. Entonces él se tensó. Se quedó rígido y me di cuenta de que o no había estado dormido como había pensado o lo había despertado yo. No me aparté. Él debió de pensar que lo había abrazado en sueños y sentí que se relajaba, que acariciaba suavemente mi mano y yo, tonta de mí, no lo saqué de su error.

Al día siguiente Gabriel estaba de mal humor. Yo me sentía mejor después de haber hablado con él, si bien tenía los ojos enrojecidos por haber llorado la noche anterior. Mis padres debieron de suponer que habíamos discutido y no dijeron una sola palabra al respecto. Desayunamos los cuatro juntos entre murmullos y monosílabos. Yo estaba desganada, pero hice un esfuerzo por comerme las tostadas y las magdalenas. Gabriel parecía tener algo personal contra la mermelada y más que extenderla por el pan la acuchillaba. Su mandíbula estaba tensa. Seguía enfadado por lo que me había dicho mi hermana y se aguantaba las ganas de soltar todo lo que le estaba quemando por dentro.

Mudé la cama. Nos íbamos esa misma tarde, después de comer. Gabriel tenía ensayo con la orquesta al día siguiente. Y aunque no hubiera habido ensayo nos habríamos ido igual. La calma no iba a sostenerse mucho más tiempo en casa de mis padres. Gabriel había salido al jardín trasero y allí seguía, bajo el frío del invierno. Fui a la habitación en busca de la bufanda

que había comprado para él y que me había apañado para esconder entre mis cosas y que no la viera. Me puse mi abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes y salí al jardín para estar con él.

–Feliz Navidad –le dije envolviendo su cuello con la bufanda.

–Gracias, Silvia –dijo él poniendo una mano sobre el suave tejido–. Es muy bonita.

–Me alegra que te guste.

–Yo también tengo algo para ti. Está arriba; te lo doy luego, ¿vale?

–Vale. ¿Qué haces aquí con el frío que hace?

–Necesitaba aire fresco.

–Y tan fresco. Tienes la nariz y las orejas a punto de congelarse.

Esbozó una sonrisa melancólica. En un impulso le cogí del brazo y me recosté en su hombro.

–¿Ha pasado algo mientras yo hacía la cama? –le pregunté.

–No. Es solo la hostilidad.

La hostilidad. Estaba implícita en las miradas. Hostilidad hacia él. Miradas compasivas hacia mí. Reproche hacia los dos.

–¿Vamos a dar un paseo? –sugerí.

Nos levantamos y nos fuimos de allí. Caminamos en silencio sin rumbo fijo. Saludé a varias vecinas con las que me encontré y presenté a Gabriel a las que aún no lo conocían. Nos llenaron de buenos deseos, ignorando lo que ocurría entre nosotros. En aquel paseo sentí paz a su lado. Sentí que se había abierto un paréntesis de algo parecido a la felicidad que habíamos conocido. Sentí que podía olvidar su desliz. Le había perdonado ya. Le perdoné cuando decidí quedarme con él. Pero era más fácil perdonar que olvidar, que recuperar la confianza perdida.

Al volver a casa mi hermana y Alberto ya habían llegado. Percibí una corriente de animosidad cuando entramos, y esta vez también por parte de Gabriel. Estaba indignado con Elena por lo que me había dicho, con mi familia porque me hacían sentir como la única culpable de la trifulca y consigo mismo por no habérmelo sonsacado antes. Al verle tan enfadado le pedí una vez más que dejara las cosas como estaban. Nos iríamos en unas horas y bastante teníamos ya como para complicar más el asunto.

–Porque tú me lo pides, Silvia –me dijo molesto–. Me voy a morder la lengua, pero solo porque tú me lo pides.

No contamos con que Elena no tenía ninguna intención de poner las cosas

fáciles. Estábamos las dos en la cocina preparando unos entremeses para picotear mientras se terminaba de poner la comida cuando Elena se metió donde no la llamaban.

–Mamá me ha dicho que te acuestas con él –me dijo–. ¡Qué fuerte lo tuyo, Silvia! ¿Cómo puedes...?

–No es asunto tuyo –la interrumpí–. Ocupate de con quién te acuestas tú.

–Yo me acuesto con mi marido, y él conmigo. Algo que tú no puedes decir porque Gabriel se tira a quien le da la gana y tú apechugas. No entiendo cómo sigues con él. Eres capaz de todo con tal de...

–Estoy con él porque le quiero... –la interrumpí.

–No seas ridícula –me cortó ella.

– ... pero eso tú no puedes entenderlo, Elena –seguí como si no hubiera hablado–. No puedes entenderlo porque tú antepondrías tu mierda de dignidad a lo que sientes por Alberto.

–Él no te quiere. Si te quisiera no se habría acostado con otra. Tu relación con Gabriel está rota, Silvia. Se rompió en el momento en que te puso los cuernos. ¿Cuándo vas a abrir los ojos? Estar con él lo único que te hace es daño y mejor harías en...

Elena miró hacia la puerta y palideció de pronto. Yo me volví. Gabriel estaba en el umbral con una jarra vacía que había venido a llenar en la mano, lívido de ira, de dolor. Miraba a Elena con fuego en los ojos.

–Gabi... –murmuré.

¿Cómo lo arreglaba? ¿Cómo arreglaba aquello? Gabriel no debería haber oído semejante brutalidad.

–Gabriel, yo... –comenzó Elena.

Él dejó bruscamente la jarra sobre la mesa y se fue antes de decir algo de lo que después se arrepintiera. Miré enfurecida a mi hermana, que había decidido callarse cuando ya era demasiado tarde.

–Lo siento, Silvia, yo... No pretendía... –balbuceó.

–Eres despreciable –le solté.

La dejé en la cocina y corrí a la sala detrás de Gabriel. Lo encontré consternado, visiblemente afectado por lo que acababa de escuchar. Quise decirle que todo lo que había oído era mentira, pero entonces apareció Elena.

–Silvia... Gabriel, lo siento –dijo.

–Es lo que le dijiste a tu hermana lo que deberías sentir –replicó él con frialdad.

Elena palideció aún más. Los demás nos miraban desconcertados sin entender nada.

–Esto ha sido una mala idea –murmuró Gabriel, saliendo de la sala.

–¿A qué ha venido eso? –farfulló Alberto.

–¿Se puede saber qué coño está pasando aquí? –preguntó seguidamente mi padre.

–Pregúntaselo a Elena –dije–. Nosotros nos vamos.

–¿Que os vais? ¿Cómo que os vais? –barbotó mi madre–. Silvia, ¿qué ha pasado?

–Joder, Silvia, que no quería...

Mi hermana había vuelto a encontrar el habla, pero no quise escucharla.

–¿Qué es lo que no querías? ¿Qué? –le espeté encarándome con ella–. No abres la boca que no sea para faltar y hacer daño. Si es que no teníamos que haber venido.

Gabriel estaba en la habitación. Metía sus cosas en la maleta con calma. Su mirada se dulcificó al verme entrar.

–No puedo quedarme, Silvia –me dijo–. Lo siento. Lo he intentado, pero... Iré a un hotel y...

–Que te crees tú eso –le interrumpí–. Nos largamos. Y no se te ocurra decirme que me quede, eh. Ni se te ocurra, vamos. Tú tenías razón. ¿Por qué no te escuché?

Empecé a meter yo también cosas en la maleta con mucha menos calma que él. De hecho, agarré la ropa y la metí de cualquier manera. Luego la tuve que quitar porque la maleta no cerraba y la fui doblando, refunfuñando y echando pestes ante la mirada entre divertida y alarmada de Gabriel. Entonces alguien golpeó la puerta con los nudillos.

–Silvia, ¿puedo pasar?

Mi madre.

–¡Pues claro! Estás en tu casa –contesté con retintín.

Ella abrió la puerta y entró.

–¿Cómo os vais a ir? –me dijo–. Silvia, que es Navidad. ¿Adónde vais a ir? Y sin comer. Quedaos a comer por lo menos.

–Que no, mamá, que no aguantamos más. Nos vamos a casa.

–Gabriel, por favor... Ya sé que las cosas no están bien y que hemos tenido nuestras diferencias, pero... No os vayáis así.

–No es cómodo para nadie que yo esté aquí. Tampoco para mí –dijo él–.

No he debido venir.

–Gabriel, lo siento –dijo Elena entrando en la habitación.

–No lo sientas. Al fin y al cabo has dicho lo que piensas. Lo que pensáis todos –contestó Gabriel–. Te espero en el coche –añadió dirigiéndose a mí.

Se fue con la maleta en la mano.

–Él no quería venir y yo me empeñé en que viniera porque no quería pasar la Navidad sin él –les dije a mi madre y mi hermana cuando Gabriel se hubo ido–. Ha venido por acompañarme, sabiendo lo que pasaría. Ojalá le hubiera hecho caso.

Las dejé en el dormitorio y fui a despedirme de mi padre y de Alberto.

–Y ahora dejas a tu familia el día de Navidad –me reprochó mi padre negando con la cabeza.

–No, papá. No le queréis aquí, y yo me voy con él.

–Estás tirando de carreta sin ruedas, Silvia. Ya te cansarás. Cuando esa relación tan absurda que tenéis se termine de una vez por todas, aquí tienes tu casa.

Gabriel me esperaba pacientemente en el coche. Abrí la puerta del conductor, decidida.

–Alterado como estás no vas a conducir –le dije–. Quitá, que conduzco yo.

–Pues enfadada como estás tú tampoco vas a conducir –replicó él–. Además, odias conducir mi coche.

–Lo que odio es aparcarlo.

–¿Y si nos alejamos un poco y paramos hasta que nos tranquilicemos los dos?

–Vale.

Di la vuelta al coche y me senté a su lado.

–Tenía que haber cogido un par de bocatas para el camino –dije.

–Ya encontraremos algún bar abierto, un parador o algo.

–Siento mucho todo esto.

–No podía salir bien, Silvia.

–Venga, dilo.

–¿El qué?

–“Te lo dije”. Lo estás deseando.

–Te lo dije.

Sonreímos los dos. La tensión se fue y ya no fue necesario hacer ninguna parada para sosegarlos. Nos detuvimos por el camino para comer en un

parador. En un día como aquel no había nadie aparte de nosotros dos y los dueños del bar, que nos miraban con algo parecido a la lástima. Y es que dábamos un poco de pena comiendo un plato combinado en medio de la nada el día de Navidad casi a las cinco de la tarde, aunque lo cierto es que comimos muy bien. Estábamos tomando café cuando comenzó a entrar más gente que probablemente se dirigía a sus casas después de haber comido con sus familias. Yo estaba distraída, pensando en el error tan grande que habíamos cometido al ir a casa de mis padres tal como estaban las cosas.

–Me sabe mal, Silvia –dijo entonces Gabriel, rompiendo el cómodo silencio que había entre los dos–. Me sabe mal que no hayas podido estar con tu familia el día de Navidad por... Bueno, por mí.

–¿Por ti? Por la insustancial de mi hermana, querrás decir. Gabriel, lo que oíste... No es cierto. Yo...

–¿No es cierto que lo nuestro se rompió en el momento en que yo...?

No terminó de hablar. Su voz se fue apagando y bajo la mirada.

–Gabi...

No me di cuenta de que si me hubiera oído decirle a Elena que le quería todo habría terminado ahí. Pero solo había oído la parte hiriente. Había oído a mi hermana diciéndome que estar con él me hacía daño, algo que él tenía asumido. Y yo no le dije que lo amaba, que me moriría sin él. Si hubiéramos hablado... Pero nos dolía tanto que no lo hicimos. Puse mi mano sobre la suya para mostrarle mi apoyo y creí que sería suficiente, que él entendería. Pero no lo hizo. O al menos no quiso creer lo que yo intentaba decirle.

Le relevé al volante para que él descansara. Se quedó ensimismado y yo no interrumpí sus pensamientos. Hicimos el camino de vuelta como habíamos hecho el de ida: casi en total silencio y escuchando música. Nos alegramos al estar de nuevo en Murcia, en nuestro hogar. Hicimos las llamadas pertinentes para decirles a nuestras respectivas familias que habíamos llegado bien y nos dispusimos a preparar algo de cenar. Como habíamos comido tan tarde tampoco es que tuviéramos mucha hambre, así que nos apañamos con unos sándwiches vegetales.

–Con tanto lío no te he dado tu regalo –me dijo aquella noche antes de acostarnos.

Me tendió una bolsita de suave terciopelo negro y de ella saqué una fina pulsera de plata con cuentas en forma de corcheas y claves de sol.

–¡Gabriel, es preciosa! –exclamé.

Lo abracé. El calor de su cuerpo me quemó y me aparté de él. Durante un breve instante hubo un beso flotando en el aire, en sus ojos, en mis labios, pero el fugaz momento pasó. Nuestros fantasmas lo ahuyentaron y no tuvimos el valor de enfrentarnos a ellos.

Capítulo 7

Aquella noche en la cama ninguno de los dos dormía, y eran ya las dos de la madrugada. Gabriel daba vueltas y más vueltas. De vez en cuando suspiraba y seguía dando vueltas. Debía de estar pensando en lo ocurrido en casa de mis padres y no podía conciliar el sueño. Yo estaba boca arriba contemplando el techo a la luz de la luna. Pensaba en nuestro desastroso día de Navidad y en nuestra relación. Allí estábamos, en una cama del tamaño de un campo de fútbol a la que empezaba a verle serios inconvenientes. Podíamos dormir a nuestras anchas, sí, y no nos molestábamos el uno al otro por más que nos moviéramos, pero tal vez lo que nos hacía falta era estar obligados a dormir más cerca, a tener que ajustarnos de alguna manera, a que no pudiéramos movernos sin rozar al otro. No habíamos vuelto a tocarnos desde que Gabriel me confesó su infidelidad y mi piel anhelaba sus caricias, sus besos. Mis manos ansiaban tocarle y mi cuerpo entero gritaba por él. Pero él se había acostado con otra y aquello se interponía entre nosotros. Pasábamos mucho tiempo separados cuando él se iba de gira y entendía que tuviera necesidades sexuales, pero también las tenía yo y me aguantaba. O me apañaba, pero no me acostaba con otro. El caso es que Gabriel había pensado con la polla y cuando entró en juego el raciocinio ya era tarde. Claro, que solo había sido sexo. Me pregunté qué cara pondría si le decía que olvidáramos todo e hiciéramos el amor. Pero últimamente estaba tan apático, tan deprimido, tan... distante. Sabía que me quería, pero le había rechazado tantas veces que ya ni siquiera intentaba acercarse a mí. Y mis pobres tentativas de acercamiento no daban fruto. ¿Hasta cuándo íbamos a aguantar así?

–¿No puedes dormir? –me preguntó Gabriel entonces.

–No –dije volviéndome hacia él–. Y tú tampoco, por lo que veo.

–No.

Acaricié su pelo negro en un impulso.

–Gabriel, ¿tú me quieres? –le pregunté.

Fue una soberana estupidez. No le habría hecho más daño si le hubiera

clavado un cuchillo.

–¿Y me lo preguntas? Joder, Silvia, ¿qué quieres que haga? –me espetó encolerizado sentándose en la cama–. ¿Cómo quieres que te lo diga? ¿Qué tengo que hacer para que me creas? ¡Dímelo!

–Lo siento, yo...

–¡Te dije que te quería! –me gritó–. ¡Te dije que tú eres lo más importante en mi vida! ¡Lo más importante, por encima de la puta música! ¡No me perdones nunca si no puedes, pero al menos no pongas en duda que te quiero! ¡Fue una noche! ¡Fue solo un polvo! Y me arrepentiré toda la puta vida.

Apartó las sábanas de un manotazo y se levantó hecho una furia. ¿Había dicho “puta música”?

–Gabriel, no te vayas –le pedí.

Pero no me hizo caso. Se fue de la habitación y yo me quedé pensando en cómo podía ser tan insensible y tan inoportuna. Me levanté y fui a buscarle. Le encontré en la sala, mirando la noche por el ventanal.

–Lo siento, Gabi –le dije–. Lo siento mucho.

–Yo también lo siento –murmuró sin volverse.

–Por favor, vuelve a la cama. No te quedes ahí.

No se movió. Tampoco habló. Entonces fui hacia él y le tomé de la mano.

–Hace frío, Gabriel; te vas a helar. Anda, ven –insistí.

Él se zafó de mi contacto con brusquedad y se volvió hacia mí. Seguía enfadado. Me miraba con ceño.

–Yo no pretendía insinuar que...

No me dejó terminar. Me aprisionó entre él y la pared y me besó con fiereza. Fue un beso brutal y desesperado y yo respondí. Me arrancó el camisón y sus manos coparon mis senos. Gemí cuando sus dedos pellizcaron mis sensibles pezones. Sentí su dureza contra mí, su urgencia. La mía. Hicimos el amor como animales. De pie, de forma brusca, castigándonos. Me penetró con rudeza y sentí una punzada de dolor, pero el placer que me embargó a continuación al tenerle dentro de mí era mucho mayor como para que me importara. Arañé su espalda. Gemimos, gritamos. Su miembro rígido golpeaba mis entrañas con cada embestida y yo lo acogía gustosa. Fue sexo descarnado, salvaje. Dos meses de deseo contenido que al fin encontraba desahogo. Sentí la simiente de Gabriel derramándose con fuerza, empapándome, y alcancé el clímax con él. Nos quedamos abrazados, con mis piernas alrededor de sus caderas, jadeando mientras se apagaban los

rescaldos de nuestro intenso orgasmo. Cuando Gabriel abandonó mi cuerpo, vimos que un poco de sangre manchaba su pene y la parte interna de mis muslos. La naturaleza había sido generosa con él y habíamos sido unos brutos.

–Dios mío... Oh, Dios mío... Lo siento. No quería... Oh, Dios mío... Silvia...

Miraba la sangre que manchaba mis muslos con verdadero horror. Su respiración se había agitado, y no era a causa de nuestro febril encuentro.

–Gabriel, no pasa nada. A veces...

–Lo siento. Perdóname –continuó. Ni siquiera me oía–. Perdóname, Silvia, no quería... Dios mío, no quería hacerte esto. Esto no. Dios mío... Esto no. Lo siento. Lo siento.

Se mesó los cabellos. Sus dedos se crispaban entre ellos.

–No pasa nada –repetí–. No estaría bien lubricada y el roce...

–No quería hacerte esto –me dijo lleno de angustia–. No quería hacerte daño.

–No me has hecho daño –repliqué.

–Estás sangrando.

–No, solo me he manchado un poco. Solo es un poco de sangre. Gabi...

–Perdóname. Oh, Dios, Silvia... No quería hacerte esto. Perdóname. Perdóname.

Estaba trastornado. Sus preciosos ojos eran profundos pozos de dolor. Había lágrimas danzando en ellos.

–No hay nada que perdonar. Gabriel, por favor, cálmate. No es nada.

Fui a abrazarle, a acogerle entre mis brazos y confortarle, pero dio un paso atrás y me apartó de él.

–No. No me toques –dijo.

Y entonces supe cuánto le había dolido que yo le rechazara, que lo alejara de mí. De pronto parecía tan cansado...

–Gabriel...

–No quería forzarte... Yo...

–¿Qué dices? No me has forzado. Gabriel, por lo que más quieras...

–Me siento como si te hubiera violado –musitó cabizbajo.

Me dejó sobrecogida, sin aliento. Fue como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago, privándome de aire.

–¿Qué...? ¿Qué estás diciendo? –barboté–. No digas eso. Yo también

quería hacerlo.

–Ni siquiera quieres que te toque y yo... No soy de piedra, Silvia. Estás en la cama, a mi lado y no puedo tocarte... y me vuelvo loco... No sé qué me ha pasado; he perdido la cabeza. Perdóname.

–No hay nada que perdonar –repetí–. Yo también te deseaba.

–Silvia...

–Todo está bien, Gabi. Vamos a la cama. Mañana...

Hice ademán de tomarle de la mano, pero él apartó la suya, evitando de nuevo todo contacto conmigo.

–¡No me toques! No... No voy a dormir contigo –me dijo–. No puedo dormir contigo.

–Gabriel...

Se fue y me dejó sola en el salón. Para mí era un consuelo que durmiera a mi lado. Me sosegaba tenerle junto a mí, oír su respiración. No había pensado ni por un segundo que para él pudiera ser un suplicio.

Cogí mi camisón. Tenía un tirante roto; tendría que coserlo. Recogí la ropa interior que estaba tirada en el suelo del salón y llevé todo al cesto de la ropa sucia que teníamos en el cuarto de baño de nuestro dormitorio. El semen de Gabriel se deslizaba suavemente entre mis muslos, caliente y pegajoso. Me lavé. Me sentía un poco dolorida debido a la brusquedad con la que habíamos hecho el amor, pero no estaba sangrando; debía de tratarse de un pequeño desgarramiento sin importancia. Me puse unas bragas limpias y otro camisón y volví a la cama. Sola. Entendía que Gabriel quisiera estar solo, que necesitaba estar solo, pero me dolía. Le sentí trastear en la habitación de invitados más apartada a la nuestra. De haber tenido una cama en el desván se habría ido a dormir con los trastos viejos. Ya no quería acostarse conmigo. Nos alejábamos todavía más. Y sentí tanta tristeza que ni siquiera pude llorar. Sus palabras martilleaban implacables en mi cabeza. “Me siento como si te hubiera violado”. Faltaban seis días para el concierto.

Gabriel se fue a los ensayos de la mañana siguiente con el alma hecha pedazos. Llamó a la puerta de la habitación antes de entrar y seguidamente entró recién duchado, con tan solo una toalla sujeta por las caderas. La noche anterior se había ido desnudo y ni se había parado a coger unos calzoncillos que ponerse.

–No hace falta que llames –gruñí desde la cama.

–He venido a por ropa –dijo con una voz que era poco más que un murmullo–. ¿Estás bien?

–Sí. Sí, claro que estoy bien –contesté.

Él bajó la mirada. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos irritados y estaba tan pálido... Se dirigió al vestidor y yo me levanté de inmediato y fui tras él.

–Gabi, tenemos que hablar –le dije resuelta.

–Ahora no –replicó él–. Llego tarde al ensayo. Me he dormido.

–A la mierda el ensayo, Gabriel. Lo de anoche...

–¿Cómo que “a la mierda el ensayo”? –me interrumpió–. No quiero hablar ahora, Silvia.

–Gabriel, por favor...

Me ignoró. Comenzó a vestirse apresuradamente. Se puso unos boxer, unos vaqueros azules, una camiseta blanca y un jersey gris. Todavía tenía el pelo húmedo. Salió del vestidor evitando cualquier roce conmigo. Yo le seguí.

–No te vayas –le rogué.

–Tengo que irme, Silvia. No llego al ensayo. Luego hablamos si quieres.

–No puedes irte así. No te vayas. Gabi, por favor, escúchame...

Le agarré del brazo para retenerle, pero él se desembarazó al instante de la mano que lo sujetaba y no quiso escucharme. No se quedó a pesar de mis súplicas. Se fue sin mirarme siquiera.

–Gabriel...

Poco después oía el golpe de la puerta de la entrada al cerrarse. Vi alejarse su coche desde la ventana de nuestra habitación y me quedé mirando el idílico entorno sin ver nada durante un rato. No supe el tiempo que pasó hasta que dejé caer las cortinas que había apartado y fui a ducharme. Mis ojos oscuros me devolvieron una mirada triste y desolada desde el espejo. También yo estaba pálida y ojerosa. Mi piel ya no resplandecía. Mis ojos ya no brillaban.

Marta lo había intentado. Había intentado superar sus desavenencias con Gabriel, pero no podía evitar su resentimiento, su profunda decepción. Él la había defraudado como persona y como amigo. Y parecía ser que también como director. Gabriel volvió hundido de la sede de la orquesta. Yo había pensado que la música que tanto amaba le levantaría el ánimo y que a su

regreso podríamos tener la conversación que habíamos dejado pendiente, pero me equivoqué.

–Gabriel, ¿qué ha pasado? –le pregunté.

Tenía que haber pasado algo. ¿Por qué, si no, iba a tener tan mala cara?

–Marta ha dejado la orquesta –contestó, derrumbándose en el sofá.

–¡¿Marta?!

–Las cosas no van bien. No va nada bien. Los enfrentamientos con ella son continuos y...

–¿Enfrentamientos? ¿De qué estás hablando?

Sabía que habían tenido alguna que otra discusión; él me lo había comentado alguna vez, pero jamás pensé que llegarían al extremo de hacer que Marta abandonara.

–Me cuestiona. Protesta por todo. Desobedece... Está mezclando lo personal con lo profesional. Entiendo que es tu amiga y... Pero no puedo dejar que su actitud afecte a la orquesta, al trabajo de todos. No puedo dejar que me falte al respeto y me eche en cara mi vida personal, y menos en medio de un ensayo.

–Gabriel, ¿la has echado? ¿Has echado a Marta? –pregunté sin poder creer lo que estaba oyendo, sentándome a su lado.

–No. Se ha ido ella. Lo ha dejado después de que yo... Me he puesto en plan director tirano y le he dicho cuál es su lugar. Y ella... Me ha mirado como si no me conociera, me ha dicho unas cuantas cosas que me merecía y... Se ha ido. ¿En qué me estoy convirtiendo, Silvia? ¿En qué me estoy convirtiendo?

Se cubrió el rostro con las manos. Yo puse la mía sobre su brazo en un pobre intento por aliviar su pesar.

–¿No puedes hablar con ella, arreglarlo de alguna manera? –le pregunté.

–No –contestó, descubriéndose la cara y volviendo a apoyar sus antebrazos en las piernas–. No sabes todo lo que nos hemos dicho. Marta... No era más que una cría cuando empezó... No sé cómo se me ha ido de las manos, cómo he podido hablarle así, cómo hemos llegado a esto.

–Ha sido un arrebató –le dije–. Volverá mañana a los ensayos, ya verás.

–No lo hará –contestó Gabriel, descorazonado–. Le he dicho que si salía por la puerta no se le ocurriera volver en su vida, que se diera por despedida.

–¡Gabi!

–Así que supongo que sí la he echado yo.

Efectivamente, Marta no volvió. Pensé que si hablaba con ella recapacitaría. Sabía que Gabriel la readmitiría, así que la llamé sin que él lo supiera y le dije que me había enterado de lo que había pasado en el ensayo del día anterior. Marta accedió a quedar conmigo para tomarnos un café aquella tarde, pero no quiso oír nada sobre volver a la orquesta. Su decisión era firme.

–Es un tirano y un miserable –me dijo enfadada–. ¡Me echó! ¡Me dijo que yo era un violín y haría bien en recordarlo, que me limitara a tocar y que obedeciera sus indicaciones! ¡Me dijo que no éramos amigos, que él era mi director y que no me consentía que pusiera en entredicho sus decisiones! ¡Y que no me permitía que me metiera en su vida!

–Marta, entiende que...

–¡Me dijo que no éramos amigos! –repitió Marta interrumpiéndome, con lágrimas en los ojos–. ¿Te lo puedes creer? ¡Él, para el que siempre hemos sido su familia!

– ... no lo está pasando bien –terminé.

–Ah, él no lo está pasando bien. Pues ha sido él quien te ha puesto los cuernos, así que tiene motivos sobrados para... Perdona –se disculpó de inmediato–. Perdona, Silvia.

–No importa –dije haciendo un ademán con la mano para restarle importancia, aunque me había dolido en lo más hondo.

–Me pegó la bronca delante de todo el mundo. Vale que yo también le dije cosas delante de todo el mundo, pero no esperaba de él semejante humillación. Me dijo cuál era mi sitio. Me gritó. Me hizo sentir como una mierda, ¿sabes? Le mandé a tomar el aire... Bueno, no se lo dije así, y le dije que me largaba, que no pensaba seguir trabajando con él, que era un maldito déspota y un cabrón arrogante. Y me dijo que era la última vez que le faltaba al respeto. Me dijo que si salía por la puerta estaba despedida y que no me molestara en volver. Y me fui.

–Pues sí que habéis estado finos los dos. Marta, Gabriel te readmitirá si vuelves. Pero esa situación no se puede repetir, y tú lo sabes.

–No voy a volver. Ni muerta. Que le den.

–Piénsatelo por lo menos –insistí.

–No hay nada que pensar. Y menos después de cómo me ha tratado. Ya estoy harta, Silvia. Es insufrible. Antes era distinto, pero ahora... Ahora es solo el director. Y yo no puedo tocar así. Antes dirigía con pasión, le ponía el

alma. Ya no. Ya solo ordena y exige. Así que me voy de la orquesta; ya no lo aguanto más.

Suspiré. Parecía que no había vuelta atrás. Me daba mucha pena que la amistad que siempre había existido entre Gabriel y Marta terminara así.

–Escucha, Marta... Gabriel no está bien. Le está afectando muchísimo todo lo que ha pasado entre nosotros. Está afectando a su trabajo. Tal vez no ha debido hablarte así, pero tú a él tampoco. Sois amigos. Por mucho que te haya dicho, sois amigos desde hace años. No le dejes tirado ahora, Marta. Te lo pido por favor. Ahora no.

No podía contarle lo ocurrido aquella noche. No podía decirle el dolor que Gabriel había llevado dentro de sí en aquel ensayo y que aún guardaba. Cuando había vuelto a casa, desolado por la fuerte discusión que había originado la renuncia o el despido de Marta, yo no había querido sacar el tema. Y le veía tan abatido que no había vuelto a mencionarlo. La mirada de Marta se suavizó.

–Sí que le está afectando, sí –dijo cediendo un poco–. No sabes hasta qué punto.

–Vuelve a la orquesta, Marta. Dale una oportunidad. Por favor.

Marta me miró con algo que no supe decir si era afecto o compasión. O una mezcla de ambos.

–Con todo el daño que te ha hecho... Y tú le quieres tanto que quedas conmigo y abogas por él. Gabriel no sabe que estás haciendo esto, ¿verdad? –Negué con la cabeza–. Lo suponía.

–Tú le conoces desde hace mucho tiempo. Sabes que es un pedazo de pan, que te quiere como a una hermana –le dije–. Se ha pasado, vale, pero no es él, Marta.

Ella guardó silencio unos instantes y entonces suspiró, apenada.

–Tampoco yo debí decirle todo lo que le dije –admitió–. No tenía ningún derecho. Sé que le dolió. Él... Él siempre se ha portado bien conmigo y yo...

–Hizo una pequeña pausa y volvió a suspirar–. Voy a llamarle –dijo decidida.

Sacó su teléfono móvil del bolso y marcó.

–Gabriel... Oye, siento lo de ayer... No, perdóname tú. Siento mucho haberte hablado así, lo que te dije... No debí sacar tus asuntos personales a relucir... Lo lamento, yo... No, tú tenías razón... No importa, de verdad que no... Pues claro que somos amigos. –Sus ojos se llenaron de lágrimas–. ¿De verdad puedo volver? –Marta empezó a llorar. Reía y lloraba al mismo

tiempo—. Que no, que no lloro... Vale, hasta mañana entonces. Dice que qué va a hacer sin mí en la orquesta —me dijo después de colgar.

Aquella frase me llenó de recuerdos. Gabriel y Marta habían bromeado con eso durante el desayuno, después de la primera noche que pasamos juntos en el hotel tras una velada maravillosa. ¿Quién nos iba a decir que acabaríamos así?

El regreso de Marta a la orquesta supuso una pequeña alegría para Gabriel. Yo volví a tocar el violonchelo, tal como le había prometido. Sonaba triste y melancólico. Sonaba a añoranza y a un amor latente. Gabriel y yo volvimos a dormir juntos aunque no nos rozáramos siquiera. Tampoco habíamos vuelto a hablar de nuestro encuentro de aquella noche. A Gabriel le seguía atormentando y yo no sabía qué hacer para quitarle sus sombríos pensamientos de la cabeza.

Los días pasaban con lentitud y de nuevo tocaba pensar en el menú de Nochevieja. La celebrábamos en casa de los padres de Gabriel, junto a sus hermanos, cuñados y sobrinos. Yo no tenía ninguna gana de celebraciones y era evidente que Gabriel tampoco, pero no quedaba más remedio que ir. Aunque al menos en casa de Ramón y Teresa no nos encontraríamos con el ambiente hostil que había habido en la de mis padres.

Fuimos por la tarde para así preparar la cena tranquilamente y con tiempo. Todos fingimos que no pasaba nada cuando llegamos, incluidos nosotros. Todos fingieron no ver el distanciamiento que había entre nosotros, el desconsuelo que nos embargaba. Gabriel parecía a punto de ir a desmoronarse en cualquier momento y yo no quería tocar ningún tema doloroso en vísperas del concierto. Bastante afligido estaba ya. Así que nos tragamos nuestra tristeza y nos preparamos para afrontar la Nochevieja en familia.

Nos sentamos a la mesa. Comí sin apetito, esforzándome en aparentar una alegría que no sentía y vi a Gabriel mareando el besugo al horno de su plato, taciturno y melancólico.

—Bueno, mañana a estas horas estaremos de concierto de Año Nuevo —dijo Eduardo en tono jovial frotándose las manos—. Valses y polkas de Strauss padre, Strauss hijo, Wagner... ¿Eh, Gabi?

—Sí, sí... —murmuró él.

Nos quedamos todos callados y algunos intercambiaron miradas de desconcierto. Eduardo había nombrado a Wagner a propósito para pinchar a su hermano, sabiendo que no había nada suyo en el repertorio de Año Nuevo, y Gabriel ni se había enterado.

–Gabriel, hijo, que no estás –dijo Teresa.

–¿Qué? Perdona, estaba distraído –se disculpó él mirando a Eduardo.

–Y tan distraído –dijo Eduardo.

–Esperemos que mañana estés más centrado en la música que ahora en la conversación. Si no, va a dar gusto –se burló Beatriz.

Algunos rieron en un intento de quitarle hierro al asunto. Gabriel sonrió sin humor. Solo los niños permanecían ajenos a la situación que estábamos viviendo su tío y yo.

Se acercaba la hora de las campanadas de fin de año. Teresa y Beatriz llevaron a la mesa los platitos con las doce uvas correspondientes y Ramón puso la tele, donde los elegantes presentadores encargados de retransmitir las campanadas desde la Puerta del Sol animaban a los espectadores haciendo un optimista balance del año que se iba y de lo que depararía el que estaba por venir. A mí me entró una tremenda congoja. Gabriel y yo terminábamos el año de pena e íbamos a empezar lo exactamente igual de mal.

–Silvia, hija, ¿te encuentras bien? –me preguntó Teresa en voz baja.

Yo asentí, maldiciendo mis ganas de llorar. No la engañé ni por un segundo, pero no dijo nada. Comenzaron las campanadas. Yo nunca me comía las uvas a tiempo y año tras año me lo tomaba con calma. Gabriel tampoco se las comía al ritmo que marcaba el reloj. Decía que bastante tenía con seguir el *tempo* cuando dirigía como para ceñirse encima al de las campanadas. E iba a su aire. Cuando sonó la última, solo Gabriel, los niños y yo seguíamos con uvas en el plato.

–¡Feliz Año Nuevo!

Lo dijeron todos a la vez excepto nosotros dos. ¿Qué tenía de feliz? Con el nuevo año llegaron las felicitaciones, los abrazos y los besos. Gabriel y yo nos miramos un instante antes de besarnos. Me pareció que se estremecía cuando mis labios rozaron los suyos. O tal vez había sido yo. Fue un beso breve e indeciso, pero en él iba mi alma. Ramón hizo como que no vio mis lágrimas cuando me abrazó.

–Tranquila –me dijo al oído acariciándome la espalda–. Todo va a arreglarse; ya lo verás.

Mi madre me llamó para felicitarme el año en son de paz. Mi padre también se puso al teléfono y hablamos durante un rato sobre cómo iba todo. Al menos ese día no me agobiaron con lo de siempre. Incluso me preguntaron por Gabriel. Eso era nuevo. Les dije que estaba bien, que estábamos en casa de sus padres celebrando la Nochevieja. Ellos estaban solos porque mi hermana había ido a casa de sus suegros.

–Vamos a salir a tomar algo por ahí –me dijo mi padre–. Y a bailar un rato. ¿Y vosotros qué?

–Nosotros nos iremos pronto a casa –contesté–. Mañana Gabriel tiene un concierto.

–Ah, claro, es verdad. Bueno, hija, te dejamos ya, que nos vamos. Da recuerdos a los padres de Gabriel.

–De vuestra parte.

Poco después me llamó mi hermana. Se disculpó una vez más por lo ocurrido en Navidad, pero yo no quise hablar de ello. No debió haber pasado. Le pregunté por Alberto y sus suegros y les mandé saludos.

–Silvia, tenemos que hablar, eh –me dijo–. Ahora no, pero... En otro momento, ¿vale?

–Vale –murmuré.

Pensé en decirle que si me iba a venir con la cantinela de siempre podía ahorrárselo, pero no quise ponerme borde nada más entrar el nuevo año. Lo dejé correr. Bastantes preocupaciones tenía yo ya como para añadir las tonterías de mi hermana. Me pidió que le dijera a Gabriel que lo sentía y nos despedimos.

–Mi hermana, que lo siente –le dije a Gabriel.

Él hizo un gesto de asentimiento como aceptando las disculpas y eso fue todo.

Estallé esa noche. No sé qué me pasó; simplemente rompí a llorar desconsolada. Estábamos ya en la cama, con la luz apagada dispuestos a dormir o al menos a intentarlo cuando toda la angustia y toda la pena que había sentido durante la noche se desbordó. Gabriel se asustó al ver que de pronto comenzaba a sollozar sin motivo aparente.

–Silvia... Silvia, ¿qué te pasa? –me preguntó alarmado.

No le contesté. No podía hablar a causa del descontrolado llanto. Él se acercó a mí y me abrazó por la espalda. Yo me di la vuelta y me refugié en su pecho. Y lloré en sus brazos, empapándole de lágrimas mientras él intentaba

consolarme con torpeza, sin saber qué estaba pasando. Todo el mundo era feliz menos nosotros. Él me quería. Me quería y yo le había apartado de mí, le había rechazado, le había alejado. Era fría con él, había hecho que ya no se atreviera a acercarse a mí por miedo a un nuevo rechazo, por miedo a que le acusara una vez más de haberse acostado con otra. Ella, que no era nadie, se había interpuesto entre nosotros dos. Y lo de la otra noche, cuando habíamos hecho el amor desesperados, en lugar de suponer una reconciliación nos había distanciado aún más. Gabriel pensaba que me había lastimado, que solo me había usado para su propio placer, y daba igual lo que yo le dijera. Estaba destrozado, y yo también.

–Silvia... Dime al menos por qué lloras –me dijo.

–Yo... yo también quería hacerlo –hipé–. Y a ti se te ha metido en la cabeza esa idea absurda de que me has hecho daño, y no es verdad. ¿Sabes cómo me sentí cuando me dijiste que te sentías como si me hubieras violado? ¿Lo sabes?

–Es que fue así como me sentí, Silvia. Es así como me siento.

–No digas eso –sollocé–. Yo también quería hacerlo. Y me gustó, pero tú no te enteras de nada. No te enteras de nada.

Seguí llorando a lágrima viva. Gabriel me besó en la cabeza y acarició mi espalda y yo me dormí llorando, recostada en él.

A la mañana siguiente al despertar tenía un dolor de cabeza descomunal. Gabriel me había dejado dormir y eran casi las diez y veinte. Él ya estaba vestido. Todavía tenía el pelo húmedo después de haberse duchado.

–¿Cómo estás? –me preguntó sentándose a mi lado.

–Tengo a la Filarmónica de Viena tocando el concierto de Año Nuevo en mi cabeza con un *fortissimo* de timbales –dije, aún soñolienta.

Él esbozó una sonrisa.

–Silvia, si quieres que nos quedemos en casa... Mis padres lo entenderán.

–¿Cómo no vamos a ir a comer con ellos? No te preocupes. Desayuno algo y me tomo una aspirina.

No había ensayos esa mañana. Los músicos se sabían la partitura de memoria y podrían tocar con los ojos cerrados. Santi le dijo a Gabriel cuando habían hablado la noche anterior que ni siquiera hacía falta que fuera al concierto; se las apañarían muy bien sin director. Por la tarde, sin embargo, sí que habría ensayos en el auditorio. Se verían allí a las cinco. Los demás iríamos para las ocho, la hora a la que comenzaría el concierto.

Gabriel tenía los ojos enrojecidos. También él había llorado. Habíamos empezado el Año Nuevo llorando los dos.

–¿Estás mejor? –inquirió antes de salir de casa.

–Sí. Al menos se me ha pasado el dolor de cabeza –contesté.

Llevábamos la ropa para el concierto, de modo que no tuviéramos que estar yendo y viniendo a casa. Él se la llevaría al auditorio cuando se fuera a los ensayos y yo me cambiaría en casa de sus padres e iríamos todos juntos desde allí. La comida transcurrió como la cena de la noche anterior. A las cuatro y media, Gabriel cogió sus cosas y se fue y yo me quedé con su familia, que hicieron lo imposible por animarme un poco y distraerme de la aflicción que me consumía.

Faltaba algo más de una hora para las ocho cuando comenzamos a vestirnos. Me había llevado algo de maquillaje para al menos disimular mi palidez. Unos polvos, la discreta sombra de ojos, el delineador y un poco de rímel y carmín dieron color a mi rostro, aunque no pudieron ocultar mi tristeza. El atuendo fue sencillo: un vestido de lana morado, botas negras de ante que se ajustaban a mis piernas y mi habitual abrigo negro.

Los hombres empezaron a mostrar síntomas de impaciencia ante la tardanza de las mujeres y las mujeres protestamos ante sus quejas. Mario no iba al concierto; se quedaba con los niños, ya que para ellos iba a resultar demasiado largo. Los pequeños rezongaron porque querían ver a su tío, pero les dijeron que les llevarían otro día, cuando se tratara de un concierto que empezara antes y no durara tanto.

El auditorio bullía de gente. Dejamos los abrigos en la guardarropía para que no nos supusieran un estorbo y nos acomodamos en nuestras butacas. Los espectadores leían el programa y hacían comentarios sobre lo que ponía o se abanicaban con él. A las ocho en punto salieron los músicos al escenario. Tomaron asiento mientras aplaudíamos. Templaron. Afinaron. Se los veía decididos y dispuestos, sabiendo que iban a arrasar. Por último salió Gabriel y los aplausos se reanudaron. Él saludó, serio, y se dio la vuelta. Alzó los brazos, dio la primera anacrusa y la orquesta comenzó a tocar.

Algo había cambiado. Vi lo que Marta me había dicho respecto a Gabriel. La dirección era impecable, precisa y enérgica, pero no vi la vida y la pasión que Gabriel siempre ponía en el podio. No vi el alma que siempre entregaba. No vi la música fluir de sus manos, de su batuta. Fueron detalles en los que nadie pareció reparar, salvo tal vez yo y los propios músicos. Aun así, todo el

auditorio se puso en pie al finalizar. Los aplausos atronaron. Hubo bises y más aplausos ensordecedores. Pero, aunque nadie lo deseaba, el concierto tenía que terminar. La gente comenzó a marcharse, comentando entusiasmada aquello que más les había gustado, tarareando. Algunos incluso se marcaron unos pasos de vals en el pasillo, riendo. Sonreí al verles. La alegre música me había animado un poco, pero sentía una sombra de preocupación por Gabriel.

No pegué ojo en toda la noche. El sueño de Gabriel estuvo plagado de pesadillas. Se agitaba, jadeaba angustiado y hasta le oí gemir. Más de una vez estuve a punto de despertarle y terminar con lo que fuera que le causaba aquella angustia, pero entonces parecía calmarse y lo dejaba dormir. Al poco tiempo volvía a empezar. Me llamó en sueños mientras se revolvía entre las sábanas y de pronto despertó sobresaltado, asustándome. Se sentó en la cama como movido por un resorte y yo me incorporé, sentándome a su lado.

–Gabriel...

Puse una mano sobre su brazo. Respiraba de forma agitada y su frente estaba perlada de sudor.

–No pasa nada –me dijo–. Sigue durmiendo. Solo ha sido una pesadilla.

Volvió a acostarse y yo suspiré e hice lo propio. Nos quedamos despiertos sin decir nada, uno junto al otro. Poco a poco, Gabriel se fue sosegando. Los restos de su pesadilla se evaporaron y su respiración volvió a la normalidad.

–Gabi, ¿estás bien? –le pregunté.

–Sí. Siento haberte despertado.

–Estaba despierta.

De hecho, todavía no me había dormido. Un rato después, Gabriel volvía a dormir y yo, desvelada, lo contemplaba en su sueño. Contemplé sus negras pestañas, largas y espesas, y sus labios entreabiertos, invitando a ser besados. Acaricié su pelo revuelto y dibujé con un dedo su nariz recta. Me incliné sobre él y besé su mejilla. Él gruñó y se dio la vuelta, dándome la espalda, y yo cubrí con el edredón su cuerpo de pecado. Se acabó. Yo lo amaba. Lo amaba con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Lo amaba más que a mi propia vida y había cometido el error de dar por sentado que él ya lo sabía. No se lo había dicho. No había vuelto a decirle que le quería desde aquel día y él, en su inmenso dolor, no había visto los pequeños gestos que le invitaban a estrechar la distancia entre nosotros. Era yo quien le había apartado de mí.

Era yo quien le había rechazado cada vez que él había intentado acercarse a mí, sin tener en cuenta sus sentimientos, el amor que me tenía. Era humano. Se había equivocado y estaba pagando por ello un precio demasiado alto. Había sido honesto conmigo. Me había abierto su corazón y yo lo había herido en lo más hondo. Yo había apagado su sonrisa y la luz de sus ojos. Pero iba a arreglarlo sin perder un solo instante más. Y desperté. Dejé mi apatía y mi tristeza a un lado y desperté de mi largo letargo. Iba a ser clara con él. Iba a decirle que le había perdonado, que le amaba. Que nunca había dejado de amarle y que nunca lo haría. Iba a decirle que seguiríamos adelante juntos. Iba a abrazarle, a cubrirle de besos. Iba a pedirle perdón porque también yo le había hecho daño, mucho daño. Ella no era nadie y él era mi vida. No iba a permitir que una mujer que no significaba nada me apartara de él. No iba a arruinar mi relación con Gabriel por un desliz, por un mísero polvo. Había tardado demasiado en reaccionar y Gabriel se había hundido cada vez más en su desolación, en su amargura. Ni un minuto más. Ni un segundo más. Le habría despertado, pero necesitaba dormir. Se lo diría en cuanto abriera los ojos.

Cuando desperté, Gabriel no estaba en la cama. Después de toda la noche en vela me había quedado dormida. El sol estaba alto y la luz entraba a raudales en la habitación. Pensé que no podía haber dormido mucho tiempo y me quedé de una pieza cuando vi que el reloj marcaba las 11:17 de la mañana.

—¡Joder! ¡Mierda!

A esas horas, Gabriel llevaba ya buen rato en la sede ensayando con la orquesta. Podría haberle esperado en casa, pero quise ir a buscarle. Esperaría a que terminara y le diría todo lo que debí haberle dicho hacía tiempo. ¿Por qué diablos no le había despertado?

Me di una ducha rápida, me sequé la cabeza a toda velocidad y dejé que el pelo que me caía por la espalda se fuera secando solo. Me puse los primeros vaqueros y la primera camiseta que me vinieron a las manos y bajé corriendo a la cocina a desayunar. Devoré un par de magdalenas y me tomé un vaso de café con leche sin sentarme siquiera. Volví al cuarto de baño a lavarme los dientes y me dispuse a salir de casa como si de pronto se hubiera declarado un incendio. Por la escalera me encontré con Irene, que subía con ropa recién planchada, y casi me la llevé por delante.

–¡Silvia! ¿Adónde vas con tanta prisa? –me preguntó.

–A la sede. ¿Gabriel te ha dado algún recado para mí?

–No. ¿Tenía que decirme algo?

–¡Me voy!

Cogí el coche y me dirigí a la sede de la orquesta, decidida a salvar nuestra relación de una vez por todas. Al llegar, Merche me dijo que estaban en pleno ensayo. Diez días más tarde había programado un concierto en Barcelona y por añadidura le habían pedido un tema para un documental sobre el océano, así que Gabriel seguía enfrascado en sus partituras, en la música, en la orquesta. Seguía refugiándose en su trabajo para intentar olvidar mi distanciamiento y lo que él pensaba que era desamor.

–No creo que tarden en terminar –añadió Merche echando un vistazo a su reloj de pulsera–. Entra al estudio, si quieres. Estarán encantados de tener público.

Y eso fue lo que hice. Sabía que podía ir a escucharles siempre que quisiera, pero nunca iba a los ensayos porque pensaba que ellos no se sentirían del todo relajados en mi presencia. Los pormenores de los ensayos debían quedar entre los músicos y el director. Aquella vez, no obstante, hice una excepción.

Oí el murmullo de la música a través de las paredes insonorizadas y entré sin hacer ruido para escucharles. El estudio estaba a oscuras; solo se hallaba iluminada la parte donde tocaban y no me vieron: Gabriel porque estaba de espaldas a mí, dirigiendo, y los demás estaban tan centrados en sus partituras que ni se enteraron de que la puerta se había abierto.

La música que llegó a mis oídos me heló la sangre. Las cuerdas sonaban desgarradas, como un llanto desesperado, la percusión apuñalaba, los instrumentos de viento gemían. Y Gabriel... No podía ver su rostro, pero sí la tensión de su cuerpo. No se movía llevado por la música, sino más bien por el pesar. Sus manos, que siempre se movían con la armonía de la música, con elegancia, fluyendo con los compases, ahora estaban más rígidas. La batuta, siempre parte de él, parecía más bien amenazante. Y los músicos, clavados en sus asientos, estaban muy lejos de sentirse cómodos. No había más que ver su semblante.

Escuché paralizada en la oscuridad del estudio. No pudieron ser más de dos minutos que se me hicieron eternos. La pieza acabó con un latido de timbales y un lamento del resto de los instrumentos, que dejaron de oírse

paulatinamente. Cuando el sonido de la música se desvaneció, Gabriel quedó con la cabeza gacha. Ni siquiera se apartó el pelo que le caía por la frente como de costumbre.

–Hemos terminado por hoy –dijo lacónico.

Los músicos, confundidos, se levantaron para marcharse sin que Gabriel se dignara a mirarlos. Esperé a que todos se fueran; tampoco era plan hablar de nuestras cosas delante de toda la orquesta. En otras circunstancias habría ido a saludarles, pero aquel día quise esperar a que Gabriel se quedara a solas.

Santi se acercó a él y le puso una mano en el hombro en un gesto fraternal. Le dijo algo que no pude oír bien debido a las voces quedas de los músicos que recogían sus cosas para irse y Gabriel negó con la cabeza, alicaído. Santi le dijo algo más, oprimió su hombro como para confortarle y se fue. Marta fue la última. Se había quedado rezagada a propósito.

–Gabriel... ¿Qué te pasa? –le preguntó–. Si puedo ayudarte...

–Estoy bien, Marta –contestó él, haciendo un esfuerzo por sonreírle–. No me pasa nada; vete tranquila.

–¿Es por Silvia? ¿Cómo puedes estar tan ciego? Ella...

–¡Marta!

Gabriel la cortó con aspereza y, aunque vi que era justo lo que quería hacer, ella no insistió. El tono empleado por Gabriel y algo en su expresión la hicieron desistir.

–Bueno... Hasta mañana entonces –murmuró, en absoluto convencida.

–Hasta mañana.

Marta cogió el violín que había dejado en el suelo y se dispuso a marcharse. Gabriel la miró mientras se alejaba y entonces la llamó.

–Marta... –Ella se giró y alzó nuevamente la mirada hacia él–. Gracias.

La joven violinista volvió sobre sus pasos y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla. Después abandonó el estudio. Cuando la puerta que daba a la calle se cerró detrás de ella, Gabriel se quedó cabizbajo, con los hombros caídos, envuelto en un aura de infinita tristeza.

–¡Gabriel!

Se volvió, sorprendido al oír mi voz. Yo corrí hacia él desde mi resguardo entre las sombras y lo abracé con tanto ímpetu que lo hice tambalearse hacia atrás.

–Te quiero –le dije–. Te quiero, amor mío, te quiero.

Él me envolvió en sus brazos suavemente, como si no pudiera creer que

me tuviera entre ellos, y me estrechó contra sí. Entonces, vencido, rompió a llorar.

–Silvia...

–Te quiero –repetí, acariciando su pelo negro–. Nunca he dejado de quererte. Ni un segundo. Mi amor... Mi Gabriel... Te quiero, te quiero.

–Perdóname –sollozó–. Lo siento. Lo siento tanto... Yo no quería hacerte daño. Me equivoqué. No pensé, no... Perdóname.

–Te perdoné hace tiempo –le dije, besando su mejilla, sus lágrimas saladas–. Ya te perdoné. Yo te quiero. Yo te sigo queriendo. Debí decírtelo antes, mucho antes, pero estaba tan dolida que... Perdóname, Gabi. Perdóname tú a mí por cómo te he tratado, por todas las cosas horribles que te he dicho... Te dije que no te quería, que no podría perdonarte nunca, y era mentira. Necesito que lo sepas. Necesito que sepas que era mentira. Yo también te he hecho daño, y lo siento. Lo siento mucho. Mi amor...

Lloró deshecho en mis brazos mientras yo le acariciaba, le besaba y le decía que le amaba una y otra vez. Sus lágrimas caían en mi pelo. Las mías, silenciosas, morían en su pecho.

–Perdóname –suplicó una vez más.

–No me pidas más perdón. Me parte el alma, Gabriel.

–Silvia...

Se fue calmando poco a poco y se apartó de mí con delicadeza. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos por el llanto. Sequé sus mejillas y lo besé. Sentí el leve temblor de sus labios, su tibieza y la ternura que siempre tenían y que tanto había echado de menos. Al romper el beso rozó mi rostro con el envés de sus dedos.

–No llores, Silvia. Por favor. Por favor, no llores más –me pidió.

Sentí su pena y supe el sufrimiento que le causaban mis lágrimas. Cada una de ellas le causaba pesar porque era él quien las había provocado. Y eso le estaba matando, así que hice lo imposible por dejar de llorar.

–Te quiero, Silvia. Yo... Lo siento. Lo siento mucho. No significó nada. No...

–Ya está. Sssh.

Acaricié su mejilla, la mejilla que yo había abofeteado tiempo atrás. Él me cogió la mano y la retuvo contra su rostro. Entonces se dio cuenta de que la pulsera de plata que me había regalado en Navidad adornaba mi muñeca derecha.

–La llevas puesta –me dijo.

–Siempre la llevo. Ni cuenta te has dado.

Desde que me la había regalado no me la quitaba salvo para dormir. Él bajó la mirada.

–Silvia, esa noche...

–Esa noche hicimos el amor. Puede que de forma algo brusca, pero hicimos el amor.

–Te hice daño.

–Sentí placer, Gabriel. Sentí mucho placer. Me hiciste un poco de daño al metérmela, eso es todo. Yo también quería hacerlo, yo también te deseaba, te deseaba tanto... Y me gustó, me gustó mucho. No te tortures más.

–Silvia...

Me abrazó de nuevo. Me abrazó con fuerza y besó mi cabeza. Yo acariciaba su espalda con la cabeza recostada en su pecho.

–Te quiero –murmuró contra mi pelo–. Te quiero, Silvia. Te quiero.

Nos besamos una vez más. Nos besamos con todo el amor que nos habíamos negado todo aquel tiempo. Nos besamos con los labios y con el alma, con la boca. Con el corazón.

Irene nos había dejado preparado un sabroso guiso y comimos tranquilos en la cocina de nuestro hogar. Conversamos como antes. Nos miramos sin dolor. Gabriel me propuso ir al cine y yo subí a nuestra habitación a cambiarme de ropa y a arreglarme un poco y volví junto a él, que me esperaba en la sala. Estaba pálida, tenía ojeras y mis ojos seguían un poco irritados por haber llorado. Tampoco me había esmerado mucho en peinarme y el pelo me caía en ondas indómitas por el rostro. No tenía muy buen aspecto que digamos, pero cuando Gabriel me miró pareció ver a la mujer más hermosa sobre la faz de la Tierra.

No estábamos para dramas ni películas románticas, así que vimos una de acción que nos mantuvo entretenidos. Cuando la película terminó ya era de noche y había refrescado considerablemente. De camino al coche, me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él para protegerme del frío y yo rodeé su cintura. Nos detuvimos por el camino varias veces para besarnos, para mirarnos, para acariciarnos.

Fuimos a cenar al Albergue, un restaurante pequeño y acogedor que

solíamos frecuentar cada vez que queríamos pasar una velada romántica a la luz de las velas. Era el restaurante al que Gabriel me había llevado la primera vez que fui a Murcia y nos habíamos convertido en clientes habituales. Siempre nos acomodaban en un sitio resguardado para que Gabriel pudiera pasar desapercibido y nadie nos molestara. Una vez cenamos, volvimos a casa. Nos desnudamos en la intimidad de nuestro dormitorio y caímos sobre la cama. Hicimos el amor despacio, muy despacio, descubriéndonos de nuevo. Acaricié cada poro de su piel. Borré su culpa y su pena con besos y caricias. Él me revivió con su boca, con sus manos, con su cuerpo. El *tempo* fue *in crescendo* y la tierna dulzura del principio se volvió pasión desenfrenada. Volví a tenerle dentro de mí, a envolver su férrea dureza con mi calor. Volví a abandonarme entre sus brazos mientras oleadas de placer nos sacudían. Y nos mecimos juntos, nos amamos. Le sentí derramarse en mis entrañas, sentí su simiente cálida llenándome y algo en mí estalló, arrastrándome sin piedad. Me arqueé, agarrando su pelo, clavando mis dedos en su espalda. Y él me sostuvo, me acarició, encendiéndome aún más, hasta que desfallecí en sus brazos.

Lo miré, aún jadeando. Tampoco él había recuperado el aliento. Y nos quedamos así, abrazados, mientras nuestros corazones volvían a coger el compás normal.

–Te quiero –me dijo antes de besarme.

Cuando pudimos separar nuestras bocas hambrientas, le acaricié la nariz con un dedo, bajé por sus labios y su barbilla.

–Yo también te quiero –le dije.

Sus ojos brillaban. Gabriel... Mi Gabriel... Me arropó en su cuerpo y yo me recosté contra él, con la cabeza en su pecho y mis piernas enredadas en las suyas. Y me quedé dormida escuchando los fuertes latidos de su corazón, llena de paz.

Capítulo 8

Nos reencontramos aquellos días. Hablamos. Curamos nuestras heridas y avivamos de nuevo nuestro amor dormido. Tocamos juntos e hicimos el amor. Y así llegó el día en que Gabriel partía a Barcelona. Llevaba una maleta con ropa para el fin de semana, incluyendo la de trabajo. Le despedí muy temprano en el garaje.

–Disfruta mucho, ¿vale? Y llámame cuando llegues –le dije.

–Descuida.

Parecía inseguro, casi triste, y supe lo que rondaba por su cabeza.

–Sin fantasmas, Gabriel.

–Silvia...

Me besó.

–Te quiero –me dijo acariciando mi mejilla–. No sabes cuánto.

–Y yo a ti. Y ahora vete, anda, o no te dejaré marchar.

Le vi alejarse en su coche camino de la sede de la orquesta, desde donde salía el autobús. El concierto era esa misma noche. El domingo le tendría de nuevo en casa. Apenas se había marchado y ya lo añoraba. Yo tenía que terminar de traducir la novela en la que estaba trabajando, pero me quedaban muy pocas páginas para acabar y pensé que bien podían esperar unas horas. Esa mañana se la dedicaría a mi violonchelo.

Fui al estudio. Siempre tocaba allí cuando Gabriel no estaba; era como tenerle un poco más cerca. Al ir a sentarme vi que la papelera que se encontraba a la derecha del piano estaba casi llena. Era una partitura rota en pedazos. Me extrañó. Gabriel nunca rompía las partituras. Tiraba las que no le servían o las que estaban llenas de anotaciones y correcciones y ya estaban pasadas a limpio, pero jamás las rompía. Las arrugaba y las tiraba hechas una bola. Cuando vi el papel pautado hecho trizas tuve un presentimiento y empecé a sacar los papeles de rodillas en el suelo. Era la música del documental. Tenía que serlo. ¿Por qué la iba a romper si no? Gabriel nunca había roto las partituras. Nunca había roto la música.

Olvidé mi violonchelo y encendí el ordenador. Tal vez la pieza aún seguía

en el disco duro. Tal vez Gabriel no la había eliminado, aunque algo me decía que no era así. Introduje la contraseña que me había dado por si un día quería usar su ordenador y esperé. Tenía una carpeta nombrada “Documental océano” con una fecha de creación reciente, pero estaba vacía. La música que buscaba, la que había escuchado sin pretenderlo el día que fui a la sede, no estaba allí. Tal como había supuesto, tampoco encontré nada en la papelera de reciclaje. Apagué el ordenador y volqué el contenido de la papelera sobre la mesa. Estaba segura de que se trataba de la partitura que buscaba. Iba a pegarla con celo. Iba a recomponerla. Agradecí al cielo que supiera leer música, lo que me facilitaría mucho las cosas. Saqué de un cajón un rollo de celo invisible especial para papel y comencé con la tarea.

Puse todo mi esmero y mi cuidado, pero aun con todo mi empeño el resultado fue un montón de papel remendado. Leí la partitura con los ojos velados por las lágrimas. Era muy buena. Era desgarradoramente buena. Pero a Gabriel le dolía. Tanto que había borrado todo rastro de ella incluso del ordenador. No quería darle su partitura así, rota y unida por celo. Iba a pasarla a limpio. Era una parte de él y yo iba a eliminar las fisuras, los desgarros. Iba a hacer desaparecer el sufrimiento que encerraba. Si aun así no quería tenerla, me la quedaría yo. Era parte de su obra. Quizá algún día pudiera mirarla sin dolor.

Cogí unas cuantas hojas de papel pautado y copié la pieza nota a nota, anotación a anotación. Por la tarde iría a que me la encuadernaran. Una vez terminé de copiarla, volví a leer la partitura. Había tanta desolación en ella, tanto pesar...

Pensé en Gabriel. Todavía estaría camino de Barcelona con sus compañeros de la orquesta, aunque ya no tardarían en llegar. Decidí no esperar a que llamara él y le mandé un mensaje. Le puse lo mismo que la primera vez que se fue de gira estando conmigo: “Te quiero. Te extraño. Te espero”. No contestó, pero yo sabía que esperaría a estar a solas para llamarme. Entonces sonó el teléfono. Creí que sería él, pero no. Era mi madre.

–Hola, mamá.

–Hola, Silvia. ¿Cómo estás?

–Bien. –Y esta vez era verdad.

Ella suspiró.

–Tu padre me ha dicho que Gabriel da esta tarde un concierto en Barcelona.

–Sí.

–¡Pero qué hígado tienes, hija mía, qué poca sangre, por Dios! Él se va por ahí y tú te quedas tan pancha. Parece que te dé igual con quién se acueste.

El comentario se me clavó como un puñal.

–Mira, mamá, Gabriel va por trabajo...

Iba a seguir hablando, a decirle cuatro cosas, pero ella resopló con desdén y eso también me dolió. ¿Hasta cuándo iban a hurgar en nuestra llaga?

–¿Para qué me has llamado, mamá? ¿Para envenenarme? –le espeté.

–No seas dramática, Silvia. Solo quiero saber cómo estás.

–Estoy bien, ya te lo he dicho.

–No te entiendo. De verdad que no te entiendo. Yo ya le habría mandado a tomar...

–¡Ya basta! –interrumpí furiosa–. Se equivocó, mamá. Cometió un error y bien que está pagando por ello. Yo le quiero. Estoy con él porque le quiero. ¡Métetelo en la cabeza de una puñetera vez!

Y colgué. Y me sentí estupendamente. Iba a defender mi amor con toda la fiereza que fuera necesaria.

Gabriel me llamó nada más llegar a Barcelona. Estaba con Santi en la habitación de hotel que compartían. Su voz sonaba animada. Me dijo que estaba lloviendo y hacía frío, que iban a bajar a comer al restaurante en breve, que había visto el mensaje que le había enviado, pero había querido esperar a estar tranquilo en el hotel, que había preferido llamar a escribir. Me dijo que me quería y le sentí conmovido. Y casi pude ver a Santi sonriendo.

–¡Eh, Silvia, que ya me he enterado! –dijo entonces Santi al otro lado de la línea. Le había quitado el teléfono a Gabriel–. Me alegro mucho por vosotros, de verdad.

–Gracias, Santi. Lo sé, sé que te alegras.

–Eres la mejor, guapa. Yo también te quiero. Te paso a Gabriel, que está empezando a mirarme mal.

Hablamos un poco más. Le dije que lo pasaran bien, que no le deseaba suerte porque no la necesitaba. Y le dije que le amaba, que esperaba su vuelta a casa para abrazarle y llenarle de besos. Él bromeó diciendo que esa noche tenía que dormir con Santi y su sinfonía de ronquidos en vez de conmigo y oí al fondo las protestas de Santi diciendo que él no roncaba. Le pedí que me

llamara después del concierto para contarme qué tal había ido, él prometió que así lo haría y nos despedimos.

El domingo le esperé impaciente. Cuando vi llegar su coche salí a recibirle. Corrí hacia él y él abrió los brazos para acogerme entre ellos. Nos abrazamos con fuerza. Le vi sonreír. Por fin volvía a verle sonreír. Sus ojos volvían a brillar. El concierto había sido un exitazo. El auditorio se había llenado y las críticas no podían ser mejores. La gente hacía entusiasmados comentarios en las redes sociales de la orquesta.

Gabriel me había traído flores. Un precioso ramo de flores silvestres. Las metí en agua para que se conservaran unos días y nos sentamos a hablar, abrazados en el sofá. Él me preguntaba por mis quehaceres y me contaba los pormenores del concierto. La vida había vuelto a él y yo sentí que mis ojos se humedecían.

–Silvia, ¿qué pasa? –me preguntó.

–Que te quiero. Que vuelvo a tener al Gabriel del que me enamoré, que ya no te veo triste.

–Habíamos quedado en que nada de lágrimas.

Entonces sonreí.

–Es verdad. Nada de lágrimas –dije.

Me besó. Nos besamos. Y ya no hablamos más.

Cuando nos vestimos le dije que tenía algo para él y fui a buscar la partitura. Quería que supiera lo que había hecho con ella; no quería ocultarle que la tenía yo. Si él decidía destruirla definitivamente, así sería. En un principio había pensado en guardarla aunque él no la quisiera, pero luego cambié de parecer. No quería conservar nada que a él le hiciera daño. Se la tendí y él la cogió.

–Es... Es la música del documental –farfulló hojeándola–. Pero ¿cómo...?

Entonces encontró entre las páginas encuadernadas la partitura original con los pedazos unidos por celo y la sacó. Me miró sorprendido, sin poder creer que la tuviera en sus manos.

–Has pegado los trozos de la partitura que yo rompí –dijo.

–Yo... Creí que podrías querer tenerla algún día. La copié para tenerla a limpio, pero si no la quieres...

–Solo hay dolor en ella, Silvia. Solo dolor y desesperación. Por eso la

rompí. Se me olvidó vaciar la papelera.

–No podía dejarla ahí. No podía tirarla. Era parte de ti. No podía tirarla, Gabriel.

–Ven aquí.

Me arropó en sus brazos. Acarició mi pelo, besó mi cabeza.

–La has copiado a mano –dijo.

–No estaba en tu ordenador y no sé usar el programa de música más que para cosas sencillas, así que...

–A lo mejor con una dirección más suave y unos arreglos...

Me aparté de él para mirarle a los ojos.

–Gabi, si no la quieres...

–Me duele verla; no te voy a mentir. Me duele por lo que supone, pero la guardaré. Con todo lo que has trabajado copiándola y haciendo el puzle...

Esa tarde fuimos a casa de sus padres. Queríamos darles la noticia de nuestra reconciliación en persona, queríamos decirles que todo estaba bien entre nosotros, que nos amábamos, que nuestro amor había sido más fuerte que todo lo demás. Teresa nos abrió la puerta.

–¡Anda, qué sorpresa! –exclamó, haciéndose a un lado para dejarnos pasar.

–Hola, mamá –dijo Gabriel–. ¿Llegamos a tiempo para el café?

–Sí. Sí, claro –contestó ella. Cerró la puerta, sin poder apartar los ojos de nuestras manos entrelazadas–. Ay, no me digáis que...

Nosotros asentimos, sin poder ocultar la felicidad que nos embargaba.

–Hemos vuelto a empezar –le dije a Teresa, oprimiendo levemente la mano de Gabriel–. Nos queremos y... No importa nada más.

–¡Pero qué alegría! –exclamó ella–. ¡Qué alegría tan grande!

Me abrazó con fuerza y después abrazó a su hijo. Al separarse de él se echó a llorar.

–Mamá, no llores tú ahora –le dijo Gabriel.

–Si es que es de emoción –replicó ella secándose las lágrimas–. ¡Ramón, han venido los chicos! Y tú ya puedes valorar lo que tienes –continuó en tono reprobatorio, dirigiéndose a Gabriel–. Cualquier otra te habría mandado a freír espárragos. Y con razón.

–Pero Silvia no es cualquier otra –dijo él mirándome como siempre lo había hecho. Me acercó a él y me besó en la mejilla–. Es la mujer de mi vida.

También Ramón nos abrazó. Le dio unas palmaditas en la espalda a su hijo y seguidamente puso las manos sobre sus brazos.

–Siento haber sido tan duro contigo –le dijo pesaroso, lamentando haberle recriminado con tanta crudeza.

–Tenías razón en todo –contestó Gabriel.

–No debí hablarte así. Bastante tenías ya.

Vi que a Gabriel le dolía recordar los reproches de su padre, pero asintió con la cabeza, aceptando de corazón sus disculpas. Lo amé aún más. Era incapaz de guardar rencor. Fue un día de celebración. Nos quedamos a cenar con ellos. No me pasaron desapercibidas las sonrisas de complicidad de Ramón y Teresa al volver a vernos felices a su hijo y a mí.

Gabriel seguía trabajando en la música del documental. El desgarrador tema que había compuesto llevado por su dolor había quedado relegado a un cajón y la música nueva tenía el alma, la fuerza y la pasión que él siempre imprimía a sus partituras.

Yo no tenía nada que traducir aquellos días, así que leía, cuidaba el jardín y tocaba el violonchelo. Lo había echado de menos todo aquel tiempo que lo había mantenido apartado de mí y ahora sentía que tenía que compensarle por haberlo tenido abandonado. Gabriel y yo tocábamos juntos en sus ratos libres. Él, el piano. Yo, el chelo. No necesitábamos nuestras voces para hablar. La música y nuestra mirada eran suficientes.

El viernes de esa misma semana estábamos terminando de desayunar cuando sonó el móvil de Gabriel.

–Es Merche –dijo él extrañado antes de contestar.

No era muy habitual que Merche le llamara por teléfono tan temprano. Gabriel iba prácticamente a diario a la sede de la orquesta y cualquier cosa que surgiera por lo general podía esperar a que él llegara. Debía de tratarse de algo excepcional.

–¿Qué le ha pasado? –preguntó Gabriel tras los saludos iniciales. Hubo una pausa mientras hablaba Merche–. ¿Y no han podido encontrar a otro director? ¿Tengo que ser precisamente yo? –Otra pausa–. Ya. Entiendo. –Un nuevo silencio–. No, eso no tiene nada que ver. Es una situación incómoda por motivos personales y preferiría... –Merche le interrumpió con algo y Gabriel dejó escapar un suspiro–. Sí, claro. ¿Cómo no voy a ir? De acuerdo entonces, diles que cuenten conmigo. –Una pausa más–. Sí, se lo diré. Te llamo con lo que sea.

Cortó la llamada y se quedó mirando el teléfono con un leve ceño, como si

esperara que de pronto comenzara a autodestruirse.

–¿Qué quería Merche? –le pregunté.

–Luis, el director de tu padre, se ha puesto enfermo –dijo–. No es nada grave; se trata de un gripazo, pero no está en condiciones de dirigir los dos conciertos que dan este fin de semana en Bilbao. Y adivina a quién han tenido la feliz idea de pedir que le sustituya.

–¡¿Vas a dirigir la orquesta de mi padre?!

–No hay nada que me apetezca menos –gruñó–. Con el plan que tenemos... Pero ha sido el mismo Luis quien me ha propuesto. No sé si quiere intentar arreglar las cosas o provocar una catástrofe, pero es un compañero. No puedo decirle que no. ¿Quieres venir conmigo? Podrías aprovechar para ver a tu familia, si quieres.

Mi familia. Últimamente no nos entendíamos, pero quería ir con él y ver el concierto, verle dirigir como lo había hecho siempre. Quería ver a mis padres y a mi hermana. ¿Podrían limar asperezas mi padre y Gabriel teniendo que trabajar juntos? Todo podía ser. Yo tenía que estar allí.

–Iré contigo, sí, pero yo me alojo en el hotel también, eh. No quiero estar en casa.

Gabriel asintió.

–Vale, entonces le diré a Merche que reserve una habitación doble.

Salimos horas después. Era ya de noche cuando llegamos a Bilbao. A nuestra llegada al hotel nos refrescamos un poco y nos echamos en la cama para descansar un rato antes de ir a cenar. Se presentaba un fin de semana interesante.

A la mañana siguiente, Gabriel se fue al Palacio Euskalduna a ensayar con la orquesta y yo me fui de tiendas con la mera intención de distraerme un poco en lugar de estar encerrada en la habitación del hotel hasta que él regresara. No compré nada; no me hacía falta nada, pero me entretuve dando vueltas por los comercios de Bilbao. Cuando Gabriel volvió al hotel le pregunté qué tal había ido todo.

–Me están tocando los cojones a base de bien –me dijo molesto, sentado en la orilla de la cama–. Yo no sé si estoy dirigiendo una orquesta o un parvulario. ¿Te puedes creer que han dado un redoble de timbales y un golpe de platillos así por las buenas en pleno ensayo?

Me quedé de una pieza.

–Gabriel, dime que no es verdad –dije.

–¡Ya lo creo que es verdad! Y encima les llamo la atención y me dice...
¿Cómo se llama el de los platillos?

–Antonio.

–Eso, Antonio. Me dice muy serio: “Disculpe, maestro” y de la misma oigo que le dice al de al lado: “¿Maestro? Joder, si podría ser mi hijo”.

No pude evitar echarme a reír. Me imaginaba al campechano Antonio reprendido por un hombre que, tal como él había dicho, podía ser su hijo.

–No tiene gracia, Silvia –gruñó Gabriel–. Que se están comportando como niños, coño, y no tienen edad.

–Ay, Gabi...

–Sí, a los demás también les daba la risa. La sección de viento ha quedado de puta madre. El concierto va a ser un verdadero desastre.

–Claro que no –repliqué–. Va a salir perfectamente. Es solo que les cuesta cambiar de director acostumbrados como están a Luis. Tú no te preocupes. Lo de los timbales y los platillos habrá sido la tomadura de pelo de bienvenida.

Bajamos a comer al restaurante del hotel mientras Gabriel me seguía contando las vicisitudes del día y se desahogaba. Me habría encantado ver esos ensayos.

–Bueno, ¿y tú qué? –me preguntó al sentarnos a la mesa.

–He ido de tiendas. Había pensado en ir a dar un paseo, pero con el frío que hace...

–Creí que irías a tu casa.

–Luego, después de comer. Vendré al concierto con mi madre y mi hermana y luego ya me vengo contigo al hotel.

Había comprado la entrada por internet antes de salir de casa la mañana anterior. Podía entrar con Gabriel o con mi padre sin ningún problema, acceder al auditorio por el escenario y ver el concierto bien desde alguna butaca que hubiera quedado libre o bien de pie en un lateral de la sala si el aforo estaba completo, pero no quería perderme detalle, así que compré una entrada. Lo bueno que tenía ir solo a un concierto era que resultaba más fácil encontrar una butaca libre en un buen sitio. Había sido todo tan apresurado que no me fue posible estar en el auditorio con mi madre y mi hermana, pero ya nos veríamos más tarde.

Gabriel se quedó en el hotel y yo fui a casa de mis padres con tiempo suficiente como para poder estar también con mi padre antes de que se fuera a

los ensayos de aquella tarde. Mi madre me recriminó que nos hubiéramos alojado en un hotel en vez de quedarnos en su casa.

–¿Se te ha olvidado lo que pasó la última vez que vinimos o qué? –le dije–. Además, te recuerdo que cuando vosotros fuisteis a Murcia también os quedasteis en un hotel.

–Eran otras circunstancias –replicó ella.

–Es violento para él, mamá. No tiene por qué aguantar vuestra hostilidad ni vuestras malas caras.

–Te ha hecho mucho daño, Silvia.

–Y le he perdonado. Le quiero y voy a seguir con él te guste o no. Siento mucho que no lo entiendas.

–Pues no, no lo entiendo.

–¿Vais a empezar a discutir otra vez? –nos cortó mi padre, ceñudo.

–No –murmuré.

Mi madre alzó las palmas de las manos en un gesto de rendición y mi padre cambió el ceño por una sonrisa.

–¿Cómo se ha tomado Gabriel lo de dirigir nuestra orquesta? –me preguntó.

–Con filosofía, papá, con filosofía. ¿Y vosotros cómo lleváis el cambio?

Mi padre bufó.

–Estos directores jóvenes... Nos tiene fritos, y eso que dice que va a ceñirse a lo que ha hecho Luis. Los cojones va a ceñirse. Nos ha hecho sostener un calderón hasta casi ahogarnos.

–Estás exagerando. Y mucho.

–¡Qué sabrás tú, si no estabas! Lo ha hecho a propósito, el muy cabrón.

–Papá, que es mi pareja.

–Otro ensayo igual y no llegamos al concierto de esta noche. Te lo digo yo.

–Gabriel me ha contado lo de los timbales y los platillos.

–¡Esa es otra! No tiene sentido del humor.

Dejé a mi padre por imposible y llamé a Luis para ver cómo se encontraba. El pobre estaba ronco y totalmente congestionado a causa de la gripe. Me dijo que le dolía todo y que tenía mucha fiebre.

–En cuatro días estaré como nuevo, pero hoy no me tengo en pie, hija –dijo–. Dile a Gabriel que le agradezco mucho... –Un acceso de fuerte tos interrumpió sus palabras–. Dile que le agradezco que haya venido a sustituirme. Sé que no es fácil para él.

–Luis, ¿por qué él? Tú sabes lo que ha pasado entre nosotros, sabes que mi padre no le puede ni ver, y está en la orquesta.

–¿Que por qué él? Porque es el mejor, niña. Y porque tú eres hija de Fernando, y Gabriel es tu pareja. He pensado que tal vez si trabajan juntos... No sé, cosas de un viejo.

–No eres viejo, Luis. Tienes todavía mucha guerra que dar.

Le tenía cariño. Me había visto crecer, al igual que la mayor parte de la orquesta de mi padre, y su porte de director serio y severo se venía abajo cuando me veía y me alzaba en brazos cuando era pequeña. Hablamos un rato más. Él no me reprochaba nada. Parecía entender que yo siguiera amando a Gabriel y se alegró de que hubiéramos decidido seguir adelante juntos.

–Espero que el concierto vaya bien –me dijo al despedirnos.

–Yo también lo espero.

El auditorio del Palacio Euskalduna comenzó a llenarse. Poco a poco, la gente llegaba y ocupaba sus sitios. Se oían murmullos y conversaciones desenfadadas, comentarios acerca del cambio de director, conjeturas sobre la interpretación que tendría lugar.

Salieron los músicos, entre ellos mi padre, y aplaudimos mientras ellos tomaban asiento. Los instrumentos emitían suaves notas tentadoras y el público se rebullía ante el inminente comienzo del concierto. El concertino afinó y poco después Gabriel salía al escenario con su atuendo habitual. El público reanudó los aplausos. Gabriel saludó y seguidamente se volvió hacia los músicos, que lo miraban expectantes unos y ceñudos otros, levantó los brazos a la altura de medio cuerpo en el ritual acostumbrado y dio la entrada. El concierto había empezado.

Fue un concierto magnífico. La gente contenía la respiración y no apartaba la mirada del escenario mientras sonaban *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Los músicos se entregaron por completo, y eso nos llegó, caló hondo en la audiencia. Cuando finalizó el *Bolero* de Ravel, la última pieza, todo el mundo se puso en pie, rompiendo en un estruendoso aplauso. Gabriel se dio la vuelta en el podio, saludó de nuevo al público y dio el consabido reconocimiento a los músicos, que se levantaron de sus asientos y saludaron a su vez. Gabriel estrechó la mano del concertino y se retiró. Seguimos aplaudiendo un buen rato, hasta que también los músicos se fueron.

Salí del auditorio para ir junto a ellos, junto a Gabriel y mi padre. Mi madre y mi hermana no quisieron venir. A ninguna de las dos les apetecía ver a Gabriel. Mi madre porque se mantenía en sus trece y mi hermana porque seguía avergonzada después del numerito de Navidad.

Llegué justo a tiempo de ver a Gabriel y a Antonio dándose la mano. Antonio reía y entonces vi que abrazaba a Gabriel y le daba unas palmaditas afectuosas en la espalda. Al separarse se pusieron a hablar. También Gabriel sonreía. Parecía que habían olvidado el incidente de los timbales y los platillos porque a continuación se acercó Damián, el percusionista que tocaba los timbales, y la situación se repitió. Mientras Antonio, Damián y Gabriel solucionaban sus diferencias, yo corrí a abrazar a mi padre.

–¡Papá! ¡Habéis estado sensacionales!

–¿A que sí? ¡Cómo ha sonado!

–Eso es porque sois realmente buenos.

–El que es realmente bueno es Gabriel. Ha sido un privilegio tenerle como director –me dijo, como si no le gustara admitirlo.

–Bueno, pues díselo, que lo tienes ahí. Si no vas a hablar con él como mi padre, hazlo al menos como músico.

Mi padre me hizo caso y yo, mientras tanto, saludé y felicité a los demás. Me alegraba enormemente verles exultantes tras su éxito. El encuentro entre Gabriel y mi padre fue más frío de lo que a mí me hubiera gustado. Esperaba, si no una reconciliación, al menos un acercamiento entre ellos, pero no fue así. Se dieron la mano con formalidad, intercambiaron unas palabras y después cada uno siguió a lo suyo.

Gabriel me había contado aquella mañana que la situación con mi padre y el resto de los músicos había sido correcta, aunque tirante. Sin camaradería, sin cordialidad. Era únicamente una relación músicos-director. No era lo más recomendable ni lo que más le gustaba, pero era lo que tenía. Yo sabía de las miradas acusadoras que habría tenido que aguantar, del desdén que habría tenido que ignorar. Y también sabía que maldita la gracia que le hacía a mi padre ser dirigido por Gabriel, alguien que había sido su amigo y ahora despreciaba. No había sido fácil para ninguno de los dos. Afortunadamente, al término del concierto, ya relajadas las tensiones, el ambiente era más amistoso de lo que había sido en un principio.

Íbamos caminando hacia el hotel entrelazados por la cintura. Hacía frío y era agradable robarle un poco de calor. Tres adolescentes venían charlando animadamente en dirección contraria a la nuestra. Una de ellas nos miró y vi cómo se iluminaba su semblante.

—¡No me lo puedo creer! —La oímos cuchichear un poco antes de llegar a nuestra altura—. Mirad quién es —les dijo a las otras dos, que no parecían saber a qué venía en entusiasmo de su amiga—. Perdonen...

Se acercó a nosotros y miró a Gabriel como si se tratara de una aparición. Por un momento pensé que iba a pellizcarle para ver si era de verdad.

—¡Usted es Gabriel Alonso! —exclamó—. ¡Qué flipe! Mañana voy a su concierto. Es decir, al concierto de la Filarmónica de Bilbao. Suelo ir a verles de vez en cuando, pero es que este fin de semana dirige usted y no podía perdérmelo por nada del mundo. Iba a ir hoy, pero ya no quedaban entradas para hoy pero sí para mañana, así que... ¡Me encanta, ¿sabe?! Estudio en el conservatorio. Fagot. Y usted me encanta. Siempre voy al Euskalduna cuando viene de gira. Ojalá me dirija algún día.

—Eso sería estupendo —contestó Gabriel sonriéndole—. Siempre es un placer trabajar con gente como tú, con esas ganas y esa energía. Y gracias por el cumplido; eres muy amable.

—Es la verdad —replicó ella—. Es usted el mejor.

—No, por favor. Yo no soy nadie sin unos buenos músicos.

—Pero usted saca lo mejor de ellos —replicó la joven, mirándolo complacida al ver que no olvidaba el indiscutible mérito de sus músicos—. Es cómo lo siente, la pasión que le pone... ¿Verdad que es el mejor? —inquirió dirigiéndose a mí.

—Por supuesto que sí —contesté.

—Ella qué va a decir —rezongó Gabriel.

La muchacha rio y yo sonreí para mis adentros. Gabriel siempre se sentía abrumado cuando alguien le alababa, sobre todo si lo hacían de una manera tan efusiva. A pesar de todos los años que llevaba en el mundo de la música aún no se había acostumbrado a despertar admiración.

—También me encanta su música —añadió la joven—. Sus bandas sonoras... Son geniales.

—Vaya. Gracias. Me alegra que te gusten.

—Sí. No me canso de escucharlas, sobre todo la de *Hijos de la tormenta*. Es una pasada. Bueno, no les molesto más; solo quería saludarle. Un placer

conocerle.

–El placer ha sido mío.

–¿Puedo hacerme una foto con usted? –preguntó ella entonces–. Y ya de verdad que no les molesto más.

–No molestas –le dijo Gabriel.

Me presté voluntaria para hacerles la foto. La muchacha me dejó su móvil y saqué la fotografía.

–¡Qué bien ha quedado! Muchas gracias –me dijo al verla.

Se despidió de nosotros con dos besos y regresó con sus amigas, que se habían adelantado y la esperaban a una distancia. Gabriel y yo seguimos nuestro camino hacia el hotel.

Ya en nuestra habitación, tras una cena ligera, nos dejamos caer en la cama vestidos y todo.

–Tú tenías razón –me dijo Gabriel–. Parece ser que lo de los timbales y los platillos sí que fue la tomadura de pelo de bienvenida y no ganas de tocarme los huevos.

–¿Lo ves? Oye, hablando de tocar los huevos... ¿Qué ha pasado con ese calderón?

Él me miró sin comprender.

–¿Qué calderón? –preguntó.

–Mi padre me ha comentado que les has hecho sostener un calderón mucho tiempo en los ensayos. Vamos, que casi los asfixias.

Gabriel me miró extrañado y luego sonrió.

–No se me había ocurrido hacer eso –dijo–. Vaya, qué pena; habría sido divertido. Tal vez lo haga mañana.

–Desde luego, Gabi, entre los músicos y tú...

Los dos reímos.

–¿Qué tal con mi padre? –le pregunté.

Él se puso serio y suspiró.

–Nada nuevo. Él es uno de los clarinetes. Yo, el director. Sin más. Las cosas han cambiado, Silvia.

Le acaricié la mejilla. Él me besó. Estaba rendido después de un agotador día, de modo que nos desnudamos y nos metimos en la cama. Gabriel se quedó dormido a los pocos minutos. Me había abrazado por la espalda y el sueño le había cogido conmigo entre sus brazos. Y yo me quedé quieta sintiendo su respiración en mi pelo.

A la mañana siguiente nos despedimos en la puerta del hotel. Gabriel se iba al Palacio Euskalduna a proseguir con los ensayos y yo había quedado con mis amigas, a las que hacía tiempo que no veía, para ir a tomar algo en una cafetería cercana al hotel y ponernos al día.

–¿Estás preparado para enfrentarte a la orquesta rebelde? –bromeé.

–Estoy por prescindir de la batuta y usar un látigo y una silla, la verdad –contestó de buen humor–. Pásalo bien, guapa –me dijo dándome un beso–. Luego te veo.

Mis amigas –que también eran amigas de mi hermana– estaban enteradas de lo que había ocurrido entre Gabriel y yo gracias a que Elena no sabía lo que era la discreción y le había faltado tiempo para contarles que Gabriel me había sido infiel. Al igual que mi familia, tampoco ellas habían entendido que siguiera con él después de lo que había pasado. No entendieron que le hubiera perdonado y hubiera seguido el dictado de lo que mi corazón llevaba tiempo gritándome sin que yo le hiciera caso, que continuáramos con nuestra vida.

–¿Entonces habéis vuelto? –me preguntó una de ellas, Marina.

–Bueno, en realidad nunca le he dejado –contesté.

–Yo no hubiera podido tragar con una cosa así –afirmó Raquel con rotundidad–. Vamos, a mí Aitor me hace eso y ahí se queda. Hago las maletas y me piro.

–Si te lo ha hecho una vez, te lo hará dos, Silvia –me dijo Eva–. ¿Cómo vas a fiarte de él de ahora en adelante? No sabes lo que hace cuando va por ahí.

Me sentía apabullada por tanta comprensión y por la alegría que mostraban todos porque mi relación con el hombre que amaba no se hubiera ido a pique. A excepción de los miembros de la orquesta de Gabriel y de algunos amigos comunes a los que solo les faltó organizar una fiesta, la mayor parte de mi familia y amigos pensaban que estaba loca por seguir con él. La otra parte pensaba que yo era tonta por no dejarle después de que me hubiera puesto los cuernos con otra. Y si lo había hecho una vez, volvería a hacerlo, me decían. No. No volvería a ocurrir. Tenía su palabra, su arrepentimiento. Yo había visto el dolor y la culpa en sus preciosos ojos castaños. Yo le había visto sufrir, llorar. ¿Loca? Loca por él. ¿Tonta? Todo lo que quisieran, pero en sus brazos.

–Joder, cómo os pasáis –dijo Marina justo cuando me disponía a contestar

al comentario de Eva—. Yo me alegro mucho de que hayáis podido solucionarlo, Silvia.

—Eh, nosotras también —apuntó Eva—. Es solo que... No sé, no lo entiendo. Yo no creo que pudiera perdonar algo así.

—Pues es muy fácil, Eva. Que yo le quiero más que a nadie, que él es mi vida —repliqué—. Cometió un error y escogió el camino más difícil y el más honesto: decírmelo. Y yo le he perdonado porque le amo. Soy feliz con él, soy muy feliz, y eso es lo único que me importa.

Hubo un momento de silencio que Raquel rompió.

—Bueno, ¿vais a ir al concierto? —preguntó cambiando tajantemente de conversación.

Esa noche también se agotaron las entradas. El furor del concierto anterior se repitió. La música llenó el auditorio y tras ella lo llenó el sonido de los aplausos y las ovaciones. La gente enloqueció. Los músicos se miraban unos a otros con una sonrisa tímida mientras recibían las entusiasmadas alabanzas del público. Y cuando ellos se retiraron, la gente empezó a abandonar el auditorio.

Fui hacia donde estaban mi madre, mi hermana y Alberto, unas filas más adelante. Estaban allí intercambiando impresiones con algunas personas que se habían sentado en su misma zona. Al verme llegar, se despidieron de ellos y salieron al pasillo.

—Este hombre es un portento con la batuta —dijo mi madre—. Como persona es una calamidad, pero como director...

—Mamá, ya está bien —protesté—. ¿Es que no piensas parar?

Ella murmuró algo sobre que no había quien me dijera nada, pero no siguió con sus observaciones. Nos encontramos con mi padre y Gabriel fuera del Palacio Euskalduna. Llegaron por separado. Primero mi padre con unos cuantos músicos más, de los que se despidió antes de unirse a nosotros, y un rato después llegaba Gabriel.

—¿Podéis venir a comer mañana a casa? —soltó mi madre a bocajarro en cuanto la conversación sobre el éxito del concierto decayó un poco—. Gabriel, no... No terminamos muy bien y me gustaría arreglar las cosas.

Vi en la cara de mi padre que él no estaba al corriente de la encerrona. Y Elena y Alberto parecía ser que tampoco. Gabriel y yo intercambiamos una fugaz mirada. Él no tenía ningún compromiso el lunes y no nos suponía

ningún inconveniente quedarnos unas horas más de las previstas en Bilbao, pero una comida en casa de mis padres con todo lo que había pasado era un reto para el que no sabíamos si estábamos preparados.

–Eres el novio de mi hija –continuó mi madre–. Y si ella ha decidido seguir contigo... Bueno... Para serte sincera, no lo entiendo y tampoco me hace gracia después de lo que le has... de lo que ocurrió. Pero es su vida y su decisión, así que...

–Pues lo estás arreglando cojonudamente, vamos –refunfuñó mi padre.

Mi madre no le hizo caso.

–Venís, ¿no? –preguntó mirando a Gabriel.

–Sí, claro –contestó él.

Tenía tantas ganas de ir a comer a casa de mis padres como de que le cortaran un brazo, pero ya que mi madre parecía haber dado un paso hacia la reconciliación, aunque fuera con torpeza y no mucho tacto...

–Gabriel, lo siento –se disculpó mi hermana entonces–. Lo siento muchísimo. Yo...

Se le humedecieron los ojos.

–Anda, ven –le dijo Gabriel abriendo los brazos.

Elena se acercó a él y dejó que la abrazara.

–Lo siento muchísimo –repitió.

–Ya está. No pasa nada –dijo él.

Elena también se había disculpado conmigo. Le había indignado lo que ella había considerado pasividad por mi parte y me había dicho auténticas barbaridades que no sentía. Solo había querido hacerme reaccionar y había ido demasiado lejos. Habíamos hablado y nos habíamos reconciliado, aunque la relación entre nosotras tardaría tiempo en volver a ser la de siempre.

En la tranquilidad de la habitación del hotel, Gabriel se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una de las sillas. A continuación se sentó en ella con un suspiro.

–Gabi, amor, vuelves a estar tenso –le dije poniendo las manos sobre sus hombros y dándole un beso en la mejilla.

–Tengo la horrible sensación de que es a mí a quien se van a comer mañana –dijo él.

–Claro que no. Parece que están en son de paz. Pero sí que puedes ser mi

postre de esta noche.

Besé su cuello y le sentí estremecerse.

–Ven a la cama –susurré junto a su oreja.

Se levantó, me tomó en sus brazos y me besó. Yo desabotoné su camisa celeste, rozando su pecho al tiempo que respondía a su beso, y se la quité, dejándola caer al suelo. Lo empujé hacia la cama y le hice tumbarse en ella. Le quité los zapatos y los calcetines y me puse a horcajadas sobre él. Me quité el foulard granate que me había puesto para protegerme la garganta del frío de la noche mientras él me acariciaba los muslos. Aparté sus manos, las levanté sobre su cabeza y usé mi foulard para atar sus muñecas y sujetarlas al cabecero de la cama.

–Silvia, ¿qué...?

–Sssh. –Puse mi dedo índice en sus labios–. Tú relájate y disfruta.

Gabriel se quedó quieto. Yo le solté el cinturón y los botones de los pantalones. Se los quité junto a los boxer que lo mantenían cautivo, dejándolo desnudo. Después bajé la cremallera de mi vestido negro y dejé que este se deslizara por mi cuerpo. Me quité las medias lentamente e igual de lentamente me quité el sostén, liberando los senos que él no podía tocar. Sus dedos se movieron. Sus manos se agitaron y se removiό, pero no me pidió que le soltara y yo no lo hice.

–Silvia... –murmuró con la voz ronca de deseo.

Su respiración se había agitado. Su pecho subía y bajaba más deprisa y su miembro se endurecía por momentos. Me deshice de las braguitas negras de encaje que llevaba puestas y lo besé. Mis senos lo rozaron y Gabriel gimió quedamente en mi boca.

Acaricié su pecho. Lamí sus pezones oscuros. Los chupé y los pellizqué. Los mordisqueé, arrancándole quejidos de placer. Descendí por su vientre plano, cubriéndole de besos. Mis senos acunaron su miembro ya erecto y mi lengua rodeó su glande suave. Gabriel jadeaba. Dejó escapar un gemido cuando lo envolví delicadamente en mis labios y lo apreté. Enredé mis dedos en el espeso vello negro de su pubis y me perdí entre sus piernas. Acaricié la pesada bolsa que había entre ellas, jugué con ella sin dejar de lamer su dureza, el pene rígido y palpitante que llenaba mi boca. Gabriel se retorció, se estremecía, se excitaba cada vez más. Y yo también. Mi cuerpo ardía, deseoso de recibirle. Mis entrañas clamaban su presencia. Lo guie dentro de mí, lo aprisioné. Lo cabalgué. Copé mis senos con las manos y los oprimí,

como a él le gustaba hacer. Apresé mis pezones con los dedos, moviendo mis caderas sobre él y Gabriel estalló con un rugido, arqueándose. Me inundó un torrente imparable de semen caliente y gemí y grité mientras oleadas de intenso placer me rompían en pedazos.

Desaté sus muñecas y él rodó sobre mí. Me besó. Su boca y su lengua me arrasaban. Sus manos recorrían mi cuerpo con ternura al principio y con anhelo después. Gabriel tomó el control y quedé a su merced. Acarició y besó cada rincón de mi piel, me excitó con sus manos y su boca. Lo sentí en toda su plenitud cuando me penetró de una embestida y sollocé de placer mientras me hacía suya, mientras se clavaba dentro de mí una y otra vez con cada acometida. Nos abandonamos a todas aquellas sensaciones, al goce de nuestros cuerpos unidos, a la lujuria sin medida hasta que un brutal orgasmo nos liberó. Nos quedamos abrazados el uno al otro, jadeando sudorosos y saciados. Y nos dormimos entre las sábanas revueltas.

Al día siguiente abandonamos el hotel y nos fuimos a casa de mis padres. Nos habíamos levantado tarde y aprovechamos para estar juntos hasta que llegó la hora de tener que dejar la habitación y así posponer lo más posible la estancia en la guarida del lobo.

–Bueno, al menos venimos relajados –dije, según Gabriel aparcaba.

–Espera un poco, a ver lo que nos dura la relajación –replicó él–. Después del arranque de sinceridad de tu madre anoche me espero cualquier cosa.

–Todo va a ir bien, ya verás.

–Sí, como las dos veces anteriores.

–A la tercera va la vencida.

–Eres una ilusa.

–Y tú un agorero. Mira, ahí está mi madre.

Había salido a la puerta a recibirnos. Nos saludó con la mano mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Yo respondí a su saludo desde el asiento.

–¡Holaaa! –nos dijo según nos acercábamos–. ¡Cuánto habéis tardado!

–Hemos dormido hasta tarde –contesté.

Nos dio dos besos a cada uno en las mejillas y nos hizo entrar en la casa. Éramos los últimos; Alberto y Elena ya estaban allí.

Todo transcurrió con relativa normalidad, pero saltaba a la vista que la relación entre Gabriel y mis padres distaba mucho de ser como lo era antes, especialmente en lo que a mi padre respectaba. Y a mí me dolía ver que los dos hombres más importantes de mi vida ya no tenían la relación de casi

padre e hijo que habían llegado a fraguar.

–Dale tiempo –me dijo mi hermana cuando estábamos a solas en la cocina.

–¿Qué?

–A papá. Dale tiempo. No va a perdonar a Gabriel tan fácilmente. No quiero decir que lo tuyo haya sido fácil, pero tú convives con él, le conoces bien... Para papá ha sido muy duro saber por lo que estabas pasando y tenerte lejos. Entiéndelo.

–No, si lo entiendo, pero es que me gustaría...

– ... que fuera como al principio –terminó Elena al ver que yo me callaba.

Asentí.

–Necesita tiempo, Silvia –insistió mi hermana–. Cuando vea que eres feliz de nuevo se le irá olvidando.

–¿De qué habláis? –preguntó mi madre entrando en la cocina.

–De nada –contestó Elena–. Cosas de hermanas.

Me guiñó un ojo y yo sonreí.

–Cría cuervos –masculló mi madre–. Silvia, hija, ¿tú estás segura de lo que estás haciendo? –me preguntó.

–Totalmente –afirmé.

–Bueno, bueno... Al fin y al cabo la que está con él eres tú. Se os ve bien, la verdad que estabais de un mustio...

–A ver cómo íbamos a estar si no.

–Mamá, no seas pesada –intervino Elena–. Ya está. Se terminó. Vuelven a ser la parejita feliz, ¿vale?

–¿Qué, comité de mujeres? –soltó mi padre asomándose por la puerta–. ¿Qué pasa con la comida, viene o no viene?

–Los hombres también podéis hacer algo, eh. ¿O es que os habéis vuelto mancos? –le espetó mi madre.

–¿Qué quieres que hagamos?

–Esperar en la sala –replicó ella–. Cada vez que os metéis en la cocina esto es un desastre. Luego tengo que estar dos horas limpiando lo que ensuciáis.

–El caso es protestar por todo –gruñó él marchándose a continuación.

Durante la comida hubo cierto acercamiento entre mi padre y Gabriel. El primero se quejó del calderón que les había puesto al borde de la muerte y el segundo de las chiquilladas en pleno ensayo. Comenzaron discutiendo de buenas maneras y terminaron riéndose y contagiando a los demás. Luego mi padre pareció recordar que debía guardarle resentimiento a Gabriel e intentó

volver a mantener la distancia. Pero al menos la cosa iba por buen camino.

No nos quedamos mucho tiempo después de comer. Teníamos horas de carretera por delante y no queríamos llegar muy tarde a casa. Nos despedimos hasta la próxima vez. Mi padre tendió la mano a Gabriel, quien se la estrechó.

–Ha sido un placer trabajar contigo –dijo mi padre.

–Lo mismo digo.

No dijeron nada más, pero a nadie le pasó desapercibida la mirada de amonestación que le dirigió mi padre. A mí me abrazó y me dijo que me cuidara. Me retuvo un poco entre sus brazos, como si se resistiera a dejarme marchar, y me soltó de mala gana.

–Y sigue tocando el chelo –me advirtió.

–Que sí, papá –dije–. Y no te preocupes por mí.

–¡Pues claro que me preocupo, que eres mi hija! –replicó.

Las despedidas con mi familia se alargaban lo increíble. Les prometimos que volveríamos cuando tuviéramos unos días libres y estaríamos todos juntos. Ellos prometieron que irían a vernos a Murcia y que así estarían también con los padres de Gabriel. Y tras los consabidos besos y abrazos, nos pusimos en camino.

Vi a Gabriel más animado que antes de ir a casa de mis padres. Le pregunté si mi padre le había dicho algo y me aseguró que no había sacado el tema a relucir, aunque tampoco había hecho falta. Su mirada y su actitud lo decían todo.

–Aunque ya no parece que tenga intención de matarme –concluyó esbozando una sonrisa.

Capítulo 9

Volvimos a la rutina. Yo a mis libros. Él a sus conciertos. Nuestra relación, después de la crisis que habíamos pasado, volvía a ser la de siempre. Pero Gabriel no podía olvidar. Una tarde lo encontré cabizbajo en el sofá mientras esperaba a que me preparase para salir. Cuando entré en el salón y me miró vi de nuevo aquella tristeza en sus ojos.

–Gabi, ¿qué pasa? –le pregunté sentándome a su lado.

–Te hice tanto daño... –murmuró bajando de nuevo la mirada–. Pensé que te irías, que me dejarías, que era cuestión de tiempo. Y no podía soportar la idea de vivir sin ti. Una vida sin ti... Yo... Nunca quise hacerte daño. Nunca fue mi intención.

Acaricié el pelo de su sien.

–Ya lo sé –le dije–. Gabi... Yo ya te perdoné. Ahora eres tú quien tiene que perdonarse y olvidar.

–Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Silvia. Lo que más me importa y lo que más quiero. Y he estado a punto de perderte por imbécil.

–Deja de atormentarte. Ocurrió y ya está. Yo te quiero. Siempre te he querido. Nada ha cambiado eso, ¿me oyes? Nada.

Besé su mejilla. Él, conmovido, cogió una de mis manos entre las suyas.

–No me gusta verte así –le dije.

–Silvia...

Recordé la mañana en la que había ido a buscarle a la sede con intención de arreglar las cosas, la mañana en la que, desbordado, había llorado entre mis brazos y me pregunté cuántas veces más habría llorado en soledad sin que yo lo viera. Me deshice con delicadeza de las manos que sujetaban la mía y lo abracé.

–Te quiero –dije–. Te quiero con toda el alma. Te lo diré las veces que haga falta hasta que te olvides de lo que pasó.

Sentí sus manos acariciando mi espalda, sus brazos estrechándome, su calor. Sentí sus labios rozando la piel de mi cuello y me estremecí. Nos besamos dulcemente y después me perdí en sus ojos. Había conseguido

ahuyentar su pesar.

–Creo que hay algo entre Marta y Lucas –me dijo Gabriel días más tarde mientras comíamos.

–¿Lucas? ¿El flautista?

–Sí. ¿Marta no te ha dicho nada?

–No. Bueno, sé que ha quedado con él alguna vez. Ya sabes, ir al cine, tomar algo... Lo típico. Pero no tenía ni idea de que hubiera algo entre ellos. De todos modos, no la he visto desde hace al menos un par de semanas, así que no sabría decirte.

–Pues para mí que están saliendo. O al menos tonteando.

–Mira que eres cotilla –le pinché–. ¿Tú no tendrías que limitarte a dirigir?

–No cuando tengo un violín y una flauta que se echan miraditas y sonrisitas y no me hacen ni puñetero caso –contestó–. Como si no estuviera, vamos.

Me eché a reír.

–Cualquier día la orquesta va a prescindir de ti –le dije.

–Ya lo estoy viendo, ya.

Marta me llamó ese mismo día. Estaba eufórica y tenía algo importante que contarme, pero quería hacerlo en persona y no por teléfono. Quedamos después del ensayo de aquella tarde y fuimos a la cafetería de costumbre, donde pedimos un café con leche y un cruasán para cada una. Marta estaba feliz. Le brillaban los ojos y se la veía radiante. Y yo, que había sido testigo de lo mal que lo había pasado tras su ruptura con Hugo, me alegraba enormemente de verla así.

–Estoy saliendo con alguien –me dijo–. Ay, Silvia, que me he enamorado, que le quiero, que... Que es él. Es el hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida. Tú me entiendes, ¿verdad?

–Sí, sí, claro.

–Es Lucas, el flautista. Ya sabes que últimamente he estado saliendo con él–. Yo asentí con la cabeza–. Bueno, pues... empezó a gustarme, Silvia, a gustarme de verdad. No te lo he dicho antes porque me daba miedo ilusionarme y que luego todo quedara en nada, que él no sintiera lo mismo por mí. Pero ayer se me declaró. ¿Sabes que estaba enamorado de mí y nunca me había dicho nada porque yo estaba con Hugo?

–Oh, Marta...

–Lo que son las cosas... No me había fijado en él más que como un amigo, un compañero... Y mira... Lo tenía tan cerca... Tenía el amor tan cerca... Y yo sin verlo.

–Ya ves. A veces se encuentra el amor de la manera más tonta. Me alegro mucho, Marta. Me alegro por los dos. Lucas es un tío estupendo.

–Sí que lo es. Ahora me da un poco de corte que Gabriel se entere. Imagínate, ahí ensayando sabiendo que el director sabe que estamos juntos, pero bueno... No somos la única pareja de la orquesta, así que díselo si quieres. Es lo lógico. Y, total... Se va a enterar más tarde o más temprano...

–Gabriel ya lo sabe, Marta.

Se quedó muda, algo que no era nada fácil de lograr.

–¡¿Qué?! –barbotó tras unos instantes–. ¿Cómo que lo sabe?

–Que se ha dado cuenta. De hecho, me lo ha mencionado esta misma mañana.

–¿Que se ha dado cuenta? ¿Cómo que se ha dado cuenta?

–Pues que eso se nota, Marta. ¿No se lo notaste tú en su día?

–Es que a él se le notaba. Tú no, pero la orquesta sí.

–Ya. Pues parece que a vosotros también. Las miraditas, ya sabes. Si miras a un flautista en vez de al director... –bromeé.

–Joder, qué corte.

–Oye, que no le tenéis que pedir permiso, eh.

–Díselo a Lucas, que solo le falta pedirle mi mano.

Hablamos durante toda la tarde y eran algo más de las nueve cuando nos despedimos. Marta iba a cenar con Lucas. Era un joven alto y delgado, de pelo negro, largo y ensortijado, y profundos ojos verdes, de sonrisa fácil y franca. Era el contrapunto perfecto para Marta. Sereno y de buen carácter, serio y responsable. Algo tímido y dulce. Eran la pareja perfecta.

En Semana Santa, a principios de abril, no había conciertos programados. No los habría hasta dos semanas después. Gabriel no tenía ninguna banda sonora en la que trabajar y yo no tenía ningún libro para traducir, así que en vistas a que no teníamos obligaciones durante los próximos días, Gabriel sugirió hacer una escapada los dos solos a un lugar tranquilo, lejos del ruido, lejos de todo. Y yo acepté. Necesitábamos tiempo para nosotros.

El lugar elegido fue Besalú, un pueblecito medieval de la provincia de Gerona de poco más de mil habitantes donde poder perdernos durante una semana, donde nadie reconociera a Gabriel, donde olvidarnos de música, de libros, del móvil, de televisión, prensa e internet.

–Vamos a parecer los cavernícolas del pueblo –dijo Gabriel divertido cuando le propuse desconectarnos totalmente del mundo.

Pero lo hicimos. Apagamos los teléfonos móviles. Antes de salir de viaje les dimos a nuestras familias el número de teléfono del hotel por si se daba alguna emergencia, y desaparecimos.

Besalú estaba lleno de encanto. Fue como haber retrocedido en el tiempo. Paseamos por sus calles, entre casas de piedra, por su puente. Contemplamos el hermoso paisaje e hicimos fotos con la cámara digital que yo me había empeñado en llevar para no encender los móviles bajo ningún concepto. Disfrutamos de la tranquilidad del lugar y de nuestra mutua compañía.

La primera noche nos dimos un relajante baño de espuma. Gabriel me tuvo entre sus brazos y yo me recosté contra él. Lo habíamos hecho alguna vez en casa, pero por lo general preferíamos una ducha rápida. Esta vez nos quedamos a remojo hasta que el agua comenzó a enfriarse. Ni siquiera nos secamos. Hicimos el amor sobre la cama lentamente, con perezosas caricias y tiernos besos, pero no por eso el placer fue menos intenso. Nos amamos cada noche, cada mañana y algunas tardes en las que incluso nos dimos el lujo de echar una siestecita.

Estábamos en el puente, a las afueras del pueblo, cuando Gabriel me preguntó si tenía en el bolso el cuaderno de papel pautado que siempre llevaba conmigo. Estuve a punto de no dárselo; habíamos dicho que nada de música, pero si le había venido alguna melodía a la mente era una lástima dejarla escapar, así que se lo di un poco a regañadientes junto a un lapicero con goma de borrar.

–Te quiero –me dijo.

Seguidamente me dio un beso y se puso a garrapatear notas a toda prisa con una sonrisa en los labios. Cuando terminó miró el resultado con una expresión casi eufórica en su atractivo rostro.

–¿Puedo verlo? –le pregunté tendiéndole una mano para que me pasara el cuaderno.

–No –replicó–. ¿No eras tú la que estaba refunfuñando hace nada porque no desconecto?

–¡Oh, venga ya! Déjame ver.

–No.

Levantó el brazo en el que tenía el cuaderno y lo puso totalmente fuera de mi alcance. Era bastante más alto que yo y no llegaría a él a menos que me subiera al puente, algo que no tenía ninguna intención de hacer. Puse los brazos en jarras dispuesta a protestar.

–¿Vas a cantar una jota? –se burló él.

–Mira, Gabi, menos pitorreo, eh. Déjame ver lo que has escrito, anda.

Por un momento pensé que iba a negarse de veras. Pareció dudar antes de darme el cuaderno, pero finalmente me lo tendió. Oí la música en mi cabeza al leer las notas.

–¡Qué bonito! –murmuré tocándolas con los dedos, como si así pudieran sonar–. ¡Gabi, qué bonito!

–¿Te gusta?

–Mucho. Es... ¡Es precioso! ¿Se te acaba de ocurrir?

Asintió. Parecía algo azorado y me extrañó. Debería estar acostumbrado a que yo leyera sus composiciones, a que las alabara o a que incluso las criticara llegado el caso.

–Me encanta –dije volviendo la mirada de nuevo hacia las maravillosas notas.

Él me besó en la cabeza y yo le sonreí. Entonces me cogió de la cintura, me atrajo hacia él y me besó con ardor.

–Bueno, ¿y a ti qué te ha dado? –le pregunté cuando el largo beso se rompió.

–Que eres tan hermosa... Que te adoro. Te adoro, Silvia.

–Ven aquí, guapo.

Lo abracé y él me estrechó contra sí. Permanecimos así, abrazados durante unos instantes, solo sintiéndonos. Mi Gabriel, mi vida. El aire que respiraba.

Esa noche en la cama, Gabriel se volvió a liar a escribir en el cuaderno de partituras. Puso su almohada contra el respaldo y se recostó en ella con el cuaderno sobre sus piernas dobladas mientras yo, acostada a su lado, le contemplaba hacer. Escribía deprisa, como si las notas fueran a escapársele si no las plasmaba en el papel. Me alegré de haber metido también un sacapuntas en el bolso. Al paso que iba, el lápiz se iba a quedar sin punta.

–Pierdes todo el glamour componiendo en calzoncillos, que lo sepas –le dije.

Él me miró y sonrió.

–Siento hacer esto en la cama –dijo reanudando su tarea–. Luego te lo compenso.

–Más te vale.

Cuando dio la composición por concluida leí lo que había escrito. Era tan hermoso como lo de aquella tarde, si no más.

–Sí que estás inspirado –le dije.

–Me inspiras tú –replicó.

Sus ojos castaños y cálidos brillaban y me enamoré de él otra vez. Gabriel me quitó el cuaderno de la mano y se inclinó sobre mí para besarme. Me abandoné en sus brazos, me perdí en su calor. Y solo fuimos nosotros.

El viaje a Besalú nos había sentado estupendamente y nos prometimos repetir en un futuro escapadas así. Pero nuestro hogar era nuestro hogar. Una vez en casa, llamé a mis padres para decirles que estábamos ya de vuelta. Mi madre se interesó por cómo nos iba.

–Bien, mamá –contesté–. Hemos vuelto a empezar y estamos bien. Estos días fuera han sido un bálsamo, la verdad.

–Me alegro –dijo ella, y parecía sincera–. Me alegro de que os vaya bien. Gabriel es un buen hombre. Y te quiere más que a su propia vida, Silvia.

Eso me pilló con la guardia baja. No me lo esperaba.

–¿Y ese cambio? He perdido ya la cuenta de las veces que me habéis dicho que no me quiere.

La oí suspirar.

–No sabes cómo se puso con tu padre porque le dijo que no te quería. Creí que llegaban a las manos.

–¿Cuándo fue eso?

–El día que fuimos a Murcia, después de que tú te fueras llorando a tu habitación o adonde quiera que te fueras. No te lo ha contado, ¿verdad?

–No.

Había oído gritos desde la habitación. Les había oído discutir acaloradamente, pero entre la distancia y mis sollozos incontrolables no había llegado a entender lo que decían. Gabriel me había dicho que habían discutido, pero no me había dado detalles en ningún momento.

–Tu padre le dijo que no te quería, que si te hubiera querido no se habría acostado con otra, que tú solo eras una aventura para él y que no le había

importado jugar contigo y romperte el corazón. Se volvió loco. Aguantó sus insultos y sus malos modos mientras tú estabas delante para que no sufieras, pero cuando tu padre le dijo aquello... Fue más de lo que pudo soportar. Dijo que habría preferido morir antes de causarte dolor alguno, que te amaba, que tú lo eras todo para él y que cometió un grave error, que jamás había querido hacerte daño... Dijo un montón de cosas. Estaba fuera de sí, estaba...

–Él también ha sufrido, mamá. Ha sufrido mucho. No se merecía que le machacarais así.

–Le hemos juzgado mal, Silvia.

–Es que no teníais que juzgarle.

–Tienes razón –admitió–. Mira, lo que intento decirte es que nos hemos equivocado con él. No... No hemos sido justos, pero tú eres nuestra hija y nos dolía verte así por su culpa.

–No más culpas, mamá. Bastante le ha costado perdonarse.

–Dile que lo sentimos mucho.

–Eso tendréis que decírselo vosotros.

–Cuando vayamos entonces. O cuando vengáis. ¿Crees que se lo tomará bien?

–Gabriel no es rencoroso, mamá.

La sentí sonreír aliviada. Hablamos un poco más y nos despedimos. Me quedé mirando el teléfono, pensando cuántas cosas había guardado Gabriel para sí con tal de no herirme. Me lancé a sus brazos nada más verle y rodeé su cuello con los míos. Él me estrechó contra sí.

–Silvia...

–Te quiero –le dije–. Te quiero tanto...

–Y yo a ti. ¿Qué te pasa?

–He hablado con mi madre. Me ha contado lo que te dijo mi padre. ¿Cuántas cosas más has callado, Gabi?

–Ya no importan, amor –dijo acariciando mi pelo–. Ya no importan.

Gabriel estaba en el estudio. Debía de haberse olvidado de mirar el reloj y ya era hora de cenar. A veces, cuando componía, cuando orquestaba, se abstraía tanto en la música que perdía la noción del tiempo. Fui a buscarle. Llamé a la puerta del estudio con los nudillos, abrí y me asomé. Gabriel estaba sentado al piano con sus partituras.

–¿Interrumpo? –le pregunté.

–No, tú nunca interrumpes. Pasa.

Me acerqué al piano y me senté a su lado.

–¿Qué haces?

–Estoy terminando de componer el tema que empecé en Besalú.

–Oh. –Recordaba perfectamente aquella hermosa pieza–. ¿Me lo enseñas?

–Claro.

Me tendió la partitura y yo la leí. ¡Cuánta belleza encerraban sus notas!

–Tócalo, anda –le pedí devolviéndosela.

–Está sin terminar.

–No importa. Toca lo que tengas.

Colocó las partituras en el atril y se dispuso a tocar. Me hice a un lado para que pudiera mover los brazos sin que yo le estorbara. El piano comenzó a cantar una melodía dulce, tierna, romántica, llena de fuerza, de alegría, de sentimiento. Me encantaba.

–Es preciosa –dije medio emocionada cuando terminó.

–Cuando la orqueste quedará más bonita.

–¿La vas a orquestar?

–Sí. Al principio había pensado en dejarla como melodía de piano, pero los chicos quieren tocarla, tomar parte. ¿Y quién soy yo para contradecirles?

Hizo un par de anotaciones a lápiz sobre el pentagrama.

–¿Podré escucharla cuando la tengas? –le pregunté.

–Serás la primera en escucharla. Había pensado en que esta parte la tocaran violines –me dijo, según señalaba los compases correspondientes–. Luego aquí entrarían violas y violonchelos y aquí tal vez una flauta y viento madera. En esta otra parte entrarían las trompas y las trompetas harían eco y...

Empezó a hablarme de orquestación e instrumentos y se dejó llevar. Tarareaba, canturreaba las distintas melodías que compondrían la armonía y hacía anotaciones acá y allá. A mí me gustaba escucharle divagar, contarme sus ideas.

–Te estoy aburriendo –me dijo de pronto.

–¡Claro que no! Te escuchaba.

–¿Me dirás tu más sincera opinión cuando la termine?

–Siempre lo hago.

Me besó. Le besé. Y nos fuimos a cenar.

Mis padres regresaron a Murcia a principios de junio. Quisieron quedarse

en un hotel, pero insistimos en que se quedaran en casa con nosotros.

–Que sois una pareja joven y querréis estar solos –dijo mi madre–. No queremos molestar.

–Que no molestáis, mamá. No vais a pagar un hotel pudiendo estar en casa –repliqué–. Vamos, solo eso faltaría.

–Silvia tiene razón –añadió Gabriel–. Os quedáis en casa. Será por sitio.

De modo que se instalaron en una de las habitaciones de invitados. Gabriel y mis padres hablaron. Nadie quería reabrir heridas que ya estaban cicatrizadas, pero era necesario. Ellos se disculparon. Gabriel perdonó. Mi padre le tendió una mano conciliadora y Gabriel la estrechó. Entonces mi padre pareció pensárselo mejor y lo abrazó. Las cosas aún tardarían un poco en ser como lo eran antes, pero aquel abrazo era un buen comienzo.

Pasaron una semana con nosotros. Nos juntamos las dos familias y Gabriel y yo disfrutamos de unos días de felicidad con todos ellos. Fuimos a un concierto, salimos a cenar y organizamos una comida en casa en la que mis padres conocieron al resto de la familia de Gabriel. Congeniaron, se hicieron amigos. Volvíamos a ser una familia.

A finales de junio terminó la temporada de conciertos. No habría más hasta septiembre. Tampoco había ninguna banda sonora a la vista, así que teníamos todo el verano para relajarnos. Habíamos pensado en irnos unos días por ahí los dos solos a un lugar tranquilo e idílico, pero aún no habíamos concretado nada.

Gabriel me pidió una tarde que fuera a la sede con él. El tema que había empezado a componer estando en Besalú estaba ya orquestado. De hecho, los músicos habían estado yendo a ensayar por amor al arte y todos ellos parecían encantados de hacerlo. Sabía cuánto querían a Gabriel, pero el entusiasmo que mostraron al llegar en sus coches con sus instrumentos alcanzaba cotas que no había esperado ver. ¿No deberían estar deseando tener unas bien merecidas vacaciones?

–Un músico quiere tocar, Silvia –me dijo Lucas, el flamante novio de Marta, con aire de reprimenda–. Deberías saberlo. Y más un temazo como este.

Todos me saludaban con expresión radiante y hasta parecían impacientes. Una vez en el estudio, los músicos ocuparon sus puestos. Yo me acomodé en

una silla a una distancia detrás de Gabriel y me dispuse a escuchar. Marta se rebullía inquieta en su asiento y Santi mostraba una sonrisa decidida, metido en su papel de concertino. Todos me miraban expectantes, como si no pudieran esperar a conocer mi opinión. Ni que esta fuera tan importante. Tal vez Gabriel les había dicho cuánto me gustaba el tema.

–Espero que te guste –me dijo Gabriel.

–Seguro que sí –contesté.

Él esbozó una sonrisa con un atisbo de nerviosismo y subió al podio. Dio la entrada y comenzaron a tocar. La música era vibrante, hermosa, llena de vida. Se me metió en la piel, me llegó al alma. Las notas me envolvieron, me acunaron. Era como cuando Gabriel me estrechaba entre sus brazos. Tenía la ternura de sus besos y la fuerza de su amor. Los ojos se me llenaron de lágrimas al escuchar tal belleza. ¡Qué hermosa pieza! De todas las composiciones de Gabriel, era la más hermosa. Y esto era decir mucho. No quería que terminara. Quería seguir escuchándola eternamente, pero llegó a su fin y se hizo el silencio. Entonces me levanté y comencé a aplaudir emocionada.

–¡Bravo! –grité–. ¡Bravo!

Los músicos se miraban entre ellos y sonreían. Gabriel dejó su batuta, se bajó del podio y se volvió hacia mí.

–Gabi, es... Es maravillosa –le dije conmovida, dejando de aplaudir.

–Es para ti –me dijo él–. Lleva tu nombre. Es mi forma de pedirte... ¿Quieres casarte conmigo?

–¡Gabriel! –Corrí hacia él y me eché en sus brazos–. ¡Sí! ¡Sí, sí, sí! ¡Claro que quiero casarme contigo! Gabi...

La orquesta en pleno comenzó a aplaudir y siguieron aplaudiendo mientras nos besábamos. A continuación vinieron los abrazos, los besos, las felicitaciones. Habían estado ensayando el tema con el que Gabriel me iba a pedir que me casara con él. De ahí el entusiasmo, la expectación de los músicos. Querían tomar parte, me había dicho Gabriel. Y allí estaban, alegrándose por nosotros, viviéndolo con nosotros.

Todo fue muy rápido. Nos casamos a principios de septiembre, antes de que comenzara de nuevo la temporada de conciertos. Nuestras familias nos ayudaron con los preparativos. Mi madre vino a Murcia para ayudarme a

elegir vestido y también me acompañó Teresa. No tardé en encontrar el vestido perfecto. Era ligero, de seda natural. Liso y elegante en su sencillez. Sin encajes ni pedrería. El cuerpo, con escote en forma de corazón, se ajustaba delicadamente a mi talle y las mangas caídas, livianas, dejaban mis hombros al descubierto. La falda era de vuelo y se abría por detrás en una preciosa cola, no demasiado larga. Cuando me vi ante el espejo supe al instante que aquel era mi vestido, el vestido que llevaría puesto cuando me convirtiera en la esposa de Gabriel.

Gabriel cada día estaba más nervioso. Nos decíamos que ya vivíamos juntos, que todo seguiría igual cuando nos casáramos, pero lo de la ceremonia y el lío de buscar iglesia y un restaurante donde meter a todos los invitados nos causaba no poca agitación. Y llegó el gran día. Yo me fui a vestir a la casa de los que pronto serían mis suegros, donde había dejado el vestido que Teresa había guardado celosamente para que Gabriel no lo viera y Gabriel se quedó en nuestra casa.

Mi madre, mi hermana y Claudia, la cuñada de Gabriel, me habían ayudado a vestirme. En la peluquería me habían hecho un bonito recogido, me habían puesto un tocado de florecillas blancas que parecía que llovieran sobre mi pelo y me habían maquillado de la forma más natural posible. Mi padre se emocionó cuando me vio salir de la habitación vestida de novia.

–Mi niña... –dijo con los ojos vidriosos, abrazándome–. ¡Pero qué guapa estás!

–Está preciosa –dijo Claudia–. Gabriel se va caer de espaldas cuando la vea.

Nos pusimos en camino. Mi padre vino conmigo en el coche adornado de flores que me llevaría hasta la iglesia. Eduardo, el marido de Claudia, conducía. A mí me parecía estar soñando. Me casaba con el hombre que amaba. Nuestra vida no cambiaría, pero aun así yo sentía un cosquilleo en el estómago. Me pregunté cómo estaría Gabriel.

–¿Gabriel? Hecho un flan –me dijo Inés, una tía suya que se había quedado en la calle para verme llegar, como tantos otros–. Ni en su primer concierto estuvo tan nervioso.

Los que aún estaban fuera entraron apresuradamente en la iglesia para ocupar sus sitios. Yo era la última. Mi padre puso su mano sobre la que yo tenía apoyada en su brazo. Con la otra, sujetaba un ramo de flores amarillas y blancas que caían en cascada.

–¿Lista? –me dijo.

Asentí. Entré a la iglesia del brazo de mi emocionado padre y la sobradamente conocida *Marcha nupcial* de Mendelssohn comenzó a sonar. Gabriel me esperaba en el altar junto a Teresa, guapísimo con un traje negro, camisa blanca y corbata también negra. Estaba tan acostumbrada a verle con frac, chaleco, pajarita y camisa almidonada que al verlo así me pareció arrebatadoramente informal. Me miraba enamorado y supe que no veía a nadie más que a mí caminando hacia él. Y yo solo tenía ojos para él. Le sonreí y él correspondió. Solo sus manos inquietas delataban su nerviosismo.

–Perdona, papá –murmuré en voz baja, deteniéndome en el pasillo–. Sujétame el ramo.

–Pero ¿qué...?

Me solté de su brazo y, remangándome la falda del vestido, corrí hacia Gabriel. Oí aplausos y algunas risas y exclamaciones de sorpresa. Al llegar a su altura, lo abracé y él me estrechó entre sus brazos. Nos besamos y los aplausos y los murmullos arreciaron. Entonces el sacerdote carraspeó.

–¿Podríais esperar a estar casados como Dios manda? –nos reprendió.

–Sí, sí –balbuceé yo al tiempo que Gabriel murmuraba “perdón, padre”.

El sacerdote nos miró con ceño, pero debimos de parecerle lo bastante compungidos y empezó con la ceremonia. Yo tenía las manos ocupadas sujetando el ramo que mi padre me había devuelto y Gabriel no sabía qué hacer con las suyas sin una orquesta delante. Se hicieron las lecturas. Leyeron mi hermana y los hermanos de Gabriel. Santi, representando a toda la orquesta, nos dedicó unas palabras.

–Hola a todos –comenzó–. Bueno, para los que no me conocéis, soy Santi. Este hombre que se casa hoy y yo somos amigos desde que éramos niños e íbamos al conservatorio. Por aquel entonces, él aporreaba sin piedad un piano y yo intentaba que mi violín no sonara como si estuvieran matando a alguien. –Se oyeron algunas risas–. Hoy en día somos compañeros en la orquesta. Él dirige y los demás tenemos que tocar al son que él quiere. El caso es que Gabriel siempre ha estado casado con la música y no había novia que le durara. Incluso hubo alguna que le dijo de manera muy gráfica lo que podía hacer con su batuta, ¿no es cierto, Gabi? –Él asintió y yo, que estaba al corriente de todo aquello, sonreí. La gente reía; se estaban divirtiendo con el discurso de Santi–. Y entonces llegó ella –continuó Santi con una mano tendida hacia mí–. Silvia. Hermosa, inteligente y tan bella por dentro como lo

es por fuera. Los que la conocéis lo sabéis bien. Y aquí, mi amigo, el que vivía por y para la música, se enamoró perdidamente de ella. Ahora Silvia es también una gran amiga mía y de todos nosotros, ¿a que sí, orquesta? –Todos dijeron que sí al unísono. El cura los miró estupefacto, pero Santi siguió como si nada–. Ella es la mitad de Gabriel, la mujer que le ha hecho ser mejor persona porque hay que reconocer que antes de que ella llegara, era de lo más insoportable. –Más risas–. Ella es el amor de su vida. Y os deseamos toda la felicidad del mundo todos los días de vuestra vida, chicos.

Gabriel asintió con la cabeza, agradeciendo sus palabras, y yo le lancé un beso por el aire. Santi se sentó y la ceremonia siguió su curso. El sacerdote nos habló del compromiso que realizábamos ante Dios, el compromiso de unidad hasta que la muerte nos separara.

–Así pues, ya que queréis contraer santo matrimonio, unid vuestras manos y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia –nos exhortó el sacerdote.

Así lo hicimos. Yo estaba emocionada y también vi emoción en los ojos de Gabriel. Era la hora de pronunciar nuestros votos.

–Yo, Gabriel, te recibo a ti, Silvia, como legítima esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Yo repetí sus palabras, dirigiéndome a él. El corazón me bombeaba con fuerza en el pecho. No podía apartar la mirada de su rostro, de sus ojos mientras nuestras manos permanecían unidas.

Rubén nos trajo los anillos con aire ceremonial y Gabriel reprimió una sonrisa al ver a su sobrino acercarse al altar como un hombrecito. Un desafortunado traspie dio al traste con su solemnidad y el pequeño cayó de bruces al suelo. La bandeja cubierta con un paño blanco donde traía las alianzas cayó de sus manos y estas salieron rodando. Gabriel y yo abandonamos nuestros sitios y fuimos hacia Rubén, que se levantaba apenado al tiempo que los miembros de nuestras familias que ocupaban los bancos delanteros acudían al rescate de las alianzas.

–¿Te has hecho daño, cariño? –le pregunté a Rubén, que negó con la cabeza.

–Ay, tío, los anillos... Se me han caído –se lamentó el pequeño.

–No pasa nada, no pasa nada –le tranquilizó Gabriel.

–Volved a vuestros sitios –nos ordenó Beatriz, la madre de la criatura, en

voz baja, haciéndose cargo de la situación—. Que entre una cosa y otra al final el cura no os casa.

Obedecimos. Una vez restablecido el orden, Rubén llevó los anillos al altar para ser bendecidos, tras lo cual el sacerdote nos los entregó. Gabriel, con las manos ligeramente temblorosas, deslizó el anillo en mi dedo.

—Silvia, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti —me dijo.

Le sonreí y me dispuse a hacer lo mismo.

—Gabriel, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti —repetí, introduciéndola en su dedo.

El sacerdote prosiguió con la ceremonia, al cabo de la cual nos dio la bendición nupcial.

—Puedes besar a la novia —le dijo a Gabriel con cara de “ahora sí”.

Y nos dimos nuestro primer beso como marido y mujer al tiempo que los miembros de la orquesta y algunos de nuestras familias comenzaban a aplaudir y a lanzar silbidos, gritos de “vivan los novios” y algún que otro “olé”. Cuando Gabriel y yo rompimos el beso, vimos que el sacerdote miraba a su entusiasta congregación como si tomara nota mental de no casar a nadie más que llevara a los ruidosos componentes de una orquesta a la iglesia. Abracé a Teresa y a mi conmovido padre y Gabriel hizo lo propio. También el cura nos felicitó.

Procedimos a firmar el libro de registro mientras la gente salía de la iglesia y cuando salimos nosotros del brazo seguidos por Teresa y mi padre, que también iban del brazo, recibimos una lluvia de arroz y pétalos de rosa. Alguien había llevado garbanzos, uno de los cuales se me coló por el escote y tuve que quitármelo después en el coche.

Todos nos colmaron de felicitaciones, de buenos deseos, de besos y abrazos. Nos hicimos un sinfín de fotos, incluyendo una con toda la orquesta que después enmarcamos. Con tanta gente como había ido, aquello fue una locura.

—Enhorabuena, Silvia —me dijo Santi dándome dos besos—. ¡Qué entrada a la iglesia! Ahí, corriendo por el pasillo con la falda remangada y empezando la boda por el final. Me ha encantado.

—No podía esperar para abrazar a Gabriel —dije.

—Será que no tienes tiempo de abrazarle —se burló él.

—Bueno, al menos ha salido corriendo hacia el novio —intervino Lucas—. Peor habría sido que hubiera ido en dirección contraria.

Fue un día feliz que compartimos con nuestras tres familias: la de Gabriel, la mía y la orquesta y con nuestros amigos, incluyendo a Irene y su marido. Tras el reportaje de fotos, nos fuimos al restaurante, donde ya nos esperaban nuestros hambrientos invitados. También nosotros teníamos hambre. Por suerte, no tuvimos que esperar mucho a que llegaran los camareros con la comida. Comimos estupendamente en medio de la algarabía general. Hubo discursos llenos de cariño de familia y amigos, copas de champán que se derramaron, brindis demasiado enérgicos que terminaron con las copas rotas y trozos de tarta que aterrizaron en un elegante vestido o traje.

Gabriel comenzó un lento striptease cuando llegamos al restaurante. Primero se quitó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Más tarde se quitó el chaleco. Para el postre su corbata había desaparecido y, cuando ya habíamos terminado de comer, tenía las mangas de la camisa remangadas y los dos primeros botones de la misma sueltos. Y no había sido el único. Los hombres que habían ido a la iglesia vestidos de traje estaban en su mayoría en mangas de camisa. Solo los más mayores, como mi padre y Ramón, mantenían puesto todo su atuendo.

Habíamos ido por las mesas atendiendo a nuestros invitados, y ya después de comer, yo quise brindar también por ellos, así que me puse en pie y llamé su atención, golpeando con un tenedor una copa de champán. Poco a poco se fueron volviendo hacia mí y guardando silencio.

–Bueno, quería en primer lugar deciros que nos sentimos muy felices de que estéis con nosotros en un día tan especial como este. –Gabriel, sentado a mi lado, asintió con la cabeza–. Y quiero brindar por mi familia de Bilbao, que ha venido desde tan lejos para acompañarnos y celebrar nuestra boda, por la familia de Gabriel porque me ha acogido como a una más desde el primer momento y por todos nuestros maravillosos amigos, que son nuestra otra familia. Pero sobre todo por Gabriel –añadí mirándolo–. Porque lo amo, porque siempre está ahí. Porque además de mi marido es también mi amigo, mi amante y mi confidente. Te quiero, Gabi.

Al instante se originó un entusiasmado tumulto. Bebieron y aplaudieron. Gabriel se levantó y me abrazó. A continuación habló él.

–Yo poco más puedo añadir a lo que ha dicho Silvia –dijo–. Gracias a todos por haber venido, por estar aquí con nosotros el día en que me siento el hombre más feliz del mundo porque la mujer que amo me ha aceptado como marido. Y quisiera brindar por ella porque ella lo es todo. Eres la música

hecha mujer, Silvia, y te quiero con toda mi alma.

Música hecha mujer. Me emocioné. Le besé al tiempo que los demás prorrumpían de nuevo en aplausos, especialmente los miembros de la orquesta. Mi madre se enjugaba las lágrimas con un pañuelo cuando nos separamos.

–¡Mamá!

–Es que es muy bonito –farfulló ella–. Gabriel, hijo, ha sido muy bonito eso que has dicho. ¡Cómo nos equivocamos contigo!

–Ya es agua pasada, Amelia –dijo él.

–Mamá, por favor, hoy no, eh –le advertí.

–Vale, vale, sí.

–Va a ser el champán –bromeó mi padre.

Ella le dio un manotazo y rio. Después abrazó a Gabriel y le dio un beso en la mejilla.

–¿Bailarás luego con tu suegra? –le preguntó.

–Claro.

El baile se abrió, como era tradicional, con *El bello Danubio azul*. Giré y giré en los brazos de Gabriel al compás de sus notas. Los demás se fueron uniendo al vals y la pista comenzó a llenarse. Después de bailar con Gabriel, bailé con mi padre y con Ramón y Gabriel lo hizo con su madre y la mía. Con todos los que éramos, los cambios de pareja fueron interminables y divertidos. Después comenzaron los temas modernos y movidos y llegó la hora de mover el esqueleto a ritmo de rock. Javi, uno de los oboístas, se marcó un twist con mi prima Cristina que nos dejó a todos con la boca abierta, haciendo un corro a su alrededor y batiendo palmas y mi padre y Teresa nos sorprendieron bailando el *You Never Can Tell* a lo *Pulp Fiction* con una soltura que ni habíamos imaginado que tuvieran.

Más tarde, las luces se atenuaron y llegaron los temas lentos para bailar en pareja. Volvía a tener a Gabriel cerca, pegado a mí. Podía oler aún el rastro de su colonia. Nos besamos tiernamente y permanecimos entrelazados moviéndonos al suave ritmo de las románticas canciones que la orquesta interpretaba.

–Creo que mi prima y Javi se han liado –le susurré al oído.

Él miró hacia donde se encontraba la acaramelada parejita. En aquel momento también ellos se besaban.

–Ah, pues sí –dijo–. Mira, lo mismo sale de aquí otra boda.

Las horas pasaron y llegó la noche, pero los ánimos y las ganas de pasarlo bien seguían en pie. Nuestros invitados se fueron retirando tras despedirse de nosotros para volver a sus casas o al hotel donde se alojaban y fuimos quedando los más jóvenes. Cenamos algo en el mismo restaurante donde habíamos celebrado la boda y seguidamente salimos a disfrutar de la apacible noche. Terminamos de fiesta en un karaoke, donde Marta y Lucas mostraron sus dotes para el canto y la actuación con una conocida canción de Pimpinela. Nos reímos mucho al verles pelearse en el escenario micrófono en mano.

Al amanecer, los que aún quedábamos fuimos a desayunar chocolate con churros antes de marcharnos a casa a descansar. La gente se volvía para mirarnos y varias personas, incluyendo los camareros del café, nos dieron la enhorabuena.

–Anda, toma –dijo Santi dándole un churro a Gabriel–, que este es el único churro que vas a mojar hoy.

Los demás estallaron en carcajadas. Gabriel y yo sonreímos.

–Va a ser verdad eso de que la noche de bodas no se consuma –añadió Javi, que no se había separado de mi prima Cristina ni un momento.

–Bueno, ya consumaremos luego –dije–. Que queda día por delante.

–Gabriel, desayuna bien que luego vas a tener que cumplir –dijo Alberto.

–Qué pesaditos estáis –refunfuñó Gabriel de buen humor–. Pues nada, cuando consumemos os aviso por WhatsApp.

Desayunamos entre risas y bromas y cuando ya comenzó a notarse el cansancio y la falta de sueño nos fuimos a casa. Alberto y mi hermana nos llevaron en coche y nada más llegar se marcharon de inmediato, ya que estaban deseando estar de vuelta en el hotel para echar un sueñecito. Gabriel me cogió en brazos y así atravesamos el umbral hasta nuestra habitación. Una vez en ella, me dejó delicadamente sobre la cama y yo tiré de su corbata para hacerlo caer conmigo.

–Eres la novia más hermosa de todas –me dijo antes de besarme en el cuello bajo la oreja, provocándome un estremecimiento–. La más hermosa.

Me besó en la boca antes de que pudiera devolverle el cumplido. Acaricié su pelo y él me rodeó por la cintura.

–¿Me ayudas a quitarme el vestido?

–Faltaría más.

Nos levantamos de la cama para facilitar la tarea. Gabriel bajó la cremallera invisible del vestido y yo me lo quité, quedándome con la ropa

interior blanca y unas medias de liga, liguero incluido.

–Si llego a saber lo que llevabas bajo el vestido, te lo habría quitado antes –dijo Gabriel al verme.

Me atrajo hacia él y me besó con ardor. Entonces descubrimos que no estábamos tan cansados como creíamos. Sus manos rodearon mi cintura. Cuando pudimos dejar de besarnos, Gabriel se quitó la chaqueta y la corbata al tiempo que yo soltaba el tocado y las horquillas que sujetaban mi pelo y este cayó sobre mis hombros y mi espalda. Él se deshizo de mi sujetador. Yo, de su camisa. Acaricié su cálido pecho, su vientre. Lo besé. Nos besamos. Gabriel me empujó suavemente y me hizo acostarme de nuevo. Deslizó el liguero y las medias por mis piernas, acariciándolas y besándolas mientras lo hacía. Me quitó las bragas con lentitud y a continuación se quitó los pantalones y la ropa interior, liberando su miembro erguido. Volvimos a besarnos, a devorarnos. Le deseaba, deseaba su calor, su piel, su cuerpo pegado al mío, dentro del mío. Quería sentir sus manos sobre mí, su boca y su lengua en mi piel, abrasándome. Quería tocarle, acariciarle, sentirle. Quería rodearlo con mis piernas, fundirme con él y llegar al éxtasis al ritmo de sus caderas. Ardía. Ardía por él. Mi cuerpo palpitaba por tenerle. El suyo, por hundirse en mi interior. Me penetró. Lo sentí duro y firme. Enorme, candente.

–Gabi...

Mis entrañas lo arropaban, lo apresaban y él gemía y jadeaba. El sonido de sus gemidos me excitaba aún más. Mis caderas se alzaban hacia él, urgiéndole. Clavé mis dedos en su espalda, pidiendo más y él incrementó la fuerza de sus embestidas, adentrándose un poco más en la sedosa humedad que lo acogía.

–Silvia... Mi Silvia...

Lo sentí estremecerse, rendirse entre mis piernas. Oleadas de placer me arrastraron inexorablemente mientras Gabriel me sostenía y se seguía moviendo aún duro dentro de mí, volviéndome loca de puro gozo. Terminé exhausta en sus brazos, jadeando. Él me acarició el rostro y me besó. Yo me acurruqué contra él y segundos más tarde los dos dormíamos.

Mi familia me llamó por teléfono aquella tarde para decirme que el autobús que les llevaba de vuelta había llegado ya a Bilbao. Mis padres no se iban

hasta el día siguiente. Querían despedirse de nosotros personalmente antes de que nos fuéramos de viaje a México a pasar nuestra luna de miel. Gabriel se sentía feliz, sabiendo que en México nadie le reconocería. Seríamos dos recién casados empalagosos de viaje de novios que después de visitar las ruinas aztecas y demás lugares de interés histórico nos tumbaríamos a la bartola, nos bañaríamos en las cristalinas aguas del mar, nos haríamos arrumacos y nos revolcaríamos en la cama y donde nos viniera bien.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó una mujer en el ascensor del hotel, mirándole asombrada cuando subíamos a nuestra habitación–. ¡Gabriel Alonso! Soy una gran admiradora suya, ¿sabe? Tengo todas sus bandas sonoras. ¡Me encanta su música! No me diga que ha venido a dar un concierto.

–No, no –farfulló Gabriel–. Estamos aquí de luna de miel.

Antes de salir del ascensor una planta más abajo que nosotros, nos colmó de bendiciones y nosotros le agradecemos su atención y su amabilidad. Al entrar en nuestra habitación no pude aguantar la risa. La cara que había puesto Gabriel cuando la señora del ascensor lo reconoció había sido un poema.

–Ay, Gabi...

–También es casualidad –dijo él–. Tendríamos que haber ido a Groenlandia.

–No seas así, hombre. Ni que fuera la primera vez. Deberías sentirte halagado.

–No, si me siento halagado. Es bonito tener el cariño de la gente. Es solo que estos días me gustaría ser solo un tonto locamente enamorado de su mujer y nada más.

Me acerqué a él y le rodeé la cintura con los brazos.

–Así que estás locamente enamorado de tu mujer –dije.

–Hasta las trancas.

–También tu mujer está locamente enamorada de ti. Te quiero muchísimo, Gabi.

Me apartó un mechón rebelde del rostro y me lo metió tras la oreja. Su mano rozó mi mejilla y me acarició con la mirada. Nos besamos. Mujer. Marido. Todavía se me hacía raro pensar en Gabriel como mi marido. Él era mi amor, el ser por el que moriría sin dudarlo un instante, el hombre por el que mi corazón latía desenfrenado. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Ahora estábamos casados, pero eso no había cambiado nada de lo que sentía por él.

–¿Te apetece ir a bailar? –me propuso cuando el beso se rompió.

Disfrutamos de cada minuto de nuestra luna de miel. A Gabriel le sentó mal al estómago el exceso de picante en uno de los restaurantes a los que fuimos a cenar, aunque se solucionó con una manzanilla. Yo lo resistí, si bien necesité la ayuda de una buena cantidad de agua. Sin embargo, el tequila fue demasiado para mí. No quise irme sin probarlo y con la tontería me pasé de tragos para regocijo de Gabriel, que fue la primera y única vez que me vio achispada a causa del alcohol.

–Te mataré si se lo dices a alguien –le amenacé camino del hotel.

–Ni una palabra –contestó él todo serio.

Pero seguidamente se echó a reír. Me gustaba verle reír. Estaba mucho más guapo cuando reía.

Al llegar a nuestra habitación me senté en la cama con los pies descalzos, crucé las piernas como los indios y me abracé a un cojín. Gabriel se quitó la camiseta y se quedó con el torso desnudo. Tenía los brazos fuertes y unos pectorales marcados y en su estómago plano también se marcaban unos suaves músculos abdominales, lo suficiente como para resultar sexy, pero sin pasarse. Y tenía la espalda ancha y la cintura estrecha y...

–Estás muy bueno –le dije–. ¿Te he dicho alguna vez que estás muy bueno?

–Alguna vez –contestó.

No parecía muy convencido. Tendría que decírselo más veces.

–¿Sabes por qué me enamoré de ti? Porque tienes un corazón enorme que no te cabe en el pecho y porque eres honesto y divertido y por cómo sientes y cómo vives la música, por esa pasión que le pones a todo. Pareces superserio cuando diriges, pero eres dulce y tierno y cariñoso. Y me enamoré de tu sonrisa y de tus ojos y de cómo me mirabas. Eres muy grande, Gabi, y también eres la persona más humilde que conozco. Y me gustas mucho. Por eso y por un montón de cosas más.

–Vaya, Silvia... Eso es muy bonito; no sé qué decir –farfulló.

–No digas nada. Sigue, sigue.

–¿Que siga con qué?

–Con el striptease.

–No era un striptease. Me he quitado la camiseta porque estaba sudada.

–Ah. Bueno, no importa. Sigue de todos modos.

–Que yo soy muy soso para eso, Silvia.

–Con el ritmo que tienes para unas cosas y qué poco para otras. Mira y aprende.

Dejé el cojín a un lado y me puse en pie sobre la cama, dispuesta a hacerle una demostración. Cogí el bajo de mi vestido y lo levanté un poco al tiempo que movía las caderas de forma seductora.

–¿Ves? Ya sé que no tienes vestido, pero te meneas un poco así mientras te quitas los pantalones. –Fui subiendo la falda del vestido, mostrando cada vez más mis muslos. Gabriel me miraba al pie de la cama entre estupefacto e interesado–. Y te vas desnudando poco a poco, pero con gracia, eh.

–Vale, vale.

Me quité el vestido lentamente, sin dejar de moverme al son de una sugerente música que no sonaba, y se lo lancé a la cabeza. Él lo cogió sin apartar los ojos de mí y yo le di la espalda. Me doblé sobre mí misma y le miré entre mis piernas abiertas.

–Y cuando te quedas en calzoncillos, te insinúas –le dije–. ¿Me sigues?

–No pierdo detalle.

–Vale. Con ese culo y ese instrumento que Dios te ha dado, no deberías tener problemas.

A Gabriel se le escapó un resoplido de risa.

–¿Te estás riendo, Gabi?

–No, no. Silvia, el tequila se te ha subido a la cabeza.

–Deja de hablar de tequila y estate a lo que hay que estar.

–Soy todo ojos.

–Bien. Entonces te vas quitando los calzoncillos –continué, enderezándome de nuevo.

Para ilustrarlo me solté el sujetador de espaldas a él, bajé los tirantes y me lo quité. Seguí bailando, provocándole. Oí un “joder, Silvia”. Parecía que mi clase estaba funcionando. Volteé el sostén sobre mi cabeza y me giré levemente hacia él, no sin antes cubrirme los senos con un brazo. Le sonreí y le lancé el sujetador. Él lo cogió, al igual que el vestido, y lo sostuvo en sus manos sin apartar sus ojos de mí. Me contoneé tentadoramente un poco más y me di la vuelta, con las manos sobre mis pechos.

–¿Has tomado nota? –le pregunté.

–Silvia, no sabes cómo me estás poniendo –gruñó.

–Quítate los pantalones, venga –le dije–. Y te enseño las tetas, que sé que te gustan.

Él sonrió.

–Me vuelven loco tus tetas.

–Pórtate bien y te las dejo tocar.

–Sabes que mañana te acordarás de esto, ¿no?

–Claro. ¿Por qué no me iba a acordar? Y no empieces otra vez con el tequila. Desnúdate ya, Gabi. Venga, que quiero ver ese movimiento de caderas y esas piernas.

Gabriel se lo estaba pasando en grande. Dejó atrás sus inhibiciones y se soltó el botón de los vaqueros. Se bajó la cremallera y se los quitó con mucho más salero del que parecía que iba a tener en un principio.

–¡Sííí! –exclamé, alzando los brazos y descubriendo al mismo tiempo mis senos–. ¡Ese es mi chico!

En la parte frontal de sus boxer blancos había aparecido un bulto revelador. Se quitó los calzoncillos con provocadora lentitud, bailando, insinuando y mostrando con una sutileza devastadora mientras yo miraba y le alentaba en aquel espectáculo solo para nuestros ojos. Se quedó gloriosamente desnudo ante mí.

–Guau –dije–. ¡Sensacional!

–¿Contenta?

–Oh, sí. Mucho.

Su orgulloso miembro se alzaba erecto y también yo estaba excitada. Me acerqué a él y lo besé en la boca. Él respondió con ardor.

–Hazme el amor –dije contra sus labios, bajando una mano para acariciar su pene endurecido–. Hazme el amor toda la noche. Hazme todo lo que quieras, Gabi.

Me besó apasionadamente y me arrojó a la cama. Me quitó las bragas de un tirón y se perdió en mí. Me acarició, me besó y me lamió y yo gemí, grité y me retorcí de placer en sus brazos mientras él me tomaba implacable. Hicimos el amor una y otra vez, calientes y enfebrecidos, llevados por un tórrido deseo que parecía no encontrar saciedad. Fui suya. Fui suya de mil maneras en una lasciva noche de sexo desenfrenado.

Desperté entre sábanas revueltas. Estaba pegajosa debido al sudor, al semen y a mis propios fluidos. Mi cuerpo palpitaba ante la ausencia de

Gabriel. Me despecé y al volverme lo vi despierto a mi lado.

–Buenos días –le dije, somnolienta.

–Hola, amor. Buenos días.

Tenía el pelo alborotado y su barba incipiente oscurecía su atractivo rostro. Sus cálidos ojos castaños me acariciaron un instante antes de que sus labios rozaran los míos en un dulce beso.

–Estuviste soberbia haciendo striptease –me dijo.

–Y tú. El que decía que era un soso para esas cosas.

–Tenemos que repetirlo.

–Oh, sí.

Me acurruqué contra él y él me envolvió en sus brazos.

–Me gustó mucho lo de anoche, Gabi –dije jugueteando con mis dedos en su pecho.

–A mí también.

Volvimos a besarnos. Su lengua invadió mi boca y el beso se volvió húmedo. Su miembro se despabiló y presionó suavemente mi vientre. Gemí en su boca. Las manos de Gabriel comenzaron a recorrer mi cuerpo, ávidas de deseo. Las mías, anhelantes, acariciaron el suyo. Calmamos nuestro mutuo ardor con nuestra piel, con nuestras bocas. Me rompí en pedazos cuando él estalló y se derramó sin dejar de moverse, sin dejar de mover sus caderas y penetrarme, de clavarse en mí, haciéndome sollozar en un orgasmo sin fin.

Gabriel llamó a recepción para pedir que nos subieran el desayuno a la habitación. Le dio al camarero una nada desdeñable propina y antes de cerrar la puerta colgó en el pomo el cartel de “no molestar”. Desayunamos envueltos en un albornoz. Nos habían traído de todo, y en abundancia. Cuando vimos el carro repleto de cosas creímos que no podríamos con todo, pero estábamos famélicos y dimos buena cuenta de la fruta, las tostadas, la mermelada, el café y todo lo demás. Al terminar, sacamos el carrito al pasillo y nos duchamos juntos. Gabriel me lavó el pelo. Fue una delicia sentir sus dedos masajeando mi cabeza. Era relajante y placentero. Cuando me lo aclaró yo me enjaboné, pero él me quitó la esponja y la dejó caer en la bañera. Me acarició los hombros, los brazos. Sus manos bajaron hasta mi vientre, resbaladizo por el gel, y subieron después hasta mis senos. Me los oprimió con suavidad y sentí que el calor comenzaba a extenderse por mi cuerpo.

–Gabriel...

Gemí cuando sus dedos atraparon mis pezones duros. Mi espalda se pegó a

su torso mojado y sentí su respiración agitada junto a mi cuello. Me rodeó por la cintura con su brazo izquierdo y su mano derecha descendió hacia mi vello púbico. Sus dedos acariciaron los suaves rizos y se aventuraron entre mis piernas. Sentí que volvía a mojarme bajo el roce de sus dedos impúdicos. Volvía a desearle. Eché la cabeza hacia atrás y ahogué un quejido.

–Eres preciosa –dijo él con la voz ronca.

Sus manos volvieron a copar mis senos, recorriendo mi piel, quemándome. Me di la vuelta para poder besarle, para poder tocarle. Acaricié su torso. Bajé por su vientre y tomé en mi mano su grueso miembro, haciendo que se endureciera aún más. Gabriel gimió cuando recorrí toda su longitud y rocé el tierno glande. Me alzó y me apoyó contra la pared. Yo rodeé sus caderas con mis piernas y su cuello con mis brazos. Entró en mí despacio, moviéndose con cuidado, encendiéndome. Quería tenerle dentro. Quería sentirle.

–Gabi... –jadeé.

Entonces me penetró por completo y dejé escapar un grito de placer. Gabriel se adentraba en mis entrañas, firme y caliente, sin darme tregua. Oírle gemir y sentir su excitación me enardecía. Se desbordó con un quejido y alcancé el clímax con él. Aferré su pelo mojado mientras el éxtasis nos devoraba y nos quedamos abrazados, jadeando sin aliento, colmados de placer.

Tomamos el sol en la playa, nos bañamos en el mar, paseamos por la orilla. Tuvimos varias cenas románticas al aire libre, ya sin tequila y sin picante. Paseamos cogidos de la mano bajo la luna, bailamos e hicimos el amor. Así, nuestra luna de miel llegó a su fin y volvimos a casa, más morenos por haber estado al sol y con energías renovadas. Volvió la orquesta. Volvieron los ensayos y los conciertos. Volvió la gira. Volvió la música clásica en todo su esplendor. Volvió Gabriel Alonso. Volvieron las excelentes críticas y la revolución en las redes sociales de la orquesta. Volvió nuestra vida llena de música.

Mis libros para traducir, sin embargo, se fueron espaciando cada vez más. La editorial no iba muy bien y mucho me temía que más temprano que tarde me iba a quedar sin empleo.

–No te agobies –me decía Gabriel–. Encontrarás algo. Y si no, tampoco tienes necesidad de trabajar.

–Pero quiero trabajar, Gabi –replicaba yo–. Me da independencia y... No quiero tener que estar cogiéndote dinero cada vez que quiera comprar algo.

–No veo por qué no. Mis cuentas son las tuyas, ya lo sabes. Puedes coger todo el dinero que quieras como has hecho hasta ahora. ¿Qué problema hay?

–Ninguno, pero es que...

Gabriel siempre había sido generoso en extremo. Desde el principio de nuestra relación me había dado una tarjeta de crédito sin ningún tipo de límite vinculada a su cuenta corriente y me había autorizado, al igual que yo a él, para operar en todas sus cuentas bancarias. Me miró lleno de cariño, comprendiendo.

–Silvia, amor, entiendo que quieras ganar tu propio sueldo, pero si no es así no pasa nada. Mira, si hay algo que no tenemos son problemas económicos. Si quieres trabajar, vale, pero no quiero que te desesperes por quedarte sin empleo. Ya te saldrá algo, ya lo verás.

Tal como esperaba, la editorial quebró y me quedé sin trabajo. Gabriel me alentaba y me daba ánimos. Era verdad que con sus ingresos podíamos vivir los dos mejor que bien, pero me había acostumbrado a tener mi propio dinero y a colaborar en la economía doméstica, aunque solo fuera no haciendo gasto en las cuentas de Gabriel. Busqué empleo, pero, aunque me llamaron de alguna que otra empresa, trabajar para ellos me suponía o bien trasladarme o bien tener que viajar. Para Gabriel un traslado resultaba imposible y, si él estaba de conciertos y yo haciendo de intérprete por ahí nos costaría mucho coincidir y pasaríamos mucho tiempo separados. Y no quería eso para nosotros. Si tenía que dejar de trabajar, que así fuera. No se me iban a caer los anillos por ser ama de casa. Y, además, me gustaba cocinar. Ahora tendría tiempo de sobra para hacerlo.

Capítulo 10

Mi oportunidad llegó de la forma más inesperada y en una rama que ni siquiera me había planteado. Gabriel volvió un día de la sede y me dijo sin más preámbulos:

–Necesito un chelo.

–Coge el mío –le dije–. Ya sabes dónde está.

Él se quedó mirándome unos instantes sin decir nada y entonces siguió hablando.

–Bueno, es que también necesitaría a alguien que lo tocara. Rosa deja la orquesta. Su puesto queda vacante.

De pronto comprendí lo que me estaba pidiendo.

–Ah, no, ni hablar –dije.

–Pero ¿por qué no?

–Porque no, Gabriel. Ya lo hemos hablado. Hay gente con mucha más experiencia que yo y...

–No busco experiencia, busco pasión –me interrumpió–. Quiero a alguien que no se limite a rascar las cuerdas con un arco y dar las notas. Quiero lo que tú tienes, Silvia.

–No. Soy tu mujer. Eso es favoritismo.

–¿Favoritismo?! ¡Y un cuerno!

–No quiero estar en la orquesta por ser la mujer del director. ¿Es que no lo entiendes?

–Eres tú quien no lo entiende. No es por ser mi mujer. Te he oído tocar. ¡Eres increíblemente buena! ¿Por qué diablos tengo que buscar lo que ya he encontrado?

–No soy tan buena, y lo sabes.

–¡Maldita sea, Silvia! ¡No quiero volver a oírte decir que no eres buena! –me gritó, haciéndome dar un respingo. Seguidamente se recompuso–. Perdona –dijo en voz más baja–. Perdona; no quería gritarte.

Suspiró y se mesó el pelo, mirándome.

–Nadie en la orquesta pensará que estás en ella por ser mi mujer –me dijo–.

Nadie.

–Lo pensaría yo, Gabi.

Su mandíbula se tensó y la calidez con que siempre me miraba desapareció. Estaba furioso y ardía en deseos de decirme un montón de cosas, pero se contuvo.

–Está bien. En ese caso convocaré audiciones. Al menos preséntate. Solo te pido eso. Sé una más. Si no eres la mejor, te quedas fuera.

Entonces accedí. Sabía que en las audiciones serían justos e imparciales. Implacables incluso. Escogerían al mejor y no iba a ser yo, así que quise complacerle. ¿Por qué no?

–¿Estás loca? ¿Por qué no le has dicho que sí? –me espetó Elena cuando hablé con ella por teléfono.

–Porque no quiero ser la enchufada –contesté–. No es justo.

–¿No es justo para quién?

–Para nadie. Para mí. Para él. Para la orquesta.

–Ni para los sufridos oyentes.

–Exacto –dije riendo.

–Pues yo pienso que de algo te tendría que servir tirarte al jefazo.

–¡Elena! Oye, que esto es serio.

–Mira esta. Y lo mío. ¿Y qué le ha parecido a Gabriel que no quieras entrar en la Orquesta Ciudad de Murcia por las buenas?

–Pues mal. Se ha mosqueado.

–Mujer, es que teniendo a la violonchelista en casa se tiene que emplear en preparar audiciones y escuchar a un montón de gente tocando ese cacharro. ¡Menudo coñazo!

Mi padre también me echó la bronca.

–¡Parece mentira que no confíes en el criterio de un director como Gabriel! ¡Mentira me parece! –me increpó–. Será tu marido, pero también es un director cojonudo, y si él te dice que eres buena, es que eres buena, y tú no tienes nada que chistar.

–Sí, claro, que lo que Gabriel dice va a misa, ¿no? –repliqué.

–¡Sí! En lo que respecta a música sí. Me parece bien que quieras pasar por audiciones y ser una de tantos. Hasta ahí, vale. Pero que creas que él te ha ofrecido el puesto solo porque eres su mujer... ¡Venga, hombre! Que Gabriel

sabe de sobra lo que hace y tú no deberías ponerlo en duda.

–Que yo no lo pongo en duda, que no dudo de su criterio ni nada de eso, pero es que...

–¡Pues lo parece! –me interrumpió–. ¿No te ha dicho que te quiere en su orquesta y tú le has dicho que no? ¡Menuda desfachatez la tuya!

–No le he dicho que no. Yo solo...

–Sí, sí, ya te he entendido –volvió a interrumpirme–. No quieres ser la mujer del director. ¡Vaya una idiotez! ¿Qué es lo que eres si no? ¡Su mujer! ¿Y qué?

En aquel momento Gabriel entró en la sala y se inclinó sobre mí para darme un beso en la mejilla.

–Es mi padre –le dije en voz baja apartándome un poco el móvil de la oreja.

–¡Y no sé qué coño haces todo el día de palique en vez de estar ensayando! –me espetó mi padre en aquel momento, olvidando que había llamado él–. ¡Deja el dichoso teléfono y ponte a tocar! ¿No tienes una audición a la que presentarte?

Gabriel, que lo oyó perfectamente por el auricular, se empezó a reír de buena gana.

–Tu padre tiene razón –farfulló.

–Vale, papá, muchas gracias –refunfuñé.

–De nada –dijo él.

Y colgó. Miré a Gabriel. Se mondaba de risa, despatarrado junto a mí en el sofá.

–Pues no le veo la gracia –protesté.

Verme enfurruñada provocó aún más su hilaridad.

–La tiene, la tiene –cloqueó. Después se puso serio. Todo lo serio que pudo–. Silvia, deberías estar tocando hasta que las cuerdas del violonchelo echen humo. Dentro de poco tienes una audición con la mejor orquesta del país.

Me marché ceñuda en busca de mi violonchelo y le dejé solo en el salón, divirtiéndose a mi costa.

Cuando se abrió el plazo para el envío de solicitudes de cara a ocupar la vacante, rellené la mía como cualquier otro aspirante, ignorando los gruñidos

y las quejas de Gabriel y dos días más tarde al abrir mi correo electrónico tenía un mail de la orquesta. Lo abrí. Era la respuesta a mi solicitud con la fecha, la hora y el lugar en el que tendría lugar la audición, dentro de dos semanas.

–¿Me has enviado un mail para esto?! –le dije a Gabriel, que hojeaba el periódico a mi lado–. ¿No podías decírmelo tú?

–Tú me enviaste una solicitud –replicó él–. Y, además, ¿no eras tú la que no quería privilegios? Pues eso.

–Mira, de verdad, no me puedo creer que todavía estés enfadado.

–No estoy enfadado.

–No, claro.

–No estoy enfadado –repitió–. Lo que estoy es molesto por lo poco que crees en ti misma y por toda esa tontería del favoritismo.

–No es una tontería.

–Es una tontería como un piano. Ahí estoy, preparando audiciones y mareando a todo el mundo. ¿Y todo por qué? Por tu cabezonería.

–Quiero ser una más. ¿Tan difícil es de entender?

–Oh, sí, y lo vas a ser.

–Pues entonces no le veo el problema.

–El problema es que eres tú lo que quiero para la orquesta, lo que queremos todos. Todos menos tú, porque la señora cree que no es lo bastante buena como para tocar con nosotros.

–Es que no creo que...

–Eso lo decido yo –me cortó él.

–Mira, cuando te pones así no hay quien te aguante.

–¿“Así” cómo?

–Pues así, en plan director de orquesta.

–Es que soy director de orquesta.

Bufé.

–Que pienses que no eres lo bastante buena y que no estás a la altura, que quieras más, que pienses que puedes ser aún mejor solo dice de ti lo buena que eres –me dijo–. Dentro de dos semanas son las audiciones. Dalo todo. Y si no pasas la prueba, admitiré que había alguien mejor que tú, que estaba equivocado y que mi amor por ti me impidió ser todo lo objetivo que debería haber sido. Toca como tú sabes. Siente la música, el chelo como siempre lo haces. Es el único consejo que voy a darte como director.

–¿Y como marido?

–Como marido me gustas aunque rasques una botella de anís.

Durante los días que siguieron nos enfadamos y discutimos varias veces, siempre por el mismo motivo: mi renuencia a entrar en la orquesta de su mano y su obcecación con que yo era exactamente lo que quería. Intentábamos eludir el tema, pero era imposible. Los dos estábamos tensos y cualquier cosa hacía que se caldearan los ánimos.

–Que no lo entiendo, Silvia, que no lo entiendo –decía él exasperado–. Has tocado en la orquesta de tu padre cuando han necesitado un violonchelo y también en otras orquestas por mediación de tu padre o de Luis y no has tenido ningún inconveniente en hacerlo porque sí sin pasar por audiciones y en cambio no quieres hacer lo mismo conmigo cuando te estoy diciendo que eres justo lo que necesitamos. Es que no hay quien lo entienda.

–Que no es lo mismo –replicaba yo–. Que eran simples sustituciones.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Pues mucho. No iban a preparar audiciones para trabajar solo dos o tres días. Me llamaban a mí y asunto arreglado. Además, siempre han sido orquestas modestas. No puedes comparar.

–Oye, perdona, que nuestra orquesta es muy modesta, eh.

–¡Venga ya, Gabriel! Que solo con ver vuestro nombre se llenan los auditorios, que hacéis giras por toda España, que sois famosos. La gente os admira. Sois una de las mejores orquestas del país, si no la mejor.

–Eso es fruto de nuestro esfuerzo, de nuestro trabajo y del entusiasmo de mucha gente. Empezamos de la nada, y lo sabes de sobra.

–Claro que lo sé. Pero ahora sois la Sinfónica Ciudad de Murcia nada menos.

–Y crees que te viene grande, ¿no?

–Yo no tengo un currículum musical impresionante precisamente.

–Y dale. ¿Tienes idea de la cantidad de mediocres que están tocando por ahí? ¿Tienes la más ligera idea? Y mientras tanto la gente con verdadero talento está dando tumbos, buscando una oportunidad que no llega. Esta es la tuya, Silvia. Solo tienes que tocar ante los demás para que lo corroboren.

–Eres el gerente. ¿Qué crees que iban a decir? No, Gabriel. Voy a pasar por las audiciones como todo hijo de vecino.

Esos días toqué y toqué. Iba a hacerlo lo mejor que pudiera, lo mejor que supiera. Que hubiera accedido a presentarme a las audiciones por complacer a Gabriel no quería decir que no me fuera a esforzar al máximo. Además, cuanto más se enfadaba, más me aguijoneaban las ganas de superarme. Él creía en mí ciegamente. Era yo quien no creía en mí misma. Me medía con auténticos virtuosos y mis posibilidades eran escasas, pero aun así iba a disfrutarlo. Iba a ser toda una experiencia.

La noche antes de la audición estaba mucho más nerviosa de lo que yo misma pensaba. Estaba poniendo la mesa para cenar y los platos se me escurrieron de las manos, yendo a estrellarse en el suelo.

–¡Oh, mierda! –mascullé.

Gabriel me ayudó a recoger los pedazos.

–Silvia, estás nerviosa –me dijo tras tirar los platos rotos a la basura.

–Como para no estarlo –repliqué.

–No tienes por qué.

–Para ti es fácil decirlo.

Él suspiró.

–Siéntate, anda. Ya pongo la mesa yo.

Le hice caso. Gabriel barrió los diminutos pedazos de la vajilla que habían quedado en el suelo y después puso la mesa y sirvió la cena.

–Pase lo que pase mañana, todo seguirá igual entre nosotros, ¿verdad? –inquirió.

–Claro que sí.

Le sonreí y cogí su mano desde el otro lado de la mesa. Él me devolvió la sonrisa.

–Te deseo mucha suerte –me dijo.

–Gracias. La voy a necesitar.

Gabriel salió muy temprano de casa hacia la sede de la orquesta, donde tendrían lugar las audiciones. Estas comenzaban a las ocho y media. Los candidatos a ocupar el puesto vacante debíamos estar allí al menos media hora antes para la inscripción y el sorteo que decidiría el orden de participación. No conocía a nadie y nadie me conoció a mí. Habían contratado personal ajeno a la orquesta para la ocasión con el propósito de que ni siquiera los administrativos pudieran reconocer a ningún participante. Nuestros nombres se habían transformado en un número de DNI al

inscribirnos vía correo electrónico y tras el sorteo dicho número desapareció como antes lo habían hecho nuestros nombres. Éramos veinte. Yo fui el número dieciséis.

Mi familia y mis amigos me habían llamado el día anterior para desearme suerte y tranquilizarme, consiguiendo justamente el efecto contrario. Mi corazón latía más fuerte a medida que se acercaba el momento. La espera fue larga. Algunos entablamos conversación. Otros no quisieron trabar amistad con quienes en realidad eran sus rivales.

Una joven, probablemente recién salida del conservatorio, salía llorando. Se había quedado en blanco a causa de los nervios y no había tocado. Le habían dado una oportunidad, pero había sido un completo desastre. Había tres pruebas y cada una de ellas era eliminatoria. En la primera y la segunda teníamos que interpretar una obra a elegir entre un pequeño repertorio y en la tercera debíamos tocar con la orquesta lo que el tribunal indicara. Solo en la tercera prueba nos verían. En las dos primeras tocaríamos tras una cortina que aseguraba nuestro anonimato. No podíamos hablar con el tribunal ni ellos con nosotros. Un regidor se encargaría de hacer de portavoz entre el tribunal y los participantes.

Al fin llegó el momento. Pasé a la sala de calentamiento mientras esperaba mi turno con una mezcla de nervios y deseos de salir a darlo todo. Comprobé la afinación una vez más y templé mi violonchelo, mis dedos. Cuando estos tocaron las cuerdas y el arco me invadió una sensación de sosiego. Era mi querido chelo. Íbamos a tocar y a vivir aquel momento como ningún otro. Minutos después, la regidora, una adusta mujer de unos cincuenta años y modales bruscos, me ordenó que pasara al escenario.

–Número dieciséis –anunció al tribunal.

Al otro lado de la alta cortina negra que me ocultaba a sus ojos, se encontraban Gabriel, Santi y Mónica, el violonchelo solista, además de otros miembros de la orquesta, todos ellos con voz y voto. Alejandro iba a acompañarme al piano sin saberlo. Toqué el primer movimiento del *Concierto para violonchelo en re mayor* de Haydn, al cabo del cual la regidora me dijo que podía irme.

Pasé la primera prueba y me clasifiqué para la siguiente. Ocho personas fueron eliminadas, entre ellas la muchacha que había salido llorando de la audición. Quedábamos doce, parte de los cuales serían eliminados en la segunda fase.

En la segunda audición todo volvió a repetirse. Esta vez toqué el primer y el segundo movimientos del *Concierto para violonchelo en si menor* de Dvorák, también acompañada de Alejandro al piano. Cuando terminé, la regidora me comunicó que el tribunal deseaba que repitiera ciertas partes yo sola, sin acompañamiento. Lo hice. Que me lo hicieran repetir no quería decir nada, aunque el corazón se me aceleró un poco al oírlo. Al finalizar, la regidora me despidió.

Solo había dos más detrás de mí. No tendría que esperar mucho para saber qué pasaba conmigo. Para cuando la segunda prueba concluyó eran casi las tres de la tarde. No había comido nada y empezaba a tener hambre. La regidora salió con sus papeles y su expresión malhumorada y nos hizo saber la decisión del tribunal. Solo seis personas se clasificaban para la tercera y última audición.

—Dos, siete, nueve, trece, catorce y dieciséis —graznó—. Tienen que estar aquí a las cuatro y media para la tercera audición. No se retrasen. El resto pueden irse. Gracias por su interés.

Puso la lista en el tablón de anuncios y se marchó taconeando con la cabeza bien alta. No me podía creer que hubiera pasado la prueba. Me clasificaba para la última audición. Era mucho más de lo que había esperado. Iba a tocar con la orquesta. Con mis amigos. Con Gabriel.

Nos despedimos de los que se marchaban y les deseamos suerte para un futuro próximo con otra orquesta. Ellos nos desearon suerte a nosotros y allí se separaron nuestros caminos. Probablemente ya no nos volveríamos a encontrar.

Los seis finalistas fuimos a comer a un bar cercano. Éramos cuatro chicas y dos chicos. Estuvimos charlando de nuestras aspiraciones, de cómo nos había ido el día y las audiciones, de la orquesta. Aquel día descubrí que estaba mucho más ilusionada de lo que creía. Descubrí lo que realmente significaba aquella oportunidad para mí. Sentí que podía hacerlo y entendí la fe de Gabriel en mí. Entendí su rabia al ver que yo pensaba que no era lo bastante buena como para aspirar a tocar en su orquesta. Pero ver que había llegado hasta allí por méritos propios me hizo crecer.

Para las cuatro y media estábamos de nuevo en la sede de la orquesta, esperando a que nos llamaran para la última prueba.

—¿De dónde eres? —me preguntó Víctor, uno de mis rivales. El número nueve, para ser exactos.

–¿Yo? De Bilbao –contesté–. ¿Y tú?

–De Alicante. ¿Has venido desde Bilbao para la audición?

–No. En realidad vivo aquí.

Víctor se mostró sorprendido.

–¿Viniste por trabajo?

–No. Vine por amor.

–¡Por amor! Bueno, ¿y cómo es que tu chico no ha venido a comer contigo en un día tan importante como este?

–Es que está muy ocupado.

–Ah, lo de siempre. Vente conmigo a tomar algo por ahí después de la prueba y charlamos un rato, ¿te parece? –me dijo–. A tu novio no le importará.

Le miré con ceño. ¿Me estaba echando los tejos aun a sabiendas de que tenía pareja?

–Es mi marido –repliqué mostrándole el dedo con la alianza–. Estoy casada.

Él tuvo la decencia de sonrojarse. A Alba, otra de mis compañeras, le dio la risa floja.

–Perdona –se disculpó él.

–Nada, nada –farfullé yo.

–Buen intento, Víctor –dijo Alba.

Lo que me faltaba. Me pregunté qué cara pondría Gabriel si supiera que uno de los candidatos a entrar en la orquesta estaba flirteando conmigo. Y también me pregunté qué cara pondría Víctor si supiera que había intentado ligarse a la mujer del director. De pronto me pareció divertido, pero no tuve tiempo de regocijarme. La regidora salió y comenzó con su cometido. Yo era la última. Eso suponía más presión por la espera, más nervios. Mi espera fue la más larga, la más tensa.

–Número dieciséis –anunció la regidora.

Entré al escenario con mi violonchelo. Oí un suave murmullo de sorpresa que se acalló enseguida. Los músicos no sabían que me presentaba a las audiciones. Solo lo sabían Gabriel y Santi. Gabriel le había hablado de mí a Santi y este había estado totalmente de acuerdo con tenerme en la orquesta, pero al negarme yo a formar parte de ella sin pasar por las pruebas, ninguno de los dos les había dicho a los demás que yo era una de las candidatas.

Me acerqué a mi lugar, di la mano al concertino con formalidad y aún con

más formalidad di la mano al director, quien me la estrechó firmemente mirándome con severidad y un leve ceño. Había dureza en sus ojos y determinación en sus labios. Gabriel me había dicho alguna vez que los aspirantes a tocar en la orquesta le miraban como si se los fuera a comer y aquel día entendí por qué. Imponía. Era el hombre que amaba, pero en aquel momento lo olvidé. Era el director. Nada más.

Me tocó el primer y el segundo movimientos de la *Sinfonía número cuatro en fa menor* de Tchaikovsky. Aguardaron a que me acomodara e indiqué a Gabriel con un leve asentimiento de cabeza que estaba lista. Mi mano sostenía el arco como si de parte de mi cuerpo se tratara. El violonchelo descansaba entre mis piernas, contra mí. Y al tenerlo entre mis brazos solo quise hacerlo sonar, dejar que él fuera mi voz. Entonces comenzó. Mis manos se movieron solas por las cuerdas del violonchelo. El arco se movía por su propia voluntad y yo dejaba que la música fluyera desde lo más profundo de mi ser bajo la magnífica dirección de Gabriel, bajo su especial interpretación de la obra. Mi corazón latía con fuerza, pero esta vez era por algo muy distinto a los nervios. Era emoción. Era música.

Cuando la pieza terminó se hizo el silencio. Mi audición había terminado. Gabriel me tendió una mano recia y me dio secamente las gracias, y otro tanto hizo Santi, aunque este me dedicó una tenue sonrisa. Abandoné el escenario y volví a la calle. Me sentía eufórica. Había tocado con ellos. Había tocado con la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia. Me había dirigido Gabriel. No podía pedir más. Ahora tendrían que deliberar, hacer comparaciones en sus notas, evaluar y tomar una decisión. En cualquier caso, yo me sentía feliz de haber llegado hasta allí. Lo importante era que lo había vivido, que lo había disfrutado y que siempre atesoraría aquel momento como uno de mis mejores recuerdos.

De camino a casa comenzó a sonarme el móvil. No lo cogí, ya que iba conduciendo, pero una vez llegué miré a ver quién había llamado. Marta. Le devolví la llamada.

—¡Silvia! —exclamó nada más contestar—. ¡No me lo puedo creer! ¡Tú en las audiciones! Le he preguntado a Gabriel por qué no te había hecho una prueba directamente y me sale por los cerros de Úbeda. Se ha puesto a refunfuñar y a decir que eres terca como una mula. ¿Qué demonios le pasa?

Le conté los motivos por los que estaba en las audiciones y por qué Gabriel estaba enfadado conmigo.

–Mira que eres tonta –me dijo ella–. Si él quería que entraras es por algo. Entiendo tu punto de vista, pero habiendo tenido oportunidad de entrar a formar parte de la orquesta, ahora podrías no pasar de la última prueba y quedarte en las puertas.

–Si no paso es porque hay alguien mejor que yo –repliqué.

–Gabriel te lo ha puesto difícil, no creas. Se ha cebado contigo a base de bien. No sé cómo está la cosa, y aunque lo supiera no podría decirte nada. Bueno, de hecho ni siquiera podría hablar contigo por teléfono... ¡Pero cómo has tocado! ¿Te has oído, Silvia? ¿Has oído cómo ha sonado? ¡Ha sido genial! Los demás también han estado muy bien, pero tú... –De pronto pareció acordarse de algo–. Gabriel me despellejará si sabe que te estoy contando esto.

–No creo. Al fin y al cabo no formas parte del tribunal. Tú puedes hablar con quien quieras.

–Ojalá seas tú, Silvia. Debiste haber hecho caso a Gabriel, pero te admiro por lo que has hecho. Te deseo la mejor de las suertes.

Todavía me duraba el entusiasmo y la excitación por las emociones de aquel día cuando Gabriel entró en casa, ya de noche. Corrí a abrazarle.

–Gracias por esta oportunidad, Gabi –le dije–. Ha sido una auténtica gozada tocar con vosotros. ¡Qué bien lo he pasado! ¡Muchas gracias!

–No me des las gracias. Lo has hecho muy bien.

Me estrechó en sus brazos y me besó.

–¿Quieres saber algo ya o prefieres esperar a la comunicación oficial? –me preguntó al romper el beso.

–No, venga. Dime lo que sea.

Me dispuse a escuchar lo que tuviera que decirme. La decisión estaba tomada y quería saber el resultado cuanto antes. Si estaba fuera, que era lo más probable, quería saberlo ya.

–Has dejado escapar la oportunidad que te ofrecía –me dijo muy serio–. No quisiste entrar en la orquesta cuando te lo pedí, cuando solo tenías que pasar una pequeña prueba, y decidiste presentarte a unas audiciones y medirme con grandísimos violonchelistas como una más. Con lo fácil que lo tenías...

–Pero ahora tienes al mejor violonchelista para la orquesta –repliqué, poniéndole una mano en el pecho. No debía de ser fácil para él decirme aquello, y lo adoré por su delicadeza.

–Cierto. Ahora tengo al mejor.

Cogió la mano que descansaba en su pecho y me besó el dorso como un caballero de los de antes.

–Enhorabuena –me dijo–. Eres la nueva violonchelista de la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia.

–¡No! ¿Lo estás diciendo en serio?

–¿Por quién me tomas? Yo no bromearía con algo así.

–¡Gabi!

Volví a echarme en sus brazos y él volvió a estrecharme contra sí.

–Has estado maravillosa. Maravillosa, de verdad –dijo–. ¡Qué orgulloso estoy de ti!

Me aparté de él para mirarle. Gabriel sonreía y me miraba lleno de cariño, con aquel brillo en sus cálidos ojos.

–¡Cómo has tocado! –continuó–. ¡Deberías haber visto las caras de Santi, Mónica y los demás cuando tocaste en la primera prueba! Y en la segunda quisimos escucharte sin piano, e hiciste el tema tuyo. Fue... ¡Nos encantaste! No adiviné en ningún momento que fueras tú. Te superaste. Tus puntuaciones fueron altísimas. Y cuando apareciste la última... Cuando vimos que la persona que tocaba ese violonchelo eras tú... Cuando tocaste con nosotros... Silvia, ¿qué puedo decir? En cuanto te fuiste, la orquesta entera se puso a opinar y a decir que estábamos locos si no te cogíamos. Deliberamos, claro, pero no había mucho que discutir. Eras tú lo que queríamos; siempre has sido tú. ¿Ahora estás convencida?

Asentí con la cabeza, emocionada por sus palabras, por haber pasado las pruebas, por poder formar parte de la orquesta. Y verle a él feliz, ver su entusiasmo era mi mayor premio.

–Estoy muy orgulloso de ti –repitió–. Mucho, Silvia.

Me abrazó de nuevo. Me besó.

–No quiero volver a oírte decir que no eres buena –me dijo.

–No volveré a decirlo. Estoy muy contenta, Gabi. Me alegro tanto de poder tocar con vosotros, tanto... Esto es un sueño.

–No, no lo es. Te lo has ganado a pulso. Es lo que te mereces.

Al día siguiente me llegó la comunicación oficial. Tenía quince días para presentar la documentación requerida en el Departamento de Administración de la orquesta. El teléfono no paró de sonar. Mi familia y amigos me llamaban continuamente para felicitarme y los miembros de la orquesta no veían el momento de abrazarme y darme la enhorabuena personalmente. Los

padres y los hermanos de Gabriel se presentaron en casa con champán para celebrarlo. Daniel y Rubén insistían una y otra vez en que les llevaran a un concierto para poder ver a su tío Gabriel dirigir y a su tía Silvia tocar el violonchelo.

–Quiero verla tocar –decía Daniel–. Nunca la he visto.

–Nosotros tampoco –replicaba Beatriz con toda la paciencia del mundo–. Pero iremos a su primer concierto, claro que sí.

Luis, el director de mi padre, también me llamó. El buen hombre no tenía palabras para decir cuánto se alegraba por mí. Me dijo que nunca dejara de tocar, que hiciera caso a Gabriel en todas sus indicaciones y que aprendiera de él y de mis compañeros.

–Estás en una orquesta insuperable y con uno de los mejores directores que podrías tener –me dijo–. Aprovecha tu tiempo. Estudia, aprende. Iré a verte tocar en cuanto pueda. Cuando vengáis por Bilbao o alrededores allí estaré.

–Muchas gracias, Luis. Gracias por todo.

No solo me refería a temas musicales, y él lo sabía. Había orquestado tiempo atrás un encuentro forzoso entre mi padre y Gabriel para tratar de suavizar las cosas entre ellos por medio de la música.

–No hay de qué, chiquilla. Te deseo mucha suerte en tu nueva carrera.

Rosa dio su último concierto, el concierto que significó su despedida. A su marido le habían ascendido en el trabajo y debía trasladarse a Alemania. Ella había tenido que escoger entre seguirle y quedarse con la orquesta. Lloró al decir adiós a sus compañeros. Gabriel le dio una carta de recomendación por si en un momento dado le venía bien y le dijo que cualquier cosa que necesitara solo tenía que pedírsela. Había grandes orquestas en Alemania y Rosa tenía potencial de sobra como para estar en cualquiera de ellas. Ella lo abrazó conmovida. Después me abrazó a mí. También yo había querido despedirme de ella y fui a la zona de artistas cuando el concierto finalizó.

–No podría haber nadie mejor en mi puesto –me dijo–. Te deseo lo mejor, Silvia.

–Yo a ti también. Y escribenos, ¿vale? Haznos saber cómo te va.

–Lo haré. Gracias por todo, Gabriel. Gracias a todos. Os voy a echar mucho de menos.

Gabriel le dio un ramo de flores que había guardado en su camerino en nombre de todos y Santi le dio un tarjetón enorme en el que cada uno de nosotros había escrito unas palabras de cariño para ella. Las lágrimas

volvieron a acudir a sus ojos.

–No llores –le dijo Gabriel abrazándola de nuevo–. No estás tan lejos; puedes venir a visitarnos siempre que quieras. Esta es tu casa, Rosa. Nosotros siempre vamos a ser tu familia.

La besó en la mejilla y ella se quedó llorando en sus brazos mientras él le acariciaba suavemente la espalda. Cuando Rosa se recompuso se separó de él, se despidió de todos una vez más y se marchó.

–¿Quieres dormirte de una vez? –me espetó Gabriel la noche antes de mi estreno en la orquesta.

Llevaba un buen rato dando vueltas en la cama y pasaba ya de la una de la madrugada. Al día siguiente no iba a haber quien me levantara. Por no hablar de que tampoco dejaba dormir a Gabriel.

–No puedo –repliqué–. Estoy nerviosa. Mañana es mi primer día.

–¡Pero si ya los conoces!

–No es por eso. Es que... Es la primera vez que voy a ensayar con vosotros.

–Piensa que ya has tocado con nosotros, y lo has hecho estupendamente. Lo de mañana en comparación es pan comido.

–Visto así...

–Y además, te acuestas con el director. Eso facilita las cosas.

Lo miré con ceño.

–Te lo estás pasando bien, ¿no? –le dije.

–Oh, sí. Ven aquí, tonta.

Me rodeó con un brazo y me besó largamente.

–No tienes por qué preocuparte –dijo–. Es normal que el primer día estés un poco nerviosa, pero todo va a ir bien. Te lo garantizo.

Le acaricié la mejilla y le sonreí.

–Te quiero –susurré.

–Y yo a ti.

Volvimos a besarnos. Su mano ascendió por mi pierna. Yo le rodeé con mis brazos. Su boca abandonó la mía para posarse en mi cuello y yo acaricié su pecho. Él tiró de mi camisón y me lo quitó. Besó mis senos, mi vientre, mis caderas. Me deslizó la ropa interior por las piernas y la dejó caer al suelo. Él se quitó la suya y me besó de nuevo. Nos acariciamos. Hicimos el amor,

sintiendo cada roce, deleitándonos con cada gemido, con cada beso, bebiendo el aliento del otro, gozando con el tacto de nuestra piel hasta alcanzar el éxtasis.

La orquesta en pleno se puso a aplaudir antes de comenzar los ensayos aquella mañana. Todos me abrazaron y me dieron dos besos según iban llegando, felicitándome y diciéndome mil cosas. Santi se acercó a mí con un ramo de flores.

–Bienvenida a la orquesta, Silvia –me dijo.

Y entonces comenzaron a aplaudir. Les di las gracias, emocionada. No podía sentirme más acogida.

–Bien, todos a vuestros puestos. Empezamos –dijo Gabriel.

Sus instrucciones eran claras y precisas. Sabía pedir exactamente lo que deseaba, sabía cómo hacer que sonáramos a la perfección, sabía sacar el mayor partido de sus músicos, y sus músicos lo daban todo y más. Mi primer día en la orquesta fue inolvidable. Con lo nerviosa que había estado... Con ellos yo no era la mujer de Gabriel; era una más. Era un violonchelero. Y él no era mi marido, sino mi director. Por el que daría lo que fuera sin dudarlo, por quien pondría las manos en el fuego. Y sabía que él por sus músicos haría otro tanto.

Llegó mi primer concierto con ellos. Ensayamos en el auditorio de Murcia, el cual vi por primera vez desde el escenario. Verlo desde aquella perspectiva era muy distinto a hacerlo desde el patio de butacas. Curiosamente no estaba tan nerviosa como creí que estaría y mis compañeros contribuyeron en gran medida a mi tranquilidad.

–Olvídate de que es un concierto –me había dicho Gabriel aquella mañana antes de salir de casa–. Tú solo toca y disfruta.

Estábamos cambiándonos en el camerino. Unos elegantes vestidos negros sustituían a nuestra ropa de calle. Nos arreglamos el pelo y nos lo recogimos mientras conversábamos las unas con las otras.

–¿Qué, Silvia, cómo lo llevas? –me preguntó Olga, la violonchelista que se sentaba a mi izquierda.

–Bien –contesté–. Me muero de ganas de salir ahí y tocar.

–¡Así se habla! –dijo Marta–. Nos los vamos a comer con patatas.

Se acercaba la hora. Cuando estuvimos listas, salimos a reunirnos con los

chicos. Tenían un aire de lo más distinguido y estaban guapísimos vestidos de uniforme. Nos agrupamos para salir en orden al escenario. Eran ya los últimos minutos. A las ocho en punto comenzamos a desfilar y a ocupar nuestros puestos. La gente aplaudió al vernos aparecer. Fue un aplauso tibio que murió pronto, pero renació en cuanto entró Santi. Comprobó la afinación y una vez todos hubimos tocado nuestro la y estuvo satisfecho, se sentó. Instantes después entraba Gabriel y nosotros nos pusimos en pie al tiempo que los aplausos se reanudaban, esta vez con energía. Él saludó al público y se volvió hacia nosotros, que volvimos a sentarnos. Alzó los brazos, batuta en mano, y dio la entrada. Las primeras notas de *El Moldava* de Smetana comenzaron a sonar.

En el intermedio, una vez abandonamos el escenario entre aplausos enfervorizados, nos dejamos llevar por el alborozo que sentíamos. Todo estaba saliendo a la perfección y los asistentes se mostraban complacidos. Mientras permanecíamos de pie ante ellos había visto sus caras de entusiasmo, sus sonrisas. Les había visto hablar entre ellos y asentir con la cabeza en señal de aprobación.

Aprovechamos aquellos veinte minutos para descansar, beber agua e ir al servicio. Gabriel nos dio algunas indicaciones de cara a la segunda parte, pero estaba todo tan ensayado que eran más un recordatorio que otra cosa.

–La nueva sonríe cuando toca –hizo notar Santi.

–¡¿Yo?! –exclamé.

–Sí, tú. Mírala, ni siquiera se da cuenta.

–No la pongas nerviosa –le regañó Mónica–. Lo está bordando.

–Eh, que yo de su forma de tocar no he dicho nada –se defendió Santi.

–Uuuuh. ¿Violines contra violonchelos? –dijo Javi.

Todos reímos, relajados. Mi mirada se encontró con la de Gabriel, que asintió casi imperceptiblemente con la cabeza. La muda alabanza del director y el comentario del primer violonchelo me dieron ánimos. Podía dar aún más. Podía hacerlo aún mejor. Y me volqué.

El concierto terminó con la *Sinfonía número uno* de Brahms. Gabriel hizo levantarse a saludar y recibir los aplausos de un arrebatado público a aquellos que habían destacado con sus instrumentos y a continuación, en un movimiento con el brazo que abarcó a toda la orquesta, nos hizo levantarnos a todos, saludó a la audiencia, estrechó la mano de Santi y se retiró.

El público se había puesto en pie y aplaudía a rabiar al tiempo que nos

ovacionaba. Se oían bravos por doquier. Yo casi temblaba de emoción. Nos mirábamos unos a otros con sonrisas tímidas. Hubo varios abrazos y apretones de manos entre los miembros de la orquesta. Aún sonaban aplausos cuando nos marchamos del escenario. Ya fuera de la vista del público nos volvimos locos. Gabriel nos esperaba impaciente, deseando felicitarnos.

–¡Conciertazo! –exclamó Santi.

Concertino y director se abrazaron, exultantes, y los demás hacíamos lo propio. Todos charlábamos formando una buena algarabía, todos abrazábamos a todos. Éramos incapaces de contener la alegría y por otra parte nadie quería contenerla. Gabriel parecía un padre orgulloso de todos y cada uno de sus hijos. Me besó en los labios.

–Buen estreno –me dijo.

Fuimos a cambiarnos. El camerino de mujeres parecía un gallinero con todas hablando a la vez diciendo lo buenos que éramos sin ningún tipo de modestia. Yo aún estaba asimilando haber tomado parte de todo aquello y me sentía un poco abrumada como para incluirme en tamaño éxito, pero me alegraba ver a mis excitadas compañeras celebrando un nuevo triunfo.

–Si somos los mejores, somos los mejores –dijo Marta–. ¿Qué le vamos a hacer?

–Silvia, estás dentro –me dijo Mónica, dándose cuenta de que yo no participaba en la caótica conversación–. Eres un magnífico violonchelo en una magnífica orquesta. Asúmelo. Todos esos aplausos también eran para ti.

–Ha sido una pasada tocar con vosotros. Una pasada –le dije a Gabriel por enésima vez aquella noche.

Estábamos en el amplio cuarto de baño de nuestra habitación, preparándonos ya para ir a la cama. Yo me cepillaba los dientes con brío ante el lavabo y Gabriel, que ya había terminado, escupió el elixir.

–Pues esto no ha hecho más que empezar –contestó. Se secó la boca con la toalla–. Dentro de unos días empieza la gira. Y deja de decir “vosotros”. Ahora también tú eres parte de la orquesta.

Hablé, pero debido a la cantidad de pasta de dientes que tenía en la boca no se me entendió nada de lo que dije.

–¿Qué? –inquirió Gabriel.

Me miraba con expresión interrogante y yo me aclaré la boca rápidamente

para deshacerme de toda aquella espuma.

–Digo que todavía me cuesta creerlo –repetí.

–Créetelo. Es de verdad. Esta vez en la gira dormiré contigo en vez de con Santi. Va a ser todo un cambio.

Reí.

–Pásame el elixir, anda –le pedí.

Gabriel se sentó en la tapa bajada del inodoro mientras yo me enjuagaba la boca.

–Te he visto muy serena en el concierto –me dijo–. Es como si hubieras tocado en la orquesta toda la vida.

–He disfrutado muchísimo. Ha sido increíble, Gabi –dije.

Gabriel me cogió de la cintura y me atrajo hacia él.

–Tú sí que eres increíble.

Me incliné sobre él para besarle. Sabía a menta fresca. Gabriel tiró de mí y me hizo sentarme en su regazo. Yo me acomodé en sus piernas y él acarició uno de mis senos, desnudo bajo la fina tela de la camiseta de tirantes que llevaba puesta. Ronroneó en mi boca sin dejar de besarme y deslizó la mano que tenía libre por mi muslo.

–Silvia... –murmuró contra mis labios.

Su aliento, su voz ronca y sugerente estaban cargados de deseo. Me quitó la camiseta y tomó un pezón en su boca. Comenzó a chuparlo y yo enredé mis dedos en su pelo suave, suspirando al tener su lengua y sus labios calmando el dolor de mi pezón. Sus manos inquietas y atrevidas vagaban por mi cuerpo. Su boca buscó el otro seno, el botón duro que reclamaba su atención.

–Qué suave eres –dijo con la respiración agitada.

Nos besamos con ardor. Gabriel me atrajo hacia sí y mis pechos se apretaron contra su torso. Sentí su erección bajo sus boxer y lo acaricié con suavidad, apenas rozándolo. Rompimos el beso, jadeando.

–Quítate las bragas –medio rogó, medio ordenó.

–Si tú te quitas los calzoncillos –repliqué.

–No tienes que decírmelo dos veces.

Reímos y nos separamos tan solo un momento para quitarnos la ropa interior. Después volví a su regazo. Nos abrazamos, nos acariciamos, nos rozamos sin pudor, llevados por la lujuria, por el deseo. Acogí el miembro caliente de Gabriel en mi cuerpo y dejamos que todo aquel delicioso placer

nos arrastrara. Lo sentí temblar. Sentí cómo su semilla se desbordaba. Y gemí. Gemí mientras caía al vacío.

Nos íbamos de gira. Estábamos preparando las maletas con las cosas que necesitaríamos en el viaje. Miré a Gabriel mientras este doblaba con esmero su ropa de trabajo. Él sintió mi mirada sobre él y me sonrió. Esta vez no me quedaría en casa esperándole. Iba con él. Con ellos. Y me sentía feliz.

–No sé qué llevarme –confesé con un suspiro.

–Mientras no te olvides del violonchelo... –bromeó Gabriel.

Por la mañana temprano la sede de la orquesta bullía de gente. Salíamos camino de Valencia, donde tendría lugar el primer concierto de la gira. Colocábamos tanto el equipaje como los instrumentos más pequeños en el maletero del autocar en medio de un animado barullo. A pesar del aparente caos, no tardó en estar todo listo. Los músicos se despidieron de aquellos que habían ido a decirles adiós y en breve todos estábamos en nuestros asientos dispuestos a partir. Gabriel se sentó con Merche en la zona delantera del autobús. Tenían asuntos referentes a la orquesta que discutir en el viaje. Yo me senté con Mónica. Algunos se quedaron dormidos en el trayecto; habíamos madrugado mucho aquella mañana y el calorcito del autobús junto al murmullo del motor contribuyó a que sucumbieran al sueño. Una vez despertaron de la cabezadita, el ambiente se fue animando y nos pusimos a cantar. ¿Arias de ópera? ¿Fragmentos de zarzuela? No. *El señor conductor no acelera*. Fuimos cantando alegremente hasta que Germán, el señor conductor, nos amenazó con despeñar el autobús con nosotros dentro por el primer barranco que encontrara, así que decidimos cambiar el tema y cantar otras cosas. Una canción llevó a otra y acabábamos de entonar con más o menos acierto *Camino Soria*, aunque fuéramos a Valencia, cuando Gabriel se puso de rodillas en su asiento y miró hacia atrás.

–¿Quién está desafinando de esa manera? –preguntó.

–¿Quién? Quiénes, querrás decir –replicó Alejandro, el pianista–. Aquí hay pocos dando la nota.

–No, si la nota la estáis dando todos.

El autobús se dividió entre risas y abucheos.

–¡Paramos para descansar! –anunció Germán tomando un desvío para salir de la autopista–. Sobre todo yo. A mí me dijeron que tendría que llevar a una

orquesta en autobús, no a un panda de zumbados –masculló.
–Venga, Germán, que en el fondo nos quieres –dijo Santi.
–Muy en el fondo, Santi. Muy en el fondo.

Capítulo 11

La gira no podía ir mejor. Una vez más las críticas eran excelentes y la gente se prodigaba en alabanzas en las redes sociales. No esperábamos que los fantasmas de un pasado no tan lejano volvieran a surgir. Pero ocurrió. Habíamos tocado en el auditorio de Zaragoza y después de cenar nos fuimos al bar del hotel en el que nos alojábamos a divertirnos. Allí, repartidos en grupos debido a nuestro número, bebíamos y brindábamos por nosotros y por una larga vida a nuestra querida orquesta. En un momento dado giré la cabeza hacia donde estaba Gabriel, cerca de la barra, y le vi hablando con una rubia que bien podía haber salido de una revista de moda. Tenía el pelo largo y lacio, muy bien cuidado. Era delgada y alta, casi tanto como Gabriel y muy guapa, de ojos almendrados, pómulos altos y rostro ovalado. Ella parecía resuelta y mostraba una sonrisa confiada. Él, en cambio, estaba serio y a todas luces incómodo.

–¿Quién es esa? –preguntó Marta mirando en mi misma dirección.

–Ni idea –contesté–. Se habrá acercado a decirle algo.

Era frecuente que la gente reconociera a Gabriel y se acercara a él y no le di mayor importancia. Probablemente aquella chica había estado en el concierto y había ido a hablar con él. Lo que no entendía era que él pareciera tan incómodo. Los halagos solían causarle cierto azoramiento, pero siempre se mostraba amable y receptivo. Esa vez parecía querer salir corriendo de allí. Entonces ella, coqueta, se acercó más a Gabriel. Sus rostros estuvieron demasiado cerca como para estar simplemente hablando del concierto. Ella estuvo a punto de besarle y él la apartó con suave firmeza. Ella rio, le dijo algo y se fue. Marta, Lucas, Mónica y el resto de los músicos con los que estaba tenían la misma cara de estupor que debía de tener yo. Gabriel se había quedado allí plantado con el rostro demudado. Sus ojos se encontraron con los míos y bajó la mirada. Me levanté y fui hacia él. Después de lo que habíamos vivido hacía un año aquello parecía haberle sacudido y quise tranquilizarle. Yo no era celosa, y él lo sabía. No tenía por qué sentirse mal.

–Eh, alegre esa cara –le dije.

–Silvia, yo... –barbotó.

–Todo está bien; no te preocupes.

Era un hombre atractivo. A veces las mujeres flirteaban con él, pero eso era algo que nunca me había molestado. Le di un beso en los labios.

–Ven con nosotros, anda. Ya hemos dejado de poner verde al director.

–No. Espera, Silvia, déjame explicarte...

–No tienes ninguna explicación que darme, Gabi –le dije acariciando su mejilla–. No pasa nada.

–Sí que pasa –replicó–. Silvia, es ella. Es...

Apartó de nuevo la mirada y no necesité que dijera nada más. Sentí que palidecía. No era posible. No podía ser. Gabriel tragó saliva. Vi cómo le subía y le bajaba la nuez.

–Gabriel...

–Es la mujer con la que me acosté –confesó con una voz que era poco más que un susurro, mirándome de nuevo con el dolor que había creído no volver a ver en sus ojos nunca más.

–No es nadie –respondí–. Ella no es nadie. Nunca lo fue.

–Silvia...

–Luego en la habitación lo hablamos si quieres. Ahora no es el momento ni el lugar, aquí en medio del bar con toda la orquesta. Luego hablamos, ¿vale? Quédate tranquilo. No ha pasado nada.

Asintió conforme y se unió a nosotros, pero en realidad no estaba allí. Participaba en la conversación con aire ausente y solo pareció sosegar un poco al ver que mi actitud era la misma de siempre, aunque lo cierto era que también a mí me había turbado verla. Había hecho que despertaran amargos recuerdos. Había sufrido tanto, había llorado tanto... Pero aquello pertenecía al pasado, a un pasado que ya no importaba y no permití que me afectara. Mi presente era Gabriel. Mi vida era Gabriel.

Marta anunció que iba al servicio y Mónica y yo fuimos con ella.

–¿Por qué las mujeres vais siempre juntas al servicio? –inquirió Lucas.

–Para criticaros a gusto –soltó Marta guiñándole un ojo.

Los hombres pusieron cara de infinita paciencia y las mujeres rieron. Estábamos en los lavabos. Mónica se retocaba un poco el maquillaje, Marta se secaba las manos después de habérselas lavado y yo intentaba recoger un mechón de pelo que se me había escapado del moño que me había hecho aquella tarde.

–Gabriel está que no le llega la camisa al cuerpo, eh –comentó Mónica.

–Chica, como para no estarlo –dijo Marta–. La pájara esa ha estado a punto de besarle delante de las narices de Silvia. Y después de lo del año pasado...

–Era ella –murmuré.

–¿Ella? ¿Cómo que...? ¡No jodas! –exclamó Marta al darse cuenta de a quién me refería.

Las dos se me quedaron mirando atónitas. Marta estaba a punto de añadir algo cuando se abrió la puerta de uno de los compartimentos y de él salió la rubia que había estado con Gabriel. Me miró con aire altivo y sonrió.

–Tú eres el nuevo ligue de Gabriel Alonso, ¿verdad? Te he visto con él –me dijo–. Será mejor que no te hagas ilusiones, bonita. Te dirá que te quiere, que te llamará, que os seguiréis viendo como hizo conmigo, pero solo serás alguien con quien pasar un buen rato. Te follará y se olvidará de ti. Ni contestará a tus mensajes.

–No soy un ligue –repliqué con frialdad–. Soy su mujer.

–¡¿Su mujer?! Ah, pero ¿se ha casado? Ay, pobrecita.

Me lanzó una mirada compasiva y se fue riendo.

–Joder –masculló Mónica.

–Pedazo de zorra –dijo Marta.

Yo me apoyé en los lavabos.

–Silvia, ¿estás bien? –me preguntó Marta poniéndome una mano en el hombro.

Negué con la cabeza. Hasta aquella noche solo había sido una desconocida, pero ahora era una mujer de carne y hueso con rostro, con voz. Ahora sabía cómo era. Y encontrarme cara a cara con ella me había impactado más de lo que quería admitir. Gabriel se había acostado con ella. El recuerdo me abrumó.

–Silvia...

–Me voy a mi habitación –murmuré, conteniendo las lágrimas a duras penas.

–¿Quieres que te acompañe? –se ofreció Marta.

–No, gracias, Marta. Necesito estar sola.

Lloré. No quería llorar, pero no pude evitarlo. Entonces alguien llamó a la puerta. A buen seguro era Gabriel. Marta y Mónica le habrían contado nuestro desafortunado encuentro en los lavabos. Me sequé las lágrimas y fui a abrir. Gabriel entró en la habitación y me estrechó con fuerza entre sus

brazos.

–Silvia... Lo siento.

–No es culpa tuya.

Me tuvo abrazada hasta que yo dejé de llorar, refugiada en su pecho cálido. Acariciaba mi pelo ya suelto y mi espalda. Besaba mi cabeza. Cuando me calmé un poco, rompimos el abrazo. Me dolió el pesar que vi en sus ojos castaños. Toda la alegría, toda la euforia que habíamos sentido hasta entonces por el éxito de los conciertos se había evaporado. Gabriel me acarició una mejilla húmeda con el dorso de sus dedos.

–¿Qué es lo que te ha dicho? –me preguntó.

Yo se lo conté.

–¿Le dijiste que la querías, Gabriel? ¿Se lo dijiste?

Quería saberlo, aunque me matara. Una gruesa lágrima corrió por mi rostro.

–No –contestó él, secándola con el pulgar. Y vi la súplica de su mirada–. No, Silvia, te juro que no. No sé qué hacía aquí, no... Silvia, por Dios, no he vuelto a verla, no la he llamado. Es verdad que me dio su número de teléfono, pero lo tiré. Y los mensajes... Me escribió a la dirección de la orquesta. Los ignoré. Los borré. No sé qué historia se montó. No lo sé.

–¿Te escribió? ¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Y causarte aún más dolor?

–¿Qué te decía en esos mensajes, Gabi?

–Silvia, no.

–Tengo derecho a saberlo.

–Por favor. ¿Qué importa ya? Solo era una obsesión. Solo eso.

Se sentó en el borde de la cama y se mesó el rebelde cabello. No insistí. Le atormentaba recordar.

–Siempre estará ahí –dijo–. Mi infidelidad, el daño que te hice siempre estará ahí.

–Yo me quedo con tu amor, Gabi –repliqué.

Él alzó su mirada triste hacia mí.

–Silvia...

–Fue un polvo. Solo el polvo de una noche. Yo te quiero. Te quiero con toda el alma. Es tu amor lo único que me importa, Gabi. Lo único, lo más grande que tengo. Eres tú.

Gabriel se levantó y me abrazó de nuevo.

–Te quiero. Te quiero tanto... Tanto... –dijo contra mi pelo.

Me aferré a él. Nos necesitábamos en aquellos momentos de debilidad en los que viejas heridas habían vuelto a sangrar. Esa noche él pasó un brazo por mi cintura y me arropó contra él. Yo me acomodé en su pecho.

–Siento que esto haya pasado –murmuró–. Lo siento mucho.

–Ssshh. Todo está bien, cariño. Todo está bien.

Me besó en la cabeza y nos quedamos quietos, abrazados en silencio. Yo me dormí enseguida, pero Gabriel apenas durmió esa noche. Me desperté de madrugada y lo encontré velando mi sueño aún conmigo entre sus brazos.

–Gabi... ¿Qué haces despierto? –pregunté somnolienta.

–No puedo dejar de pensar en lo que pasó, en lo de esta noche...

Gabriel volvía a vivirlo. Todo aquel dolor, los meses angustiosos que pasamos hundiéndonos cada vez más, haciéndonos daño. Todas las lágrimas derramadas, los gritos, los reproches. Mi rechazo, mi frialdad. Habíamos estado a punto de perdernos el uno al otro. Le besé.

–No lo pienses más –le dije, pasando el dedo índice por el perfil de su nariz recta–. Deja de torturarte así.

–Estabas llorando cuando he llegado.

–Me ha afectado mucho verla. Y lo que me ha dicho. Me ha dolido recordar lo que pasó entre nosotros. Pero ahora estamos bien. Somos felices, Gabi. Por lo que más quieras, no te hagas esto. No te castigues más.

Gabriel suspiró. Yo acaricié su pelo, su rostro, sus labios y lo besé.

–Te quiero –le dije volviendo a recostar la cabeza en su pecho.

Desperté a las siete de la mañana con la alarma del móvil. Gabriel dormía a mi lado y la apagué de inmediato. Me levanté para darme una ducha. Al regresar a la habitación él seguía durmiendo. Me daba pena despertarle, pero tenía que hacerlo. Teníamos que ir a desayunar y a coger el autobús para ir a San Sebastián, ciudad en la que teníamos el siguiente concierto. Lo sacudí con suavidad.

–Gabi... Gabi, amor, despierta. Gabriel...

Se removió, aún medio dormido.

–¿Qué hora es? –murmuró.

–Las siete y media. Te he dejado dormir un rato más, pero si no te levantas vamos a llegar tarde.

–Estás vestida.

–Sí. Yo me he levantado hace un rato.

Estaba muerto de sueño. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos y todavía estaba aletargado.

–Ve a ducharte, anda –le dije dándole un beso en la mejilla–. El agua te espabilará. Yo mientras voy preparando el equipaje.

La orquesta entera alborotaba durante el desayuno en el restaurante. Sin duda alguna lo ocurrido la noche anterior en el bar del hotel se había propagado entre los músicos y otros miembros de la orquesta que hacían que esta funcionara desde las sombras. Algunos nos sonrieron y nos dieron los buenos días. Miraron a Gabriel, fingiendo no darse cuenta de que entre la falta de sueño y la desazón que sentía parecía que le hubieran dado una paliza. A pesar de que habíamos hablado, él no podía quitarse lo ocurrido de la cabeza.

Se quedó dormido en el autobús al poco de partir de Zaragoza. Le puse una chaqueta por encima para que no se enfriara y me quedé a su lado en silencio. No parecían molestarle las animadas voces ni las risas, y tampoco la música de fondo que nos había puesto Germán.

–Gabriel, ¿puedes venir un momento a mirar lo de...?

Merche se interrumpió al verle dormido y sus cejas se arquearon en un gesto de sorpresa. Gabriel nunca se dormía en el trayecto; siempre iba hablando con Merche de asuntos relacionados con la orquesta, resolviendo papeleo, haciendo llamadas o repasando partituras.

–Ha pasado una mala noche –le dije en voz baja–. ¿Quieres que le despierte?

–No. No, déjale dormir. Tampoco es urgente.

Era casi mediodía cuando despertó. No faltaba mucho ya para llegar a San Sebastián, pero aun así Germán hizo una parada que aprovechamos para estirar las piernas, ir al servicio y comer un tentempié.

–¿Qué pasa? –farfulló Gabriel.

–Hemos parado –le dije–. ¿Has descansado algo?

Él asintió. Se quitó la chaqueta con la que le había tapado y me dirigió una sonrisa agradecida.

–Tengo que ir a mear –dijo.

–Merche ha venido a ver si podías ir a mirar no sé qué –le informé–, pero estabas frito. Ha dicho que no era urgente.

–Vale. Luego hablo con ella.

Bajamos del autobús. La mayoría se tomó un cafetito. Yo pedí un pincho de tortilla y un botellín de agua y Marta un bocadillo de jamón con un zumo de naranja recién exprimido para acompañar. Cuando estuvimos servidas, salimos fuera a que nos diera el aire.

–¿Cómo estás, Silvia? –me preguntó–. No he querido preguntarte delante de todo el mundo.

–Bien. Estoy bien. Es Gabriel quien lo está llevando realmente mal.

–Parece muy afectado.

–Lo está. Todo esto le duele a él más que a mí. Con lo mal que lo pasamos... Con todo lo que sufrimos... Estaba ya olvidado y enterrado y aparece ella.

–No es más que una zorra. Él te tiene a ti. Y te adora. Se le pasará en unos días, ya lo verás.

San Sebastián. Estábamos muy cerca de la tierra donde me había criado y donde tocaríamos al día siguiente, domingo. Esa noche dábamos un concierto en el Kursaal. Las entradas se habían agotado hacía días, al igual que en Bilbao, y una vez más no veíamos el momento de tocar, de hacer ponerse en pie a todo el mundo, de hacerles sentir la música en la piel.

Gabriel no estaba muy animado. Conservaba su energía, pero lo ocurrido la noche anterior le había sacudido y yo sabía que lo llevaba dentro. Y había trabajo que hacer; no teníamos tiempo de hablarlo tranquilamente. Lo importante era la orquesta y no nosotros. No podíamos permitir que nuestros asuntos personales nos influyeran, pero no podía evitar recordar a lo que había llevado a Gabriel la crisis por la que habíamos pasado.

–Silvia, te necesitamos al cien por cien –me dijo Santi en un momento en que me vio distraída justo antes del ensayo.

–Bien, porque estoy al ciento veinte por lo menos –contesté, haciéndole sonreír.

–Así me gusta.

El día pasó volando. Afinación, ensayos y más ensayos. Indicaciones del director y del concertino. Todo debía ser perfecto. Todo iba a ser perfecto.

Faltaban pocos minutos para que empezara el concierto. Vi a Gabriel vestido con su frac, recién afeitado y peinado para que el pelo no le

molestara. No lo tendría así mucho tiempo; pronto empezaría a revolverse y a caerle por la frente. Nunca lo hago antes de un concierto; en esos momentos olvido que es mi marido, pero aquella vez me acerqué a él.

–Gabi...

Me puse de puntillas y besé sus labios con tanta ternura como fui capaz de darle.

–Te quiero –le dije acariciándole la mejilla.

Él sostuvo mi mano cuando yo la aparté de su rostro y me miró. Sentí en mi corazón el calor de su mirada.

–Vamos a arrasar con el Kursaal, maestro –dije.

Gabriel sonrió y asintió con la cabeza. Entonces dejó ir a su violonchelista. Y dejó ir su pesar. Y una vez más brilló en el auditorio. Una vez más tocamos con el alma. Una vez más el público se puso en pie y llovió sobre nosotros una salva de aplausos.

Así como cuando tocamos en Murcia acudió la familia de Gabriel al completo, el día que tocamos en el Palacio Euskalduna de Bilbao vino la mía, incluyendo algunos compañeros de mi padre y Luis, su director. Me abalancé sobre mi padre cuando vino a vernos a los camerinos después de habernos cambiado tras el concierto.

–¡Papá!

–¡Mi niña!

Me abrazó entusiasmado.

–¡Cómo me alegro de verte! –exclamó–. No sabes lo contento que estoy de que ahora te dediques por entero a la música, y en la Sinfónica Ciudad de Murcia nada menos. Enhorabuena de nuevo; me alegro mucho.

–Yo también, papá. ¡Qué ganas tenía de veros!

Gabriel se acercó a saludarles y mi padre le abrazó al tiempo que mi madre me despachurraba y me daba dos besos que estuvieron cerca de arrancarme las muelas. Cuando me liberó abracé a mi embarazada hermana, a quien ya se le empezaba a notar la barriguita, y a Alberto.

–¿Cómo está mi sobrinita? –pregunté frotando la tripa de Elena con una mano.

–No va a salir en plan genio de la lámpara por mucho que frotes –se burló ella–. Silvia, yo no entiendo mucho de música, pero me ha encantado. De verdad.

–Gracias, Elena.

Los besos y los abrazos se sucedían. Mi familia hablaba con Gabriel, desaparecidos los viejos rencores. Vi a Luis en un discreto segundo plano y fui a saludarle. Él también era de la familia.

–Has estado muy bien, chiquilla –me dijo–. Todos lo habéis estado; ha sido un concierto magnífico. Sigue trabajando así.

–Lo haré –le prometí.

Mis padres lamentaron que no pudiéramos quedarnos en su casa, pero estábamos allí por trabajo y, además, salíamos por la mañana temprano hacia Santander, nuestro siguiente destino.

Esa noche miraba las luces de la ciudad por la ventana de nuestra habitación. Desde ella se veía el Euskalduna. Era allí donde había visto a Gabriel por vez primera con la orquesta de la que ahora también yo formaba parte. ¿Quién iba a decirme a mí entonces que me enamoraría de él, que se convertiría en el ser que más amaba?

–¿En qué piensas? –me preguntó Gabriel abrazándome por la espalda.

–En la primera vez que te vi en concierto. Mozart. *Pequeña música nocturna*, *Serenata nocturna en re mayor* y *Posthorn*. Fue impresionante –contesté.

Me besó en el cuello.

–La primera vez que yo te vi a ti estabas con Christopher Barnes y te esforzabas en no sonreír –dijo–. Pensé que eras preciosa, la chica más bonita que había visto nunca.

–Pues para haberlo pensado, lo único que hiciste fue saludarme. Y justo, justo.

–Eras la intérprete de Barnes. Culta, inteligente, hermosa. Inaccesible.

–De inaccesible nada, majo. El compositor cascarrabias sí que era inaccesible.

–¿Yo? ¡Qué va! Y el cascarrabias era el director de la película, que conste.

–Ah, sí, es verdad. Tú eras el tocapelotas.

Oí el sonido de su risa. Me di la vuelta para mirarle y él me besó. Me quemó el calor de su boca, el ardor de sus labios. Me tomó de la cintura y me atrajo hacia él. Yo rodeé su cuello con mis brazos y enredé las manos en su pelo. Acaricié su espalda, la rocé con las uñas con suavidad. Gabriel oprimió mi trasero con sus manos y sentí su erección contra mí. Yo suspiré en su boca y él gruñó quedamente en la mía.

Rompimos el beso, sin aliento. Él me bajó los tirantes del camisón negro que llevaba puesto y este cayó a mis pies. Gabriel deslizó las manos por mis brazos, por mis costados, por la parte externa de mis senos y yo temblé de deseo por él. Acaricié su pecho, sus tetillas y bajé despacio por su vientre hasta alcanzar la goma de sus boxer azules, la única prenda que llevaba puesta. Se los quité. Los deslicé por sus fuertes y bien torneadas piernas, dejándolo desnudo. Entonces lo empujé suavemente y le hice retroceder hasta la cama. Cuando sus piernas tocaron el borde le hice sentarse sobre el mullido colchón. Lo besé. Su lengua volvió a danzar con la mía.

Recorrí su cuello y su pecho con mi boca, con mis manos. Besé y lamí sus pezones, los mordí con cuidado, haciéndole gemir, y descendí por su vientre, besándolo y rozándolo con la lengua al tiempo que me arrodillaba lentamente ante él, entre sus piernas. Acaricié su miembro erecto. Lamí la suave piel, la carne húmeda y dibujé con mi lengua las venas que lo surcaban. Un gruñido de placer abandonó sus labios y entonces tomé su deliciosa dureza en mi boca y la delicada bolsa inflamada entre sus piernas en mi mano. Gabriel dejó escapar un quejido ahogado. Sentí su respiración agitada y lo seguí atormentando con mi boca, mis manos y mi lengua. Su placer era el mío. Apenas podía abarcar el miembro caliente y tumefacto que palpitaba rígido en mi boca, pero seguí lamiéndolo, besándolo, adorándolo mientras Gabriel gemía. Sus manos aferraban mi pelo. Sentía los suaves tirones, su excitación, su contención. Estaba al límite.

–Silvia... –jadeó con la voz ronca–. Silvia, voy a correrme. Silvia...

Sentí su espasmo. Gabriel se derramó con un rugido. Su cálida simiente fluía en un arroyo imparable y solo cuando se agotó lo liberé. Lamí la seda de la sensible corona y recogí con mi lengua la última gota de néctar.

Al ponerme en pie, Gabriel me cogió de la cintura y me tiró sobre la cama. Me quitó las bragas bruscamente, separó mis piernas y me devoró. Sus labios y su lengua recorrían mis pliegues empapados sin misericordia. Me retorcí de placer bajo la sensualidad de su lengua. Todo mi ser vibraba. Estaba al borde del éxtasis y entonces él se detuvo.

–Gabriel... –lloriqueé.

Me besó. Me besó en la boca y sentí en ella mi propio sabor, mezclado con el suyo. Sus dedos se colaron dentro de mí. Con la otra mano atrapó uno de mis senos y lo acarició. Pellizcó mi pezón y tiró de él, sin dejar de besarme. Después su boca abandonó la mía para atrapar ansiosa el otro pezón. Lo

chupó con avidez. Yo gemía. Gemía mientras las manos insaciables de Gabriel calcinaban mi piel. Mi cuerpo se arqueaba, se alzaba hacia él pidiendo más. Y más tuve. Su miembro había vuelto a endurecerse y lo sentía contra mí, firme y anhelante. Su glándula húmeda acarició la seda entre mis piernas, frotó mi clítoris y mi cuerpo entero aulló de necesidad por él. Gabriel me penetró de una sola acometida y sollocé de placer. Sus poderosas caderas me arrastraban al abismo. Su pene inflamado golpeaba mis entrañas. Tiré de su pelo, arañé su espalda. Lo rodeé con mis piernas para sentirle aún más adentro. Nuestros cuerpos sudorosos y ardientes se encontraban, se unían. Sus gemidos se mezclaban con los míos. Su placer se confundía con el mío. Gabriel llegó al clímax y me vi arrastrada junto a él por un implacable orgasmo que creí no poder soportar.

Nos quedamos jadeando en la cama, con él sobre mí, dentro de mí.

–Quédate un poco más –murmuré, agarrando mechones de su pelo.

–Peso –objetó él.

–No importa. Déjame tenerte un poco más.

Gabriel apoyó un brazo en el colchón para no cargarme con todo su peso y se quedó entre mis piernas, acariciándome con suavidad hasta que su miembro se relajó y abandonó la calidez de mi cuerpo. Mantuve a Gabriel contra mí. Su cabeza descansaba en el arco de mi brazo y él jugueteaba con mis senos mientras yo enredaba los dedos en su pelo enmarañado.

–Gabi...

–¿Hmmm?

–¿Crees que nos habrán oído en la habitación de al lado?

–A buenas horas te preocupas tú por si nos han oído –dijo echándose a reír.

–Que hacemos mucho ruido –dije.

–A mí me pone muy caliente oírte meter ruido –replicó. Se incorporó un poco, apoyándose en un brazo para besarme—. Pero si te preocupa que nos hayan oído puedes preguntarles mañana a Santi y Álex y sales de dudas –bromeó.

–Muy gracioso.

Santi y Alejandro compartían la habitación contigua a la nuestra y a mí me daba corte que nos hubieran oído dando rienda suelta a nuestra pasión desmedida, aunque Gabriel tenía razón: ya era tarde para preocuparme por eso.

–Buenos díaaaaas –canturreó Santi cuando nos vimos en el comedor por la mañana.

Nos dedicó una radiante sonrisa. Gabriel y yo le dimos los buenos días y nos sentamos a su lado. Él se mantuvo impasible y yo me ruboricé un poco, aunque nada en la actitud de Santi indicaba que se hubiera enterado de algo aquella noche.

–Hola, parejita –nos saludó Alejandro apareciendo con un vaso de zumo de naranja que por lo visto había olvidado coger con anterioridad–. ¿Habéis dormido bien?

–Oh, sí –contestó Gabriel–. ¿Y vosotros?

–Como leños –dijo Santi.

–Sí, como leños después de que los vecinos dejaran de retozar –apuntó Alejandro, sin percatarse de la mirada de advertencia que le dirigió Santi–. ¿Quién coño estaba en la habitación de al lado?

–Nosotros –dijo Gabriel.

–No –replicó Alejandro, convencido–. Hablo de los de la seiscientos veinticinco. Han echado el polvazo del siglo, vamos.

–Nosotros estábamos en la seiscientos veinticinco –aclaró Gabriel.

Santi soltó un resoplido de risa y con él, un géiser de zumo de naranja que apenas tuvo tiempo de detener con la servilleta. Yo no reaccioné. Alejandro se puso colorado.

–¿La vuestra no era la seiscientos veintiuno? –farfulló.

–No. La veinticinco.

–Hostia puta –masculló Alejandro al darse cuenta de la metedura de pata–. ¿Y tú por qué no me dijiste nada? –le increpó a Santi.

–¿Y a mí qué me cuentas? Yo creí que lo sabías –se defendió él.

–Se me ha quitado el apetito –murmuré levantándome de la mesa.

–¿Adónde vas? Ven aquí –Gabriel me cogió del brazo y yo volví a sentarme.

–Joder, lo siento –se disculpó Alejandro–. Yo pensaba... Silvia, yo no... Perdona. No tenía ni idea de que fuerais vosotros, en serio. Pensé que...

–Déjalo, Álex, déjalo –le corté alzando una mano para dar por zanjado el asunto.

–Gabriel, lo siento. –Alejandro siguió con sus disculpas.

–Nada, tranquilo. Nosotros sentimos no haberos dejado dormir –dijo

Gabriel.

Se produjo un silencio incómodo. Yo estaba a punto de entrar en combustión espontánea y Gabriel tan tranquilo. Me ardían las orejas y quería desaparecer, pero si me cambiaba de mesa todavía iba a ser más evidente que ocurría algo y llamaría la atención. Aunque si alguien estaba pasando el apuro de su vida, ese era Alejandro. Lucas y Marta se nos unieron en aquel momento. Llegaron sonrientes, cogidos de la cintura y se sentaron junto a nosotros después de darnos los buenos días. Contestamos escuetamente y ellos se nos quedaron mirando, extrañados por aquella falta de vitalidad de buena mañana.

–¿Nos hemos perdido algo? –preguntó Lucas cogiendo una de las porciones individuales de mantequilla.

–No –dijo Gabriel con aire inocente antes de dar un buen mordisco a una tostada untada generosamente con mermelada de arándanos.

Y entonces a Santi le entró un ataque de risa. Alejandro le fulminó con la mirada y Gabriel esbozó una tenue sonrisa. Marta me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario ni pregunta alguna.

–Perdón –farfulló Santi–. Perdón.

Y siguió riéndose.

–Ya nos contaréis el chiste –dijo Marta.

Desayunamos en relativo silencio. Yo apenas hablé. Me limité a comer y Alejandro, mortificado, también se centró en su desayuno. Solo Gabriel y Santi parecían estar cómodos dentro de lo que cabía. Lucas y Marta, ajenos a lo ocurrido, conversaban animadamente y al final lograron hacernos partícipes de su charla, aunque yo no estaba de humor y permanecí taciturna la mayor parte del tiempo. Alejandro no pronunció palabra. Cuando terminamos de desayunar, esperé un tiempo prudencial para no resultar maleducada y después me disculpé y me levanté de la mesa. Tenía intención de encerrarme en la habitación del hotel hasta que llegara la hora de marcharnos. Gabriel me dio alcance mientras estaba en el vestíbulo esperando al ascensor.

–Silvia, ¿estás bien? –me preguntó.

–¿Que si estoy bien? Casi me muero de la vergüenza –contesté.

Las puertas del ascensor se abrieron con un timbrazo y entramos en él. Afortunadamente no subía nadie más.

–A mí también me ha dado corte, pero de ahí a morirme de vergüenza... –

dijo Gabriel mientras nos elevábamos—. Vale, nos han oído cuando hacíamos el amor. ¿Y qué? Saben que tenemos relaciones sexuales, igual que ellos con sus parejas.

—Ya. También lo sabe tu madre, y la mía, pero no nos han oído en plena faena.

—Pues yo creo que tus padres sí que nos han oído cuando hemos estado en su casa.

—Eso, Gabi, tú arréglalo. ¿Tenemos que hablar de esto en el ascensor?

—Mejor en el ascensor, ahora que estamos solos, que en el autobús.

—Y esta noche otro concierto. ¿Con qué cara les voy a mirar?

—Con esa tan preciosa que tienes. Peor es lo mío, que estoy a la vista de todo el mundo. Al menos tú puedes camuflarte entre los violonchelos.

Me arrancó una sonrisa. Las puertas del ascensor se volvieron a abrir con otro timbrado ya en la sexta planta y nos dirigimos a nuestra habitación para recoger las maletas y bajar al autobús.

—¡Qué bochorno, Gabi! —dije una vez en la intimidad del dormitorio—. No pienso volver a hacer el amor contigo hasta que acabe la gira.

—¡Pero si falta un mes! —protestó él.

—Pues eso.

—Ven aquí.

Gabriel me tomó de la cintura y me atrajo hacia él.

—Silvia, nos gusta el sexo —me dijo—. Disfrutamos, nos dejamos llevar... Nos entregamos por completo, sin inhibiciones y, sí, somos ruidosos, ¿y qué? Si a nosotros nos vale, ¿qué importa lo demás?

—¿Que qué importa? Importa que nos ha oído medio hotel.

—Medio tampoco. Nos han oído Santi y Álex.

—¿Y te parece poco?

—Le estás dando más importancia de la que tiene —replicó Gabriel—. Para Santi y Álex no será más que una anécdota divertida. ¡Pero si Santi se parte de risa cada vez que se acuerda! Y te aseguro que Álex está mucho más cortado que tú y que yo, que el pobre no sabe ni dónde meterse.

Estaba en lo cierto. Sentí que me relajaba un poco.

—Vas a tener razón —murmuré.

—La tengo, hazme caso. Si te tranquiliza procuraremos hacer menos ruido cuando hagamos el amor mientras dure la gira, pero te lo pido por favor, Silvia, un mes sin sexo no. No lo resistiré; me dará algo. Se me hincharán los

huevos y yo así no puedo dirigir. Hazlo al menos por el bien de la orquesta.

–¡Pero qué ganso eres! –le dije riendo al tiempo que le daba un manotazo.

–Prométeme que lo haremos cada noche, cada mañana y en los intermedios –dijo a punto de besarme.

–En los intermedios no, que me dejarás el vestido todo arrugado y el peinado se me irá a la porra –repliqué siguiéndole la broma.

Se inclinó sobre mí y me besó apasionadamente. Fue un beso largo y húmedo. Al romperlo estábamos casi sin aliento.

–¿Y esto? –barboté.

–Esto que hasta esta noche no voy a poder besarte.

–Espero que hagas algo más que besarme.

–Ya se me ocurrirá algo.

Comprobamos que no nos dejábamos nada y abandonamos la habitación. Nos encontramos con Santi en los ascensores con su llamativa maleta verde lagarto al lado. Nos sonrió al vernos llegar.

–Si tenéis algún plan para hacer en el ascensor puedo coger el siguiente, eh –dijo.

–No tenemos tiempo –contestó Gabriel.

–Ah, o sea, que es por falta de tiempo. Lo vuestro es vicio. Silvia, oye, que no queríamos incomodarte. Yo pensaba que Álex sabía que erais vosotros, si no le habría advertido.

–No te preocupes –le tranquilicé.

–Vamos, que incomodarme a mí os importa una mierda, ¿no? –le espetó Gabriel.

–Pues sí, francamente –replicó Santi haciendo un gesto de indiferencia.

Santander. Alejandro y yo no nos hablamos en todo el viaje. Ni a la llegada al hotel. Ni a la hora de comer. Él se sentía avergonzado y a mí todavía me daba apuro afrontar el tema con él. Marta me abordó en cuanto pudimos estar un rato a solas.

–Silvia, ¿se puede saber qué ha pasado esta mañana en el desayuno? –me preguntó–. Y no digas que no ha pasado nada, que estabas como un tomate. Bueno, ¿y Álex? ¡Vaya cara tenía el pobre!

Le conté lo ocurrido. Cuando terminé, Marta se secaba las lágrimas causadas por la risa de los ojos.

–Ahora entiendo al pobre Álex –barbotó–. Normal que no haya abierto la boca desde que salimos de Bilbao. ¿No lo habéis hablado?

–No. A mí también me da corte, no creas.

–¿Corte? ¡Ni que fuera un delito! A ver si lo arregláis antes del concierto.

–A ver...

–Oye, a todo esto, tengo que decirte una cosa. Vas a ser la primera en saberlo.

Estaba emocionada. Entonces olvidé mis vicisitudes y todo mi interés lo ocupó la noticia que Marta estaba a punto de darme.

–Lucas me ha propuesto que vivamos juntos –me dijo–. Y le he dicho que sí, así que cuando acabe la gira me mudo a su casa.

–¡Marta! ¡Pero eso es estupendo! –exclamé abrazándola–. Me alegro mucho.

–Espero ser tan feliz con él como tú lo eres con Gabriel.

–Seguro que lo serás.

Alejandro se me acercó en el auditorio un rato antes de que empezaran los ensayos. Carraspeó a mi espalda y al darme la vuelta allí estaba él, con las mejillas teñidas de rubor.

–Lo siento –me dijo–. Te juro que no sabía que erais vosotros. De haberlo sabido... Ha sido un poco violento; te he hecho sentir incómoda y... No era en absoluto mi intención.

–Está bien, no... No pasa nada –farfullé.

–Creí que era otra pareja; solo quería bromear un poco y... Bueno, la he cagado. Perdona.

–No hay nada que perdonar, Álex.

–No quería ponerte en esa situación, Silvia.

–Lo sé, lo sé. Dame un abrazo, anda.

Él se mostró cohibido por un momento, pero me estrechó en un abrazo. Yo le pasé una mano por la espalda. Alejandro me había acompañado al piano en mi audición. Era un excelente pianista y mejor amigo. No íbamos a dejar que una tontería semejante abriera una fisura en nuestra amistad. Le di un beso en la mejilla.

–¿Se puede saber qué coño haces abrazando a mi mujer?

Sentí el respingo de Alejandro al oír la voz grave de Gabriel. Se apartó de mí como si de pronto me hubiera convertido en un hierro al rojo vivo y miró a Gabriel sobresaltado.

–Yo solo... –barbotó.

Mi señor esposo se echó a reír al ver la expresión alarmada de Alejandro.

–Gabi, de verdad... –le reprendí.

–Relájate, Álex –dijo Gabriel, dándole una palmada en el hombro–. Venga, vamos a ensayar.

Un nuevo éxito. Una nueva ovación. Una nueva tormenta de aplausos. Era glorioso. Éramos la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia. Día tras día, ciudad tras ciudad la gira terminó. Las críticas nos ponían por las nubes y todo el mundo hablaba maravillas de nosotros. Volvimos a casa, a nuestro hogar. Tuvimos unas pequeñas vacaciones tras las cuales comenzarían los conciertos habituales en Murcia, y fue durante esas vacaciones cuando mi sobrinita Nerea decidió nacer, lo que nos permitió ir a Bilbao a pasar unos días y conocerla.

Mi hermana Elena estaba radiante y a Alberto, mi cuñado, se le caía la baba mirando a su pequeña. Era una preciosidad de criatura: pequeñita y con los ojos azules y el pelo rubio de su padre. Me sentí llena de ternura cuando la cogí en mis brazos y Nerea me miró.

–Ándate con ojo, que esto se contagia –le dijo Alberto a Gabriel, que sonrió sin saber muy bien si sentirse feliz o alarmado.

–¿Quieres cogerla? –le pregunté a Gabriel.

–No, que es muy pequeña y...

–No se te va a caer –le atajé poniéndosela en los brazos–. Tú sostenla como si fuera un Stradivarius.

–¿Estás comparando a mi hija con un violín? –protestó Elena.

–Es un cumplido, guapa –repliqué.

Nerea miraba a Gabriel con los ojos muy abiertos. Al final decidió que le gustaba aquel rostro nuevo y cogió con fuerza el dedo índice de la mano enorme que sujetaba la suya. Gabriel rio, le hizo un par de monerías y poco después se la endilgó a Alberto. No parecía muy seguro con aquel Stradivarius que se movía en sus brazos.

Las visitas iban llegando al hospital y Alberto, el orgulloso padre, invitó a todo el mundo a tomar algo para celebrar el nacimiento de su primera hija. Fueron todos menos yo, que me quedé a acompañar a mi hermana.

–Bueno, ¿y vosotros qué? –inquirió cuando se hubieron marchado.

–¿Nosotros qué de qué?

–Que si no os vais a animar a tener uno.

–¿Un niño?! Ni hablar. Estamos muy bien así.

–Gabriel iba a ser un padrazo. ¿Tú has visto cómo miraba a la niña?

–La miraba como si se le fuera a romper en cualquier momento. ¿Has visto tú lo rápido que se la ha dado a Alberto? –refuté.

–No parece muy cómodo con un bebé en los brazos, no –admitió Elena–. Ahora en serio, Silvia. ¿No te gustaría?

Negué con la cabeza.

–Estamos bien así, Elena –repetí–. No hemos hablado de tener hijos, pero no entra en nuestros planes. Tenemos nuestra vida, la música, la orquesta... Nos tenemos el uno al otro. No es el momento.

–Vaya una birria de reloj biológico que tienes. Bueno, tal vez más adelante.

–Tal vez.

Solo nos quedamos un par de días, en los cuales mi padre y Gabriel no perdieron la oportunidad de hablar sobre mi audición. Gabriel contó la historia con pelos y señales a petición de mi padre mientras tomábamos café en la sala.

–Y no hubo forma humana de convencerla para que entrara en la orquesta –concluyó–. Cabezona como ella sola.

–A mí me lo vas a contar –replicó mi padre al tiempo que mi madre asentía conforme con la cabeza–. Ha sido así desde pequeña: testaruda como una reata de mulas. Como se le metiera algo entre ceja y ceja...

–Cortaos un poco, ¿no? Que estoy aquí –intervine.

–¿Ves? Y encima no lo quiere reconocer –apostilló mi padre, ignorando mi protesta–. Total, que tuviste que preparar audiciones.

–No me quedó más remedio; entre una cosa y otra no me quedaban violonchelos en reserva. ¡Y qué diablos! Las habría preparado igual con tal de que se presentara. Quería que tuviera la oportunidad que merecía.

–Desde luego, hija, qué manera de complicar las cosas –dijo mi madre.

–Estuvo sensacional –dijo Gabriel mirándome con orgullo–. ¡Deberíais haberla oído! Así que ahora tengo exactamente al violonchelo que quería desde el principio y de paso algunas reservas por si hay que sustituir a alguien en algún momento.

Nuestras minivacaciones terminaron pronto. Sin embargo, la Navidad estaba cerca y no tardamos en regresar a pasarlas con mi familia. Esas Navidades no tuvieron nada que ver con las del año anterior, tan amargas, tan

tristes. Lo pasamos bien todos juntos y me sentí feliz al ver que mi padre y Gabriel habían olvidado afrentas pasadas y se divertían.

En Nochevieja estuvimos, como en años anteriores, en casa de los padres de Gabriel. Esa vez tras las campanadas me eché en sus brazos, lo besé y él me estrechó contra sí, besándome a su vez. Esa noche hablamos, reímos y hasta bailé con Ramón, que se empeñó en organizar un guateque para festejar la Nochevieja. Esa noche Gabriel y yo hicimos el amor al llegar a casa. Al día siguiente teníamos concierto de Año Nuevo y yo no veía el momento de estar tocando en el auditorio y compartir con él algo así.

Antes del ensayo nos felicitamos todos el nuevo año. Éramos casi ochenta músicos, así que tardamos lo nuestro, pero, aunque parecía que no íbamos a acabar nunca, estuvimos listos para tocar. Y vaya si tocamos. Empezaba a habituarme a ver a la audiencia en pie, aplaudiendo a rabiar. No sabía lo cerca que estaba de que todo aquello terminara.

Capítulo 12

Pasaron los meses. A primeros de marzo Gabriel se fue a Madrid, invitado por el conservatorio. Habían organizado unas jornadas sobre distintos aspectos de la música y él iba a dar unas clases extraordinarias de dirección orquestal y una conferencia sobre la música como lenguaje cinematográfico. Con él acudían músicos virtuosos de distintos instrumentos y directores y compositores de renombre. Las jornadas prometían y los alumnos estaban aún más motivados si cabía pudiendo acudir a unas charlas con gente a la que admiraban en las que podrían participar, preguntar y discutir todo aquello que quisieran.

–¡Qué pena que no estés aquí! –me dijo por teléfono–. Te habría encantado.

–Seguro que sí, pero si vamos las parejas de todos no cabríamos en el conservatorio.

Hablamos un buen rato. Gabriel me contó cómo iba todo. Se había reencontrado con viejos amigos, amigos que estaban lejos y hacía mucho tiempo que no veía. Algunos incluso no habían vuelto a verse desde que terminaron sus estudios en el conservatorio y estaban todos eufóricos. Volvía a casa al día siguiente. Le dije que se divertiera. Le dije que le quería. Esperé su regreso, deseando abrazarle, deseando que me contara cosas, que me enseñara las fotos, que me hablara de las charlas y de sus amigos, pero Gabriel no regresó.

Debía de estar a punto de llegar cuando sonó mi móvil. Era un número que no conocía y lo primero que pensé fue que se habían equivocado. Al contestar, una mujer al otro lado de la línea me preguntó si yo era un familiar de Gabriel Alonso Fuentes. Algo dentro de mí se revolvió. Había pasado algo. ¿Por qué si no estaban buscando a alguien de su familia?

–Soy su mujer –contesté, sintiendo que mi corazón comenzaba a latir más deprisa.

–La llamo del hospital...

Recuerdo todo aquello como parte de un mal sueño. Gabriel había sufrido un accidente de tráfico y lo habían trasladado al hospital de Murcia. Le pregunté a aquella mujer cómo estaba, pero ella solo me dijo que se encontraba en urgencias y que los médicos estaban con él. Ellos hablarían conmigo y me darían los detalles sobre su estado cuando llegara. Corté la llamada y corrí a por las llaves del coche. Irene me miró alarmada al ver mi rostro desencajado.

–Silvia, ¿qué ocurre? –me preguntó.

–Gabriel... Gabriel ha tenido un accidente.

–Dios mío... –murmuró ella, palideciendo—. ¿Te han dicho cómo está?

–No. No me han dicho nada. No sé nada –balbuceé—. Me voy al hospital.

–Yo te llevo. Yo te llevo, Silvia. Así no puedes conducir.

Estaba temblando. Irene pasó un brazo por mis hombros y me llevó en su coche al hospital. Una vez allí pregunté por Gabriel. La chica que me atendió en el mostrador de recepción de urgencias me pidió que esperara, que llamaría al médico.

–¿Cómo está? ¡Dime al menos cómo está! –le rogué desesperada.

–Silvia... Silvia, ella no puede decirte nada –me dijo Irene—. Ahora vendrá el médico. Ven conmigo. Ven.

Irene me apartó de allí y me hizo sentarme en la sala de espera a la que me había dirigido la recepcionista. Apenas me llegaba el aire; respiraba de forma agitada. Gabriel... ¿Cómo estaba? ¿Por qué no me decían nada? El médico no tardó. Fue paciente conmigo. Vi compasión en sus ojos claros mientras me daba el terrible diagnóstico. El estado de Gabriel era crítico. El médico me habló de politraumatismos, hemorragias, un traumatismo craneoencefálico y una parada cardíaca de la que habían logrado reanimarle. En aquellos momentos intentaban salvar su vida en el quirófano.

–No deje que se muera –le supliqué al médico con lágrimas en los ojos, agarrándolo de la bata—. Por favor, no deje que se muera.

–Estamos haciendo todo lo posible –me dijo él poniendo una mano sobre mi hombro a modo de consuelo—. Le iremos informando.

Me derrumbé en una silla y me cubrí el rostro con las manos. Aquello no podía estar pasando. No a mí. No a nosotros. Yo le esperaba para comer y él casi estaba en casa. Me enteré después de cómo había sido. Una furgoneta se había incorporado al carril izquierdo para adelantar al vehículo que le

precedía en el preciso instante en que Gabriel circulaba por él. Había intentado evitar el golpe, pero había sido inútil. Su coche colisionó contra la parte trasera de la furgoneta y el coche que venía tras él le dio alcance, dejando a Gabriel atrapado entre los dos vehículos.

Irene no me dejó sola ni un segundo. Ella evitó que me volviera loca. Yo solo esperaba. Esperaba angustiada a que los médicos me dijeran algo. ¿Por qué tardaban tanto?

–La ausencia de noticias son buenas noticias, Silvia –me decía Irene.

–No se puede morir –balbuceaba yo estrujándome las manos–. No se puede morir. No puede hacerme esto.

Ramón y Teresa llegaron al hospital, avisados por Irene. Me abracé a Teresa.

–¿Cómo está? –me preguntó.

–Le están operando. Está muy mal, Teresa –contesté.

Les repetí en mis propias palabras lo que me había dicho el médico. Me esforcé en no llorar. No iba a llorar; tenía que ser fuerte. Gabriel me necesitaba fuerte. Llamaron a mis padres, a los hermanos de Gabriel. Todo eran llamadas telefónicas. Yo no hablé con nadie. No quería hablar con nadie; solo esperaba, confiando en que los médicos lo salvaran. Si Gabriel moría, yo...

Pasaron horas. Horas interminables. Me trajeron algo de beber y bebí. Pero no quise comer nada. Esperaba. Esperaba... Estábamos sentados en silencio. De vez en cuando alguien murmuraba algo, miraba el reloj, tomaba mi mano y me decía que estuviera tranquila. ¿Cómo iba a estar tranquila mientras Gabriel se debatía entre la vida y la muerte?

Finalmente se abrió una puerta, dando paso al médico que atendía a Gabriel. Me levanté y corrí hacia él. Lo miré entre esperanzada y aterrada. ¿Qué iba a decirme? Mi corazón se había detenido. Todo se había detenido. Mi alivio fue inmenso al saber que vivía, aunque su estado era de suma gravedad. El médico me dijo que la intervención había ido bien. Le habían extraído el coágulo intracraneal que ejercía presión en su cerebro. Me dijo que lo habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos y que las siguientes horas serían decisivas. Y entonces me comunicó la demoledora noticia: Gabriel había quedado en coma.

–No –musité.

Apenas oí nada más. Gabriel estaba en coma y ni siquiera el médico sabía

si despertaría ni cuándo lo haría. Tampoco sabía si quedaría bien o si le quedarían secuelas en caso de que recuperara la consciencia.

–Quiero verle –dije.

–Todavía no puede pasar –me dijo el médico–. La avisaremos cuando...

–Por favor, necesito verle. Tengo que estar a su lado. Solo un minuto. Por favor...

Pero a pesar de mis ruegos, él se mantuvo firme. Me avisarían tan pronto pudiera entrar en la unidad de cuidados intensivos. Ramón me rodeó con sus brazos y me hizo sentarme de nuevo. Estaba aturdida. La noticia me había sacudido. Y seguí esperando.

Ya era de noche cuando mis padres aparecieron en el hospital. Habían salido lo antes posible de Bilbao y solo habían parado para relevarse al volante. Corrí a su encuentro nada más verles.

–Silvia, hija... ¿Cómo está? –me preguntó mi madre abrazándome.

–Mal. Ha quedado en coma, mamá –contesté angustiada–. Gabriel está en coma. No me dejan verle.

Mi madre me acarició el pelo.

–Acaba de salir de un quirófano, cariño. Aún estará débil. Ten paciencia.

Cuando mi padre me estrechó entre sus brazos y me dio un beso, me eché a llorar. Ya no podía más.

–Papá...

–Tranquila, mi niña –me dijo él pasando su mano por mi espalda.

–Le han operado de la cabeza y ha tenido una parada cardíaca –sollocé–. Y está en coma, papá. El médico dice que está muy grave. Se puede morir. Gabriel... Mi Gabriel, papá...

–Tranquila. Ssshh. Mírame. Silvia, mírame.

Mi padre me cogió el rostro con las manos para obligarme a mirarle. Secó las lágrimas de mis mejillas, aunque otras nuevas ocupaban su lugar.

–Gabriel es fuerte. Saldrá de esta –afirmó–. Estate tranquila. Tu marido te necesita, Silvia. Ahora más que nunca. Tienes que ser fuerte, ¿me oyes? –Yo asentí. Mi padre me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla–. ¿Has comido algo? –me preguntó.

Negué con la cabeza.

–No ha querido comer nada –dijo Teresa–. Está sin comer desde esta mañana.

–Pues ahora mismo voy a traerte algo de comer –dijo mi padre con

firmeza—. No puedes estar solo con el desayuno; te pondrás enferma.

No esperó respuesta. Se fue y regresó con un café con leche en un vaso de plástico y un par de sándwiches de atún, mis favoritos.

—Los he traído del bar. Y el café con leche también. El de la máquina del pasillo es un asco —me dijo tendiéndome el vaso y los sándwiches—. Vamos, come.

No tenía hambre, pero hice un esfuerzo. Mi padre tenía razón. Tenía que comer algo o desfallecería. Y no podía desfallecer por nada del mundo.

—Elena no ha podido venir —me dijo mi madre mientras yo devoraba el segundo sándwich—. Por la niña. Pero dice que te llamará y que vendrá en cuanto pueda.

Cuando terminé de comer fui a los servicios. Al salir no tuve el valor de enfrentarme a la mujer pálida y demacrada que me devolvía la mirada desde el espejo con ojos llorosos. Me lavé las manos y seguidamente me cepillé los dientes con el cepillo y el dentífrico que cogí de la máquina expendedora situada en los lavabos. Después volví con mi familia para seguir esperando a que el médico me permitiera estar junto a Gabriel.

El doctor regresó y me dijo que podía pasar a ver a Gabriel unos minutos. Él mismo me acompañó. En la unidad de cuidados intensivos reinaba el silencio, solo roto por los pitidos y los murmullos de las máquinas. Las camas se hallaban separadas por cortinas y en una de ellas, rodeado de tubos, vías y sensores, yacía Gabriel. El médico había intentado prepararme, pero nadie está preparado para ver a un ser amado en ese estado.

—Cinco minutos —me dijo.

Y me dejó sola con él. Unos sensores adheridos a su pecho y a su cabeza registraban sus constantes vitales. Estas aparecían en forma de líneas y picos en un monitor situado a la cabecera de la cama. El médico me había dicho que se darían cuenta al instante de cualquier cambio que tuviera lugar. Un respirador llevaba aire hasta sus pulmones a través de un tubo introducido en su boca. Sus labios estaban secos y agrietados y un enorme cardenal desfiguraba la parte izquierda de su hermoso rostro. Tenía la cabeza vendada y una botella de drenaje tras la almohada. La gruesa sábana de hospital solo le tapaba hasta la cintura y pude ver las contusiones que cubrían su cuerpo. Parecía tan frágil, tan indefenso...

—Mi amor...

Me incliné sobre él y le besé la mejilla derecha, cálida bajo mis labios. Al

hacerlo oí el susurro del respirador. Las lágrimas acudieron a mis ojos, pero las reprimí. Cogí su mano derecha, la que no tenía vías ni vendas ni agujas clavadas y la sostuve contra mi pecho.

–Estoy aquí, Gabi. Estoy aquí contigo, cariño. Te vas a poner bien.

Le acaricié con cuidado el rostro magullado.

–Despierta, Gabriel –le rogué–. Vuelve conmigo. Yo te quiero. Te quiero. Abre los ojos, Gabi, por favor. Despierta. Mi amor...

Me partió el alma verle así. El día anterior éramos felices. Lo teníamos todo. Ese día ya no nos quedaba nada. Lo único que deseaba era ver que seguía respirando, aunque fuera con ayuda de una máquina, volver a reflejarme en sus ojos castaños, que cogiera mi mano y me sonriera. Era él lo único que yo quería.

–Quédate conmigo.

Besé su mano inerte y le contemplé. Su pecho subía y bajaba acompasadamente. Su piel estaba tibia y las largas y espesas pestañas que enmarcaban sus ojos contrastaban aún más en la palidez de su rostro. Una enfermera se acercó a mí y me pidió amablemente que saliera.

–No puede estar aquí más tiempo, señora –me dijo–. Más tarde, en el horario de visitas, podrá estar con él un rato. Ahora tiene que dejarle descansar.

–¿Puede oírme? –pregunté.

–No lo sabemos, pero no es probable –contestó ella–. Aunque el coma es un misterio. A veces hay respuesta cerebral a estímulos externos, así que nunca viene mal hablarles. Ahora tiene que irse.

Me incliné sobre Gabriel y le di un beso en la mejilla.

–Volveré más tarde, amor –le dije.

Salí de allí sobrecogida. Mi familia me arropó, me hizo preguntas. Querían saber cómo estaba Gabriel, cómo le había encontrado. Yo les contesté conteniendo el llanto. Habría dado cualquier cosa porque no hubiese pasado. Cualquier cosa.

Me dijeron que me fuera a casa a dormir un rato y descansar, pero me negué. Me dijeron que me llamarían si ocurría algo, lo que fuera, pero me seguí negando. Gabriel luchaba por su vida y yo no iba a apartarme de su lado. Aunque no pudiera estar junto a él no iba a marcharme del hospital. Cuando despertara tenía que estar allí. Tenía que despertar. En algún momento tenía que despertar.

De madrugada reuní el valor suficiente como para ver las fotos del móvil de Gabriel. Me habían entregado sus efectos personales: teléfono, cartera, alianza y poco más. Su alianza colgaba de una cadenita de plata junto al corazón que formaban una clave de sol y otra de fa sobre mi pecho. Se habían sacado un montón de fotos durante la convención. Estaban todos en grupo, sonrientes y felices de estar juntos, de haberse reunido. En algunas aparecían haciendo el tonto y poniendo caras. Esas me hicieron sonreír.

–¿Estás cotilleando el móvil de tu marido? –me preguntó mi madre.

–Son las fotos de la convención –le dije–. Estaba tan contento... Me decía que le gustaría que estuviera allí, que conociera a sus amigos, a sus compañeros y ellos a mí. Me dijo que habían pensado reunirse otra vez con sus parejas y...

La congoja me quebró la voz.

–Y os reuniréis, cariño –dijo mi madre–. ¿Puedo ver las fotos?

–Claro.

La noticia del accidente de Gabriel apareció aquella mañana en los periódicos. Mi padre salió a comprar uno para hacer más llevadera la larga espera y cuando terminó de leerlo, con mi madre al lado echando un vistazo, se lo pedí.

–No creo que debas ponerte a leer desgracias ahora –me dijo.

–Solo quiero ver la tira cómica y las páginas de cultura –repliqué.

–No hay nada que merezca la pena. En este periódico no se preocupan mucho por la cultura.

–Papá, que en ese periódico suelen hablar de nosotros. Y muy bien, por cierto. Así que algo sí se preocupan.

–Pues hoy solo vienen los estrenos de cine, a los que supongo que no vas a ir, y la reseña de un peñazo de libro que no creo que te interese.

Indudablemente, había algo que mi padre no quería que viera.

–¿Por qué no quieres que vea el periódico? –le pregunté.

–Déjaselo, Fernando –le dijo mi madre entonces–. Va a enterarse de todos modos.

A él no le hizo ninguna gracia, pero me tendió a regañadientes el diario doblado y yo busqué aquello de lo que iba a enterarme de todos modos. Y entonces vi la noticia en la sección de cultura. Venía acompañada de la foto de Gabriel dirigiendo su orquesta, serio y concentrado como siempre, pero transmitiendo fuerza y pasión. La reseña era breve. Mencionaba el accidente y

la gravedad de su estado. A continuación se anunciaba la suspensión temporal de los conciertos programados. La orquesta no iba a tocar hasta que Gabriel estuviera fuera de peligro.

A la hora de las visitas nos permitieron pasar a dos personas. Podíamos estar con él durante media hora por la mañana y otra media hora por la tarde. Teresa vino conmigo. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver así a su hijo y se tapó la boca con una mano, pálida al pie de la cama.

–Dios mío... –musitó.

Yo me acerqué a él para besarle la mejilla.

–Hola, mi amor –le dije en voz baja–. Estoy aquí, Gabi. He venido con tu madre.

Miré a Teresa, quien dio unos pasos vacilantes hacia él. Yo me aparté un poco para que también ella pudiera besarlo.

–Gabriel, hijo...

Rozó su mejilla levemente con los labios y tocó su rostro con la yema de los dedos. Después puso una mano sobre su brazo y la apartó enseguida. Yo cogí su mano inerte y volví a besarla, a llevarla hacia mi pecho.

–Te quiero –le dije–. Te quiero mucho, Gabi.

–Oh, Dios... –murmuró Teresa.

Y se fue.

–Teresa... –la llamé.

Pero ni siquiera se volvió. Se iba llorando.

–No te lo tomes a mal –le dije a Gabriel–. Le ha impresionado. Gabi, ¿me oyes? ¿Puedes oírme? Mi vida... Despierta. Vuelve conmigo. Yo te quiero. Gabriel, por favor, mírame. Abre los ojos, amor mío, mírame.

Le hablé. Le hablé durante la media hora que estuve con él mientras acariciaba y besaba su mano, su rostro. Le dije que había visto las fotos, que se habían suspendido los conciertos, que los músicos de la orquesta estaban llamando por teléfono para preguntarme por él, que habían venido mis padres desde Bilbao. Y le dije una y otra vez que le quería.

Mis amigos de Bilbao supieron lo ocurrido unos por mi hermana y otros por la prensa y me llamaron para ofrecirme su apoyo. Rosa me llamó desde Alemania y la mayor parte de la orquesta pasó por el hospital. No pudieron quedarse, aunque no fue por falta de ganas, sino porque no podía haber tanta gente en la sala de espera. Pero vinieron a saber de Gabriel, a darme un abrazo y a decirme que estaban allí para lo que hiciera falta. Los que no

fueron por una razón o por otra, me llamaron por teléfono. Todos, incluyendo el personal que trabajaba en los distintos departamentos de la sede.

–Estamos recibiendo un montón de mensajes –me dijo Carlos, el encargado de llevar las redes sociales de la orquesta–. La gente se está volcando, Silvia. Ni te imaginas. Oye, lo que necesites, sea lo que sea y a la hora que sea, ya sabes dónde estamos, ¿vale?

Cuando me despedí de Carlos, entré en Facebook. Las muestras de apoyo, de ánimo y de buenos deseos eran multitudinarias, y me sentí conmovida al ver el cariño que se reflejaba en los mensajes de personas que ni siquiera conocían a Gabriel.

Estuve en el hospital tres días y tres noches interminables en los que viví con el miedo atroz de perder a Gabriel. Me aterraba pensar que en cualquier momento podían decirme que no lo había resistido, que se había ido para no volver jamás. Dormité a ratos en la silla, siempre apoyada en el hombro de alguien. No me dejaban sola ni un minuto más que para ir al servicio. Los demás se turnaban para estar en el hospital. Yo no me moví de allí. Solo podía estar una hora al día con Gabriel y en aquel tiempo sostenía su mano, le hablaba, besaba y acariciaba su rostro y le rogaba que abriera los ojos. Pero él permanecía inconsciente.

Al cuarto día, el médico nos informó de que Gabriel permanecía estable dentro de la gravedad que suponía estar en coma. Pero por lo pronto habían dejado de temer por su vida, aunque no descartaban posibles complicaciones. Saber que su vida ya no pendía de un hilo supuso un alivio y comencé a respirar más tranquila.

Esa mañana fue mi padre quien entró conmigo a verle. Todos habían ido a visitarle. Todos excepto Beatriz, que decía que no soportaría ver así a su hermano. Yo me había echado a llorar cuando vi que mi madre lo besaba y acariciaba su mejilla como si fuera su propio hijo. A mi padre le impactó verle así, pero se recompuso en un instante y se acercó a él.

–Hola, Gabriel –le dijo–. Soy Fernando.

Entonces besó su frente. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y a punto estuvieron de derramarse, pero mi padre me miró y negó con la cabeza. Entendí su mensaje. No debía llorar delante de Gabriel. Me tragué las lágrimas.

–¿No vas a besar a tu marido? –me preguntó. Seguidamente, sin esperar respuesta, se volvió hacia él–. Mira. Se ha quedado patidifusa. Creo que es

porque te he dado un beso, algo que, por cierto, negaré rotundamente haber hecho. Y si te estás enterando de lo que pasa por aquí, te diré que lo soñaste.

Me incliné sobre Gabriel y le besé en la mejilla. Su barba había comenzado a crecer y raspaba un poco.

–Gabi, amor, tendré que afeitarte o me pincharás cuando te bese –le dije. Cogí su mano y la besé, como hacía siempre–. Todos te mandan besos y abrazos –continué–. Ha estado aquí casi toda la orquesta, ¿sabes? Y ha venido mi hermana. Ha dejado a la niña con Alberto para estar aquí unos días.

–Los de mi orquesta también están llamando para saber cómo estás –añadió mi padre–. Damián y Antonio... ¿Te acuerdas de ellos? Los timbales y los platillos te mandan saludos y dicen que si no te despiertas tú solo vendrán ellos a despertarte con sus instrumentos. Así que, por lo que más quieras, despiértate. Claro, que no creo que les dejen tocar, que aquí la gente no está para mucha fiesta y lo mismo a alguien le da un infarto de la impresión.

–¡Papá!

Entonces se oyó una suave risa. La mía. Mi padre me sonrió. Acaricié el rostro de Gabriel. La terrible contusión de su lado izquierdo estaba un poco mejor y ya no tenía el ojo tan entumecido, aunque seguía estando morado. Nos quedamos allí hasta que llegó la hora de tener que abandonar la unidad de cuidados intensivos, hablando en voz muy baja para no molestar, contemplando a Gabriel, hablándole. No podía dejar de mirarle.

–Hasta luego, cariño. Te quiero –me despedí.

–Vuelve de donde estés, hijo –le dijo mi padre–. El mundo de la música te necesita. Mi niña te necesita. Y te echamos de menos. Nos haces falta a todos.

Al salir abracé a mi padre y rompí a llorar entre sus brazos. Si mi padre aún guardaba algún resquemor hacia Gabriel por sus errores pasados, lo había olvidado por completo. Había besado su frente y le había hablado con tanto cariño... Mi padre le quería y yo no podía dejar de llorar.

–Hija mía, pasas de la risa al llanto con una facilidad... –me dijo dándome unas palmaditas en la espalda.

–Papá...

–Se va a poner bien, Silvia. Se va a poner bien. Ya lo verás.

Todos suspiraron aliviados cuando accedí a irme a casa a descansar. Ahora que la vida de Gabriel no corría peligro podía permitirme ir a darme una ducha, que falta me hacía, y dormir un poco. Estaba extenuada. Pero no me fui sin antes hacerles prometer a Ramón y Teresa que me llamarían si ocurría cualquier cosa, por nimia que fuera. Ellos me dijeron que así lo harían, fuera la hora que fuera.

–Me ducho, echo una cabezadita y me vengo para acá otra vez –les dije.

–Y come algo –me recordó Teresa.

–Si despierta y yo no estoy, decidle que vengo enseguida.

–Claro. Anda, vete tranquila.

Mis padres y mi hermana vinieron conmigo. Irene aún estaba en casa cuando llegamos. Había llamado por teléfono cada día para preguntar por Gabriel y casi lloró de alivio cuando la llamé para contarle las novedades. Al verme aparecer por casa me regañó por no haberla avisado de que iba para preparar algo caliente de comer.

–No te preocupes; no tengo mucha hambre –le dije–. Ya me apaño con cualquier cosa.

–Te preparo algo en un momento.

–Gracias, Irene, pero de verdad que no hace falta –repliqué–. Además, ya es tu hora. Se encarga mi madre; no te preocupes.

–Bien, me marchó entonces. Silvia, cualquier cosa...

–Te llamo, lo sé. Gracias por todo.

Irene me abrazó. Se despidió de mis padres y mi hermana y se fue. Mi madre preparó a toda prisa una pechuga de pollo con patatas fritas mientras yo me duchaba. Después de comer fui a acostarme un rato. Tenía intención de echar una pequeña siesta antes de regresar al hospital, pero la angustia que había pasado y la falta de sueño se cobraron su precio. Me dormí apenas mi cabeza tocó la almohada y estaba ya entrada la noche cuando desperté sobresaltada.

–Gabi...

Me levanté. ¿Cómo había podido dormir tanto? Tenía que ir al hospital. ¿Y si me habían llamado? No me había enterado de nada.

–¿Adónde crees que vas? –me espetó mi madre al verme aparecer en la cocina vestida y peinada. Ellos se estaban tomando un café.

–Al hospital. Con Gabriel. ¿Por qué no me habéis despertado? –les recriminé.

–Porque necesitabas descansar.

–Ya he descansado

Mi padre se acercó a mí y me cogió de los hombros suavemente, pero con firmeza.

–Gabriel está igual –me dijo–. Hemos llamado a Ramón hace un rato y no hay cambios. Nos habrían llamado de haberlos habido. No vas a hacer nada en el hospital a estas horas. No podrás verle hasta mañana, Silvia. Tu marido está fuera de peligro y bien atendido por un buen equipo de médicos.

–Me necesita –repliqué–. ¿Y si despierta? Yo no estaré a su lado. Tengo que estar. Tengo que estar con él.

–Gabriel está en coma, hija. Puede despertar dentro de cinco minutos, de cinco horas o de cinco días. No puedes estar permanentemente en el hospital esperando a que ocurra. Cuando despierte, si no estás allí llegarás en un momento. En el hospital tienen tu teléfono; te avisarán de inmediato. Gabriel te necesita, sí, y te necesita fuerte. Entiendo que quieras cuidar de él, pero para eso la primera que tiene que cuidarse eres tú.

–Papá tiene razón, Silvia –dijo Elena.

–Cena algo y duerme esta noche, cariño –dijo mi madre–. Mañana a primera hora volveremos al hospital. Te lo prometo.

El tiempo pasaba implacable y Gabriel seguía en coma. Mi vida transcurría entre mi casa y el hospital, aunque me pasaba la mayor parte del tiempo junto a Gabriel, o al menos cerca de él. Los miembros de la orquesta seguían yendo a preguntar por él y a darme un abrazo con intención de reconfortarme siquiera un poco, a darme ánimos. Dado que Gabriel se había estabilizado y todos estábamos más tranquilos, habían comenzado a buscar un director sustituto. La orquesta, los conciertos debían continuar.

–No va a ser lo mismo, Silvia –me dijo Santi cabizbajo–. No va a ser lo mismo sin Gabriel.

–Tiene que ser así, Santi –repliqué.

Él asintió.

–En cuanto al violonchelista que falta... –continuó–. Hemos llamado al tal Víctor para que te sustituya hasta que vuelvas.

Sonreí. Después de las audiciones le había contado a Gabriel que uno de los aspirantes había intentado ligar conmigo mientras esperábamos a la última

prueba. Él se lo había tomado con buen humor. “Bueno, al menos tiene buen gusto,” dijo. Él me comentó que tenía tres violonchelos en reserva por si algún día era necesaria una sustitución. Tuve curiosidad por saber de quiénes se trataba y resultó que el primero de ellos era Víctor. Le dije que Víctor era el chico del que le había hablado. “¿Qué?! También es casualidad. No pienso tener en la orquesta a un tipo que ha intentado ligarse a mi mujer,” gruñó. “A la mierda. Con dos violonchelos en reserva será suficiente.” Lo miré boquiabierto ante aquella reacción inesperada. “Gabriel... ¿Se puede saber qué te ha dado? ¿A qué viene ahora ese arranque de celos, eh?,” le espeté. Entonces él se empezó a reír y vi que solo estaba bromeando. Lo empujé y él me besó. Y lo que eran las cosas. Era a mí a quien Víctor iba a sustituir.

Habían pasado diecinueve días desde el accidente y Gabriel no había dado ningún indicio de despertar. Todavía faltaban unas horas para las visitas de la tarde cuando vi acercarse a su médico. ¿Qué había pasado? Nos informaban de su estado cada mañana, más o menos a la misma hora. Que el médico se presentara por la tarde era del todo inusual y tuve miedo. Algo había ido mal. Esperé ansiosa, deseando saber, temiendo saber. ¿Y si había habido complicaciones? ¿Y si Gabriel...? Entonces el médico sonrió, tranquilizándome con aquel sencillo gesto.

–Su marido ha salido del coma –me dijo en cuanto llegó a mi altura–. Está confuso y fatigado, pero consciente. Hay respuesta neuronal, responde a estímulos y puede respirar por sí mismo, así que le hemos retirado la ventilación. En breve le trasladaremos a planta.

Entonces quise llorar, pero esa vez de pura alegría. Abracé al médico sin pensar en lo que hacía.

–Gracias. Gracias, gracias. Gracias por todo lo que han hecho por él, doctor. Muchas gracias –farfullé.

–No hay nada que agradecer. Es nuestro trabajo –me dijo él.

Me aparté de él de golpe, dándome cuenta de que a lo mejor no era muy adecuado ir abrazando a los médicos del hospital.

–Perdone. Perdone, es que yo...

–Tranquila. A veces pasa –replicó él restándole importancia con un ademán.

–¿Puedo verle? –rogué–. Ya sé que no es hora de visita todavía, pero

déjeme verle. Por favor.

–Sí, sí. De hecho venía a pedirle que me acompañara. Será bueno para él verla. De momento solo ella –añadió mirando a mi familia, que se hallaban escuchando junto a mí, claramente aliviados y no poco contentos–. Acaba de salir de un coma y no es recomendable que se agite mucho.

El médico me siguió informando sobre el estado de Gabriel según nos acercábamos a los boxes. Por lo pronto no podía hablar y apenas podía moverse. Serían necesarios un logopeda y un programa de rehabilitación para recuperar el habla y la movilidad. Su recuperación iba a ser larga y penosa, pero al menos había despertado. Tras diecinueve días en coma, Gabriel había vuelto con nosotros. Conmigo.

Habían incorporado un poco más el cabecero de la cama. Gabriel ya no tenía el tubo en la boca ni los sensores. Ya no estaba conectado a un monitor, a una máquina. Sus ojos cansados se posaron en mí nada más verme y esbozó una sonrisa que apenas curvó sus labios, pero estaba ahí.

–Gabi...

Lo abracé con cuidado y besé los labios secos y la mejilla rasposa. Las enfermeras le aseaban a diario y le afeitaban de vez en cuando, pero su barba volvía a crecer. A partir de ese día, ya sin sondas ni tubos, iba a encargarme yo. Acaricié su rostro.

–Te quiero, mi amor –le dije con los ojos llenos de lágrimas de emoción por verle despierto–. Te quiero tanto...

Quiso decirme algo. Su boca emitió sonidos guturales, pero no pudo articular palabra.

–No te esfuerces –dije–. Todavía no puedes hablar. Tranquilo.

Cogí su mano y la llevé hacia mi pecho. Él oprimió débilmente la mía. Que me hubiera cogido la mano en su estado era todo un logro. Sus dedos se movieron levemente y se alzaron temblorosos hacia mi cara. De nuevo intentó hablar y no pudo. Pero supe lo que quería. Llevé su mano a mi rostro y, besándola, apoyé su palma en mi mejilla. Él me la acarició con suavidad, sin dejar de mirarme, y yo sostuve su mano sin dejar de mirarle. Había estado tanto tiempo sin poder verme en sus ojos...

–Al fin has despertado. Dentro de poco te llevarán a una habitación y podremos estar contigo. Todos están deseando verte y darte un beso y un abrazo.

Volvió a sonreír. Poco después sus párpados comenzaron a caer

pesadamente y se quedó dormido.

La noticia de que Gabriel había despertado corrió como la pólvora entre amigos y familiares y también apareció en la prensa. Marta se puso a gritar como una loca cuando la llamé para decírselo y se puso a llamar a Lucas también a gritos.

–¡Gabriel ha despertado! –La oí decir a pleno pulmón–. Es Silvia –le dijo a Lucas–. Gabriel ha salido del coma.

–¡Silvia! ¿Cómo está? –me preguntó Lucas, quitándole el teléfono a Marta.

–¡Eh, que estaba hablando yo! –protestó ella antes de que yo contestara.

–Espera, que pongo el manos libres –dijo Lucas.

Entonces pudimos hablar los tres. Oí la alegría que teñía sus voces, embargadas en algunos momentos por la emoción.

–Dale muchos recuerdos de nuestra parte –me dijo Lucas–. Y un abrazo bien fuerte.

–Y un montón de besos –añadió Marta–. Dile que iremos a verle y que le queremos. Y no te preocupes por los demás, que ahora mismo llamamos nosotros a la orquesta entera.

–Gracias, chicos.

Gabriel durmió mucho los primeros días después de salir del coma. El médico que le atendía en planta me había dicho que era normal. Había estado inconsciente todo aquel tiempo y ahora su cuerpo necesitaba volver a habituarse a las horas de sueño. No me moví de su lado. A veces despertaba durante la noche y parecía confortarle mi presencia. Al cabo de un rato volvía a quedarse dormido y yo lo contemplaba con su mano entre las mías.

Por las mañanas le aseaba e hidrataba su piel. Le afeitaba con cuidado de no cortarle con la cuchilla y le daba loción para después del afeitado. Él se dejaba hacer, pero veía en sus ojos la impotencia que aquello le producía.

–Podrás hacerlo tú en cuanto recuperes las fuerzas –le decía yo.

–No puedo hacer nada sin ayuda. Ni siquiera podría sostener una batuta.

Había recuperado el habla en un breve espacio de tiempo y progresaba poco a poco. Un fisioterapeuta acudía a diario a ejercitar sus músculos y a realizar con él pequeños ejercicios para que se fortaleciera. Gabriel no recordaba nada del accidente. Sus últimos recuerdos eran de las charlas en el Conservatorio de Madrid.

–Has estado en coma. Necesitas tiempo, Gabi, eso es todo. Te recuperarás.

Mientras tanto, deja que te ayude.

Le habían quitado la venda de la cabeza. El pelo había comenzado a crecerle. Cuando lo hiciera del todo, tataría la cicatriz. Le puse de nuevo la bata de hospital y lo recosté contra mí para atarle los lazos a la espalda. Él me rodeó con sus brazos y me estrechó sin apenas fuerza. Yo cerré los ojos al sentir la ligera presión. Hasta el mes pasado sus metas habían sido ofrecer grandes conciertos, componer bandas sonoras a cual mejor, dirigir su orquesta de forma magistral. Ahora sus objetivos eran mucho más simples. Ahora solo quería valerse por sí mismo.

–¿Es muy horrible? –me preguntó.

–¿El qué?

–La cicatriz.

–No, no es horrible. Es fina. El médico dice que cuando la herida esté curada casi no se notará. Y además te la tatará el pelo.

–¿Cuándo duermes, Silvia? ¿Cuándo comes? Estás aquí todo el tiempo. No es que no quiera que estés, es que... ¿Cuándo te cuidas tú?

Las lágrimas humedecieron mis ojos y agradecí que Gabriel no pudiera verlas. Incluso en su delicado estado se preocupaba por mí.

–Como cuando voy a casa –le dije–. Entre mi madre, la tuya e Irene me tienen bien alimentada, no creas. O si no bajo a comer algo a la cafetería o cojo algo de la máquina del pasillo. Y duermo de noche, aquí contigo, y también me echo alguna que otra siesta en casa antes de venir. Yo estoy bien, Gabi.

Le besé en la mejilla y nos quedamos así, abrazados. Sentí sus dedos jugueteando con mi pelo mientras yo acariciaba su espalda. Sentí su aliento en mi cuello y el calor de su cuerpo contra el mío. Para él era bueno el contacto físico. Para mí también. A los dos nos confortaba estar entre los brazos del otro.

Los miembros de la orquesta, músicos y no músicos, comenzaron a desfilar por el hospital. A Gabriel le alegraba verlos. Sus ojos cobraban vida al ver a sus músicos, al personal de la sede, a sus amigos. Santi le llevó un original teclado de piano de peluche de parte de toda la orquesta “para que no lo eches mucho de menos”. Le llevaron flores, algún que otro libro, revistas de música y sobre todo muchísimo cariño.

–¡Qué susto nos has dado, so idiota! –le recriminó Marta, abrazándole a continuación.

Y se echó a llorar.

–Marta... No llores, Marta –le dijo Gabriel.

–Si no lloro –replicó ella separándose de él, no sin antes secarse los ojos.

Mis padres regresaron a Bilbao cuando Gabriel estuvo mejor. Mi padre tenía que volver a la orquesta y mi madre tenía sus propias obligaciones. No podían quedarse en Murcia indefinidamente. Aun así me llamaban a diario e insistían en que si los necesitaba para cualquier cosa solo tenía que decírselo y regresarían.

Gabriel se superaba día tras día. La rehabilitación era dura y a menudo frustrante, pero gracias al ejercicio realizado y a su férrea fuerza de voluntad, logró ponerse en pie y dar los primeros pasos. Sus piernas recuperaron la fuerza, le sostenían y la silla de ruedas que había utilizado hasta entonces dejó de ser necesaria. Comenzó a poder pasear por los pasillos con ayuda de un andador y a comer solo, aunque fuera con una mano insegura. No fue como en las películas, en las que alguien despierta de un coma y continúa con su vida como si nada. Gabriel aún tardaría en volver a su vida normal.

Capítulo 13

Llegó el ansiado día en que le dieron de alta. Tenía que seguir yendo a rehabilitación, pero ya estaba lo suficientemente fuerte, lo suficientemente restablecido como para volver a casa. Había estado ingresado casi tres meses y yo estaba segura de que una vez en la tranquilidad de nuestro hogar mejoraría notablemente. Al menos desaparecería la palidez de su rostro.

Ramón y Teresa nos llevaron en coche. Habíamos avisado a Irene de que íbamos y ella había preparado un buen arroz para celebrar el regreso de Gabriel. Le dijimos que se quedara a comer con nosotros, pero rehusó amablemente la invitación.

–Tienes que descansar, Gabriel –objetó–. Pero te prometo que cuando estés bien y hayas descansado de todo este jaleo de hospitales, me quedo a comer con vosotros.

–Y te traes a tu marido –dijo él.

–De acuerdo.

Ramón y Teresa sí se quedaron. Tras la sobremesa le dije a Gabriel que se acostara un rato, pero se negó.

–Ya he dormido bastante –gruñó.

Se quedó dormido en el sofá mientras veíamos una película. Lo acosté y le eché una manta por encima para que no se enfriara. Había adelgazado mucho; esperaba que comenzara pronto a ganar el peso y la masa muscular que había perdido. Acaricié el pelo corto que cubría ya su cabeza.

–Tú también deberías dormir un rato –me dijo Teresa.

–No, yo estoy bien –repliqué.

Y un par de horas más tarde me despertaba en el otro sofá al abrigo de una manta bajo la mirada burlona de Gabriel.

Al día siguiente, una vez regresamos de la rehabilitación, Gabriel contestó a los correos electrónicos y a los mensajes de móvil que le habían llegado deseándole una pronta recuperación. Asimismo, escribió un mensaje de agradecimiento para todas aquellas personas que habían estado pendientes de

él en las redes sociales. Escribía con lentitud, pero no le ayudé. Tampoco él pidió ayuda. En todo ese tiempo yo le ofrecí mi apoyo incondicional y mis cuidados, pero nunca le compadecí. Y él se dejó la piel. Su recuperación dependía en gran parte de su actitud.

Su teléfono no paraba de sonar. La gente le llamaba constantemente para interesarse por su salud. Una de esas llamadas fue de Christopher Barnes. Después de todo lo que habían discutido durante la composición y posterior grabación de la banda sonora de *Hijos de la tormenta*, Barnes le llamó. Le dijo que se había enterado de lo sucedido por la prensa y que se alegraba de que todo hubiera salido bien. Le dijo que esperaba que se recobrara lo antes posible, que esperaba saber que volvía a dirigir y a componer y que a pesar de todas las desavenencias que habían tenido en su día, contaba con él para futuras bandas sonoras. Gabriel accedió de buena gana a trabajar con él de nuevo y a Barnes le tomó por sorpresa. Debía de haber esperado una negativa, o al menos que le diera largas.

–De no haber sido por usted, no habría conocido a mi mujer –le dijo Gabriel–, así que si quiere mi música para una película, estaré encantado de componerla.

Barnes dijo algo desde el otro lado del Atlántico y Gabriel me miró y sonrió.

–Su intérprete, Silvia Durán –contestó–. Nos casamos hace casi un año.

Oí una exclamación de asombro y la carcajada alborozada del célebre cineasta. La conversación continuó un rato más en términos amistosos hasta que los dos hombres se despidieron, no sin que antes Christopher Barnes le pidiera que saludara de su parte a “la señora Alonso”.

Se me encogió el corazón cuando bajó la tapa del piano de cola. Habíamos ido a su estudio. Quería verlo. Todo estaba en silencio y el piano aguardaba en su lugar, invitando a tocar sus teclas y sacarlo de su larga inactividad. Gabriel, de pie ante él, comenzó a tocar una pequeña melodía, pero sus dedos no respondieron con la rapidez necesaria. Él no dijo nada. Yo no podía ni imaginar lo que se debía sentir al ver que no se podía tocar el instrumento al que se le había dedicado toda una vida. Fue aquel su momento de mayor derrota. Bajó la tapa del piano.

–Gabi...

–No puedo tocar –murmuró.

–Podrás.

–¿Y si nunca recupero la movilidad suficiente?

–No hables así. Ya sabes que la recuperación va a ser lenta, pero volverás a tocar, volverás a dirigir. ¿O pensabas que todo iba a ir despacio menos lo de tocar el piano?

Sonrió y me abrazó. Me dio un beso en la cabeza.

–Tienes razón –dijo.

Sabía lo duro que era para él no poder hacer volar sus dedos sobre el teclado como había hecho siempre. Y también sabía que no iba a darse por vencido. Gabriel era un luchador nato. Pasado aquel golpe volvería a sentarse al piano.

–Tocaremos juntos –propuse–. Empezaremos con cosas facilitas, ¿vale?

–¿*Campanita del lugar*?

–Por ejemplo.

–¡Qué haría yo sin ti! –dijo riendo.

Me besó. Me besó largamente y yo me dejé llevar por las sensaciones que su boca despertaba. Había tenido tanto miedo de perderle... Y lo tenía allí, abrazándome y besándome. Cuando el beso se rompió, le rodeé el cuello con los brazos. Mis ojos estaban llenos de lágrimas y no quería que Gabriel las viera.

–Silvia... ¿Qué te pasa?

Su voz estaba llena de ternura. Rompí a llorar.

–Silvia...

–Creí que iba a perderte –sollocé–. No sabes el miedo que pasé pensando que en cualquier momento podían decirme que habías muerto. Y todos esos días que estuviste en coma... Yo solo quería que despertaras, que volvieras conmigo... No me importaban las secuelas que pudieras tener. No pensé en lo terrible que pudiera ser para ti. No lo pensé, Gabriel. Habría dedicado mi vida a cuidarte de haber sido necesario. Solo quería que salieras del coma, que me miraras...

Gabriel me estrechó entre sus brazos con toda la fuerza de que era capaz y yo lloré entre ellos, contra su pecho, aferrada a él. Toda la tensión acumulada salió en forma de lágrimas y sollozos. Gabriel me mantuvo contra sí, acariciando mi pelo, mi espalda. Me dejó llorar. Dejó que sacara toda la angustia que llevaba dentro. De vez en cuando me besaba la cabeza y me

decía que me quería. Cuando estuve más calmada, me secó las lágrimas. Besó mis labios y mis mejillas húmedas. Acarició mi rostro con emoción contenida en sus serenos ojos castaños.

–Mi amor...

–No quería llorar.

–Lo necesitabas. ¿Te sientes mejor?

Asentí. Él volvió a abrazarme. Me sentía confortada envuelta en el calor de su cuerpo. Mi madre escogió justo aquel preciso instante para llamar por teléfono e interesarse por Gabriel y con una sincronización perfecta, nada más terminar de hablar con ella llegaron mis suegros.

–Silvia, hija, ¿estás bien? –me preguntó Teresa al ver mis ojos enrojecidos.

–Sí. Sí, claro que estoy bien –contesté.

–Pero si has llorado...

–He tenido un momento tonto, pero estoy bien, Teresa. No te preocupes.

Me miró no muy convencida y seguidamente miró a Gabriel, quien tampoco les dio ninguna explicación sobre el origen de mi llanto. Ramón y Teresa debieron de suponer que eran cosas nuestras y lo dejaron correr.

Esa noche, después de casi tres meses sin sexo, hicimos el amor. Nos besamos. Los besos llevaron a las caricias y nos amamos dulcemente. Lo deseábamos. Deseábamos sentirnos de nuevo, sentir que seguíamos vivos. Deseábamos dejar atrás el dolor y sentir placer uno en brazos del otro, desfallecer juntos. Acaricé cada poro de su piel, le cubrí de besos. Él recorrió mi cuerpo con adoración. Su miembro se endurecía y me rozaba. Fue una delicia volver a sentir su cálido contacto.

–Hay alguien por ahí abajo con ganas de guerra –dije.

–Sí. Menos mal que al menos tengo algo que no necesita rehabilitación –replicó Gabriel.

Sonreí con él y acaricé su rostro. Tan guapo...

–Te quiero –le dije.

Y él me besó. Su boca descendió por mi cuello. Besó mis senos. Chupó mis pezones mientras me acariciaba, mientras sus dedos ávidos exploraban.

–Gabi... –jadeé.

–Eres tan hermosa... tan hermosa...

Su respiración estaba agitada. Rodé sobre él y lo besé. Besé su boca, su cuello, lamí el lóbulo de su oreja. Acaricé su pecho, su vientre. Él se estremeció con un gemido y yo seguí acariciándolo, besándolo. Cogí su pene

duro con una mano y lo acaricié hasta hacerle arder.

–Silvia...

Se puso sobre mí y me besó. Su lengua húmeda, su boca cálida, su piel contra la mía. Su firme miembro buscó cobijo en mi cuerpo. Lo sentía en mis entrañas, rígido y ardiente, entrando y saliendo de mí, clavándose en mí con cada embestida. Arañé su espalda y alcé mis caderas para salir a su encuentro, para tenerle dentro y perderme con él en aquel exquisito torbellino de placer. Nuestros cuerpos sudorosos se encontraban, vibraban y solo se oía la música de nuestros gemidos. Lo sentí tensarse y derramarse con un quejido sordo y yo me vi arrastrada, vencida por un despiadado orgasmo que me dejó jadeando exhausta entre sus brazos.

–Te he deseado tanto... –dijo con la voz ronca junto a mi oreja–. He deseado tanto acariciarte, estar dentro de ti...

–Y yo tenerte dentro –contesté casi sin aliento.

Nos besamos. No podíamos dejar de besarnos. Gabriel me liberó de su peso, me refugió contra él y yo descansé en el arco de su brazo, con mi mano sobre su pecho. Sentía sus latidos y pensé que por unos terribles instantes su corazón había dejado de latir cuando intentaban salvar su vida en el hospital.

–Te amo, Silvia –dijo entonces él, alejando mis sombríos pensamientos–. Te amo.

Alcé mi mirada hacia él. Iba a decirle que yo también lo amaba, pero su boca buscó la mía. En otras circunstancias habríamos terminado haciendo el amor otra vez, pero Gabriel necesitaba descansar. Poco después se quedaba dormido conmigo en sus brazos y yo lo contemplé largo rato antes de ceder al sueño.

Al fisioterapeuta le pareció una buena idea lo de practicar con el piano, pero le pidió a Gabriel que no se obsesionara. Todo llegaría a su debido tiempo. Así que añadimos el piano como parte de su rehabilitación. Cuanto más ejercitara sus dedos, antes recobrarían su agilidad. Comenzamos con escalas y después Gabriel me enseñó a tocar *Campanita del lugar*. A él no le supuso ningún problema a pesar de todo, pero yo me equivoqué al dar una nota y toqué un fa en lugar de un sol.

–Ay, no –murmuré. Y toqué la nota correcta.

–¿Cómo puedes tocar el violonchelo de la forma en que lo haces y equivocarte de tecla en el piano con algo tan sencillo? –observó Gabriel.

–No compares –repliqué–. Todas estas teclas...

–Tienes una digitación perfecta. Tú y los demás músicos de cuerda. Sabéis exactamente dónde y cómo poner los dedos en un diapasón que no tiene ni trastes ni llaves ni nada, ¿y te parece más difícil acertar con una tecla?

–Pues sí. ¿Y qué forma es esa de hablar de un violonchelo? “No tiene ni trastes ni llaves ni nada...”. ¿Qué clase de director eres tú?

–Uno muy bueno –contestó él con una sonrisita.

–Creído.

Le di un empujón, haciéndome la indignada, y él rio. Y su risa reverberó en mi alma.

A Gabriel le dio vida tocar el piano, aunque no siempre sus manos y sus brazos respondían, lo que le obligaba a detenerse. Le frustraba, pero en ningún momento se dio por vencido.

–Estoy como para dar un recital –gruñía.

Tiempo después, cuando estuvo más recuperado, añadimos el violonchelo. Y tocamos juntos, como antes, piezas cada vez más complejas. Convertimos cada error en algo anecdótico, en un reto a superar. Volvíamos atrás y lo repetíamos hasta que salía bien. Sus dedos adquirían velocidad poco a poco, sus manos y sus brazos se coordinaban. El piano era testigo de ello. Su cada vez mejor sonido lo confirmaba.

Salíamos a pasear por las tardes en plan tranquilo, cogidos de la mano o entrelazados por la cintura. Gabriel había recobrado el color del rostro a los pocos días de estar en casa y gracias al ejercicio y la buena alimentación recuperaba también su buena forma física. El pelo le había crecido y ya tapaba por completo la cicatriz de su cabeza. Progresaba lentamente, pero cada día era un nuevo logro. Los médicos y el fisioterapeuta se mostraban satisfechos con el resultado de su esfuerzo y optimistas en lo que concernía a su recuperación. La gente seguía enviándole mensajes de apoyo y de cariño en las redes sociales y él respondía con amabilidad, emocionado muchas veces. Otros le paraban por la calle cuando íbamos paseando y le reconocían. Y todos le deseaban lo mejor.

La piscina resultó ser otra gran aliada. La natación era una excelente forma de ejercitarse. Las piernas, los brazos... Todo el cuerpo entraba en movimiento al nadar. Pero a mí me daba miedo que Gabriel se metiera al agua. ¿Y si le fallaban las fuerzas y yo no podía con él? Aún tenía muy presentes los momentos en los que había perdido la fuerza en los brazos. O en las piernas. Había tenido que ayudarle a sentarse en más de una ocasión hasta

que se recobrara, aunque fuera en el suelo. Y se había caído varias veces debido a que las piernas dejaban de sostenerle. Hacía tiempo que ya no le pasaba, pero mi temor a que le volviera a ocurrir seguía estando ahí. De modo que el primer día que nos dispusimos a meternos en la piscina de nuestra casa, ya con el bikini puesto, saqué del armario de nuestra habitación un horrible flotador naranja con topos fucsia y empecé a soplar para hincharlo. Gabriel me miró con el cordón de su bañador a medio atar, sin dar crédito a lo que veía.

–¿Adónde vas con eso? –me preguntó atónito.

–A la piscina –contesté. Obvio.

–No recordaba que tuviéramos un flotador.

–Y no lo teníamos. Lo compré el otro día, cuando el fisio dijo que podías a empezar a nadar y hacer ejercicio en la piscina tú solo.

–No pienso meterme al agua con un flotador.

–No es para que te lo pongas, es para... Bueno, por si...

No quería decírselo de forma brusca y buscaba la manera de hacerlo con delicadeza, pero él se dio cuenta al instante de mis temores.

–Tienes miedo de que me ahogue –dijo. Y no era una pregunta.

Me miraba sin saber si alarmarse o echarse a reír. Supongo que no se rio porque me vio preocupada y no quiso herir mis sentimientos.

–¿Y si pasa algo y no puedo contigo? ¿Cómo voy a ayudarte si no puedo sacarte de la piscina? –razoné.

–Silvia, no va a pasar nada. Si perdiera las fuerzas y no pudiera nadar, me quedo flotando como en la terapia. No voy a hundirme.

–Eso dijeron del *Titanic* y mira.

–No te pongas tremenda. Nos quedamos donde no cubre y listos.

–Sí, y haces anchos. Me quedo más tranquila con el flotador. Siempre puedo lanzártelo en caso de apuro. Y tampoco te molesta que esté en el agua, ¿no? –le espeté.

–No, no me molesta. Está bien, con flotador entonces. Joder, Silvia, esto es surrealista.

No le hice caso. Seguí hinchando el flotador de camino a la piscina y una vez hinchado le puse el tapón y lo sujeté bajo el brazo.

–Con esa capacidad pulmonar podrías tocar la tuba –bromeó Gabriel.

–¡Ja!

Reprimió una sonrisa al verme con el flotador de la discordia en ristre. Se

moría de ganas de reírse. Estallaría en cualquier momento. Cuando lo tiré al agua se quedó mirándolo como si de pronto hubiera aparecido en la piscina una peligrosa criatura marina.

–¿No lo había más feo? –preguntó.

–Lo tenían con los topes en verde fosforito.

–Uf.

–Venga, adentro.

Y me tiré a la piscina en plan bomba.

Al final todo fue de perlas y el flotador no fue en absoluto necesario. Después de que Gabriel hubiera hecho sus ejercicios rutinarios en el agua y de que hubiéramos nadado un rato con total normalidad, me sentía bastante tonta. Si el fisioterapeuta había dicho que Gabriel podía meterse en la piscina sin riesgos, es que podía. Y yo ahí, comprando un flotador por si acaso. Viéndolo en perspectiva era absurdo. Me sentía avergonzada de haberme puesto tremenda, como él había dicho. Estábamos sentados en el bordillo de la piscina con los pies en el agua mirando los dos el espantoso flotador a la deriva cuando Gabriel no pudo contener más su hilaridad.

–Ay, Silvia...

–Vale, lo del flotador ha sido ridículo –admití.

Gabriel dejó de reírse.

–No ha sido ridículo –replicó rodeándome con un brazo y atrayéndome hacia sí–. Solo te preocupabas.

Me dio un beso en la cabeza.

–Sigo teniendo pesadillas –confesé.

Había despertado más de una noche a causa de un mal sueño en el que perdía a Gabriel. Incluso en alguna ocasión le había despertado a él, que me sacudía para librarme de la pesadilla en la que estaba inmersa.

–Deberíamos ir a un psicólogo –dijo él.

–Sí, ya, por la mañana a rehabilitación y por la tarde al psicólogo –refunfuñé–. No, ni hablar. Está todo muy reciente; se me pasará. Vamos a vestirnos, anda, que hoy vienen tus padres a cenar.

Fui a levantarme, pero Gabriel me retuvo, sujetándome de la muñeca.

–Espera. Solo quiero que estés bien.

–Estoy bien, Gabi –le dije, quedándome donde estaba–. Tú estás conmigo. Estoy bien.

–No sé qué habría hecho sin ti –murmuró tras unos instantes en silencio–.

Tú has sido la roca en la que me he apoyado, Silvia. Has estado ahí cada vez que he estado a punto de desesperar. Siempre has tenido una palabra de aliento y me has dado tu fuerza cuando yo he flaqueado.

–Gabi...

–Me has ayudado tanto y has tenido tanta paciencia conmigo... – continuó–. Y yo no siempre te lo he puesto fácil. Sé que ha sido muy duro también para ti, que lo sigue siendo. Sé que has llorado a escondidas... Y ahora has comprado un flotador porque sigues teniendo miedo de que mi cuerpo no responda y me ahogue. –Sonrió, pero vi emoción en sus ojos–. No sé qué haría sin ti. No sabes cuánto te quiero, lo que significas para mí. Lo que tu amor significa para mí. Tú lo eres todo, Silvia. Tú eres mi vida. Siempre he pensado que no podría vivir sin la música, pero es sin ti sin quien no podría vivir.

Lo abracé. Lo abracé con fuerza. Tenía un nudo en la garganta. Acaricié su pelo todavía mojado y él me estrechó contra sí y acarició mi espalda, me besó. Y me mantuvo en sus brazos durante un buen rato.

Hacía calor, así que sacamos la mesa y las sillas de jardín para cenar al aire libre. Cuando llegaba el buen tiempo nos gustaba comer fuera de la casa y disfrutar de la apacible noche mientras cenábamos, pero aquel año aún no habíamos sacado el “comedor de verano”, como Gabriel solía llamarlo. Aquella era una buena ocasión para hacerlo. Asamos un par de pollos y unas costillas, freímos unas patatas para acompañar y preparamos una buena ensalada mixta. Los padres de Gabriel llevaron vino y el postre: una tarta de chocolate que había hecho Teresa. Era una nueva receta y nos utilizó a todos de conejillos de indias, pero resultó estar muy buena.

–¿Qué coño es eso naranja que tenéis en la piscina? –preguntó Ramón cuando íbamos por el postre.

Yo me alegré de tener la boca llena de tarta para no tener que contestar.

–Es un flotador que ha comprado Silvia –dijo Gabriel.

Teresa y Ramón me miraron sorprendidos.

–¿Has comprado un flotador? –inquirió Teresa.

–Sí –contesté–. Tenía miedo de que Gabriel...

–Tenía miedo de que me fallaran las fuerzas en la piscina y nos viéramos solos –continuó él al ver que yo me callaba–. Se sentía más segura con un flotador a mano por lo que pudiera pasar.

–Pues ha sido muy prudente –dijo Teresa–. ¿Ha vuelto a pasarte, Gabriel?

–No. A veces los brazos no me responden como deberían, pero... No ha vuelto a pasarme, no.

Puse mi mano sobre la suya y se la oprimí levemente. Él me sonrió. A pesar de su tono desenfadado, sabía cuánto le afectaba no haberse recuperado del todo aún.

–Tienes un gusto pésimo para los flotadores, hija –comentó entonces Ramón, devolviendo el ambiente alegre a nuestra velada.

Al día siguiente por la tarde, Gabriel me dijo que tenía que ir a la sede de la orquesta. Había un montón de papeles que debía firmar y asuntos que debía discutir con Merche, quien desde el accidente se había hecho cargo de todo lo que hasta entonces había llevado Gabriel. Ella había ejercido de gerente en su larga ausencia, pero había cosas que tenía que ser él quien las hiciera.

–¿Cómo es que no viene ella? –le pregunté a Gabriel.

En otras ocasiones le había acercado el papeleo a casa y había aprovechado para estar un rato con nosotros. Me extrañó que esta vez no viniera.

–Bueno, tiene mucho lío y a mí no me supone ningún problema acercarme por allí –contestó él–. Bastante hace ya como para encima tenerla a vueltas.

–Ahí tienes razón. Te llevo entonces– le dije.

Aún no podía conducir. Su coche había quedado para el desguace, de modo que cuando el médico le permitiera volver a conducir tendríamos que ir a comprar uno. De momento con el mío había de sobra.

–No hace falta –replicó–. Viene a recogerme Santi. Así de paso me pone al corriente de cómo va la orquesta.

–Total, que va a ser una aburrida reunión de negocios.

–Más o menos. No creo que tarde en volver. ¿Qué vas a hacer tú?

–Me quedo a tocar el chelo. No me apetece salir.

Cuando Santi llegó, entró a saludarme. Me aseguró que les esperaba una tarde de lo más tediosa en la que hablarían de cuentas y proyectos, pero que en otro momento quedaríamos todos para tomar algo y divertirnos.

–Te tomo la palabra –le dije.

Gabriel y Santi se marcharon y yo me fui al estudio. Toqué suavemente las teclas del piano. Gabriel había hecho grandes progresos. Sus dedos volvían a moverse veloces por el teclado sin que flaquearan. No tardaría en volver a coger una batuta. Cogí mi violonchelo, que me esperaba paciente en su lugar.

Al principio toqué temas suaves y tranquilos, melancólicos incluso y poco a poco estos se tornaron enérgicos, briosos. Toqué y toqué y perdí la noción del tiempo absorta en las notas.

Gabriel regresó más pronto de lo que esperaba. No estuvo fuera de casa más de dos horas y me sorprendí cuando entró al estudio después de llamar a la puerta con los nudillos para avisarme de su llegada. Cada vez que se ponía a hablar y a discutir con Merche se entusiasmaban los dos y no había quien les parara. Pensé que Santi vendría con él, pero no fue así.

—¿Y Santi? —le pregunté levantándome de la silla y dejando el violonchelo a un lado.

—No ha querido entrar.

Sacó de detrás de su espalda un hermoso ramo de rosas rojas adornado con florecillas blancas y mucho verde y me lo tendió.

—Para ti —me dijo dándome un beso en la mejilla.

—Gabi... Son preciosas...

—No tanto como tú.

Abracé el ramo y olí las rosas. Me había traído flores. De pronto me sentí conmovida y tuve ganas de llorar. Gabriel me abrazó.

—Te quiero —me dijo.

—Gabi...

—Te quiero —repitió.

Sus labios volvieron a rozar mi mejilla y buscaron mi boca. Yo salí al encuentro de la suya y nos besamos. Al romper el beso, él me acarició el rostro y sus ojos castaños templaron mi ser.

—Quiero que todo esto acabe —murmuró—. Las pesadillas, la rehabilitación... Quiero que acabe, que todo vuelva a ser como antes.

—Acabará, Gabi. Acabará, mi amor, quedará atrás. Ya hemos pasado lo peor.

Me estrechó entre sus brazos y nos quedamos así. Había sido un camino arduo y difícil para los dos. Seguía siéndolo, pero ahora al menos comenzábamos a ver luz en la oscuridad. Aferré su pelo con la mano que no sujetaba las rosas. Le había crecido mucho y ya podía volver a agarrar espesos mechones en mis manos.

—Te quiero —dije contra su cuello.

Gabriel me tomó de la barbilla y volvimos a besarnos. Nos acariciamos. Nos encendimos. Él metió la mano bajo mi camiseta para tocarme la piel. Yo

dejé el ramo sobre la banqueta del piano y le desabotoné la camisa. Le acaricié y besé el pecho. Él me quitó la camiseta que llevaba puesta. Yo le quité la camisa. Nos desnudamos el uno al otro e hicimos el amor en el suelo del estudio. Sus manos y su boca en mi cuerpo, mis manos y mi boca en el suyo. Qué placer sentirle, qué placer tenerle, qué placer vivir su goce como el mío propio.

También hubo alegrías aquellos días. Lucas y Marta vinieron una tarde a vernos. Venían a menudo a visitarnos, a hacernos compañía. Y especialmente a ver a Gabriel y darle ánimos. Ese día, después de interesarse por cómo estaba, se cogieron de la mano y nos dijeron que tenían una buena noticia que darnos. Nosotros aguardamos expectantes.

–Nos casamos –dijo Lucas.

Dejé escapar un grito de alborozo y abracé a Marta, dándole la enhorabuena. Gabriel entretanto felicitó a Lucas. También ellos se abrazaron, aunque de manera mucho menos efusiva que nosotras. A continuación cambiamos de pareja. Yo abracé y besé a Lucas y Gabriel, a Marta.

–Mi chiquitina se casa –le dijo mirándola enternecido.

–Llevamos poco tiempo juntos, pero nos queremos, así que... –dijo ella con un encogimiento de hombros.

–¿Para qué esperar más? –concluyó Lucas–. Bueno, no hace falta decir que estáis invitados. Os traeremos la invitación formal más adelante, pero contamos con vosotros, ¿eh?

–Porque venís, ¿no? –quiso asegurarse Marta.

–¡Pues claro! –contestamos Gabriel y yo al unísono.

Marta me pidió que la acompañara a elegir vestido.

–Vendrá también mi madre, pero ella querrá vestirme como un merengue en plan princesita, y de eso nada –me dijo–. Necesito una amiga con buen gusto que me aconseje.

–¿Buen gusto? Pero ¿tú has visto el flotador tan horrendo que ha comprado? –bromeó Lucas, despertando la hilaridad general.

–Cuenta conmigo –le dije a Marta cuando ya se habían cansado de burlarse del flotador–. Te acompañaré a buscar tu vestido.

Se casaban el próximo julio, después de la temporada de conciertos. Yo tenía que llevar a Gabriel a rehabilitación por las mañanas y por las tardes hacía ejercicio y nadábamos un rato en la piscina. Y Marta tenía sus ensayos,

pero nos las arreglaríamos para quedar e ir de tiendas.

En agosto vinieron mis padres. Normalmente éramos nosotros quienes íbamos a Bilbao a pasar unos días con ellos en verano, pero esta vez con la rehabilitación de Gabriel no era posible, de manera que fueron ellos quienes vinieron a pasar unos días a Murcia.

–Así podemos ver también a sus padres –dijo mi madre cuando hablamos por teléfono.

Llegaron con aspecto algo cansado debido al largo viaje, pero el cansancio les desapareció del rostro tan pronto se apearon del coche.

–¡Mamá! ¡Papá!

Corrí a abrazarlos. Ellos me abrazaron a su vez y seguidamente abrazaron a Gabriel.

–¿Cómo estás, Gabriel? –le preguntó mi madre.

–Te veo muy bien –dijo mi padre.

–Estoy mucho mejor, gracias –contestó él–. Ya casi recuperado por completo.

–Nos alegramos mucho de verte así –dijo mi madre–. ¡Menudo susto nos diste!

Gabriel sonrió casi como una disculpa.

–Bueno, ¿y cómo están tus padres? –preguntó mi padre, dándose cuenta de que el “susto” que casi había acabado con la vida de Gabriel era un tema doloroso.

Hablamos mientras sacábamos las maletas del coche. Mis padres no querían que Gabriel cargara con ninguna, pero él les aseguró que podía hacerlo sin problema. Sus brazos y piernas estaban mucho más fortalecidos gracias a la rehabilitación y el ejercicio realizado y podía volver a cargar peso. Aun así, mi padre le dio la maleta que menos pesaba, la suya, y él cargó con la de mi madre.

–Mi mujer ha traído ropa como para vestir a toda Murcia –masculló al cogerla–. ¡Cómo pesa la puta maleta! Menos mal que ahora las hacen con ruedas.

Mi madre estaba hablando conmigo y si oyó el comentario, lo ignoró. Gabriel y mi padre fueron hacia la casa, olvidándose de nosotras, que nos quedamos rezagadas sacando un par de mochilas del coche.

–Está estupendo –me dijo mi madre cuando ellos dos se hubieron alejado lo suficiente como para no oírnos–. Viéndole ahora nadie diría cómo ha estado.

–Ha mejorado muchísimo, pero aún no está bien del todo. A veces pierde fuerza en los brazos. Ya casi no le pasa, pero...

–Solo han pasado cuatro meses desde el accidente. Silvia, hija, al principio ni siquiera podía hablar. Ni andar. Y apenas podía moverse. Y mírale ahora. ¿Qué dicen los médicos?

–Son optimistas. Están convencidos de que la recuperación será total.

–A la vista está. ¡Pero si levanta maletas!

Gabriel y mi padre charlaban en el recibidor sin darse siquiera cuenta de que nosotras no estábamos. Mi padre se estaba interesando por cuándo volvería a dirigir.

–No lo sé –contestó Gabriel–. Tal como estoy ahora no puedo dirigir. Y, además, según el médico no aguantaría el ritmo. Demasiado ajeteo, muchas horas de pie, los ensayos, los viajes... Dice que lo que tengo que hacer es descansar y centrarme en mi recuperación. Está siendo muy largo, Fernando.

–Me lo imagino. Pero lo primero eres tú, ya lo sabes –razonó mi padre poniéndole una mano en el hombro.

Gabriel asintió, más resignado que convencido. Le habían quitado su música. Le habían quitado una parte de él, y la echaba de menos. Llevamos las maletas a la habitación que mis padres siempre ocupaban cuando venían a casa y les dejamos instalarse.

Ramón y Teresa vinieron un par de horas después de haber llegado mis padres. El reencuentro distó mucho de ser como el último. Los abrazos no tenían como objeto consolarnos unos a otros y los ojos llorosos habían sido sustituidos por sonrisas afectuosas y palabras de bienvenida. Cenamos juntos en nuestra casa. Mi madre y Teresa quisieron meterse en la cocina, pero Gabriel y yo les dijimos que ellas eran invitadas y que la cena la poníamos nosotros. No nos complicamos mucho: unas jugosas tortillas de patata fueron la cena perfecta. Gabriel estaba a punto de darle la vuelta a una de ellas. La última vez que lo había hecho, el brazo derecho le había fallado y la tortilla a medio hacer había terminado estrellándose en la encimera de la cocina. Él la había mirado descorazonado y yo le había cogido del brazo inerte y le había ofrecido palabras de ánimo a las que él respondió con un abrazo. Esta vez no ocurrió.

–Bueno, hoy no he arruinado la cena –dijo Gabriel.

–La vez pasada tampoco –repliqué dándole un beso en la mejilla.

Por la mañana nos levantamos más tarde que de costumbre. Era domingo y los fines de semana Gabriel no tenía que ir a rehabilitación. La noche anterior, antes de que sus padres se marcharan, habíamos quedado en ir a dar una vuelta los seis por la soleada Murcia. Gabriel estaba recién duchado y se afeitaba ante el espejo con una toalla sujeta a la cadera. Yo iba a salir del cuarto de baño envuelta en otra toalla cuando Gabriel me sujetó por la cintura y me retuvo.

–Espera. Quédate –dijo.

Su aliento en mi oreja me puso la piel de gallina.

–Gabi, que hemos quedado para... –protesté débilmente.

–Dime que no quieres –me atajó él.

–Sí que quiero.

Me di la vuelta para mirarle de frente. Gabriel se deshizo de mi toalla, dejándola caer al suelo, y yo le quité la suya. Nos besamos. Puse las manos en sus firmes nalgas y él me acarició la espalda. Olía a gel, a loción para después del afeitado. Su piel estaba fresca. Su boca y su lengua, en cambio, ardían. Hicimos el amor en el baño, de pie contra la pared, procurando hacer el menor ruido posible para que mis padres no nos oyeran. El arrasador clímax nos alcanzó al mismo tiempo y clavé mis dedos en sus hombros mientras él recogía mis gemidos en su boca, ahogando a su vez los suyos en la mía.

–¿Otra duchita? –sugirió cuando tuvo aliento como para hablar.

Nos dimos una ducha rápida los dos juntos, nos vestimos a toda prisa y bajamos a desayunar. Mis padres, que se habían levantado hacía un buen rato, tenían ya el desayuno preparado también para nosotros.

–Se os han pegado las sábanas, ¿eh? –bromeó mi padre, a lo que contestamos de la forma más inocente que pudimos.

Mis padres no tardaron en descubrir el maldito flotador y tuvieron que hacer los comentarios de rigor. Gabriel y yo habíamos ido a rehabilitación y al volver nos reunimos en la piscina con ellos. Tomaban el sol tranquilamente sobre el algo descuidado césped. Mi padre, sentado en una silla de playa, leía un libro de historia de la música que había cogido de la biblioteca de casa y mi madre estaba tendida en una tumbona con unas gafas de sol y una cinta recogéndole la media melena rubia, refunfuñando porque Irene no le dejaba

hacer nada.

–Ni la cama –gruñó–. Por cierto, ¿de dónde habéis sacado ese salvavidas tan horroroso? Naranja chillón. ¡Qué cosa más fea!

Gabriel sonrió divertido.

–Lo ha comprado vuestra hija –dijo.

A mi padre le dio la risa.

–Joder, Silvia, has revuelto cielo y tierra para comprar el flotador más feo que has podido encontrar, ¿no? –se burló.

–No creas, parece ser que lo había con los topes en verde fosforito –apuntó Gabriel.

Los dos hombres rieron y mi madre esbozó una sonrisa. Yo fruncí el ceño y me dieron unas ganas irrefrenables de pinchar el flotador y tirarlo a la basura. Si no fuera por la tranquilidad que me daba...

–A Silvia le preocupaba que perdiera las fuerzas estando en el agua –dijo Gabriel, ya serio, explicando de nuevo lo que ya había dicho a sus padres–. Pensó que si yo no podía nadar y teníamos problemas... Bueno, el flotador era una solución.

–¿Pero eso puede pasar? –preguntó mi madre, alarmada–. Gabriel, ¿puedes... puedes perder las fuerzas y ahogarte?

–Tanto como ahogarme...

–Podría mantenerse a flote como en rehabilitación –intervine–. Lo que pasa es que aquí estamos solos y me entró pánico de que pasara algo y no pudiera ayudarle, así que compré el flotador. Fue una tontería.

–No, no lo fue –contradijo mi padre.

Gabriel me rodeó los hombros con un brazo y me besó en la cabeza.

–Claro que no lo fue. Ahora lo que hace es meter el culo dentro y flotar en la piscina a la bartola mientras yo nado –dijo dirigiéndose a mis padres.

–Pues vaya una socorrista que tienes –dijo mi madre.

Las vacaciones de mis padres en nuestra casa llegaron a su fin. Los despedí con pena al tener que separarme de ellos, pero tenían que irse. Yo me quedaba con mi amor, luchando junto a él por su recuperación, cada vez más cercana.

–Quiero pedirte algo –me dijo un día.

Estábamos en el estudio. Gabriel acababa de tocar el piano. Yo le había acompañado al violonchelo. O más bien había sido al revés. De cualquier modo, tocábamos juntos.

–Lo que quieras –contesté.

–Quiero que vuelvas a la orquesta.

–Lo que quieras menos eso. No quiero volver si no la diriges tú.

Gabriel suspiró.

–Cuando te pedí que entraras no quisiste porque era yo el director y ahora no quieres volver porque yo no soy el director. ¿Quién entiende a las mujeres?

–Sigues siendo el director. Sigues siendo el alma de esta orquesta, Gabi.

Él me acarició la mejilla con la mayor ternura del mundo.

–Yo estoy bien, Silvia. Todavía no estoy recuperado del todo, pero lo estaré. Y entonces volveré a dirigir. Pero tú tienes que seguir tocando, tienes que seguir en la orquesta.

–Gabriel, no.

–Has estado todo este tiempo a mi lado –continuó–, me has cuidado y has vivido para mí, pero ya es hora de que sigas con tu vida.

–Todavía no estás bien del todo –objeté–. No puedo volver a la orquesta.

–Sí que puedes.

–¿Y si te pasara algo? ¿Y si me necesitaras en algún momento? Yo no estaría aquí para ayudarte.

–No va a pasarme nada. Además, Irene está en casa todas las mañanas y mis padres viven aquí cerca. Podrían echarme un cable si necesitara algo. Y tú solo estarías ausente durante los ensayos y en los conciertos.

–¿Y las giras? ¿Qué pasa con las giras? No pienso irme y dejarte solo. Ni lo sueñes.

–Tú me esperabas en casa traduciendo tus libros cuando yo me iba. Ahora me toca a mí esperarte.

–No –insistí.

–Solo son dos meses. Y yo estaré bien –añadió al ver que iba a protestar de nuevo–. Si hace falta me voy a casa de mis padres para que te quedes tranquila, pero tienes que volver a la orquesta.

La idea de que volviera a casa de sus padres me hizo sonreír. Me lo imaginaba plantándose allí con la maleta porque a su paranoica mujer le daba miedo que estuviera solo por lo que pudiera pasar.

–La música es tu vida, igual que la mía, y no voy a quitártela –me dijo–. Toca. Y yo iré a verte.

–¿Vendrías?

–Por supuesto que sí –contestó.

No habíamos vuelto a pisar un auditorio desde el accidente. Ni siquiera habíamos ido a los ensayos de la orquesta, aunque sí quedábamos de vez en cuando con algunos de sus miembros. A mí me habría apetecido hacerlo, pero sabía que era un mal trago para Gabriel. Le resultaba duro verlo y no poder estar ahí. No lo decía, no se lamentaba, pero yo sabía que era así. Y ahora me decía que vendría a los conciertos.

–Lo pensaré –dije–. Pero no te prometo nada.

Volví a la orquesta. A pesar de todas mis reticencias y todos mis miedos, volví a la orquesta. Gabriel comenzaba a necesitar su espacio y yo no quería hacerle sentir como un inválido permaneciendo constantemente a su lado. La rehabilitación tuvo su fin en septiembre, aunque seguía teniendo que ir a visitas médicas periódicas. Los fisioterapeutas no podían hacer más por él. A partir de entonces todo dependía de él. Gabriel estaba cada vez más impaciente por volver a su vida normal, a su orquesta, a su música, pero el médico le decía que aún no era prudente. Necesitaba tranquilidad y el trajín de su día a día no era lo más aconsejable por el momento.

Mis compañeros me recibieron con los brazos abiertos cuando me vieron llegar al primer ensayo.

–Te hemos echado de menos –me dijo Santi dándome un beso en la mejilla.

–Y yo a vosotros –contesté.

Y era verdad. Los había echado terriblemente de menos. Me preguntaron por Gabriel, por cómo estaba, por cuándo volvería. Me presentaron al nuevo director, Enrique Velasco, quien me estrechó afablemente la mano y me dio la bienvenida. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años con las sienes plateadas y el pelo castaño salpicado de canas, no muy alto y de constitución fuerte. Su rostro redondo delataba su simpatía y sus vivaces ojos verdes brillaban llenos de inteligencia. Tras intercambiar unas palabras y saludos varios, nos pusimos manos a la obra. A la obra de Beethoven para ser exactos. El maestro Velasco resultó ser un director entregado, capaz y extremadamente competente, pero no le ponía la pasión de Gabriel. Noté el cambio, como lo habían notado mis compañeros antes que yo al final de la temporada anterior. Aun así lo disfruté. Tanto que cuando llegué a casa me sentía un poco culpable por haber estado divirtiéndome mientras Gabriel tocaba solo el piano y hacía sus ejercicios rutinarios. Había estado todo aquel

tiempo sin apartarme de él y de pronto tenía la sensación de que le había abandonado.

–¡Pero qué tonta eres! –me reconvino al decírselo. Me besó en la mejilla para quitarle el agujijón y seguidamente me preguntó por el ensayo, por el director que le sustituía.

–Es muy bueno –contesté–. Pero no eres tú.

–Nadie es imprescindible, Silvia.

–Tú sí. Para mí sí.

Gabriel vino al primer concierto de la temporada. Estuvo entre el público y lo vi de pie, con pantalones negros de vestir y una camisa celeste, aplaudiendo como el que más. Sonreía, orgulloso de ver a sus chicos triunfar de nuevo, aunque no fuera con él. No sonábamos igual y los aplausos fueron más tibios que otras veces. La audiencia no se mostró tan vehemente y las ovaciones no fueron tan entusiastas, pero a Gabriel no parecía importarle en absoluto.

Se organizó un auténtico revuelo tras el escenario cuando entró. La orquesta en pleno abandonó sus conversaciones y corrió a saludarle. Gabriel se vio envuelto en una vorágine de besos y abrazos y a mí me emocionó ver cómo lo querían. También Enrique se acercó a saludarle. Se dieron un apretón de manos y se pusieron a hablar. Entonces Gabriel me vio allí apartada, mirando el alboroto a distancia.

–Silvia...

Corrí hacia él. Y él me estrechó contra su pecho ante la mirada enternecida de toda la orquesta y de mi nuevo director.

Fuimos a cenar al Albergue, nuestro restaurante habitual de las veladas románticas. Cenamos bajo una luz tenue con una agradable música de piano de fondo. Conversamos y brindamos por su recuperación, por nosotros. Gabriel me sacó a bailar y me vi envuelta en sus brazos al tiempo que nos movíamos al son de los suaves compases de la música melódica que estaba sonando. Y ya en casa nos quitamos mutuamente la ropa para seguir sintiéndonos piel contra piel.

Llegó octubre y con él, la gira. Gabriel no pudo incorporarse a ella y le despedí con lágrimas en los ojos.

–No quiero dejarte –dije aferrada a él.

–No me estás dejando; solo te vas de gira. Porque no me estás dejando, ¿no?

Y casi lloro al recordar que un día me lo había planteado.

–No. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Él sonrió y se inclinó sobre mí para besarme.

–Te quiero, Gabi –le dije–. Te quiero mucho.

–Y yo te quiero a ti. Y ahora quiero que te vayas y que lo vivas. Hablaremos por teléfono. Y no te preocupes por mí; yo estaré bien –me aseguró por enésima vez–. Vete tranquila.

Asentí. Aquel día cambiamos los papeles. Hasta que yo entré en la orquesta siempre era él quien se marchaba y yo quien esperaba su vuelta. Ahora era yo quien se iba con el violonchelo auestas y una pesada maleta. Gabriel me ayudó a meterlos al maletero del coche y me besó una vez más.

–Pásalo muy bien. Te llamaré –dijo.

–Gabi, cuídate. Le he dicho a Irene que te deje comida preparada para el fin de semana y así tu madre no tiene que estar pendiente y tú no te metes en la cocina, que miedo me das. Lleva el móvil siempre encendido, ¿eh? Y cualquier cosa, llama. Y no te metas a la piscina estando solo. Ya sé que no ha vuelto a pasarte, pero me quedo más tranquila si me prometes que no vas a meterte en la piscina tú solo.

–Te lo prometo, pesada. Me portaré bien.

Me hizo sonreír. Volví a besarle.

–Te llamaré en cuanto llegue, ¿vale?

Gabriel asintió. Disimulaba bastante bien, pero también él estaba emocionado. Nos dimos un último abrazo, un último beso y me marché.

Le eché de menos. Compartí habitación con Isabel, la violista cuyo primer concierto había sido en el estreno de la película de Christopher Barnes. Nos llevábamos muy bien y teníamos largas charlas, pero yo extrañaba a Gabriel. Le llamaba casi a diario y, si no, me llamaba él. Yo le contaba cómo iban los conciertos y le preguntaba cómo estaba. Él invariablemente me decía que estaba bien, cada día mejor. Había salido a correr y, sí, había estado cocinando y la cocina seguía intacta. Me echaba de menos. Me quería y esperaba mi regreso.

En las críticas y las redes sociales la gente acusaba el cambio de director, pero aun así nos seguían alabando y poniendo por las nubes. Seguíamos

conservando nuestra esencia aun cuando nuestra interpretación hubiera cambiado.

Lo pasamos en grande durante la gira, pero al estar ya cerca de Murcia no veíamos el momento de abrazar a nuestras familias, a nuestros seres queridos. El barullo en el autobús aumentó progresivamente según nos acercábamos a la sede de la orquesta y al bajar del mismo parecíamos un montón de colegiales recién llegados de una excursión en un batiburrillo de voces, instrumentos y maletas. Nos despedimos unos de otros y nos fuimos en busca de nuestros coches para volver a casa.

Paré en una floristería a comprar un bonito ramo de flores silvestres para Gabriel. Me moría de ganas de verle, de besarle, de estar en sus brazos. Él salió a recibirme en cuanto oyó el ruido del motor del coche y yo me apeé y corrí a abrazarle sin molestarme siquiera en cerrar la puerta.

–¡Hola, guapo!

–¡Mi chelista preciosa! –exclamó alzándome por la cintura y haciéndome girar a su alrededor–. ¡Cómo te he echado de menos!

Nos besamos.

–Te he traído una cosa –le dije volviendo al coche.

Saqué el ramo que había dejado en el asiento del copiloto y se lo di. Gabriel lo cogió sorprendido.

–¡Pero si me has traído flores! –rio.

Gabriel siempre me traía flores cuando regresaba de la gira. Esta vez era yo quien se las llevaba a él. Sacó la maleta del coche. Los músculos de sus brazos se marcaron al alzarla. Él se dio cuenta de que le estaba mirando.

–¿Qué?

–Nada, nada –contesté yo.

Sonrió. Cargó con la maleta. Llevaba el ramo en una mano y la maleta en la otra. Yo llevaba mi violonchelo. Él preguntó qué tal el viaje. Yo le dije que bien. Y ya en casa dejamos la conversación para más tarde.

En diciembre dieron de alta a Gabriel. Su recuperación era total. Solo la cicatriz de su cabeza, oculta por el pelo, le quedó como marca del accidente. Nos volvimos locos de alegría. Nos abrazamos, reímos y casi lloramos. Fue el mejor regalo que tuve aquellas Navidades. Fue el mejor regalo que tuvimos todos. Y tiré el dichoso flotador. No quería empezar el año con él en casa por lo que suponía. No quería nada que nos trajera malos recuerdos.

Gabriel se incorporó a la orquesta para el concierto de Año Nuevo. Cuando

salió al escenario los aplausos fueron ensordecedores. La gente se levantó de sus asientos y celebró su vuelta. También nosotros, los músicos, nos levantamos a aplaudir. Las notas de la partitura que tenía delante se emborronaron tras un velo de lágrimas, las líneas del pentagrama se difuminaron. Pestañeeé para ahuyentar las lágrimas. Gabriel se inclinó y saludó al público.

–¡Bienvenido, guapoooo! –gritó una mujer en el auditorio cuando él ya estaba a punto de girarse en el podio.

Los aplausos, que habían empezado a languidecer, se reanudaron con fuerza para azoramiento de Gabriel. Los músicos nos sonreímos unos a otros. Era divertido ver que por un momento no parecía saber dónde meterse. ¿Se había puesto colorado? Gabriel se volvió hacia nosotros y nos sonrió casi con timidez. Nos sentamos. El público se sentó, los aplausos se detuvieron gradualmente y dio comienzo el concierto. Y terminó. Los cimientos del auditorio temblaron. Todo el mundo se puso en pie como una sola persona. Gabriel había vuelto. La Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia volvía a arrasarlo.

Capítulo 14

La temporada pasó volando y dejamos nuestros instrumentos y partituras a un lado para organizarle a Marta una despedida de soltera por todo lo alto. Íbamos todas las chicas de la orquesta, un par de amigas de Marta ajenas a la misma, su hermana y unas primas. Entre todas formábamos un verdadero batallón de mujeres disfrazadas de bailarinas de cancan con un pene de peluche rosa en la cabeza con todos sus atributos. Al de Marta, que llevaba el más grande de todos, le pusimos un velo blanco para distinguir a la novia y nos fuimos a quemar Murcia. Habíamos reservado mesa en un restaurante en el que preparaban menús eróticos para despedidas a cual más vistoso sin dejar por ello de lado la calidad de los mismos.

–Estáis todas locas –decía Marta riendo al ver cada irreverente plato.

No faltó un escultural *stripper* vestido de bombero dispuesto a apagar cuanto fuego se originara. Jaleamos como lobas entre risas y aplausos, admirando su anatomía y soltando alguna que otra burrada al curtido hombre, ya curado de espanto. Y después nos fuimos de copas y a bailar. La fiesta no había hecho más que empezar.

Coincidimos con los chicos en uno de los locales. Unas cuantas nos habíamos animado y estábamos improvisando un baile acorde a nuestro atuendo. Nos levantábamos las faldas y alzábamos las piernas, dejando ver una buena parte de las mismas, ligero y todo, mientras un espontáneo público daba palmas y nos animaba. Entonces entraron Lucas, Gabriel y los demás, que se quedaron con la boca abierta viendo el espectáculo.

–¡Viva la noviaaaaa! –gritó Mónica alzando su copa.

Detuvimos el baile para corear un ¡viva! y brindar por Marta otra vez. Ya habíamos perdido la cuenta de todas las veces que habíamos brindado por la novia, por los novios, por el amor y por todo lo que se terciara.

–Eh, han venido el novio y el resto de la tropa –anunció Isabel.

Miramos hacia donde nos señalaba y vimos a Lucas vestido con una bata de cola roja de lunares blancos, una peluca negra rizada y una flor roja de considerable tamaño prendida a ella. Los demás llevaban un sombrero

cordobés para hacer juego. Lucas nos saludó con la mano y nosotras les hicimos señas para que se acercaran. Terminamos la noche todos juntos. Al llegar a casa, poco antes del amanecer, estaba rendida. Me desnudé y me acosté boca abajo con tan solo las bragas. Gabriel se metió en la cama en calzoncillos, como siempre que hacía calor. Pero a pesar de estar los dos casi desnudos, estábamos demasiado cansados como para seguir con la fiesta.

Nos pasamos el domingo comiendo, durmiendo y haciendo el amor. Nos despertamos casi a las dos, nos duchamos para despejarnos un poco y pedimos comida a un restaurante chino porque a ninguno de los dos nos apetecía cocinar. La cosa empezó tontamente. Yo fregaba los platos y los cubiertos que habíamos usado y Gabriel me abrazó por detrás. Me apartó el pelo a un lado y me besó el cuello, rodeándome la cintura con sus brazos. Me estremecí al sentir sus labios tiernos y cálidos en mi piel y su miembro presionando mis nalgas bajo el ajado pantalón del chándal gris que llevaba puesto.

–Quiero tocarte –dijo contra mi oreja, provocándome un escalofrío–. Quiero hacerte el amor. Te deseo, Silvia. Te deseo tanto...

–Gabriel... –musité.

Tiró del vestido hacia arriba y yo levanté los brazos para que pudiera quitármelo. Después me quitó el sostén y me acarició los senos, mis pezones duros, y yo gemí quedamente cuando sus dedos los pellizcaron. Gabriel bajó las manos por mis costados, por mis caderas y tiró de mis bragas hacia abajo, haciéndolas caer hasta mis tobillos. Las aparté con un pie. Él acarició el suave vello púbico y el bulto que tenía contra mis nalgas aumentó la presión y la dureza. Sentí que me humedecía ante la expectativa de tenerlo dentro de mí. Jadeé. Sentía la tela de su ropa en mi piel. Los dedos de Gabriel se adentraron entre mis piernas, acariciaron los labios calientes y mojados entre ellas.

–Gabriel... –gemí. Me estaba volviendo loca de placer, de deseo. Le necesitaba. Le necesitaba o moriría–. Gabriel... Déjame tocarte.

Quería tocar su piel, deslizar las manos por su pecho, acariciar tus tetillas, su vientre, su polla ardiente.

–No –replicó.

–Gabriel...

Uno de sus dedos frotó suavemente mi clítoris y se me escapó un quejido. Lloriqueé, pero él no tuvo compasión. Siguió tocándome, acariciándome,

invadiendo mi cuerpo con sus dedos, haciéndome gemir. Se detuvo unos instantes. El sedoso glande sustituyó sus dedos pringosos. Me penetró desde atrás de una brusca acometida y yo grité de placer. Su grueso miembro se hundió en mis entrañas. Gabriel palpitaba dentro de mí, me quemaba. Se abandonaba en su refugio al tiempo que estrujaba mis senos con sus manos y torturaba mis pezones. Jadeaba, gemía y yo sollozaba de placer, recibéndole. El movimiento de sus caderas se acrecentó. Y no pudimos más. Me alcanzó un éxtasis arrollador. Grité, sollocé. Gabriel se tensó y sentí un manantial de semen empapándome al tiempo que mi propio placer regresaba una y otra vez.

Nos lavamos y nos vestimos para volver a quitarnos la ropa en el salón. Hicimos el amor en el suelo, cubriéndonos de besos y caricias, sucumbiendo irremediamente al deseo, al más tórrido de los placeres.

–No te vistas –dijo Gabriel conmigo entre sus brazos cuando ya se había apagado el latido de nuestro último orgasmo–. Quédate desnuda. Pasémonos follando toda la tarde.

Y eso fue lo que hicimos: follar toda la tarde. No nos saciábamos el uno del otro. Nos encendíamos una y otra vez. Queríamos más. Solo paramos un poco para preparar algo de cenar. Tras la cena nos dimos un relajante baño juntos. Nos acurrucamos. Nos besamos. Nos bañamos el uno al otro y susurrábamos palabras de amor. Las caricias y el roce de nuestros cuerpos mojados nos inflamaron y terminamos haciendo el amor en la bañera para un rato después amarnos de nuevo en la cama. Terminamos rendidos. Gabriel, con un brazo rodeando mi cintura, cerró los ojos mientras yo acariciaba su pelo. Se quedó dormido antes de que su respiración hubiera vuelto a la normalidad. Me gustaba verlo dormir. Me gustaba contemplar su atractivo rostro, sentir cómo su pecho subía y bajaba al compás de su respiración suave. Y mirándole, me dormí.

Una semana más tarde llegaba la esperada boda de Lucas y Marta. Gabriel y yo nos vestíamos en nuestra habitación. Me puse el vestido corto de color azul que me había comprado para la ocasión con unas sandalias negras de tacones lo bastante altos como para resultar elegantes pero no tanto como para que las sandalias se convirtieran en una tortura. Gabriel se anudaba la

corbata, de un tono granate oscuro, que conjuntaba estupendamente con el traje negro de verano y la camisa rosa mientras yo comprobaba ante el espejo que el recogido que me habían hecho en la peluquería siguiera intacto, así como el maquillaje. Entonces lo miré y le sonreí. Estaba guapísimo.

–Me gusta tener un marido al que no tengo que estar enderezándole las corbatas –le dije.

Gabriel, al igual que yo, no se preocupaba gran cosa por la moda. Por lo general llevaba vaqueros y una camiseta, pero debido a su trabajo estaba más que acostumbrado a vestir de etiqueta, y ponerse una corbata o una pajarita era para él pan comido.

–Enderezas otras cosas, no creas –bromeó.

–Gabriel, que no vamos a la boda.

–Déjame verte –dijo tomándome de una mano para hacerme girar sobre mí misma. La falda del vestido bailó en mis piernas–. Estás preciosa. Siempre estás preciosa.

–Guapo.

Le di un rápido beso en la mejilla y después de comprobar que no le había manchado con el carmín, bajamos a la cocina a por un paquete de arroz y nos fuimos hacia la iglesia.

Se trataba de la misma iglesia en la que nos habíamos casado Gabriel y yo. Aparcamos donde buenamente pudimos entre tanto coche que había por los alrededores. Iríamos al restaurante en uno de los autobuses que se habían fletado para la ocasión.

–Teníamos que haber venido en mi coche, que es más pequeño y mucho más fácil de aparcar –le pinché mientras buscábamos un hueco.

–Tu cochecito es una lata de sardinas. Que yo casi no quepo –replicó él, siguiéndome el juego. Yo me metía con su coche grande. Él, con mi coche pequeño–. A ver cuándo lo llevas al desguace y te compras otro.

–Ni hablar. Mi coche anda perfectamente.

–Sí, después de que el otro día le cambiaras la batería.

–Bueno, pero ahora anda. ¡Mira! Creo que allí hay sitio.

Los invitados íbamos llegando y la multitud era cada vez mayor. Nuestra orquesta se completaba poco a poco. Germán, el conductor del autobús que nos trasladaba de una ciudad a otra, casi no podía creerse que ese día tampoco tuviera que conducir. “Solo me libro en las bodas,” decía. La gente nos miraba con curiosidad y algunos familiares de Lucas y Marta que nos

habían visto tocar alguna vez se acercaban a saludarnos.

Lucas llegó con sus padres y su hermano menor, ataviado con un impecable traje negro hecho a medida, una camisa blanca y una corbata en tonos verdes que hacía resaltar sus ojos del mismo color. Nos abrazó a todos al vernos allí.

–¿Y toda esta gente? –le preguntó una mujer de unos sesenta años–. ¿De dónde ha salido tanta gente?

–Son los músicos de la orquesta, tía –contestó Lucas–. Él es Gabriel, el director; Silvia, su mujer y violonchelista; Javi, oboísta; Santi, concertino; Álex, pianista; Rodrigo, trompa; Isabel, violista; Lucía... –Nosotros íbamos saludando según nos nombraba–. Bueno, mejor te los presento luego, que me caso en nada y no me va a dar tiempo –concluyó Lucas al ver que su tía comenzaba a perderse entre tanto nombre e instrumento.

–Sí, sí, mejor –balbuceó la buena mujer. Se despidió de nosotros y seguidamente puso pies en polvorosa.

–Pura maldad, Lucas –dijo Rodrigo–. Lo tuyo es pura maldad.

Esperábamos a la novia en la iglesia. Lucas estaba en el altar junto a su madre y la orquesta al completo cotorreaba en voz baja. Vi que Lucas se recolocaba la corbata y su madre le daba un manotazo para que se la dejara quieta. Los nervios. La novia se retrasaba un poco y empezamos a impacientarnos, pero finalmente apareció del brazo de su padre. Comenzó a sonar la consabida *Marcha nupcial* de Mendelssohn y ella caminó por el pasillo hacia el altar con el espectacular vestido blanco de organza que había elegido para el día en que se unía a Lucas en matrimonio, con escote palabra de honor, el cuerpo drapeado y ceñido a sus esbeltas caderas para luego abrirse en vuelo. Sonreía emocionada a través del velo. Lucas estaba a punto de derretirse.

El sacerdote que iba a officiar la ceremonia resultó ser el mismo que nos había casado a Gabriel y a mí. Todo transcurrió con normalidad. Varios miembros de la familia de los novios subieron a dedicarles unas palabras y Gabriel lo hizo en nombre de toda la orquesta. El cura le reconoció. Habían pasado casi dos años desde nuestra boda, pero sabía quién era. Y también recordaba, a juzgar por su expresión, no solo la ceremonia tan poco ortodoxa que habíamos organizado en su parroquia, sino también que había una orquesta entera dispuesta a festejar la boda de dos de sus miembros incluso antes de haber salido de la iglesia. Nos miró mientras Gabriel hablaba y

frunció el ceño.

–Que la armonía de vuestro amor dure toda vuestra vida. Nosotros os acompañaremos por la partitura y si hay que poner alguna nota, allí estaremos. Sois muy grandes, chicos –terminó Gabriel–. Muy grandes. Os queremos.

No pudimos ver los rostros de Lucas y Marta, ya que permanecían de espaldas a nosotros mirando a Gabriel, pero vimos a Marta lanzarle un beso.

–¡Qué bonito! –susurró a mi lado Santi–. Ha quedado de pu... de maravilla.

La ceremonia continuó. Quedaba ya muy poco para que finalizara. Miré a Gabriel, sentado junto a mí. Él me devolvió la mirada y me sonrió. Yo apoyé la cabeza en su hombro y él cogió mi mano. Volvería a casarme con él mil veces. Cada día.

Marta y Lucas se convirtieron en marido y mujer. Lucas le levantó el velo y la besó. El bullicio que se organizó en nuestra boda volvió a repetirse. Nos pusimos en pie, aplaudimos, silbamos y alborotamos de lo lindo.

–La próxima boda la celebramos también aquí –dijo Santi, regocijado al ver el rostro del sufrido cura.

–Oh, sí. Podría ser una tradición en la orquesta –le apoyó Mónica.

–¿Queréis cargaros al cura o qué? –les espetó Alejandro–. Miradlo. Le dan sudores y todo.

–Con la que estamos montando... –dijo Javi–. ¡Vivan los novios!

Fue un verano movidito, en el que Gabriel no paró de trabajar. Tras la boda de Marta y Lucas, recibió un encargo para una nueva banda sonora. Esta vez se trataba de una película de corte bélico con una desgarradora historia de amor. Un dramón en toda regla que prometía llenar los cines. Fue la primera vez que participé en la grabación de una banda sonora, la primera vez que toqué música compuesta por Gabriel. No olvidaré jamás la emoción que sentí al dotar de vida a su partitura junto a mis compañeros.

Utilizó la música del documental que había hecho pedazos tiempo atrás. Hizo algunos cambios en la instrumentación, en los tempos, en las armonías. Seguía siendo un tema desgarrador, pero el dolor de Gabriel y su desesperación ya no estaban allí. Se los cedió a la protagonista femenina de la película. Su amado partía a la guerra y ella no sabía si volvería a verlo. Pero

ahora la música tenía un destello de esperanza. Eso no evitó que me conmoviera al tocar aquel tema y que mis ojos quedaran velados por las lágrimas del recuerdo.

Al mismo tiempo que la componía, tuvo que preparar la siguiente temporada de conciertos, incluyendo la gira. Y por si eso fuera poco, recibió también una entusiasta llamada de Merche. Nos invitaban a participar en un conocido festival de música clásica que se celebraba en Londres a mediados de septiembre. Acudían a él orquestas de renombre y afamados directores. Gabriel aceptó encantado la invitación. Esa vez, junto a sinfónicas y filarmónicas de Viena, Praga, Londres y Berlín, entre otras ciudades europeas, iba a estar también una sinfónica de la modesta y sencilla Murcia. Parecíamos tan pequeñitos con aquel cartel... Pero eso no nos amilanó; más bien al contrario. Gabriel comenzó a mandar correos electrónicos. “Siento estropearte las vacaciones...”, comenzaba. A nadie le importó.

Llegamos a Londres una brumosa mañana gris, fría y desapacible. Un autobús nos trasladó desde el aeropuerto de Heathrow hasta el hotel donde íbamos a alojarnos, no muy lejos del Royal Albert Hall. Lloviznaba. La fina lluvia golpeaba suavemente los cristales del autobús, pero estábamos demasiado excitados como para que nos importaran el frío y el mal tiempo. Para muchos de nosotros, incluida yo, era nuestro primer concierto en el extranjero. Y nada menos que en el Royal Albert Hall.

Gabriel se mostraba resuelto y de lo más tranquilo. Parecía que fuéramos a tocar en la plaza del pueblo y no a compartir escenario con famosísimas orquestas. Nos instalamos en el hotel. Teníamos ensayo en un par de horas. Gabriel miraba las partituras sentado en el escritorio de la habitación y de vez en cuando hacía alguna que otra anotación. Yo le observaba en silencio, recostada en la cama intentando contener mi nerviosismo. Él ya había dirigido en aquel auditorio al frente de la London Symphony Orchestra. Había cambiado las grandes orquestas en las que había dirigido por la suya propia. Se había hecho un nombre trabajando durísimo, perdiendo horas de sueño y renunciando a muchas cosas. Ahora recogía todo lo que había sembrado.

–Estás muy seria –dijo de pronto alzando la mirada de las partituras para posar sus ojos castaños en mí.

–Te miraba –le dije sonriendo–. ¿Qué sientes al volver a dirigir aquí?

–Me gusta la idea. Es la primera vez que tocamos fuera de España. Que

nos hayan invitado a este certamen es cojonudo. Nos dará un buen empujón también a nivel internacional.

Me levanté de la cama y fui hacia él. Le rodeé el cuello con los brazos por detrás de la silla en la que estaba sentado y puse mi cabeza sobre la suya. Él cogió mis manos y yo besé su mejilla.

—¿Qué sientes tú al tocar aquí? —me preguntó.

—Me siento como Paco Martínez Soria en *La ciudad no es para mí*.

Gabriel sonrió.

—Es solo un auditorio —dijo.

—Es uno de los auditorios más importantes del mundo.

—Y nosotros una de las orquestas elegidas para tocar en él.

El Royal Albert Hall, con un aforo de ocho mil personas, era imponente, majestuoso. Estaba inspirado en los anfiteatros romanos y había sido diseñado por el capitán Francis Fowke. Iba a haberse llamado The Hall of Arts and Sciences, pero en última instancia fue dedicado a la memoria del esposo de la reina Victoria, quien colocó la piedra base. El órgano, con unos diez mil tubos, era uno de los más grandes del mundo.

Asistían al concierto celebridades y gente de la alta sociedad y más de un músico era incapaz de ocultar sus nervios en los camerinos. Durante los ensayos en el auditorio vacío los nervios se fueron aplacando. Únicamente teníamos que tocar como lo habíamos hecho siempre.

Al salir al escenario nos recibió un público más bien frío que aplaudió cortés y educadamente, pero sin ningún tipo de entusiasmo. Santi cumplió con su cometido. Afinamos bajo su dirección y un instante después entraba Gabriel. Los aplausos esta vez fueron más calurosos, más vehementes. Le precedía su fama como director de orquesta y compositor de bandas sonoras. Era sobradamente conocido tanto por melómanos como por cinéfilos y en el Royal Albert Hall había tanto de lo uno como de lo otro. Saludó al respetable y se volvió hacia nosotros confiado, batuta en mano. Comenzábamos.

El auditorio estaba lejos de llenarse; se veían butacas vacías por doquier e incluso zonas enteras en las que no había nadie, pero recompensamos a los asistentes con un concierto memorable. Pusimos pasión a lo que hacíamos. Nos fundimos con la música y los instrumentos hablaron bajo la dirección de Gabriel, que permanecía sereno en el podio contagiándonos su vitalidad. Ninguna orquesta logró eclipsarnos. Cuando el concierto terminó, cuando Gabriel bajó sus brazos y nosotros nuestros instrumentos se oyó un silencio

sepulcral durante unos breves segundos. Y de pronto la gente se levantó y empezó a aplaudir enfervorizada. Nadie se había quedado sentado en su asiento. El público vibraba y aplaudía enardecido. Incluso oímos varias ovaciones. Sus voces, sus aclamaciones, resonaban por el auditorio. Siguieron aplaudiendo una vez Gabriel se hubo marchado, pidiendo más. Y no les defraudamos. Gabriel regresó y los obsequiamos con un par de besos que acogieron de buen grado.

Aún sonaban los aplausos cuando nos retiramos ordenadamente del escenario. Nuestro director nos esperaba. Nos dio la enhorabuena, orgulloso de nosotros. Había visto ese orgullo en cada concierto. Estaba en su mirada, en su rostro. Éramos su amada orquesta.

–¿Habéis visto eso?! ¡Les ha encantado!

–¡Qué momento ese en el que nadie ha movido un dedo!

–Yo creía que ni siquiera iban a aplaudir.

–Uf, ¡qué mal rato!

–Nos hemos superado, chicos.

–¡Qué pasada!

Todos hablábamos a la vez. Todos nos felicitábamos unos a otros y nos abrazábamos. Habíamos triunfado también en Londres.

Nos íbamos a la mañana siguiente. Esa noche en la cama curioseaba las redes sociales de la orquesta desde mi móvil. La gente que nos seguía había aumentado tras el concierto y muchos de los comentarios eran de los ingleses que nos habían añadido. Estaban entusiasmados y deseaban volver a escucharnos. Decían que teníamos que volver, que tocáramos más veces en Londres, que estarían pendientes de nosotros. Nos felicitaban. Nos alababan.

El asunto se repitió en la prensa. No pude resistir la tentación de comprar un par de periódicos para ver qué decían de nosotros, si es que decían algo. Y no fui la única. Nos intercambiábamos los diarios en el aeropuerto mientras esperábamos nuestro vuelo y leíamos en voz alta las magníficas reseñas que nos dedicaban.

–“Surgieron de la nada, se elevaron al cielo y ahora, imparables, surcan la gloria” –leí en uno de ellos.

–“Ninguna orquesta volverá a sonar igual tras escuchar a la Orquesta Sinfónica Ciudad de Murcia” –leyó Santi–. ¡Toma ya!

–“La pequeña orquesta murciana se revela como la más grande del festival” –leyó Javi.

–Gabriel, también hablan de ti –dijo Marta–. ¿Quieres que te lo lea?

–¿Tengo opción? –preguntó él.

–No.

Y a continuación se puso a leer un extenso artículo dedicado a nuestro querido director en el que le elogiaban sin reservas. Cuando Marta terminó de leer, todos aplaudimos. Gabriel sonreía azorado. La gente pasaba y nos miraba extrañada, probablemente preguntándose qué hacía un grupo tan numeroso de gente de celebración en el aeropuerto.

Tras nuestra andadura en Londres, volvimos a nuestra vida normal: a nuestros ensayos, a nuestros conciertos. Grabamos la banda sonora de la película en Madrid y en pocos días nos iríamos de gira.

Desperté una mañana con el estómago revuelto. Me quedé acurrucada en la cama pensando que se me pasaría, pero no fue así. De pronto sentí náuseas y me levanté corriendo al cuarto de baño con una mano en la boca.

–Silvia...

Gabriel, alarmado, me siguió. Vomité arrodillada ante el inodoro y él me sostuvo mientras yo echaba hasta la primera papilla. Cuando dejé de vomitar, me recostó contra él, me limpió la boca y me humedeció el rostro con una toalla. Yo cerré los ojos, mareada.

–¿Estás mejor? –me preguntó.

Asentí.

–Te llevo al médico –dijo.

–Ni hablar –repliqué–. He debido de comer algo que me ha sentado mal.

–Yo he comido lo mismo y estoy bien.

–Tú tienes un estómago a prueba de bombas. Solo he vomitado, Gabriel. Ya está.

–Estás pálida como la cera. Y estás sudando.

–Desayuno y se me pasa.

–Deberías quedarte en casa. No vengas hoy al ensayo.

–Vale.

–Me quedaría más tranquilo si te viera un médico –insistió.

–No hace falta, Gabi. Tenía el estómago revuelto. No me hace falta un médico, de verdad.

Nos duchamos, nos vestimos y bajamos a la cocina a desayunar. Gabriel se

empeñó en prepararme una manzanilla que me asentara el estómago y de nada sirvió que yo le dijera que no me gustaba la manzanilla y que ya estaba bien. Me plantó un vaso de infusión humeante delante de las narices y casi sentí náuseas de nuevo ante su olor. Asimismo, me puso un succulento desayuno compuesto de un bol grande de cereales, tostadas, mermelada, zumo de naranja, magdalenas y hasta galletas rellenas de chocolate. Irene llegó a hacer sus tareas y Gabriel le encomendó mi cuidado.

–Si ves que se siente mal, me llamas –le dijo.

–Vete tranquilo –contestó ella–. Se queda en buenas manos.

Él sonrió agradecido, me dio un beso y un pequeño achuchón y se marchó camino de la sede.

Después de comerme el delicioso desayuno que me había preparado Gabriel, me sentía estupendamente, así que le dije a Irene que me iba al ensayo. No había ningún motivo por el que me tuviera que quedar en casa. Ella puso objeciones y dijo algo sobre que Gabriel iba a matarla, pero me fui de todos modos.

Al entrar en la sala de ensayos todos los ojos se volvieron hacia mí.

–Perdón –murmuré yendo hacia mi sitio violonchelo en mano–, siento el retraso.

–¿Tú qué coño haces aquí? –me espetó Gabriel, ceñudo.

Me quedé plantada donde estaba y lo miré.

–He venido al ensayo –respondí.

–Te dije que te quedaras en casa.

–Estoy bien, Gabriel.

–No es eso lo que me ha parecido antes de salir.

–Bueno, pero ahora estoy bien. Ya se me ha pasado.

Mis compañeros estaban allí sin saber muy bien qué hacer ante la discusión de pareja que se había originado inesperadamente. El director en aquel momento era el preocupado marido de la violonchelista que llegaba tarde por haberse encontrado indisputada. Gabriel, consciente de ello, no dijo nada más. Me lanzó una mirada reprobatoria y vi su mandíbula tensa, como cuando quería decir algo y tenía que contenerse.

–Muy bien –gruñó–. Ve a tu sitio entonces.

Yo obedecí. Sabía que cuando el ensayo terminara, Gabriel comenzaría a soltar sapos y culebras, pero por lo pronto se limitó a dar indicaciones y a decirnos qué quería de nosotros, cómo quería que hiciéramos sonar nuestros

instrumentos. Nos detalló cada matiz, cada sentimiento. Era maravilloso ser dirigido por alguien que sentía así la música. Sin embargo, el productivo ensayo tenía que terminar en algún momento. Todos mis compañeros resultaron tener una prisa inusual. Se interesaron por mi bienestar y se marcharon a diversos quehaceres de lo más urgente, dejándonos solos a Gabriel y a mí.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —me soltó sin más preámbulos—. Te había dicho que no vinieras hoy al ensayo.

—No me digas lo que tengo que hacer —repliqué irritada, molestándole aún más.

—¡Maldita sea, Silvia! ¡Podrías haberte encontrado mal por el camino! ¡Podrías haberte mareado otra vez y haberte dado una hostia con el coche!

—¿Y por qué iba a marearme otra vez? ¡Me encuentro perfectamente! ¿O es que no lo ves?

—¡Pues no, no lo veo! ¡Estás pálida, joder! Mañana te llevo al médico aunque tenga que llevarte a rastras.

—¡No te atrevas!

—¡Puedes apostar a que sí!

—¡Y no me grites con la batuta en la mano!

Entonces se dio cuenta de que seguía sujetando la batuta y prácticamente me amenazaba con ella. La dejó sobre su atril de forma brusca con un golpe seco.

—Mira, Silvia... —comenzó, volviéndose de nuevo hacia mí. El dedo índice de su mano derecha se alzaba amonestador.

En aquel momento se oyeron unos golpecitos en la puerta y esta se abrió, dando paso a Merche.

—Gabriel, han llegado las... ¿Interrumpo?

—No —dije yo.

—¡Sí! —dijo él a la vez.

Y Merche desapareció, cerrando la puerta tras ella. Al fin y al cabo, Gabriel era el jefe.

—Estás montando un drama solo porque esta mañana he vomitado —le dije.

—Estabas mareada.

—Bueno, ¿y qué? Ya se me ha pasado. Me habrá bajado un poco la tensión; no hace falta exagerar.

—No estoy exagerando. Me preocupa que te hayas encontrado mal. Me

preocupa lo que podría haberte pasado si...

No terminó la frase y yo sentí que, al igual que a él, se me pasaba el enfado.

–Oye, lo siento –le dije–. No pensé en que podría haberme dado otro mareo conduciendo. Si vuelvo a encontrarme mal, te prometo que iré al médico, ¿vale?

Me abrazó y me dio un beso en la frente.

–Voy a ver lo que quería Merche –dijo–. La he espantado de mala manera. Ven conmigo, anda. No tardaré mucho. Y luego te llevo yo a casa; ya te llevarás el coche mañana.

–De acuerdo.

Lo bueno de las peleas eran las reconciliaciones. Esa tarde me acerqué a Gabriel, que estaba sentado en el sofá leyendo una partitura, y se la quité de las manos.

–Silvia... –comenzó a protestar.

Lo silencié con un beso. Me puse a horcajadas sobre él y comencé a soltarle los botones de su camisa negra.

–Siento haberte preocupado esta mañana –le dije volviendo a besar su boca.

–Silvia... –su tono había cambiado. Estaba teñido de deseo.

Le quité la camisa y la dejé caer al suelo junto a las partituras. Le acaricié el pecho y le besé el cuello. Lo sentí estremecerse.

–Había pensado en compensarte –murmuré–. Pero si estás muy ocupado... No quisiera interrumpir tu trabajo.

Me quité la vieja camiseta de Gabriel que llevaba puesta, quedándome en ropa interior.

–Puede esperar –replicó él.

–¿Estás seguro? Me ha parecido que protestabas.

–No. Bueno, sí, pero... No.

Me había quitado el sostén. Gabriel me acarició con la mirada antes que con las manos. Solté el botón de sus vaqueros azules y seguidamente bajé la cremallera, rozándole al hacerlo. Me quité de su regazo y tiré de sus pantalones y de sus calzoncillos al mismo tiempo. Le quité los calcetines. Yo me quité las bragas y volví a ponerme a horcajadas sobre él. Lo besé. Nuestras lenguas bailaron. Sus manos se posaron en mis caderas y las mías acariciaron sus pectorales, su vientre liso, sus fuertes brazos. Él recorrió mis

muslos y mi espalda, mis costados, mis senos.

Tomé su miembro en mi mano. Rocé la delicada corona aterciopelada con un dedo. Lo acaricié en toda su longitud, lo sentí hincharse y endurecerse. Palpitaba con vida propia, latía en mi mano, caliente y rígido. La respiración de Gabriel se agitó mientras yo acariciaba su dureza, su piel suave. Lo guie entre mis piernas y me empalé en él. Su miembro candente me llenaba, duro e implacable. Moví mis caderas sobre él, aprisionándolo, excitándolo hasta que se estremeció y se vació en mí. Y nos quedamos un rato abrazados, recuperándonos de un orgasmo que nos había dejado sin respiración.

A la mañana siguiente volvía a tener náuseas y Gabriel se preocupó de veras. Accedí a ir al médico sin poner objeciones; seguramente había pillado algún virus o algo de eso. Me levanté para ir a ducharme y sentí un ligero vahído.

–Gabi...

No sentí más. Las piernas me fallaron y me desplomé.

–¡Silvia! ¡Silvia!

Gabriel me llamaba a gritos. Sentí que me sacudía y que me daba cachetes en las mejillas. Al abrir los ojos me vi en sus brazos. Su rostro estaba lívido de angustia.

–Gabi... –musité.

Me sentía débil y mareada.

–Silvia... Te has desmayado –me dijo–. Voy a llamar al médico.

Me cogió en brazos y me dejó sobre la cama. Me arropó hasta los hombros como a una niña. Me acarició el rostro y me dio un beso en la sien.

–No, Gabi, espera. –Le cogí de la mano en el momento en que se disponía a ir hacia la mesita del otro lado de la cama, donde estaba su teléfono móvil. Ya sabía lo que me pasaba, y no era ningún virus. ¿Cómo se me podía haber pasado por alto algo tan evidente?–. Estoy bien.

–Sí, de puta madre.

–No me ha venido la regla. Creo... Creo que estoy embarazada.

Se quedó de piedra. Primero me miró como si pensara que había oído mal y luego su rostro mostró una expresión mezcla de sorpresa e incredulidad.

–¿Qué? –barbotó–. ¿Embarazada? ¿Cómo que...? ¿Embarazada?

Asentí.

–¿Te acuerdas de que con toda la movida del concierto en Londres, el viaje y todo eso olvidé cambiarme el parche cuando me tocaba?

Sus ojos se abrieron. Claro que se acordaba. ¿Cómo no iba a acordarse? Habíamos tenido que usar condones hasta que se regulara la cosa, pero aquellos días en los que estuve sin las hormonas anticonceptivas que me proporcionaba el parche también habíamos hecho el amor hasta que me di cuenta del olvido. Y después no siempre habíamos usado condones. En una ocasión nos dimos cuenta de que se nos habían terminado en pleno calentón y no era el momento de ir a comprar más. Tampoco pudimos parar. Mi cuerpo le anhelaba y él tenía una erección descomunal. Se suponía que era un día seguro. Se suponía que las hormonas del nuevo parche estaban haciendo su efecto. Se suponía que yo no estaba ovulando. Habíamos supuesto demasiadas cosas.

—¿Cómo ha podido pasar? —murmuré.

—Silvia, amor, si quieres te lo explico —bromeó.

—Eso no. Me refiero a olvidarme del parche. ¿Cómo pude olvidarme del parche? Y el de después no ha servido de nada después de... Ay, Gabi...

Gabriel se sentó a mi lado en la cama. Yo me incorporé y él me estrechó contra sí. Me acarició la espalda, el pelo revuelto.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó.

—Sí.

—Estás embarazada.

Había alegría en su voz. Estaba emocionado. Me apartó un poco de él y tomó mi rostro entre sus manos, lo acarició con devoción.

—Estás embarazada —repitió.

Su sonrisa me llegó al alma. Sus ojos brillaban. Me besó. Besó tiernamente mis labios y sus brazos me rodearon de nuevo. Sentí el calor de su piel, el calor de su abrazo, el calor de su beso.

—Silvia... Silvia... ¿Estás segura? —preguntó.

—Segura, segura... Tendría que hacerme una prueba, pero teniendo en cuenta que no me baja el periodo y tengo náuseas...

—Iré a por un predictor en cuanto abran la farmacia y salimos de dudas.

—Vale.

—Es maravilloso —dijo—. Es... Imagínate, una Silvia con tus ojos y tu sonrisa. Un pedacito tuyo y mío... Un hijo, Silvia. Un hijo de los dos. No lo esperábamos, pero... Va a ser la niña más querida del mundo. Y será preciosa. Tan preciosa como tú.

Sonreí. Gabriel hablaba con tanto cariño de la vida que había comenzado a

gestarse en mi vientre que me conmovió. Las lágrimas acudieron a mis ojos.

–No llores, tonta –me dijo–. Ha sido el mejor descuido que podíamos tener. Te quiero. Te quiero como nunca he querido a nadie.

–Gabi...

–Te quiero muchísimo.

Me abrazó de nuevo y me mantuvo contra él hasta que yo recuperé la compostura. Después fue a ducharse. Se vistió con lo primero que encontró y tan pronto Irene estuvo en casa, salió en dirección a la farmacia más cercana, no sin antes darme un beso en los labios y otro en la tripa. Cuando se fue, pensé que si resultaba ser una falsa alarma y no estaba embarazada se iba a llevar una desilusión.

También yo me duché y me vestí, pero me quedé recostada en la cama. Puse las manos en mi vientre. Un hijo. Un hijo de Gabriel. Pensé cómo sería tenerlo en mis brazos, verle crecer, de qué color tendría los ojos, el pelo, a quién se parecería... Yo quería que fuera noble y dulce como él, que tuviera su fuerza, su gran corazón, su generosidad.

Gabriel no tardó en volver. Me tendió la cajita con la prueba y yo entré en el cuarto de baño, hice lo que tenía que hacer y salí con ella en la mano. En breve, el aparatito confirmaría o no mi embarazo.

Aguardábamos impacientes el resultado sentados en el borde de la cama. Los nervios de Gabriel aumentaban por segundos. A pesar de que hubiera sido un descuido, estábamos ilusionados. Un hijo. El fruto de nuestro amor. Entonces aparecieron dos rayas azules bajo nuestra atenta mirada.

–Estoy embarazada –dije–. ¡Gabriel, estoy embarazada!

Él soltó una exclamación de puro alborozo y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Yo le rodeé con los míos. Íbamos a ser padres. Gabriel me cubrió de besos, de ternura. Cuando la euforia pasó me dijo que tenía algo para mí. Salió del dormitorio y volvió a entrar con un ramo de flores para mí y un sonajero rosa para el bebé.

–¡Gabi! –exclamé–. Oh, Gabi... –Le besé–. ¿Por qué tengo la sensación de que quieres una niña?

–Va a ser niña –replicó–. Va a ser una niña tan hermosa como su madre.

La matrona me atendió esa misma mañana. Me recetó unas pastillas para contrarrestar las náuseas matutinas, me dio unos consejos sobre cómo evitarlas y me aseguró que desaparecerían por sí solas en cuanto mi cuerpo se hubiera habituado a su nuevo estado. Por último, organizó la cita con el

ginecólogo que llevaría mi embarazo a partir de entonces. Gabriel había llamado a Santi para decirle que esa mañana no acudiría al ensayo y le dejó a cargo de la orquesta. Santi se interesó por mí, pero Gabriel no quiso darle la noticia por teléfono. Solo le dijo que tenía unas molestias e iba a acompañarme al médico, pero que no era nada preocupante.

Al salir de la consulta y recoger la receta en la farmacia, fuimos a casa de los padres de Gabriel. Queríamos compartir nuestra alegría con ellos. Después llamaría a mis padres para decirles que iban a ser abuelos de nuevo.

Teresa nos abrió la puerta y nos hizo pasar. Nos saludó con su buen humor habitual y nos invitó a comer. Nosotros aceptamos gustosos la invitación y ella sonrió, satisfecha de tenernos sentados a su mesa.

–Que en nada os vais de gira y no os vemos el pelo hasta noviembre o diciembre –dijo–. Voy a llamar a Ramón para que traiga más pan, que ha salido a por los recados.

Lo llamó de inmediato. Le dijo que los chicos se quedaban a comer y le pidió que comprara una barra más de pan.

–Y a todo esto, ¿vosotros no tendríais que estar ensayando? –nos preguntó al colgar.

–No. Hoy es un día muy especial –contestó Gabriel rodeándome los hombros con un brazo.

–Oh. ¿Y qué es tan especial, si puede saberse?

–Que estamos embarazados –dije yo poniendo una mano sobre mi vientre.

–¿Embar...? ¡¿Estás embarazada?! –Asentí–. ¡Ay, Silvia, qué alegría! ¡Qué alegría tan grande! Enhorabuena.

Me abrazó.

–Tú embarazada. ¡Pero si ya habíamos dado por sentado que no ibais a tener hijos! ¿De cuánto estás?

–La matrona me ha dicho que de unas dos semanas.

–¿Y te sientes bien? Estás un poco pálida.

Le conté lo de las náuseas matutinas.

–Ahora con las pastillas te encontrarás mejor, ya verás. Gabriel, hijo, dame un abrazo. ¡Qué alegría! –repitió.

Ramón no tardó en llegar con un par de barras de pan y algunas cosas más. Cuando supo que esperábamos un bebé nos abrazó. Primero a mí. Luego a su hijo. Me preguntó cómo me sentía y aseguró que iban a preparar una comida que me iba a quitar la palidez del rostro de inmediato.

Pasamos una buena parte de la tarde con ellos y, de vuelta en casa, llamé a mi madre para decirle que Gabriel y yo íbamos a ser padres.

–¡Silvia!

–Hola, mamá.

–Ya era hora de que llamas. Que tú entre tu música, los conciertos y todo eso ni te acuerdas de tu familia –me reprochó.

–No empieces, mamá, que tengo una buena noticia que darte.

–Déjame adivinar. Venís a Bilbao.

–No.

–Os han dado otro premio.

–No.

–Vais a volver a tocar en el extranjero.

–No vas a acertar ni en un millón de años. Estoy embarazada.

–¡¿Embarazada?! ¿Tú?

–Pues claro –contesté–. No va a ser Gabriel.

–No me lo puedo creer. ¡Pero si con el piano y el violonchelo ya parecíais tener bastante! ¡Ay, hija, enhorabuena! ¡Pero qué ilusión, madre mía! Ya verás cuando se enteren tu padre y tu hermana. ¿Y tú cómo te sientes? ¿Estás bien?

–Tengo náuseas por las mañanas, pero la matrona me ha recetado unas pastillas.

–Tienes que cuidarte. Y comer bien, que ahora en tu estado es importante. No me habías dicho que estabais buscando un niño.

–Bueno, es que...

A ver cómo le decía a mi madre que había sido un descuido. Pero no hizo falta.

–¿A que la has liado con la píldora? –aventuró.

–No tomo píldora, mamá. Pero sí, la he liado.

–Ya me parecía a mí... ¿Y cómo se lo ha tomado Gabriel? Porque no parecen entusiasmarle los niños precisamente. Y a ti tampoco, a decir verdad.

Miré a Gabriel, que estaba sentado a mi lado escuchando la conversación. Sonrió, acertando con precisión meridiana el tema que había tocado mi madre.

–¿Gabriel? Encantado de la vida –contesté–. Esta mañana me ha traído un sonajero para la niña.

–¡¿Niña?! ¿Es una niña? ¡Pero ¿tú de cuánto tiempo estás?!

–De unas dos semanas o así. El ginecólogo me concretará más cuando vaya. Es que Gabriel quiere una niña.

–Pues sí que está encantado, sí. Dile que no se ponga a comprar a lo loco hasta no saber el sexo del bebé. A ver si se va a poner a comprar vestiditos y va a ser niño. Estos hombres... ¿Y tú qué quieres que sea?

–A mí me da igual. Es el primero.

–Pásame el teléfono, anda –me dijo Gabriel entonces tendiendo la mano.

–¿El primero? O sea, que vais a tener más –decía mi madre en aquel momento.

–Mamá, no agobies, que me acabo de embarazar. Te paso a Gabriel, que quiere saludarte.

Le pasé el móvil sin esperar la respuesta de mi madre.

–Hola, suegra –dijo Gabriel. Reí entre dientes. A mi madre le daba mucha rabia que la llamaran “suegra” y Alberto, que lo sabía, no hacía otra cosa. Ahora Gabriel hacía otro tanto–. Sí, ha sido toda una sorpresa, pero nos ha hecho muy felices saber que vamos a ser padres –continuó diciendo–. Claro que voy a cuidarla. Ahora más que nunca. –Me acarició la mejilla con el dorso de los dedos, mirándome enamorado, y yo cogí su mano–. ¿Eh? Ah, no, si es un niño tampoco me importa. –Una pausa–. ¿Contento? Contento es poco. Creo que voy dejando un reguero de babas por donde paso. –Una nueva pausa–. Gracias, Amelia... Sí, claro que sí. Cuando queráis. Te la paso. Un beso.

Gabriel volvió a darme el teléfono. Mi madre me dio infinidad de consejos sobre cómo cuidarme. Me prometió que vendrían a Murcia a estar conmigo cuando diera a luz y nos despedimos.

–Deberías llamar también a tu padre antes de que tu madre se te adelante y le dé su versión. “Tu hija pequeña ha metido la pata con los anticonceptivos y el salido de su marido le ha hecho un bombo” –me dijo Gabriel.

–Mi madre no piensa que seas un salido –reliqué divertida–. Lo que piensa es que somos un par de depravados que nos pasamos el día dándole como conejos, sobre todo desde que nos pilló en la cocina este verano.

Gabriel se echó a reír al recordarlo. En un momento en que habíamos estado solos en la cocina mientras los demás charlaban en la sala, nos había dado un arrebató de deseo y mi madre había entrado justo cuando nos estábamos besando apasionadamente. Mis dedos se habían enredado en el pelo negro de Gabriel y sus manos estaban sobre mis nalgas. Y no pasaba ni

pizca de aire entre los dos.

–Esas manos, que luego van al pan. –La voz de mi madre nos sobresaltó y nos separamos de inmediato–. Siento interrumpir vuestro momento de intimidad –continuó ella impertérrita con las manos en las caderas–. Ya que no podéis esperar hasta la noche, ¿podrías, por favor, seguir en vuestra habitación?

–Mamá, que solo nos estábamos besando, eh –me defendí.

–Sí, claro. Solo. Porque he llegado yo, que si no...

–Yo mejor voy llevando el café a la sala –dijo Gabriel con las mejillas ligeramente sonrojadas.

Mi madre le dio una palmadita cariñosa en un brazo.

–No creas que no sé que le tocas el culo a mi hija –le dijo.

–¡Mamá! –protesté.

–Es que con ese culo no puedo evitarlo. Se me van las manos –replicó Gabriel. Y añadió con un guiño, dirigiéndose a mí–: Seguimos por la noche donde lo hemos dejado.

Salió de la cocina con la jarra de café y mi madre me miró.

–Me gusta veros así –me dijo.

–¿Enrollándonos en la cocina?

–Enamorados.

Hice caso a Gabriel y llamé a mi padre. Acababa de salir de un ensayo y estaba en un bar con unos amigos, compañeros de la orquesta. Al principio apenas podía creerlo y después se volvió loco de alegría. Su niña iba a ser madre. Me dio la enhorabuena, dio la enhorabuena a Gabriel, con quien también habló, y oí cómo le decía a sus amigos que iba a tener un nuevo nieto. Se originó una buena algarabía y comenzaron a pasarse el teléfono unos a otros para felicitarme. Cuando el móvil volvió a sus manos me preguntó, al igual que había hecho mi madre, cómo me encontraba y me prometió que irían a verme en cuanto pudieran. Se despidió de mí emocionado, diciéndome que iba a invitar a una ronda a los músicos que estaban con él y a toda la Filarmónica de Bilbao tras el ensayo del día siguiente.

La orquesta armó un buen revuelo al saber que la causa de todos mis males era el bebé que estaba en camino. Me abrazaban, me tocaban el vientre todavía plano y hacían cábalas sobre si sería niño o niña y sobre el instrumento que tocaría, dando por sentado que sería músico.

–Con los padres que le han tocado no puede ser otra cosa –razonó Santi.

Cada uno decía que tocaría su instrumento, de modo que los violines llevaban clara ventaja sobre el piano o el arpa, entre otros.

–Mira, mientras no sea director... –me dijo Marta.

–¡Eh! –protestó Gabriel.

Nos fuimos de gira. Llegaron y pasaron las Navidades. Siguieron los conciertos. Incluso tocamos en Londres de nuevo. El éxito que tuvimos en el festival de septiembre nos precedía y en aquella ocasión acudió a vernos más gente. También nos invitaron a tocar en Praga y en Lucerna. Habíamos despegado internacionalmente.

Durante aquel tiempo mi vientre fue creciendo al tiempo que crecía la nueva vida que se gestaba en su interior. Las ecografías mostraban los miembros del bebé cada vez con más claridad. Veíamos su cabeza, sus bracitos y sus piernas encogidas y oíamos su corazón latiendo con fuerza. Un diminuto pene desveló que era un niño, pero a Gabriel, que desde el principio había declarado su deseo de que fuera niña, no le importó lo más mínimo. Estuvo en todo momento pendiente de mí. Siempre lo estaba. Siempre era atento y cariñoso conmigo, pero durante el embarazo me mimó como nunca. Masajeaba mis pies hinchados al cabo del día y acariciaba con infinita ternura mi cada vez más voluminosa barriga.

Comencé a notar movimiento en mi interior. Veía las ondulaciones que causaba nuestro hijo al moverse y entonces, si Gabriel estaba cerca, cogía sus manos y las ponía en mi barriga para que él también lo sintiera. El bebé daba unas buenas patadas, pero el sonido del violonchelo parecía sosegarle, por suerte para mí, ya que hubiera sido francamente incómodo aguantar estoicamente sus patadas en medio de un concierto. Tuve que acomodar el violonchelo entre mis piernas a medida que mi vientre aumentaba de tamaño y en no pocas ocasiones sentí sobre mí la mirada curiosa del público al aparecer en el escenario con el vestido negro de premamá que había tenido que comprarme para tocar con la orquesta.

–Eh, mirad, Silvia se ha traído un bombo de repuesto –bromeaban mis compañeros al verme aparecer cada vez más enorme.

Preparamos ilusionados la habitación de nuestro hijo. La pintamos de color azul celeste y le pusimos una cenefa de notas musicales que bailaban en una

partitura ondeante. Colocamos la cunita de madera blanca con suaves sábanas blancas y una mantita azul junto a una de las paredes y pusimos en ella un peluche de Beethoven con cara de mala leche que nos habían regalado. Teníamos la ropita de nuestro bebé bien colocada en los armarios y los cajones y una bolsa preparada con todo lo necesario para cuando llegara la hora de ir al hospital.

Según se acercaba la fecha prevista para dar a luz, Gabriel se iba poniendo más y más nervioso. ¿Y si me ponía de parto durante un concierto?

–Que no, que no salgo de cuentas hasta el veintitrés de junio y para entonces ya ha terminado la temporada –decía yo.

–¿Y si se adelanta? –replicaba él.

–¿Por qué se iba a adelantar?

–No sé. ¿Porque a veces nacen antes de lo que ha dicho el ginecólogo?

–Gabriel, que no soy la primera mujer embarazada que tienes en la orquesta. Todo va a ir bien. Tú tranquilo.

Mis padres le daban la razón.

–No deberías tocar estando tan avanzada –me decía mi madre por teléfono.

–Puedo tocar perfectamente. No estoy enferma, mamá, solo estoy embarazada.

–Embarazadísima diría yo. ¿Y si te pones de parto qué?

–¿Ya estás como Gabriel? Los conciertos duran unas dos horas. No va a dar tanta casualidad. Además, no salgo de cuentas...

– ... hasta el veintitrés de junio –terminaba mi madre en una cantinela–. Mira, Silvia, como te pongas de parto durante un concierto sí que vais a dar el espectáculo.

Llegó el último concierto de la temporada sin sobresaltos y Gabriel seguía nervioso ante el inminente nacimiento de nuestro hijo. También yo estaba algo inquieta; tenía un poco de miedo por cómo sería dar a luz, pero ambos teníamos muchas ganas de ver a nuestro bebé, de tenerlo en nuestros brazos y conocerlo por fin.

Nos cambiábamos en el camerino, comentando lo bien que había ido el concierto y nuestros planes para las vacaciones. Mis compañeras se iban a ver a sus familias, se marchaban a un sitio y a otro con sus parejas, con sus maridos. Pensaban relajarse y disfrutar de las vacaciones estivales. Nosotros aquel verano nos estrenábamos como padres. Era nuestro único plan.

Salimos ya vestidas con ropa de calle y nos juntamos con los chicos, que conversaban por el pasillo. Me dieron palabras de ánimo para cuando llegara el momento y acariciaron cariñosamente mi barriga. Nos dijeron que vendrían a casa a ver al bebé en cuanto yo estuviera un poco recuperada tras el parto y así de paso conocerían a mis padres. Nos estábamos despidiendo cuando noté que un líquido caliente me bajaba imparable por las piernas y formaba un charco alrededor de mis pies.

–Ay, Dios –murmuré agarrándome la parte baja de mi enorme barriga–. He roto aguas.

–Nos vamos al hospital –dijo Gabriel con una calma que estaba lejos de sentir.

Antes de ponernos en camino –y a pesar de la impaciencia de Gabriel– me sequé en los lavabos del auditorio con ayuda de Marta y me puse la ropa interior limpia que me había dado por llevar en el bolso por si rompía aguas estando fuera de casa. Cuando estuve lista nos despedimos apresuradamente del resto de la orquesta y nos dirigimos hacia el aparcamiento del auditorio, donde habíamos dejado el coche. Gabriel me llevaba cogida por la cintura y me ayudó a entrar en el vehículo.

–Por los pelos, Silvia, por los pelos –gruñó al arrancar–. Un poco más y te pones de parto en plena *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

–No estoy de parto; solo he roto aguas –repliqué–. Me habría dado tiempo a terminar.

–¿Que te...? El caso es no bajarte del burro.

–Según el ginecólogo pueden pasar horas desde que se rompe aguas hasta que empieza el parto.

–Según el ginecólogo salías de cuentas el veintitrés y estamos a catorce.

–¿Qué te has creído, que soy un metrónomo? No hay forma de saber el día exacto.

–Y por eso mismo tenías que haberme hecho caso.

–Vale, tenías razón. ¿Contento?

–No. No se trata de quién tiene razón. ¿Te sientes bien?

–Sí. No te preocupes, estoy bien.

Siguió conduciendo en silencio, un silencio que rompió a los pocos segundos.

–Perdona, Silvia, estoy muy nervioso –se disculpó–. Que te pusieras de parto en el concierto era lo de menos. Lo realmente importante eres tú. No

quería que... Sé que parece que lo único que me importaba era el concierto, lo que pasaría si tú... Y no es eso, es...

Puse una mano sobre su brazo.

–Ya lo sé, cariño. Ya lo sé. Tenía que haberte hecho caso.

–No. Has tocado hasta el último momento. Te admiro por eso. Era yo quien tenía miedo.

–Hay que ser muy valiente para admitir que se tiene miedo.

–Estoy acojonado, Silvia.

–Y eso que no eres tú quien va a parir.

Reímos los dos, relajados. Estaba a punto de decirle que le quería cuando me atenazó un dolor lacerante que me cortó la respiración. Abrí la boca como si fuera a gritar, pero no pude articular sonido alguno.

–Silvia... Silvia, respira –me recordó Gabriel.

–Contracciones –balbuceé en cuanto fui capaz de hablar–. Gabi, tengo contracciones.

–Tranquila. Enseguida llegamos.

–Voy a parir en el coche.

–Claro que no. Tranquila –repitió–. Y respira.

–Vale, pero tú conduce. Y no corras. No corras.

–No corro. Voy a ochenta.

–Yo no sé si estamos preparados para esto.

–Ya es un poco tarde, Silvia.

–No tenemos las cosas del bebé.

–No te preocupes ahora por eso. Llamaré a mi madre para que se pase por casa y traiga la bolsa.

–Llama también a mis padres.

–Sí, sí. Luego les llamo.

No tardamos en llegar. Una vez en el hospital se hicieron cargo de mí de inmediato. Me llevaron a una habitación, me pusieron una bata y los médicos y enfermeras comenzaron a pulular a mi alrededor. Las dolorosas contracciones cada vez eran más frecuentes, mi dilatación cada vez mayor y a primera hora de la mañana llegó el ansiado y a la vez temido momento.

Gabriel no se apartó de mi lado. Yo aferré con fuerza su mano mientras pujaba para alumbrar a nuestro hijo y él me secaba el sudor de la frente y me daba su aliento, su ánimo. Me recordaba que debía respirar. Y él mismo estaba pálido y sufría viéndome sufrir a mí. Con un último esfuerzo nuestro

hijo abandonó mi cuerpo. Su indignado llanto llenó la sala y pese a estar agotada tuve fuerzas para sonreír. Dejaron al bebé recién nacido sobre mi pecho, aún manchado con mis fluidos y con los ojitos cerrados. Al verlo nació por él un amor tan intenso que casi me dolió, tan fuerte como el que sentía por Gabriel y a la vez tan distinto... Lágrimas de emoción nublaron mis ojos.

–Es precioso... –murmuré acariciándolo–. Míralo, Gabi, es precioso.

–Sí que lo es –dijo él, tan emocionado como yo–. Nos ha quedado muy bien.

Besó mi mejilla y acarició la de su hijo. Y yo me sentí feliz al tenerlos a los dos junto a mí.

Nuestro pequeño David lo miraba todo con ojos curiosos, arropado en el hueco de mi brazo. Había pesado tres kilos ochocientos gramos y tenía una mata de pelo negro y los cálidos ojos castaños de su orgulloso padre.

Las visitas no tardaron en llegar. Ramón y Teresa me llevaron un hermoso ramo de flores y un osito de peluche para el bebé. Mis padres habían salido muy temprano de Bilbao y llegaron al mediodía. Aparecieron en la habitación con otro espléndido ramo de flores y una cestita con colonia, gel y una suave esponja para nuestro niño.

–Silvia, cariño...

–¡Mamá!

Me abrazó. Tras ella me abrazó mi padre y al instante me ignoraron por completo para ir a ver al bebé que Gabriel tenía en sus brazos. Este se lo dejó a mi madre, que estaba deseando coger a su nuevo nieto. Mi padre, después de contemplar un rato a nuestro hijo recién nacido y de comunicarle que era su abuelo, abrazó a Gabriel y le felicitó, dándole unas afectuosas palmaditas en la espalda.

–Hombres... –masculló mi madre meciendo al niño–. Parimos nosotras y ellos se dan la enhorabuena como si el mérito fuera suyo. Y ya ves lo que hacen. Ponen la semillita y hala, a esperar.

Teresa asintió fervientemente con la cabeza, mostrando su total conformidad.

–¿Qué quieres que hagamos si las que os quedáis embarazadas sois vosotras? –protestó mi padre.

–Y menos mal, porque con lo quejicas que sois... Como para parir encima. ¡Pero qué niño tan guapo! –exclamó, olvidando de pronto la guerra de sexos

que ella misma había empezado.

Marta y Lucas pasaron por el hospital en nombre de toda la orquesta. Llevaron flores para mí y un babero enorme.

–Creo que le va a quedar un poquito grande –dije extendiéndolo ante mí.

–No es para el bebé; es para su padre, que se le cae la baba –replicó Marta despertando la hilaridad de los presentes.

–Ah, pues muchas gracias –dijo Gabriel sonriendo–. Falta me va a hacer, sí.

–Hemos preparado entre todos un regalito para el peque, pero os lo llevaremos a casa cuando te den de alta –dijo Lucas.

–No teníais por qué comprar nada. Si tiene de todo –dije.

–¡Si eso es lo de menos! –replicó Lucas–. Siempre hacemos un regalo a los niños que nacen en la orquesta, y el vuestro no iba a ser la excepción. Además, es de la orquesta por partida doble.

–¿Puedo cogerlo? –me preguntó Marta.

–Claro.

Cogió al bebé en sus brazos y lo miró enternecida.

–¡Qué cosa tan bonita! Hola, David, soy la tía Marta. –Se volvió hacia Lucas–. Yo quiero media docena de estos –le dijo. Y Lucas palideció un poco. –¿Cuatro? –rectificó ella–. Así podríamos formar un cuarteto de cuerda.

–¿Por qué hasta para los hijos tenéis que pensar en términos musicales? –rezongó mi madre.

Mis padres se quedaron en casa para ayudarme con el niño y para pasar las vacaciones con nosotros. También mi hermana y Alberto vinieron con la pequeña Nerea a pasar unos días. Elena me confesó en un momento que estuvimos solas que las cosas con su marido no iban muy bien.

–No sé qué nos pasa. Desde que nació la niña... No sé... Creo que me ve más como una madre que como a su mujer y yo... Creo que me he volcado demasiado con Nerea y le he dejado de lado. El caso es que ya no es como antes. No... Algo ha cambiado entre nosotros y yo... No sé qué hacer.

–Pero ¿tú lo has hablado con él? –le pregunté.

Ella asintió.

–No llegamos a ninguna parte. Silvia... Ya sé que tú eres reservada para esas cosas y no te gusta contar tus intimidades, pero... ¿Tú sigues deseando a

tu marido? ¿Sigues... sigues queriendo tener sexo con él después de haber tenido al niño?

–Todavía no está todo curado por ahí abajo, Elena –dije–. Y me encuentro cansada. Ahora mismo no me apetece tener sexo, pero hay otras cosas... Besos, caricias... Claro que le deseo. Y en cuanto me restablezca lo dejo seco, que le tengo al pobre de abstinencia.

Elena sonrió, pero en su sonrisa hubo un atisbo de amargura.

–Me da envidia ver cómo te mira, lo atento que es contigo... –admitió con lágrimas en los ojos–. No le importa que todavía no estés recuperada del todo. No le importa tu barriguita ni tus tetas grandes. Él te hace sentir hermosa, como si no hubiera otra mujer en el mundo... Tú eres su mujer adorada, no la madre de su hijo. Y yo para Alberto soy la madre de su hija, ¿lo entiendes?

–Elena... Elena, tenéis que hablarlo. Y hablarlo en serio. No podéis seguir así.

–No sé lo que siento por él. No lo sé. Mi libido se ha ido a la porra, Silvia. Tienes tú más estando recién parida que yo.

Rompió a llorar. Yo la abracé y acaricié su espalda.

–No llores –le dije–. Llorar no es la solución. ¿Por qué no dejas a la niña con mamá y os vais por ahí un fin de semana los dos solos? –propuse–. O aprovechad ahora que estáis aquí. Deja a Nerea conmigo e id a dar una vuelta por ahí, vete a cenar a solas con Alberto. Conozco un restaurante que os va a encantar.

–Bastante tienes tú con el tuyo como para dejarte a la mía.

–Bueno, pero están papá y mamá.

–Igual te hago caso.

–Hazme caso.

–No se lo digas a papá y a mamá. Ellos no saben nada.

–No voy a decírselo; estate tranquila.

Me recuperé con rapidez. Con un poco de ejercicio mi figura volvió a ser la misma que antes del embarazo. David crecía día tras día y cuanto más crecía, más se parecía a Gabriel. Era la viva imagen de cuando él era un bebé. Me gustaba verle con nuestro hijo en brazos. Dado que era yo quien lo amamantaba, Gabriel se libró de levantarse en plena noche, pero cambiaba pañales, lo vestía, lo bañaba y cuando lo acostaba le cantaba con su templada voz de barítono. Y pese al tiempo que le dedicábamos, pese al tiempo que le

dedicábamos a la música siempre encontrábamos un hueco para nosotros dos solos al que nadie más tenía acceso. Ni siquiera nuestro hijo.

Al terminar la cuarentena apenas pudimos contener el deseo que nos consumía. Esa noche nos arrancamos la ropa en cuanto entramos en nuestro dormitorio después de haber pasado a ver a David. Procuramos no ser bruscos y hacer el amor con suavidad, pero ardíamos el uno por el otro. Fue rápido e intenso. Tiré de su pelo, gemí debajo de él. Temblé de puro placer y me arqueé jadeando cuando derramó todo su deseo contenido dentro de mí. Me sentí de nuevo plena, llena de gozo mientras me rompía en oleadas de placer.

Capítulo 15

Llegó septiembre y con él la nueva temporada de conciertos. Nuestro hijo aún no había cumplido los tres meses, de modo que Gabriel tuvo que sustituirme. Podría haber ido a los ensayos y a los conciertos de Murcia, pero la gira estaba por delante y era del todo impensable que yo tomara parte en ella siendo David tan pequeño. Una vez más fue Víctor quien ocupó mi puesto hasta mi regreso a la orquesta, a la que me reincorporé después de la gira.

Contratamos a una canguro, Blanca, para que cuidara de nuestro bebé mientras nosotros estábamos fuera de casa bien ensayando o bien de concierto. También se quedaba con David en las pocas ocasiones que Gabriel y yo salíamos por la noche. Al volver a casa siempre nos encontrábamos a nuestro hijo durmiendo plácidamente y a ella leyendo o viendo alguna película en la tele. Irene por su parte se volcaba con nuestro pequeño. Le hacía mil carantoñas y a David se le iluminaban los ojos en cuanto la veía.

–Entre los abuelos, los tíos, la canguro y la abuela postiza me lo vais a malcriar –decía yo.

–¡Pero si es solo un bebé! –protestaba Irene, la abuela postiza.

La Navidad estaba cerca y, como todos los años, planeábamos ir a Bilbao a pasarlas con mi familia. Eran las primeras Navidades de nuestro hijo y Gabriel y yo estábamos ilusionados pensando en poner el árbol y en celebrar las fiestas y el nuevo año con él. En aquellos días me llamó mi hermana para decirme que se separaba de Alberto.

–¿Que te separas? ¿Cómo que te separas? –barboté.

–No estamos bien. Vamos a darnos un tiempo –me dijo ella–. Quería decírtelo porque cuando vengáis ya no estaremos juntos.

–Pero ¿ha pasado algo?

–No. Es solo que... Hemos perdido la pasión, supongo. Y no sé si queda algo. Estamos indiferentes, como si nada nos importara. Yo necesito tiempo para pensar si quiero seguir con él.

–Pero ¿tú le quieres? ¿Tú todavía le quieres?

–No lo sé, Silvia. No lo sé.

Suspiré.

–¿Se lo has dicho a mamá?

–Todavía no. Quería que fueras tú la primera en saberlo. Sé que tú lo entenderás. Mamá... Bueno, mamá es mamá. Ya la conoces.

–Lo siento mucho, Elena. Espero que se arregle. De verdad.

–Lo sé, Silvia. Sé que... Oye, tengo que dejarte, ¿vale?

–Vale.

Elena solo quería llorar. Y yo sabía que lo necesitaba, así que me despedí de ella, prometiéndome llamarla más adelante para ver cómo iban las cosas.

–¿Y esa carita? –me preguntó Gabriel al verme.

–Mi hermana se ha separado.

Gabriel sabía lo que pasaba. Se lo había contado yo el mismo día en que hablé con mi hermana y también había hablado de ello con Alberto cuando habían venido a visitarnos. Se entristeció. Alberto y él eran buenos amigos y, aunque no se veían a menudo, había surgido una buena amistad entre ellos. No en vano eran los dos yernos de mi madre.

–¡Silvia! Tu hermana se ha separado, ¿te lo puedes creer?

Mi madre no se anduvo por las ramas. Me lo soltó nada más cogerle el teléfono.

–Hola, mamá. Yo también me alegro de que estés bien –le dije.

–¿Bien? ¡Como unas castañuelas, vamos! –replicó sin entender el sarcasmo–. Que se separa dice, que ya no siente lo mismo... Pero ¿qué os habéis creído, que todo son rosas como el primer día o qué?

–No, mamá. Y no me sermonees, que yo no me separo.

–Ya. –Soltó un sonoro resoplido y siguió hablando–: Mira que me venía figurando yo que estos no andaban muy bien, eh. ¿Tú sabías algo?

–Algo sabía, sí –admití.

–¡Esto es el colmo! –dijo ella indignada–. ¡La última mona en enterarme yo, claro! ¡Todo el mundo en el ajo y yo en la inopia! Como solo soy vuestra madre...

–Es que si te pones así... No se te puede decir nada.

–No, si ahora será culpa mía, no te fastidia... ¿Qué tal está el niño?

–Bien. Gabriel le está dando de comer.

–¿Gabriel le está dando de comer?

Parecía sorprendida.

–Sí. También es hijo suyo.

–No, si yo no digo nada. Es que resulta curioso verle ahí tan serio con frac y pajarita y luego dándole de comer a un niño.

–Cambia pañales y todo, ahí donde lo ves.

Mi madre rio y me preguntó por Gabriel.

–Y pensar que era por vosotros por quienes no dábamos ni un céntimo... – dijo con su tacto habitual antes de despedirnos, volviendo al tema de mi hermana–. Media vida de novios y mira. A tomar por culo todo. Si es que los jóvenes no aguantáis nada. En cuanto se os pasan los ardores y la tontería de la luna de miel... Hala, cada uno por su lado.

–Mamá, ahora Elena necesita tu apoyo, no tus sermones pasados de moda.

–¿Pasados de moda? Y un huevo. Venís en Navidades, ¿no?

–Claro.

–Estupendo. Pues ya hablaremos. Dale un beso al niño. Y otro a Gabriel. Y da recuerdos a Ramón y Teresa.

–De tu parte.

–Las Navidades prometen ser fascinantes –bromeó Gabriel cuando colgué antes de darle a David una nueva cucharada de puré.

Hicimos el viaje sin contratiempos. Llevábamos puesto uno de esos CD con música clásica alegre para los niños y David iba en su sillita, embelesado entre la música y el paisaje que desfilaba ante sus ojos. De vez en cuando yo me volvía para mirarle y decirle algo mientras Gabriel conducía y él sonreía feliz. Cuando yo conducía y era Gabriel quien le hablaba, David se carcajeaba.

–Este niño se ríe de mí, eh. Directamente –decía Gabriel.

Mis padres nos esperaban en casa. Nos abrazaron nada más vernos y enseguida cogieron en brazos a David.

–¡Qué grande está ya! –dijo mi padre.

–¡Es clavadito a ti! –añadió mi madre mirando a Gabriel.

También estaba mi hermana con su hija y sin Alberto. La abracé y ella se aferró a mí. No dijimos nada; no era el mejor momento. Gabriel y yo saludamos a nuestra sobrinita y fuimos a mi antigua habitación a dejar nuestras cosas y a refrescarnos un poco. Mis padres habían preparado una

cuna para David en una habitación libre que iba a compartir con Nerea aquella noche.

–Llamaré a Alberto para ver si quiere venirse a tomar algo conmigo –me dijo Gabriel.

Gabriel quedó con Alberto y yo convencí a mi alicaída hermana para que saliera conmigo un rato con el pretexto de sacar a los niños a dar un paseo. Mis padres entendieron que queríamos tener una conversación entre hermanas y se excusaron diciendo que tenían que ir a comprar algo al hipermercado. El “algo” se tradujo en el maletero del coche lleno como si en Nochebuena fuera a cenar todo un regimiento. Más lo que ya tenían en casa.

–No sé lo que siento, Silvia –me dijo Elena, abatida–. Nos hemos distanciado y... Tal vez sea mejor así.

–¿Cómo va a ser mejor así, Elena?

–Estamos en punto muerto. Él dice que me quiere, pero... No sé.

–Pues si dice que te quiere es que te quiere, chica. ¿No habéis pensado en ir a una terapia de pareja o algo así?

–¿Una terapia de pareja?

–Es una posibilidad –dije encogiéndome de hombros–. ¿Tú le quieres, Elena?

–Estoy desencantada, desilusionada. Le quiero, pero creo que ya no estoy enamorada.

Ya con el trajín de estar todos juntos, Elena pareció más animada. Yo preparé la salsa en la que después metería los langostinos que íbamos a hacer a la plancha en Nochebuena mientras que los demás ponían la cena de aquella noche. Me moría de ganas de saber si Gabriel y Alberto habían hablado de mi hermana, de la relación de Alberto con ella, pero estaba claro que tendría que esperar a estar con él a solas para enterarme. Elena no parecía especialmente interesada en saber nada, aun a sabiendas de que Gabriel era en aquel momento su principal fuente de información. Quizá prefería no saber. O quizá esperaba, al igual que yo, a poder hablar a solas con él. Porque lo que estaba claro es que con mi madre delante la conversación iba a resultar lejos de ser tranquila. Mi padre sí que le preguntó a Gabriel por Alberto.

–Está bien –contestó él–. Bueno, está un poco jodido, pero dadas las circunstancias...

Miró a Elena como pidiéndole disculpas por haber sacado el tema, pero ella solo esbozó una tenue sonrisa y siguió pelando patatas con aparente

indiferencia.

–Como para no estar jodido, vamos –masculló mi madre–. Si es que de verdad...

Pero, sorprendentemente, no fue más allá.

Esa noche, una vez hubimos acostado a David, abordé a Gabriel en la intimidad de nuestra habitación. Quería saber la versión de Alberto. Había hablado con él cuando Gabriel le llamó. Se alegró de hablar conmigo y prometimos vernos antes de nuestro regreso a Murcia. Aunque intentó disimularlo, le noté triste. Y no era para menos.

–Gabi, ¿qué tal con Alberto? –le pregunté mientras me quitaba los vaqueros.

–Está hecho polvo –contestó él, terminando de desabotonarse la camisa de color mostaza que llevaba puesta–. Parece que la cosa se ha ido deteriorando y... No sé, no pinta nada bien. Dice que tu hermana ya no siente lo mismo por él, que ya no le ama. Dice que está apática, indiferente... Que no es como antes, que se terminó.

Yo me quedé callada y él me acarició una mejilla.

–¿Y Elena qué? –preguntó.

–Dice que cree que ya no está enamorada.

–Vaya.

–¿Crees que se divorciarán?

–No lo sé, Silvia. No lo sé.

Terminamos de desnudarnos y nos metimos en la cama. Fue una bendición después del largo viaje desde Murcia hasta Bilbao y de todo el ajeteo del día. Me acurruqué contra Gabriel, quien me acogió en su cálido pecho. Nos quedamos abrazados en silencio cada cual con sus pensamientos.

–Te quiero mucho –murmuró Gabriel besándome en la cabeza.

Yo levanté la cabeza y lo besé en la boca. Él me quitó el pijama y me cubrió de besos, de caricias. Su boca, su lengua y su aliento, sus manos en mi piel rozándome, abrasándome, y su cuerpo duro contra el mío estremeciéndose, poseyéndome y dándome al tiempo todo su ser hasta alcanzar el más inmenso placer, el mayor de los gozos. La gloria.

–¿Alberto va a cenar con nosotros esta noche? –le preguntó mi madre a Elena durante el desayuno.

–No –contestó mi hermana–. Nos hemos separado, mamá.

–Nos hemos separado, nos hemos separado... Alberto es un buen hombre.

–Yo no he dicho lo contrario.

–Déjalo ya, Amelia –intervino mi padre.

Mi madre suspiró. Yo pensé que cuando Gabriel y yo estábamos mal lo único que hacían era decirme que le dejara y de nada servía que yo me matara a decir una y otra vez que le amaba. Con mi hermana ocurría todo lo contrario. Quería que se reconciliara con Alberto, por supuesto, pero me molestaba aquel doble rasero. Sin embargo, no dije nada. Lo único que iba a conseguir era echar más leña al fuego. Gabriel me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Me preguntaba si él sabía lo que estaba rondando por mi cabeza.

–No lo entiendo –murmuró mi madre–. Es que no lo entiendo. ¿Qué es lo que ha pasado? Porque habrá pasado algo, ¿no? ¿Te ha hecho algo? ¿Habéis discutido por algo?

–No ha pasado nada, mamá. Es solo que no sé si le quiero. Ya no siento lo mismo de antes. Te lo he dicho mil veces –dijo Elena.

–No sabes si le quieres, no sabes si le quieres... Si es que se os rompe el amor de tanto usarlo, coño.

Gabriel y yo nos miramos sin saber cómo reaccionar ante el comentario folklórico de mi madre y decidimos en silencio que lo más prudente era seguir atiborrándonos de galletas y magdalenas y aquellos cruasanes pequeños rellenos de chocolate que habíamos comprado, acompañados del café con leche.

–Amelia, ¿podemos desayunar con tranquilidad, por favor? –insistió mi padre–. Déjala tranquila.

–Pues nada, usemos la técnica del avestruz –replicó ella–. Silvia al menos tenía claro que quería a Gabriel, pero esta ni eso. –Elena puso los ojos en blanco, exasperada, y Gabriel, cara de circunstancias–. Perdóname, Gabriel, hijo, no es mi intención abrir heridas –se disculpó mi madre–, pero es que es verdad. Silvia se enfrentaba a todo el mundo.

–Mamá, a nosotros no nos metas en el fregado, eh –dije yo irritada.

–Amelia, cada vez lo estás embrollando más. Ya es suficiente –dijo mi padre en tono cortante, haciendo que mi madre dejara el tema. O que al menos lo aplazara.

En un momento en que Gabriel me pilló a solas me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello.

–¿Por qué estás enfurruñada? –me preguntó.

–No estoy enfurruñada –contesté.

–Silvia, que soy yo.

–A mí todo el mundo me decía que te dejara. No es que quiera que le digan lo mismo a Elena; yo quiero que se arreglen, pero es que no me parece justo. Tú eras el mayor indeseable del planeta y nadie me dijo que eras un buen hombre y que te perdonara.

–Pero lo hiciste.

Me relajé entre sus brazos.

–No me digas que no te ha dolido en comentario –le dije.

–Bueno, sí. Es algo que preferiría no recordar. De todos modos, tu madre lo único que ha dicho es que me querías. Nada más.

Me di la vuelta para mirarle a los ojos.

–Te sigo queriendo. Voy a quererte siempre.

Echamos de menos a Alberto en la cena de aquella noche. Llamó a mi hermana y ella se fue del salón, donde estábamos todos de charla, para hablar con él con un poco de intimidad. Mis padres, Gabriel y yo nos quedamos callados viéndola salir con el móvil en la mano. Esperamos su regreso murmurando, preguntándonos qué pasaría con ellos. Cuando Elena volvió a la sala estaba seria, pero serena. Yo no podía concebir que hubiera dejado de amar a Alberto. Como mi madre había dicho, era un buen hombre. Educado, risueño, inteligente... Él siempre la había querido y me costaba aceptar que todo hubiera terminado entre ellos. La miramos como si esperáramos una explicación.

–Era Alberto –dijo ella–. Os manda saludos.

–¿No le has dicho si quiere pasarse al menos a tomar un café con nosotros? –le preguntó mi madre.

–No.

–Pues sí que te estás esforzando en arreglar las cosas, sí –gruñó mi madre.

–Amelia... –le advirtió mi padre.

–Vale. Me callo. Me callo.

Gabriel y yo quedamos con Alberto el día después de Navidad, el último que estaríamos en Bilbao. Llevamos con nosotros a David y a Nerea para que su padre estuviera un rato con ella. Elena no quiso venir. Le pedí que viniera, que estábamos nosotros, que no pasaba nada por estar con él un rato, pero ella se negó. Casi me eché a llorar cuando Alberto cogió en brazos a su

pequeña y besó su mejilla sonrosada. Luego me abrazó a mí e hizo como que no había visto mis ojos llenos de lágrimas. Dio la mano a Gabriel y por último cogió a David.

–¡Cómo ha crecido! –exclamó–. Es igualito a ti –añadió divertido mirando a Gabriel.

El tema de la separación fue inevitable. Alberto parecía haber asumido que ya no tenía remedio, que Elena ya no le quería. No como antes.

–Nos hemos convertido en dos extraños –nos dijo–. Tal vez no he sabido quererla. Tal vez la desatendí, tal vez no me mostré cariñoso con ella o no la comprendí. No lo sé. Sea como sea, lo que teníamos se terminó. Yo todavía la quiero, pero... Me he cansado de intentarlo. Cada vez que he intentado acercarme a ella me encuentro con un muro. Y Elena dice que ya no siente lo mismo por mí. Ya no... Así que supongo que se acabó.

–Lo siento mucho, Alberto –le dije acongojada.

Él me cogió la mano y me la oprimió.

–Son cosas que pasan, Silvia. Nosotros por eso seguiremos siendo amigos.

–Claro que sí.

Al despedirnos, Alberto le dijo a Gabriel que iría a vernos al Palacio Euskalduna cada vez que tocáramos allí, que quedaríamos cuando pudiéramos. Gabriel le dijo que siempre tendría abiertas las puertas de nuestra casa. Se me partió el corazón cuando se despidió de Nerea, que protestó cuando vio que tenía que venir con nosotros en lugar de marcharse con su padre.

–No llores, guapa –me dijo Alberto al abrazarme.

Y consiguió justo lo que estaba intentando evitar.

Mi hermana y Alberto terminaron divorciándose para disgusto de toda la familia, especialmente de nuestros padres y los de él. Nos dio mucha pena que su matrimonio se hubiera roto, pero Elena había dejado de amar a Alberto y ya no era feliz a su lado. Fue él quien se llevó la peor parte, ya que seguía queriendo a mi hermana, y lo pasó mal durante una temporada. Pero el tiempo sanó su corazón roto. Meses después de la ruptura conoció a una mujer de la que se enamoró. Ella, Noelia, fue quien le devolvió la ilusión, quien hizo que los ojos de Alberto volvieran a brillar. Al principio Noelia no parecía muy cómoda con la amistad de su novio con la hermana de su ex y el

marido de esta, pero pronto congeniamos. Era una mujer sencilla y cariñosa y terminamos haciendo buenas migas.

También Elena volvió a enamorarse. Su nuevo novio se llamaba Jon y era un abogado criminalista que trabajaba en un prestigioso bufete de Bilbao. Tenía buena planta: alto, delgado, moreno y con una cuidada barba corta y bonitos ojos grises. Lo conocíamos por las fotos que me había enviado mi hermana por WhatsApp. Se habían ido a vivir juntos a un lujoso ático de dos plantas en la Gran Vía poco más de un año después de empezar a salir, y Elena parecía feliz de nuevo.

Gabriel y yo fuimos a Bilbao por Semana Santa a visitar a mi familia, aprovechando que no teníamos ningún concierto en aquellas fechas, y mi hermana organizó una comida en su casa para que así Gabriel y yo conociéramos a Jon en persona y él a nosotros. Yo estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Habíamos decidido darle un hermanito a David y esperábamos otro niño para mayo. También Marta y Lucas habían sido recientemente padres de una preciosa niña rubia con unos ojos azules idénticos a los de su madre.

Jon no me cayó bien cuando lo conocí. Me parecía un tipo estirado y arrogante y un perfecto cretino. Me aguanté el mal humor y me desahugué con Gabriel al salir de la habitación de los niños en la planta de arriba. Él me dijo que no le soportaba porque lo veía como el hombre que había usurpado el lugar de Alberto.

–No es eso; es que me cae gordo –repliqué en un cuchicheo–. ¿Te puedes creer que me ha preguntado cómo era eso de acostarse con mi jefe? Gilipollas...

Acababa de dar de comer a David, que iba a cumplir los dos años en junio, y lo había acostado en la camita que Elena había preparado en la habitación de Nerea. Los dos niños dormían la siesta plácidamente uno al lado del otro después de que Gabriel les hubiera contado un cuento que yo me había quedado a escuchar.

–Vale, no ha andado muy fino, pero supongo que lo único que quiere es integrarse en la familia –razonó Gabriel quitándole hierro al asunto.

–Tú te integraste perfectamente sin tanta tontería. Y también Alberto.

–A lo mejor es solo que no tiene mucho don de gentes. Bueno, ¿y tú qué le has contestado?

–Que yo me acuesto con mi marido, no con mi jefe. “¿Y no es el mismo?”,

me salta el muy imbécil. Me han dado ganas de partirle la cara. Todavía lo hago antes de marcharnos, eh. Fíjate lo que te digo.

A Gabriel se le pasó la camaradería masculina y las ganas de conciliación durante la comida en cuanto Jon le dijo algo así como: “Elena me ha contado que te dedicas a agitar un palito delante de un montón de músicos”. No fue tanto lo que dijo como el tono desdenoso que empleó. Gabriel clavó sus ojos en él y respondió con frialdad que ese montón de músicos era la mejor orquesta sinfónica del país y unos profesionales con una brillante carrera musical a sus espaldas, formados en excelentes conservatorios. Mi padre abrió los ojos como platos y a punto estuvo de ponerle un monumento en el centro de Bilbao.

–Solo bromeaba –dijo Jon alzando las palmas de las manos en un gesto pacificador sin perder su irritante sonrisa.

–La orquesta es sagrada –aclaró mi padre–. Es como meterse con la familia.

–Sí, no te metas con la orquesta –dijo Elena–. Matarán por la orquesta. Y pobre de ti como digas que no te gusta la música clásica.

El comentario de mi hermana alivió tensiones. No perdí ocasión de pinchar a Gabriel tan pronto pude.

–Gabi, relájate, que Jon lo único que quiere es integrarse en la familia –le dije cuando mi hermana y su novio con pinta de chico de anuncio se fueron a la cocina en busca de los postres.

Gabriel me miró con ceño y supe que había sido un mal momento para recordarle la inoportuna pregunta de Jon. Mis padres se miraron intuyendo de qué iba el asunto.

–Un patán. Es un patán –masculló mi padre.

–Callaos, que os van a oír –siseó mi madre–. Y no seáis tan intransigentes, eh, que es un chico muy majo. No se lo estáis poniendo nada fácil.

–¿Pero tú has oído lo que ha dicho? –replicó él.

–Lo ha dicho sin ánimo de ofender –le defendió mi madre.

–Pues ofende –intervino Gabriel frunciendo aún más el ceño–. Te recuerdo que en ese “montón de músicos” está tu hija.

–Gilipollas... –murmuré.

–Gabriel... –comenzó mi madre.

–No, tiene razón –la interrumpió mi padre–. Al final la tenemos con el picapleitos este de los cojones, ya verás.

–¡Fernando!

Yo me eché a reír. En ese momento nuestro bebé me dio una buena patada y mi risa se convirtió en una queja.

–¡Ay! ¡Menuda patada! –exclamé acariciando mi abultada barriga.

–Hasta el niño se altera –gruñó mi padre.

Mi madre puso los ojos en blanco y Gabriel esbozó una sonrisa. Entonces entraron en la sala Elena y Jon con los postres.

–Pastelitos de crema, brazo de gitano y una *mousse* de chocolate que te va a encantar, Silvia –anunció mi hermana.

Ciertamente la *mousse* estaba muy buena. Cremosa y con un delicioso sabor a chocolate que no empalagaba lo más mínimo.

–¿La has hecho tú? –le pregunté a Elena llenando de nuevo la cuchara.

–No –contestó ella–. Los postres los ha hecho Jon.

Yo me quedé paralizada con la cuchara en una mano y la copa de *mousse* en la otra, Gabriel dejó de masticar el trozo de brazo de gitano que acababa de meterse en la boca y mi padre pareció arrepentido de haberse comido un pastelito. Se quedó con el segundo en la mano. Solo mi madre siguió comiéndose la *mousse* como si nada. ¿El abogado era un manitas de la repostería?

–Podéis seguir comiendo –nos dijo Jon de buen humor–. No están envenenados.

Gabriel rezongó algo.

–¿Has hecho tú los postres? ¿En serio? –le pregunté a Jon.

–Sí –contestó él, ruborizándose ligeramente–. Me... Me gusta cocinar y... Bueno, los postres no se me dan mal.

–¿Que no se te dan mal? ¡Pero si eres un crack! Esta *mousse* está buenísima –dije–. ¿Me darás la receta?

–Te la doy si me perdonas por mi impertinencia de antes.

–Hecho.

Nos dimos la mano. Gabriel, al ver que Jon se disculpaba por su desafortunada pregunta sobre acostarme con mi jefe, olvidó su enfado. La dureza desapareció de su rostro y sus ojos recuperaron su habitual calidez.

–Siento lo de antes –le dijo a Jon–. He estado muy borde.

–No, ha sido torpeza mía –contestó Jon–. No he debido hablar de forma tan despectiva de la orquesta. No era mi intención, créeme.

–Lo sé.

Los dos sonrieron, cada uno aceptando las disculpas del otro.

–Bueno, Gabriel, ¿y qué es lo que hace exactamente un director de orquesta? –preguntó Jon cambiando de tema.

–Sí, Gabriel, cuéntanoslo, que los músicos tampoco tenemos muy claro para qué sirve el director –bromeó mi padre.

Terminamos de comer en un ambiente cada vez más distendido. Jon se fue ganando poco a poco nuestra simpatía. En el fondo resultó que no era tan estirado ni tan arrogante y tampoco el cretino que yo había pensado en un principio. Vi a mi hermana enamorada de nuevo, vi las miradas cómplices entre ella y Jon, los gestos que delataban su amor. Elena era feliz junto a él.

A pesar de que no habíamos empezado con buen pie, con el tiempo fuimos limando asperezas y para cuando Elena y Jon se casaron por lo civil, las desavenencias de aquel día se habían convertido en meras anécdotas.

Epílogo

Los que no queríamos hijos al final tuvimos tres: David, Adrián y por último nuestra niña, Judith. Los tres se dedicaron de un modo u otro a la música. David se marchó a California a estudiar composición clásica y cinematográfica. Quería seguir los pasos de su padre y hacerse un nombre por sí mismo como compositor de bandas sonoras. Gabriel y yo le despedimos en el aeropuerto. Él emocionado y yo con lágrimas en los ojos. David solo tenía dieciocho años. Era nuestro niño.

–Vendré a veros siempre que pueda –nos dijo–. ¡Si ahora con los aviones estoy en casa en unas horas! Y hablaremos a menudo por Skype. No llores, mamá.

–Es que te vas muy lejos –dije.

Me abrazó con fuerza y me dio un beso en la mejilla.

–Te quiero mucho, mamá.

–Y yo a ti –contesté acariciándole su mejilla imberbe, procurando que no se me quebrara la voz.

A continuación, David abrazó a su padre.

–Cuídate mucho –le dijo Gabriel–. Y cualquier cosa que necesites, lo que sea, llámanos.

–Lo haré.

Se dirigió a la puerta de embarque. Nos dijo adiós con la mano al llegar al control de equipajes y nosotros hicimos lo propio. Gabriel, con un brazo alrededor de mis hombros, me besó en la cabeza cuando nuestro hijo mayor desapareció de nuestra vista y yo me eché a llorar. Íbamos a echarle muchísimo de menos, pero David debía vivir su vida.

Adrián se especializó en dirección orquestal. Estudió en distintos conservatorios, con distintos maestros, pero fue su padre su mayor guía, su mejor consejero. Viajó a distintos países y dirigió distintas orquestas. Aprendió y se perfeccionó. Encontró su propio estilo y pronto comenzaron a hablar de él. Finalmente, le nombraron director titular en la Orquesta Filarmónica de Praga y a nosotros nos tranquilizó saberle estabilizado en un

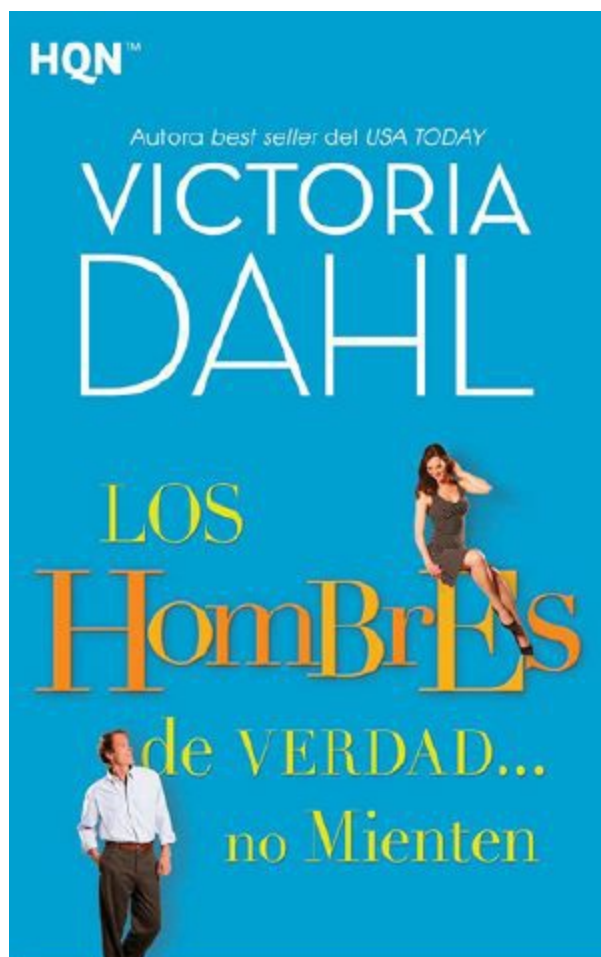
lugar. Mientras Adrián encontraba su sitio en el mundo de la música, David compuso su primera banda sonora. Fue inevitable que lo compararan con su padre, al igual que ocurrió con Adrián cuando comenzó como director de orquesta, pero tanto el uno como el otro más que sentirse agraviados se sintieron orgullosos de que los compararan con Gabriel Alonso. Para ellos resultó ser todo un halago.

Judith se convirtió en una magnífica violinista para regocijo de Marta, con quien compartía instrumento.

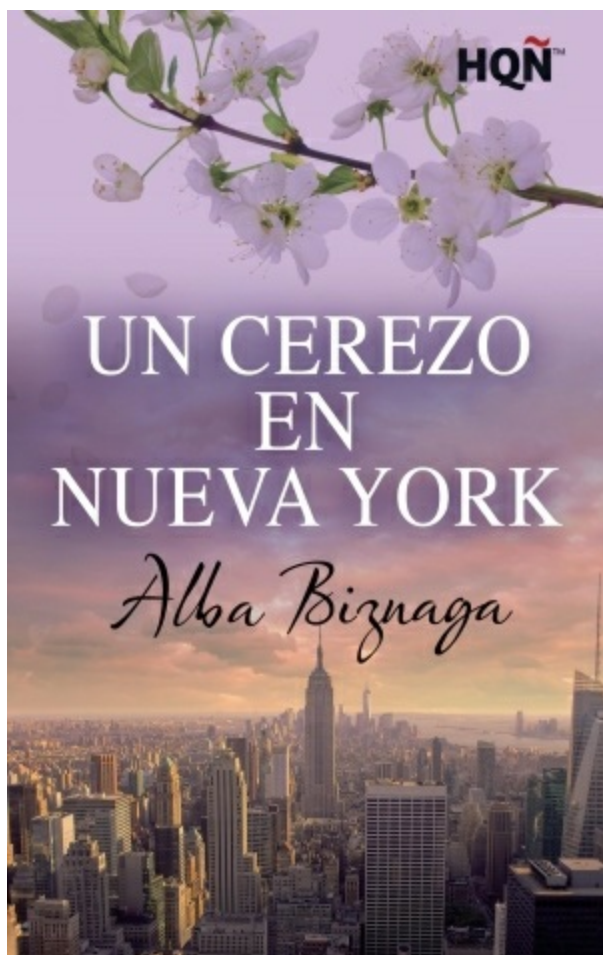
–No como el mío, que tiene un grupo de rock. Ten tú hijos para esto – bromeaba Marta, que no tuvo media docena como era su intención y se conformó con dos.

Nuestra pequeña fue contratada en una orquesta de Madrid y nos alegró tenerla tan cerca de casa. Cuando ella se fue, Gabriel y yo volvimos a quedarnos solos. Ya no somos tan jóvenes. Peinamos canas, pero no hemos perdido nuestra energía ni nuestras ganas de seguir dándolo todo en el escenario. Nos seguimos amando como al principio, con el amor sereno y cómplice que solo dan los años de convivencia. Él es mi vida. Quiero con locura a nuestros hijos y moriría por cualquiera de ellos, pero Gabriel es mi alma, mi aliento, mi ser. Sigo enamorada de él y él sigue mirándome con esa calidez, con esa luz en sus preciosos ojos castaños, igualmente enamorado. Y una vez nuestros hijos han echado a volar, nosotros seguimos caminando cogidos de la mano por el pentagrama de nuestra vida juntos. Seguimos componiendo la sinfonía de nuestro amor día tras día. Todavía tenemos grandes cosas que orquestar. Todavía tenemos conciertos que dar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un cerezo en Nueva York

Biznaga, Alba

9788491708599

485 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si tienes miedo de volver a enamorarte, adelante. Ama con miedo, pero ama. Sara Martín ya no cree en el amor. En el último año, su vida se ha vuelto un caos: su padre acaba de morir, su exmarido le ha puesto los cuernos y, para rematar, sus finanzas están más secas que la mojada. Hasta que, de repente, todo da un giro radical cuando se entera de que ha ganado el prestigioso premio Neptuno de novela romántica. Además, la editorial le anuncia que, en vista del éxito de ventas alcanzado, una productora quiere hacer una película con su libro. Rodeada de cámaras y flashes, Sara no podía sospechar que se vería envuelta en una espiral llena de emociones de la mano del arrogante actor Devon

Stelin, el hombre que intentará poner su corazón patas arriba y que se convertirá en el único protagonista de su corazón. Con Devon, nada es como parece ser, y Sara tendrá que enfrentarse a cada uno de sus miedos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Deseo*



Treinta días de pasión

Maureen Child

Treinta días de pasión

Child, Maureen

9788468717708

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Primero de la serie. Desde el momento en que llegó al lago Tahoe, el rico, guapo y gruñón Nathan Barrister sólo pensaba en marcharse de allí. El mes que se había comprometido a pasar en ese lugar le parecía una tortura... Hasta que una tormenta de nieve lo dejó atrapado con la encantadora Keira Sanders. De pronto se le ocurrió la manera ideal de pasar aquellos treinta días... si Keira aceptaba una aventura sin compromisos de ningún tipo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

TIEMPO INOLVIDABLE
LUCY GORDON



Tiempo inolvidable

Gordon, Lucy

9788491707707

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Se suponía que no eran más que unas vacaciones... pero aquel verano en Italia era sólo el comienzo. Holly se dejó cautivar por los ojos suplicantes de aquella niña sin madre... y por su padre. Y cuando quiso darse cuenta estaba viviendo en la lujosa villa que la familia poseía en Roma. Pero cuando los largos días de verano tocaban a su fin, Holly descubrió que entre las paredes de aquella casa y en el corazón del hombre del que se estaba enamorando había oscuros secretos... unos secretos que podrían liberarlos a todos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Como un caballero

Michaels, Kasey

9788468716749

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés

de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

AMOR MÁGICO
TERESA CARPENTER



Amor mágico

Carpenter, Teresa

9788491707691

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Todo estaba en las cartas... y en sus ojos. Con sólo ver aquellas interminables piernas, el alcalde Jason Strong supo que los problemas habían llegado a Blossom, Texas. Se llamaba lady Pandora y aseguraba poder predecir el futuro. Aunque Jason no creía en aquellos poderes, no podía evitar preguntarse si los besos de aquella mujer podrían cambiar su propio futuro... Cherry Cooper, más conocida como lady Pandora, tenía buenas razones para ir a Blossom, pero ninguna de ellas era la de enamorarse de aquel atractivo vaquero y de su encantadora hija. Desgraciadamente, sus poderes sobrenaturales no podían competir con el poder del amor...

[Cómpralo y empieza a leer](#)